

# LA HISTORIA SECRETA DEL IMPERIO AMERICANO

GÁNSTERES ECONÓMICOS, ASESINOS  
A SUÉLDO Y TODA LA VERDAD  
SOBRE LA CORRUPCIÓN GLOBAL

**JOHN PERKINS**

AUTOR DE "CONFESIONES DE UN GÁNSTER ECONÓMICO"

John Perkins

# **La historia secreta del imperio americano**

*Gánsteres económicos, asesinos a sueldo y toda  
la verdad sobre la corrupción global*

**TENDENCIAS EDITORES**

Argentina - Chile - Colombia - España  
Estados Unidos - México - Uruguay - Venezuela

*Para ti, que te has comprometido  
con la creación de un  
mundo estable, sostenible y pacífico.*

# Agradecimientos

Este libro no hubiera sido posible sin la valentía de unos hombres y mujeres que abandonaron las filas de los gánsteres y chacales económicos para compartir sus historias; por hacerlo corrieron riesgos personales y se vieron obligados a hacer frente a los aspectos más oscuros de sus vidas. Les debo mi más profunda gratitud.

Tampoco hubiera podido ser escrito sin aquellos que concibieron y administran las ONG que están cambiando la política de las corporaciones (la corporatocracia). Ellos y sus empleados y voluntarios nos muestran el camino que hay que seguir. Algunos tienen un importante papel en estas páginas, pero muchos permanecen en el anonimato, así como aquellos que donan dinero a esas importantes organizaciones. Les doy las gracias a todos ellos.

Y también a la gente de este planeta que se alza contra la corporatocracia, aquellos pocos cuyos nombres son noticia y los muchos que se suman a las filas de piquetes, enarbolan banderas, pronuncian discursos, envían mensajes electrónicos, tratan de ser elegidos, votan a favor de un cambio positivo y compran conscientemente. Ellos son los auténticos héroes de la historia que hoy está siendo contada.

Sin el estímulo de Paul Fedorko, no se hubiesen publicado las *Confesiones de un gánster económico* ni este libro. Además de ser mi infatigable agente, Paul «me ha guardado la espalda» y ha sido mi confidente y mi punto de referencia.

Emily Haynes, mi editora, ha sido una abogada tenaz al ayudarme a transformar mi manuscrito en un libro capaz de satisfacer el encargo de los directivos del Banco Mundial y sus chicos de exponer *La historia secreta del imperio americano* y proponer soluciones. Junto a ella, doy las gracias a todas las personas implicadas de Penguin Group, en especial a Brian Tart, Trena Keating, Beth Parker, Lisa Johnson y Melanie Gold.

Mi especial gratitud para Peg Booth, mi publicista; Debbe Kennedy, del

Global Dialogue Center; David Tucker, de la Pachamama Alliance; Llyn Roberts, de Dream Change; Steve Piersanti, de Berrett-Koehler; Stephan Rechtstchaffen, del Omega Institute; Amy Goodman, de *Democracy Now!*; Sabrina Bologni, Jan Coleman, Josh Mailman, Richard Perl, Howard Zinn, John Mack y tantos otros que se han dedicado a correr la voz y a hacer que éste sea un mundo estable, sostenible y en paz.

Dedico mi más profundo agradecimiento a mi familia, Winifred, Jessica y Daniel, por su apoyo, inspiración y amor. Y a un gato, Snowball, que alivia una parte de la soledad que produce el escribir.

# Nota del autor

La gente y los hechos de este libro son reales. He hecho todo lo posible para presentarlos tan fielmente como me lo han permitido los recuerdos personales, notas, cartas, mensajes electrónicos, memorias y documentos publicados. En determinados casos he cambiado nombres y detalles en beneficio del anonimato —una condición importante para mucha gente a la que entrevisté— y he intercalado diálogos para facilitar el flujo narrativo, aunque sólo allí donde ello no amenazaba la integridad del libro. Cuando analizo hechos históricos me guío por la obligación de proporcionar un apunte tan fiel como sea posible, en ocasiones cuestionando las afirmaciones de quien habla con materiales de referencia registrados en las notas finales. Sin embargo, ello no implica alterar o verificar detalles de una historia personal; cuando las personas describen su intervención en el secuestro de un avión comercial, la invasión de un país para asesinar a su presidente, el soborno de jefes de Estado, el provecho de desastres naturales, la seducción y extorsión de funcionarios democráticamente elegidos y la ejecución de otras actividades clandestinas, siento que he perdido el derecho a interpretar sus observaciones. Quiero dejar claro que todos aquellos sucesos importantes en los que he participado han sido documentados por otros autores, historiadores y periodistas, o en los archivos de organizaciones tales como el Banco Mundial; la historia puede ser mía, pero los episodios son de dominio público.

# La historia secreta del imperio americano

## Prólogo

Este libro comienza donde termina *Confesiones de un gánster económico*. Cuando en 2004 terminé de escribir ese libro no tenía ni idea de si alguien iba a querer leer acerca de mi vida en tanto que gánster económico (GE). Decidí describir acontecimientos que necesitaba confesar. Más adelante, viajando por Estados Unidos y otros países, pronunciando conferencias, dando respuesta a preguntas y hablando con hombres y mujeres a quienes preocupa el futuro, he llegado a entender que en todas partes la gente desea saber qué está pasando de verdad en el mundo de hoy. Todos deseamos ser capaces de leer entre líneas en las noticias y escuchar las verdades ocultas tras las interesadas declaraciones de quienes controlan nuestras empresas, gobiernos y medios de comunicación (colectivamente, la «corporatocracia»).

Como ya expliqué en *Confesiones*, traté de escribir ese libro en varias ocasiones. Contacté con otros gánsteres económicos y chacales —los mercenarios financiados por la CIA que intervienen para influir, engatusar, sobornar y en ocasiones asesinar— y les pedí que incluyeran sus historias. La voz se corrió de inmediato; yo mismo fui sobornado y amenazado. Dejé de escribir. Tras el 11-S, cuando me comprometí a ponerlo en marcha, decidí que esta vez no se lo diría a nadie hasta que el manuscrito estuviese publicado. En ese preciso momento se convirtió en una póliza de seguro; los chacales sabían que si me ocurría algo inusual las ventas del libro se dispararían. Escribir *Confesiones* sin la ayuda de otras personas con experiencias similares puede que haya resultado difícil, pero fue el camino más seguro. Desde su publicación, la gente ha salido de la oscuridad.

Gánsteres económicos, chacales, informadores, voluntarios de los Cuerpos de Paz, directivos de empresas y funcionarios del Banco Mundial, del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del gobierno vinieron a mí con sus propias confesiones. Las historias que comparten en las páginas siguientes exponen los hechos detrás de los acontecimientos que están configurando el mundo que han de heredar nuestros hijos. Y ellos ponen de manifiesto la siguiente conclusión: debemos actuar, debemos cambiar.

Deseo recalcar que el lector no va a encontrar catastrofismo en estas páginas. Soy optimista. Sé que, aun siendo graves, nuestros problemas se deben al ser humano. No estamos amenazados por un meteorito gigante. El fuego del sol no se ha extinguido. Puesto que nosotros creamos esos problemas, podemos resolverlos. Al explorar los oscuros recovecos de nuestro pasado podemos hallar una luz para examinar —y cambiar— el futuro.

Cuando usted termine de leer *La historia secreta del imperio americano* también se sentirá, creo yo, confiado en que vamos a hacer lo que debemos. Puede que haya identificado un plan de acción. Juntos utilizaremos los recursos que la providencia nos ha proporcionado para establecer sociedades humanas que reflejen nuestros ideales más altos.

Una tarde, cuando llevaba varios meses de gira presentando *La historia secreta del imperio americano*, me encontré dando una conferencia en una librería de Washington D.C. La señora que me presentó mencionó que esperaba la asistencia de unos cuantos miembros del Banco Mundial. Este banco fue creado en 1944 en Bretton Woods, localidad de mi estado natal de New Hampshire, con la misión de reconstruir países destruidos por la guerra. Esta misión no tardó en ser sinónimo de demostrar que el sistema capitalista era superior al de la Unión Soviética. Para reforzar este papel, sus empleados cultivaban una íntima relación con los máximos exponentes del capitalismo, las corporaciones multinacionales. Ello nos facilitó, a mí y a otros GE, la posibilidad de montar una estafa multimillonaria. Canalizamos fondos del banco y sus organizaciones hermanas hacia proyectos que parecían beneficiar a los pobres pero que fundamentalmente beneficiaban a unos pocos ricos. Los más habituales eran países en desarrollo que poseían recursos que nuestras corporaciones deseaban (por ejemplo, petróleo); facilitábamos un gran crédito a ese país y luego dirigíamos la mayor parte de ese dinero hacia nuestras propias empresas de ingeniería y construcción, y a unos pocos colaboradores en el país en



desarrollo. Proyectos de infraestructura tales como plantas productoras de energía, aeropuertos y parques industriales florecieron por doquier; sin embargo, apenas ayudaban a unas pobres gentes que no estaban conectadas a las redes de energía, no usaban los aeropuertos y carecían de los requisitos para ser contratadas en los parques industriales. A su debido tiempo los GE regresábamos al país endeudado y exigíamos nuestra libra de carne: petróleo barato, votos en las Naciones Unidas ante cuestiones críticas o tropas para apoyar a las nuestras en algún lugar del mundo, por ejemplo Irak.

Durante mis conferencias muchas veces creía necesario recordar a la audiencia un punto que a mí me resulta obvio pero que es erróneamente interpretado por muchos: que el Banco Mundial no es en absoluto un Banco Mundial; más bien es un banco norteamericano. Y algo parecido ocurre con su colega más próximo, el FMI. De los veinticuatro directores de su consejo, ocho representan a países individuales: Estados Unidos, Japón, Alemania, Francia, Reino Unido, Arabia Saudita, China y Rusia. Los 184 países miembros restantes se reparten los otros dieciséis directores. Estados Unidos controla casi el 17 por ciento del voto en el FMI y el 16 por ciento en el Banco Mundial; Japón va en segundo lugar, con cerca del 6 por ciento en el FMI y el 8 por ciento en el Banco, seguido de Alemania, Reino Unido y Francia, con cerca del 5 por ciento cada uno. Estados Unidos posee derecho de veto sobre decisiones de importancia, y el presidente de Estados Unidos nombra al presidente del Banco Mundial.

Al terminar la conferencia me condujeron a una mesa para firmar ejemplares. La cola serpenteaba entre hileras de librerías. Se presentaba otra larga tarde. Lo que no esperaba fue la cantidad de hombres y mujeres formalmente vestidos que me entregaron tarjetas indicadoras de que ostentaban altos cargos en embajadas extranjeras y el Banco Mundial. Había algunos embajadores de otros países; un par de ellos me pidieron que les firmase libros para sus presidentes y para ellos mismos.

Los últimos de la cola eran cuatro hombres: dos de ellos lucían traje y corbata de hombres de negocios y los otros dos, mucho más jóvenes, llevaban pantalones vaqueros y polo. Los dos más mayores me entregaron sus tarjetas profesionales del Banco Mundial. Uno de los jóvenes dijo: «Nuestros padres nos han dado permiso para contarle esto —empezó—. Les vemos cada mañana ir a trabajar al Banco vestidos... —hizo un gesto hacia ellos— así. Pero cuando los manifestantes se congregan aquí, en Washington, para protestar contra el Banco, nuestros padres se les unen. Les

vemos salir de incógnito vestidos con ropa vieja, gorras de béisbol y gafas de sol para apoyar a los manifestantes porque creen que esa gente, y usted, tienen razón».

Los dos mayores me estrecharon calurosamente la mano. «Necesitamos más personas que tiren de la manta, como usted», me dijo uno de ellos.

«Escriba otro libro —añadió el otro—. Incluya más detalles como los que ha ofrecido esta tarde acerca de lo que les pasó a los países en que trabajó, y de todo el daño causado por gente como nosotros en nombre del progreso. Desenmascare al imperio. Cuente lo que ocurre en realidad en países como Indonesia, donde las estadísticas parecen tan buenas y la realidad es tan mala. Denos esperanza. Ofrezca alternativas a nuestros hijos. Muéstreles el camino para hacer una buena labor.»

Les prometí que escribiría ese libro.

Pero antes de entrar de lleno en ese libro quisiera examinar una palabra que utilizó. Imperio. Palabra que ha sido tergiversada en la prensa, en las aulas y en los bares a lo largo de los últimos años. ¿Qué es exactamente un imperio? América, con su magnífica constitución, su Declaración de Derechos y su defensa de la democracia, ¿merece realmente un calificativo que trae a la mente una larga historia de conducta brutal y egoísta?

**Imperio:** nación-estado que domina a otras naciones-estado y que exhibe una o más de las siguientes características: 1) explota recursos de los territorios que domina; 2) consume grandes cantidades de recursos, unas cantidades desproporcionadas al tamaño de su población con respecto a la de otras naciones; 3) mantiene un gran ejército para reforzar su política cuando fallan medidas más sutiles; 4) propaga su lengua, literatura, arte y otros aspectos de su cultura a través de su esfera de influencia; 5) cobra impuestos no sólo a sus propios ciudadanos sino también a gente de otros países, y 6) impone su propia moneda en los territorios bajo su control.

Esta definición de «imperio» fue formulada durante las reuniones que mantuve con estudiantes de una serie de universidades durante la gira de mi libro entre 2005 y 2006. Casi sin excepción, los estudiantes llegaron a la siguiente conclusión: Estados Unidos exhibe todas las características de un imperio global. Consideremos cada uno de los puntos anteriores:

*Puntos 1 y 2.* Estados Unidos representa menos del 5 por ciento de la

población mundial pero consume más del 25 por ciento de los recursos mundiales. Eso se lleva a cabo en gran medida mediante la explotación de otros países, fundamentalmente del mundo en desarrollo.

*Punto 3.* Estados Unidos mantiene el mayor y más sofisticado ejército del mundo. Aunque su imperio ha sido construido fundamentalmente a través de la economía —mediante los GE— los líderes mundiales entienden que allí donde flaqueen otras medidas el ejército intervendrá, como hizo en Irak.

*Punto 4.* La lengua inglesa y la cultura americana dominan el mundo.

*Puntos 5 y 6.* Aunque Estados Unidos no carga impuestos directamente a otros países ni el dólar ha sustituido a otras monedas en los mercados locales, la corporatocracia impone una sutil tasa global y el dólar es de hecho la moneda estándar para el comercio mundial. Este proceso empezó al final de la Segunda Guerra Mundial cuando el patrón oro fue modificado; el dólar ya no pudo ser convertido por particulares, sólo por gobiernos. Durante las décadas de 1950 y 1960 se llevaron a cabo compras a crédito en el extranjero para financiar el creciente consumismo de América, las guerras de Corea y Vietnam y la Gran Sociedad de Lyndon B. Johnson. Cuando los hombres de negocios extranjeros trataron de comprar bienes y servicios a Estados Unidos, descubrieron que la inflación había reducido el valor de sus dólares: de hecho, habían pagado un impuesto indirecto. Sus gobiernos exigieron que la deuda se liquidase en oro. El 15 de agosto de 1971 la administración Nixon se negó y suprimió completamente el patrón oro.

Washington luchó por convencer al mundo para que continuase aceptando el dólar como patrón monetario. Debido al caso de lavado de dinero por parte de Arabia Saudita que yo ayudé a montar a principios de la década de 1970, la casa real saudita se comprometió a vender petróleo únicamente en dólares estadounidenses. Dado que los sauditas controlaban los mercados del petróleo, el resto de la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo) se vio obligado a acceder. Mientras el petróleo siguiese reinando como el recurso supremo, el dominio del dólar como moneda estándar mundial estaba asegurado; y continuaría el impuesto indirecto.

Una séptima característica emergió durante mis discusiones con los estudiantes: un imperio está gobernado por un emperador o un rey que controla el gobierno y los medios de comunicación; que no ha sido elegido por el pueblo ni está sometido a la voluntad de éste y cuyo mandato no está limitado por la ley.

A primera vista esto parece diferenciar a Estados Unidos de otros imperios. Sin embargo, la apariencia es ilusoria. Este imperio está gobernado por un grupo de personas que colectivamente actúan como un rey. Dirigen nuestras mayores corporaciones y, a través de éstas, nuestro gobierno. Pasan a través de las «puertas giratorias» a uno y otro lado de los negocios y el gobierno. Dado que financian las campañas políticas y los medios de comunicación, controlan a los gobernantes elegidos y la información que recibimos. Esos hombres y mujeres (la corporatocracia) mantienen el control con independencia de que demócratas o republicanos ocupen la Casa Blanca y el Congreso. No están sometidos a la voluntad del pueblo y no están limitados por la ley.

Este imperio moderno ha sido erigido subrepticamente. Muchos de sus propios ciudadanos no son conscientes de su existencia; sin embargo, aquellos que son explotados por él sí lo son, y muchos padecen una extrema pobreza. Aproximadamente veinticuatro mil personas mueren cada día de hambre o por enfermedades relacionadas con el hambre. Más de la mitad de la población del planeta vive con menos de dos dólares al día —muchas veces insuficientes para satisfacer las necesidades básicas y aproximadamente lo mismo que recibían en términos reales hace treinta años—. Para que nosotros llevemos una vida confortable, millones de personas deben pagar un alto precio. Así como nos hemos hecho conscientes del daño medioambiental causado por el estilo de vida consumista, la mayoría de nosotros olvida o niega su costo en sufrimiento humano. Nuestros hijos, sin embargo, no tendrán más opción que aceptar la responsabilidad de los desequilibrios que hemos provocado.

Durante el proceso de construcción del imperio, en Estados Unidos nos las hemos arreglado para descartar nuestras creencias fundamentales, aquellas que en el pasado definían la auténtica esencia de lo que era ser un norteamericano. Nos hemos negado a nosotros mismos y a aquellos a los que colonizamos los derechos tan elocuentemente expresados en la Declaración de Independencia. Hemos perdido los principios universales de igualdad, justicia y prosperidad.

La Historia enseña que los imperios no duran; caen o son derribados. Estallan las guerras y otro imperio llena el vacío. El pasado emite un mensaje apasionante. Debemos cambiar. No podemos permitir que la historia se repita.

La base del poder de la corporatocracia son sus corporaciones. Ellas definen nuestro mundo. Cuando miramos un globo terráqueo vemos los

contornos de algo menos de doscientos países. Muchas de las fronteras fueron establecidas por las potencias coloniales, y la mayoría de esos países tiene un impacto mínimo sobre sus vecinos. Desde un punto de vista geopolítico este modelo es arcaico; la realidad del mundo moderno estaría mejor representada por unas espesas nubes que rodeasen nuestro planeta, cada una simbolizando una corporación. Esas poderosas entidades impactan sobre cada país. Sus tentáculos alcanzan hasta las selvas más profundas y los desiertos más remotos.

La corporatocracia monta un espectáculo para promover la democracia y la transparencia entre las naciones del mundo, pero sus corporaciones son dictaduras imperialistas en las que unos pocos toman todas las decisiones y acaparan la mayor parte de los beneficios. En nuestro proceso electoral — el auténtico corazón de nuestra democracia— la mayoría de nosotros votamos únicamente a candidatos cuyas arcas de campaña están repletas; por lo tanto debemos elegir entre quienes tienen obligaciones con las corporaciones y los dueños de las mismas. En contra de nuestros ideales, los fundamentos de este imperio son la codicia, el secretismo y un materialismo excesivo.

En su aspecto positivo, las corporaciones han demostrado ser altamente eficaces en la organización de los recursos, el impulso de la creatividad colectiva y la propagación de páginas web de comunicación y distribución en los rincones más remotos del planeta. A través de ellas tenemos a nuestra disposición todo lo necesario para asegurarnos de que no mueran de hambre cada día esas veinticuatro mil personas. Disponemos del conocimiento, la tecnología y los sistemas requeridos para hacer que éste sea un planeta estable, sostenible, equitativo y pacífico.

Los fundadores de esta nación reconocieron que la revolución no tiene por qué conducir a la anarquía. Ellos mismos se libraron de la tiranía, pero también fueron lo bastante sabios como para adoptar muchas de las estructuras comerciales y legales que tan exitosas habían demostrado ser para los británicos. Hemos de conseguir algo similar. Debemos aceptar los beneficios que ha creado este imperio y usarlos para unir y sanar las heridas, y para salvar la brecha entre ricos y pobres. Debemos ser valientes, como lo fueron los fundadores de esta nación. Debemos romper el molde que ha definido la interacción humana y el sufrimiento. Hay que transformar el imperio en un modelo de gobierno y buena ciudadanía.

La clave para que ello suceda, para crear un mundo que nuestros hijos puedan estar orgullosos de heredar, pasa por transformar el poder de base

de la corporatocracia, las corporaciones: la forma en que ellas mismas se definen, marcan sus objetivos, desarrollan sus métodos de gobierno y establecen los criterios para seleccionar a sus máximos directivos. Las corporaciones dependen totalmente de nosotros. Nosotros, los seres humanos, les proporcionamos los cerebros y los músculos. Nosotros somos sus mercados. Compramos sus productos y financiamos sus esfuerzos. Como demostrará este libro, hemos tenido un gran éxito transformando corporaciones cada vez que nos lo hemos propuesto; por ejemplo, limpiando nuestros contaminados ríos, deteniendo el daño a la capa de ozono y dando marcha atrás en la discriminación. Ahora debemos aprender de nuestros éxitos y alzarnos a nuevos niveles.

Adoptar las acciones necesarias —las que presentamos en este libro— requerirá que finalicemos la tarea iniciada en la década de 1770 pero nunca completada. Quedamos emplazados a tomar el testigo portado por nuestros fundadores y por los hombres y mujeres que les siguieron y se opusieron a la esclavitud, se sobrepusieron a la Depresión y combatieron a Hitler, y que llegaron a nuestras costas huyendo de la opresión o buscando sencillamente la vida mejor ofrecida por nuestros más sagrados documentos. Para nosotros ha llegado la hora de armarse del valor necesario para continuar el trabajo que todos ellos iniciaron. No dejemos que se derrumbe este imperio y que sea reemplazado por otro; en lugar de ello, vamos a transformarlo.

Tras aquella tarde en la librería de Washington D.C., mi pensamiento volvió a menudo a la petición que me hicieron los dos ejecutivos del Banco Mundial. Les prometí que escribiría otro libro en el que expondría el daño causado por hombres como yo y ofrecería la esperanza de un mundo mejor. Necesitaba hacerlo. Necesitaba compartir las historias de una gente ignorada por los grandes medios de comunicación porque sus palabras podrían molestar a los anunciantes, y dar voz a quienes son ignorados porque deben continuar en el anonimato debido a que sus trabajos, pensiones y vidas pueden depender de ello. Necesitaba ofrecer una alternativa a los satanizados informes y las equívocas estadísticas que pasan por «objetivas» o «científicas» porque incluyen montañas de información recogida por investigadores que con demasiada frecuencia están financiados por la corporatocracia. Asumí que habría quienes se apresurarían a criticar mi uso de citas procedentes de informadores anónimos y de aquellos que han participado en la construcción de las noticias, pero que no son invitados a las tertulias televisivas de los domingos por la mañana; pero sentía que necesitaba rendir homenaje a esas

experiencias y a las voces que las describían. Se lo debía a la gente que leyó *Confesiones*, a los hijos de aquellos directivos, a mi hija de veintitrés años y a la generación que aquellos dos jóvenes y ella representan en el mundo entero. Por todos ellos —y por mí mismo— debía dar el siguiente paso.

# Asia

## 1

### La misteriosa mujer de Yakarta

Estaba listo para violar y saquear cuando salí hacia Asia en 1971. A mis veintiséis años, me sentía engañado por la vida. Deseaba vengarme.

Estoy seguro, en retrospectiva, de que la rabia me valió el empleo. Horas de pruebas psicológicas en la Agencia de Seguridad Nacional (ASN) me identificaron como un potencial gánster económico. La organización más clandestina del país llegó a la conclusión de que yo era un hombre cuyas pasiones podrían ser usadas para ayudarlo a cumplir su misión de expandir el imperio. En tanto que candidato ideal para saquear el Tercer Mundo fui contratado por Chas. T. Main (MAIN), una consultora internacional que hacía trabajos sucios para la corporatocracia.

Aunque las causas de mi rabia están detalladas en *Confesiones de un gánster económico*, pueden ser resumidas en unas pocas frases. Yo era hijo de un maestro de escuela primaria y crecí rodeado de chicos ricos. Me sentía aterrorizado y al mismo tiempo fascinado por las mujeres y, en consecuencia, ignorado por ellas. Asistí a un instituto que odiaba porque era el que querían mi madre y mi padre. En el que fue mi primer gesto de desafío, lo dejé, encontré trabajo como chico de los recados en un gran periódico local y más tarde, con el rabo entre las piernas, regresé al instituto para evitar ser reclutado. Me casé demasiado joven porque eso fue lo que exigió la chica que finalmente me aceptó. Pasé tres años en el Amazonas y los Andes como un miserable voluntario de los Cuerpos de Paz, de nuevo evadiendo el reclutamiento.



Me considero un auténtico y leal americano. Ello también contribuía a mi rabia. Mis antepasados lucharon en la Revolución y en la mayoría de las guerras de Estados Unidos. Mi familia era mayoritariamente republicana conservadora. Puesto que los dientes literarios me salieron con Paine y Jefferson, pensaba que un conservador era alguien que creía en los ideales fundacionales de nuestro país, en la justicia y en la igualdad de todos; me enojó la traición a esos ideales en Vietnam y la connivencia entre Washington y las empresas petroleras que destruían el Amazonas y esclavizaban a su población.

¿Por qué elegí convertirme en un GE y comprometer mis ideales? Mirando atrás puedo decir que mi trabajo prometía cumplir muchas de mis fantasías; ofrecía dinero, poder y mujeres hermosas, así como viajes en primera clase a tierras exóticas. Se me advirtió, por descontado, que no se me pediría que hiciese nada ilegal. De hecho, si hacía satisfactoriamente mi trabajo sería felicitado, invitado a dar conferencias en institutos de la Ivy League y compartiría mantel con la realeza. En mi interior sabía que este viaje estaba plagado de peligros. Estaba jugando con mi alma. Pero creí que podría demostrar que yo sería la excepción. Cuando salí hacia Asia pensé que podría atesorar los beneficios durante unos años y luego poner al descubierto el sistema y convertirme en un héroe.

Debo admitir asimismo que en mi infancia desarrollé una fascinación por los piratas y la aventura. Pero había vivido una vida totalmente opuesta, haciendo siempre lo que se esperaba de mí. Dejando a un lado el abandono del instituto (durante un semestre), yo era el hijo ideal. Ahora había llegado el momento de la violación y el pillaje.

Indonesia sería mi primera víctima...

Indonesia es el mayor archipiélago del mundo: suma más de diecisiete mil islas que se extienden desde el Sudeste asiático hasta Australia. Trescientos grupos étnicos diferentes hablan más de 250 lenguas distintas. Tiene más musulmanes que ningún otro país. A finales de la década de 1960 sabíamos que flotaba en petróleo.

El presidente John F. Kennedy hizo de Asia el baluarte de los constructores de imperios anticomunistas cuando en 1963 apoyó el golpe de Estado contra Ngo Dinh Diem en Vietnam del Sur. Diem fue asesinado y fueron muchos quienes pensaron que la CIA dio la orden; después de todo, la CIA había orquestado golpes contra Mossadegh en Irán, Qasim en Iraq, Arbenz en Venezuela y Lumumba en el Congo. La caída de Diem condujo a la inmediata acumulación de tropas estadounidenses en el Sudeste asiático y,

finalmente, a la guerra de Vietnam.

Las cosas no salieron como Kennedy había planeado. Mucho después del asesinato del propio presidente, la guerra se convirtió en una catástrofe para Estados Unidos. En 1969 el presidente Richard M. Nixon inició la retirada de tropas; su administración adoptó una estrategia más clandestina, centrada en prevenir el efecto dominó de un país cayendo detrás de otro bajo el dominio comunista. Indonesia pasó a ser clave.

Uno de los factores principales fue el presidente de Indonesia, Haji Mohammed Suharto. Tenía fama de anticomunista incondicional y de hombre que no dudaba en recurrir a la más extrema brutalidad para ejecutar su política. Como jefe del ejército, en 1965 había aplastado un golpe de Estado de inspiración comunista; en el consiguiente baño de sangre se produjeron entre 300.000 y 500.000 muertes, una de las ejecuciones en masa más deplorables del siglo, recuerdo de las de Adolf Hitler, Josef Stalin y Mao Zedong. Se calcula que otro millón de personas fueron encerradas en cárceles y campos de prisioneros. Fue en 1968, tras los asesinatos y arrestos, cuando Suharto se proclamó presidente.

Cuando llegué a Indonesia en 1971, el objetivo de la política exterior norteamericana estaba claro: detener el comunismo y apoyar al presidente. Esperábamos que Suharto sirviese a Washington de la misma forma que el sha de Irán. Ambos se parecían: codiciosos, presumidos y despiadados. Aparte de ansiar su petróleo deseábamos que Indonesia sirviese de ejemplo para el resto de Asia y la totalidad del mundo musulmán.

Mi empresa, MAIN, estaba encargada de desarrollar sistemas eléctricos integrados que permitieran a Suharto y a sus compinches industrializar y hacerse todavía más ricos, y asegurar el dominio norteamericano a largo plazo. Mi trabajo consistía en elaborar los estudios económicos necesarios para obtener financiación del Banco Mundial, el Banco Asiático de Desarrollo y la Agencia Norteamericana para el Desarrollo Internacional (USAID, en las siglas inglesas).

No mucho después de que llegara a Yakarta, el equipo de MAIN se reunió en un elegante restaurante del último piso del Hotel Intercontinental Indonesia. Charlie Illingworth, el mánager de proyectos, resumió nuestra misión: «No estamos aquí únicamente para salvar a este país de las garras del comunismo». Y añadió: «Todos sabemos cuánto depende nuestro país del petróleo. Indonesia puede ser un poderoso aliado en este sentido. O sea que, por favor, mientras lleváis a cabo este plan principal, haced todo cuanto esté en vuestras manos para asegurarnos de que la industria del

petróleo y sus subsidiarias —puertos, oleoductos, empresas de construcción— obtienen toda la electricidad que necesitan para los veinticinco años que durará este plan».

En aquellos días la mayoría de las oficinas gubernamentales de Yakarta abrían temprano, hacia las siete, y cerraban sus puertas hacia las dos. Los empleados hacían un alto para tomar café, té y un bocado; pero el almuerzo se posponía hasta la hora de cierre. Yo tomé la costumbre de volver rápido al hotel, ponerme el traje de baño, dirigirme a la piscina y encargarme un sándwich de atún y una Bintang Baru, una cerveza local. Aunque llevaba una cartera atestada de documentos oficiales, era un subterfugio; yo estaba allí para trabajar el bronceado y devorar con la mirada a las jóvenes y bellas mujeres en bikini, en su mayoría esposas norteamericanas de trabajadores del petróleo que se pasaban los días laborables en remotas localidades o de ejecutivos con oficinas en Yakarta.

No tardé en enamorarme de una mujer que parecía ser de mi edad y de herencia asiático-americana. Además de su impresionante físico, parecía inusualmente amistosa. De hecho, por la forma en que se mantenía erguida y sonriéndome mientras pedía la comida en inglés, para luego dirigirse a la piscina, parecía estar flirteando. Me encontré a mí mismo esquivándola con rapidez. Sabía que estaba sonrojándome. Y maldije a mis puritanos padres. Todos los días hacia las cuatro de la tarde, y aproximadamente una hora y media después de mi llegada, se le unía un hombre que, estaba seguro, era japonés. Vestía como un hombre de negocios, lo cual era inusual en un país en el que el atuendo formal consistía generalmente en unos pantalones y una camisa bien planchada, muchas veces confeccionada con batik, una tela local. Hablaban durante un momento y luego se marchaban juntos. Aunque los buscaba por los bares y restaurantes del hotel nunca los vi, ni juntos ni separados, en ningún lugar salvo en la piscina.

Una tarde, mientras bajaba a la planta baja en el ascensor, me armé de valor. Tenía que abordarla y hablar con ella. Me dije que no tenía nada que perder; sabía que estaba casada con el japonés y tan sólo quería hablar con alguien en inglés. ¿Qué objeción podría poner ella? Una vez que me impuse esta obligación me sentí jubiloso.

Me dirigí hacia la piscina con un sentido de anticipación optimista, canturreando una de mis canciones favoritas. Pero tan pronto como llegué me detuve en seco, confuso y consternado. Ella no estaba en su lugar habitual. Busqué frenéticamente por los alrededores pero no había ni rastro de ella. Deposité mi cartera cerca de una tumbona y recorrí los jardines

cercanos. Nunca los había explorado antes y descubrí ahora que eran grandes, llenos a reventar de orquídeas de todos los colores posibles y de una gran profusión de aves del paraíso, así como de unas bromelias que eclipsaban las que yo había visto en el Amazonas; pero lo único que se me ocurrió fue que había perdido la oportunidad de admirarlas con ella. Las palmeras y los arbustos exóticos formaban pequeños rincones y escondrijos. Me pareció verla tendida sobre una toalla en el césped al otro lado de un seto. Corrí hacia allí pero no hice sino despertar a la mujer. Ella apretó contra sus pechos la parte superior del biquini, que estaba desatada, se sentó y me miró amenazadoramente, acusándome de voyeur con la mirada y gritándome en un idioma que no pude entender. Me excusé lo mejor que supe y volví al lugar donde había dejado la cartera.

Cuando se aproximó el camarero para tomar mi pedido, señalé la tumbona vacante donde ella se echaba habitualmente. Él hizo una reverencia, sonrió y tomó mi cartera para depositarla allí.

—No, no, *tidak* —dije, señalando todavía—. La mujer. ¿Dónde está? — Imaginé que conocer los hábitos de los clientes habituales formaba parte del trabajo de un camarero de piscina. Sospeché que el ejecutivo japonés era pródigo en sus propinas.

—No, no —repitió—. *Tidak*.

—¿Sabe a dónde ha ido? —Hice con las manos ese gesto que yo creía universal para representar a una mujer.

Él imitó mis movimientos, sonrió estúpidamente y repitió mis palabras como una cotorra.

—¿Dónde ha ido?

—Sí, ¿dónde?

—Sí —repitió—. ¿Dónde? —Se encogió de hombros otra vez con una expresión copiada del gato de Cheshire de *Alicia en el país de las maravillas*. Entonces chasqueó los dedos—. Sí —sonrió.

Suspiré, reconociendo que mi teoría sobre los camareros de piscina estaba por confirmar.

—Sanuich d'atun y Bintang Baru —dijo.

Totalmente derrotado, sólo alcancé a decir que sí con la cabeza. Él se marchó al trote.

Llegaron las cuatro y pasaron. No había rastro de ella ni del hombre que siempre se había reunido con ella. Me dirigí hacia mi habitación, me duché, me cambié de ropa y salí. Tenía que alejarme de ese hotel. Me sumergiría en la vida local.

## 2

# Robar a leprosos

Era una típica tarde de Yakarta, cálida y pegajosa. Sobre la ciudad colgaban nubes pesadas que amenazaban lluvia. Hasta entonces yo no había salido del hotel excepto en mi jeep con chófer particular. Nada más bajar de la acera de la despejada entrada del hotel casi fui derribado por un triciclo de alquiler de los que llaman *becaks*. Yo los había visto a millares mientras me llevaban a las diversas reuniones y siempre me habían parecido pintorescos los motivos pintados con los colores del arco iris a los lados de esas especies de cajas con altos asientos, una forma peculiar de recordar que Indonesia era tierra de artistas. Ahora vi otro detalle; sus conductores eran hombres pobres y vestidos de harapos que competían desesperadamente por los clientes. Se abalanzaron sobre mí haciendo sonar los timbres y gritando para atraer mi atención. En un intento de evitar ser atropellado casi me metí en un regato negro como el alquitrán, que estaba repleto de desperdicios y apestaba a orina.

El regato desaguaba por una inclinada pendiente en uno de los muchos canales construidos por los holandeses durante la era colonial. Al estar ahora estancado su superficie se veía cubierta de una espuma verdosa de aspecto putrefacto; el hedor que despedía era casi intolerable. Parecía absurdo que ese ingenioso pueblo que había convertido el mar en tierras de cultivo hubiese tratado de recrear Amsterdam en medio de este calor tropical. El canal, como las alcantarillas que lo alimentaban, rebosaba de desechos. En el arroyo había un penetrante olor a fruta podrida y orina, mientras que el canal arrastraba un hedor más oscuro y duradero, mezcla de

excrementos humanos y putrefacción.

Seguí adelante esquivando los triciclos que atestaban ambos lados de la calle. Más allá, en la corriente principal de la avenida, el tráfico era una locura de automóviles y motocicletas; el estruendo de cláxones, motores y tubos de escape sin silenciador era abrumador, al igual que el acre hedor del aceite sobre el pavimento caliente y el humo mezclado con el aire húmedo. La suma de todo lo cual empezó a afectarme físicamente.

Me detuve un momento, sintiéndome agredido y derrotado. Estuve a punto de rendirme y regresar a la serenidad de mi hotel. Entonces recordé que había resistido a la jungla amazónica y que había vivido en chozas de barro con campesinos de los Andes que sobrevivían con una ración diaria de patata y un puñado de legumbres y que, cuando se les preguntaba el nombre de sus hijos, mezclaban los de los muertos con los de los vivos y los primeros superaban muchas veces en número a los últimos. Pensé en los demás miembros de mi equipo y en todos los viajeros norteamericanos que intencionadamente evitan ver los países que visitan de la forma en que los ven la mayoría de sus habitantes. De pronto caí en la cuenta de lo mucho que me habían impactado mis experiencias como voluntario de los Cuerpos de Paz: los lazos que había forjado con algunas de esas personas; la forma en que me habían abierto sus vidas y compartido desinteresadamente sus escasas provisiones; cómo me habían acogido, dado cobijo, alimentado e incluso amado. Allí solo, bajo la noche que caía sobre Yakarta, tuve que preguntarme si de verdad estaba hecho para ser un pirata. ¿Cómo iba a poder violar y pillar a los conductores de *becaks*; a los chicos y chicas jóvenes que servían en el hotel y en las oficinas que frecuentaba, a los campesinos que trabajaban duramente en sus campos de arroz, a los pescadores, costureras, zapateros o carpinteros? Una cosa era ser un Robin Hood que roba a los ricos o un pirata que asalta los galeones españoles cargados con el oro del rey, y otra muy diferente era esquilmar a los pobres. Pero eso era exactamente lo que se me pedía; iba a robar a los pobres para entregárselo a los ricos —y, en el proceso, sacar una comisión—. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Cómo podían vivir consigo mismos Charlie Illingworth y todos cuantos hacían trabajos similares?

En aquel momento hube de aceptar mi responsabilidad personal y reconocer la posibilidad de que mis años en Ecuador me hubiesen dado una perspectiva diferente a la de quienes hacían el mismo tipo de trabajo que yo, o a la de los ciudadanos cuyos impuestos nos financiaban. Había sido bendecido —o maldecido— con percepciones compartidas por pocos

norteamericanos. Todo el mundo encontraba formas de racionalizar. Charlie combatía a los comunistas. Otros, sencillamente, se beneficiaban. «Un mundo de perro-come-perro», decían. «Mi familia es lo primero.» Algunos presentaban a las demás razas o clases como inherentemente inferiores o perezosas, y merecedoras de cualquier desgracia que les ocurriese. Algunos, suponía yo, creían realmente que invertir fortunas en redes eléctricas solventaría los problemas del mundo. Pero, en mi caso, ¿cuál era mi justificación? Era un joven que de pronto se sintió muy viejo.

Me quedé contemplando el canal. Deseé tener un ejemplar de *Sentido común*, de Tom Paine, para poder arrojarlo en esas aguas apestosas.

Mi mirada se vio atraída por algo en lo que no había reparado antes. Una caja de cartón, grande y estropeada, se hundía como el baqueteado sombrero de un mendigo cerca del borde del agua estancada. Mientras la miraba sufrió un repentino estremecimiento que me recordó a un animal mortalmente herido. Imaginando que se trataba de una falsa ilusión y que el calor, el humo de los tubos de escape y el ruido habían acabado con mis entendederas, decidí echar a andar de nuevo; pero antes de darme la vuelta vislumbré un brazo que sobresalía por un lado de la caja, o mejor dicho, lo que parecía haber sido un brazo algún día, ahora reducido a un sanguinolento muñón.

El movimiento se intensificó. El sangriento muñón se deslizó a lo largo del borde de la caja hacia una de las esquinas superiores. Y surgió derecho hacia arriba. Detrás apareció una espesa mata de cabellos negros, como unas serpientes de Medusa, enredadas y aplastadas por el barro. La cabeza se sacudió y empezó a emerger un cuerpo hasta entonces oculto por la caja, un cuerpo que me provocó oleadas de repulsión. Retorcido y demacrado, lo que me pareció ser una mujer se arrastró por el suelo hasta el borde del canal. Caí en la cuenta de que estaba viendo algo de lo que había oído hablar toda mi vida pero que nunca había visto. Esa mujer, suponiendo que tal fuese su sexo, era una leprosa, un ser humano cuya carne se pudría ante mis ojos.

En el borde del canal el cuerpo tomó asiento, o, más exactamente, se dejó caer sobre un montón de harapos. El brazo que yo no había visto antes se alargó y sumergió una tela hecha jirones en las fétidas aguas del canal, la sacudió lentamente y la envolvió en torno a ese sanguinolento muñón que tenía unas heridas abiertas donde debieran estar los dedos.

Escuché un gemido, y caí en la cuenta de que el sonido provenía de mí. Me temblaban las piernas. Sentí la necesidad de correr de nuevo hacia mi hotel,

pero meforcé a permanecer allí. Debía ser testigo de la agonía de esa persona. Interiormente sabía que cualquier otra acción sería inútil. La lucha de esa mujer probablemente se repetía a solas varias veces al día. Me pregunté cuántas almas abandonadas estarían llevando a cabo similares rituales de muerte ahí en Yakarta, por toda Indonesia, en la India y en África.

Un movimiento atrapó mi mirada, una nueva contracción en las paredes de la caja. La leprosa se giró lentamente para mirar la caja. Su rostro era un contorno borroso de pústulas rojas; carecía de labios. Seguí sus ojos hundidos.

La cabeza de un niño surgió a un lado de la caja. Yo deseaba no mirar pero me sentía fascinado, como un hombre que presencia un asesinato pero es incapaz de detenerlo. La criatura se arrastró hacia la mujer. Se sentó junto a la leprosa y empezó a llorar. Yo no llegaba a oír su voz, ya fuera porque ésta era demasiado débil o porque el tráfico era demasiado fuerte, pero pude ver la boca abierta y los espasmos del pequeño cuerpo.

La leprosa alzó de repente la mirada y me vio mirándola. Nuestras miradas se cruzaron. Ella escupió contra el suelo, se puso en pie, sacudió un sanguinolento muñón contra mí, tomó a su hijo en brazos y, huyendo más rápido de lo que yo hubiera creído posible, desapareció de nuevo en el interior de la caja.

Mientras contemplaba el lugar donde había estado la mujer sentí un golpe en la espalda. Instintivamente me di la vuelta y busqué mi cartera en el bolsillo lateral. Me sentí aliviado al encontrarla todavía allí, y también me alivió la distracción. Dos chicas jóvenes pasaban cerca de mí. Soltaron una risita y me sonrieron. Una llevaba unos ajustados vaqueros y la otra una reveladora minifalda. Tacones de aguja y tops con la espalda al desnudo. Se detuvieron. «No somos carteristas —dijo la de la minifalda—. Amantes. — Hizo un gesto expresivo con el dedo—. Ven. Ámanos.»

Denegué con la cabeza.

—Vaya, le gustan los chicos —dijo. Y dieron media vuelta.

Un poco más allá un puente de peatones cruzaba sobre el frenético tráfico. Se dirigieron hacia él, dos tigresas en busca de presa exhibiendo la sexualidad de sus ondulantes caderas. La de la minifalda se dio la vuelta, sonrió y me saludó. Después ambas se dirigieron a las escaleras del puente. Miré hacia la caja de cartón. No había movimiento. Se levantó una pequeña brisa que provocó ondas a través del canal. Me sentí tentado de bajar y entregarle a esa mujer todo el dinero que llevaba en la cartera, pero



entonces vi en el suelo la desgarrada tela que aparentemente había arrojado en su prisa por alejarse de mí. Pensé que lo mejor era concederle la dignidad de su privacidad. Y me dirigí apresuradamente hacia la pasarela peatonal sin tener ni idea de a dónde me conduciría.

El sol se pone rápida y brillantemente en el ecuador. Ese día las pesadas nubes permitieron que la luz persistiera hasta que de repente, cuando alcancé el puente, se hizo casi de noche. Del otro lado un cartel de neón decía en inglés: RESTAURANTE. Subí las escaleras.

Una mujer alta estaba apoyada en la barandilla. En la desfalleciente luz era difícil estar seguro, pero parecía bella. Cuando llegué a su altura dijo en una voz sorprendentemente áspera: «Soy tu chico fácil. Nosotros fuki fuki». Se señaló la nuez, la hizo subir y bajar, lo mismo que su trasero, y me sonrió. Entonces advertí las capas de maquillaje. Seguí adelante apresuradamente.

Unos faroles cobraron vida sucesivamente a lo largo del puente. Sus irregulares parpadeos producían un inquietante resplandor amarillo que confería al lugar un aspecto difuso, casi pantanoso. Me detuve junto a uno de ellos pensando que mi trabajo de prever la demanda de electricidad me exigía investigar ese tipo de cosas. El pilar de cemento estaba agrietado, desmenuzado y salpicado de moho. Evité tocarlo.

Seguí caminando, vigilando mis pies sobre el suelo del puente lleno de manchas. Las oxidadas puntas de unas barras metálicas surgían del cemento, como airados gusanos en la amarillenta luz pantanosa. Traté de pensar en el puente, en su edad y en los hombres que lo construyeron, pero iba distraído. Se me había colado en la mente la imagen de aquella bella mujer del hotel. En cierto modo era un alivio frente a la realidad que me rodeaba; pero también me obsesionaba. No podía borrarla de mi mente. La idea de haberme enamorado y haber sido abandonado me desgarraba; me convencí de que era una absoluta estupidez.

Alcé la vista a tiempo para ver que casi había alcanzado los escalones del otro lado del puente. El cartel de RESTAURANTE estaba casi frente a mí, sobre el tejado de una serie de edificios bajos en una calle apartada de la avenida principal. Debajo, en letras más pequeñas, pude leer: EXCELENTE COMIDA CHINA. Un sedán negro, similar a los de la embajada norteamericana, se aproximaba lentamente al restaurante. El solitario vehículo parecía fuera de lugar en medio del bullicio ciudadano.

# 3

## Geishas

Bajé los escalones. El sedán se detuvo frente a la puerta. Permaneció allí un momento y luego siguió adelante, aparentemente porque a su ocupante no le gustaba lo que veía, o porque no había encontrado a la persona que buscaba. Traté de mirar a través de las ventanillas del coche pero sólo vi el reflejo del cartel de neón del restaurante. De repente, el conductor aceleró y se alejó con rapidez.

Cuando alcancé el restaurante su interior quedaba velado por unas finas cortinas. Apreté la cara contra el cristal. Dentro estaba oscuro salvo por unos pequeños y parpadeantes globos de cristal que tomé por velas. Abrí la puerta.

Ésta daba a una estancia oscura con una luz en cada una de las mesas, que serían una docena. Un vistazo rápido a las que estaban ocupadas por comensales me sugirió diversidad cultural: eran asiáticos y europeos o americanos.

Una mujer china me hizo una reverencia. «Bienvenido —dijo—. Buenas noches. ¿Cena para uno?» Su acento hacía pensar que había estudiado con un profesor inglés. Me precedió hacia el comedor.

Me quedé paralizado sin creer lo que veía. La mujer de la piscina, mi dama, la persona que con tanto ahínco había tratado de localizar, estaba sentada a la mesa con otra mujer asiática y me miraba. Entonces sonrió y me hizo una seña. Al observarlo, la camarera me acompañó hacia su mesa. «¿Amigos?»

—Sí —dijo sin vacilar la mujer de la piscina—. ¿Querría unirse a nosotras, por favor?

La camarera apartó una silla vacía, se inclinó y se fue.

Yo vacilaba debido a la confusión.

—¿Dónde está su esposo? —pregunté.

Las dos mujeres intercambiaron una mirada y se echaron a reír.

—No estoy casada —dijo ella finalmente.—El caballero de la piscina...

—Un socio. —Sofocando una risita, me mostró la silla vacía—. Por favor, siéntese. Nosotras acabamos de pedir. Hay más que suficiente para los tres, al menos para empezar. ¿O quiere cenar solo? —Su inglés era casi perfecto, con apenas un rastro de acento.

Tomé asiento. Una parte de mí no podía creer mi buena suerte. La otra sentía aprensión, como si estuviese involucrándome en algo ilícito. Vino un camarero y puso frente a mí una copita.

La dama de la piscina señaló una jarrita de porcelana:

—¿Sake? Hemos bebido cantidad. Ésta es nuestra noche de soltarnos el pelo. Aquí el sake es muy bueno. —Me llenó la copa—. Salud. —Los tres chocamos nuestras copas—. Vaya —dijo ella limpiándose los labios con una pequeña servilleta de lino—. Qué maleducada soy. Me llamo Nancy y ella es Mary.

—John. —Estreché la mano a cada una.

—Me fijé en usted en la piscina, John. Confiaba en que vendría a presentarse. Parece usted muy solo y agradable, pero creo que es terriblemente tímido. O quizá... —Se inclinó tanto hacia mí que pude oler el licor en su aliento—. Está usted locamente enamorado de su esposa.

Esta vez me tocó a mí reír.

—Me estoy divorciando.

—Qué suerte —dijo Mary—. Este lugar es para romper matrimonios. —Alzó su copa. Hablaba con un acento similar, un poco más fuerte que el de Nancy.

El camarero se acercó con varios platos repletos de comida. Mientras comíamos intercambiamos información acerca de nuestras circunstancias. Nancy y Mary me dejaron asombrado cuando se describieron como geishas. Admití que pensaba que esa época había pasado hace mucho; me aseguraron que estaba equivocado.

—El petróleo —dijo Mary— resucitó este antiguo arte. Es diferente, sí, pero hoy está muy vivo.

A sus madres tailandesas, preñadas por oficiales americanos destinados a sus países tras la Segunda Guerra Mundial, las abandonaron. Las mujeres entregaron a sus hijas recién nacidas a un hombre de negocios japonés; éste

se encargó de que fueran criadas y su escolarización incluyó prolongadas clases de inglés y de historia y cultura de Estados Unidos. Cuando se hicieron adultas, pasaron a trabajar para él.

—Probablemente se haya fijado en las mujeres de ahí fuera, en la calle. —Nancy hizo un gesto hacia el puente peatonal al otro lado de la ventana velada por la cortina—. Podríamos ser nosotras. Tuvimos suerte. —Siguió contando que el hombre de negocios las pagaba bien y que raras veces les decía qué debían hacer o cómo debían actuar—. Pide resultados. Eso es todo. A nosotras nos corresponde cumplirlos. —Sirvió sake para todos.

—¿Qué clase de resultados?

—Qué ingenuo —exclamó Mary—. Debe de ser nuevo aquí. Admití que era mi primer viaje, mi misión inicial, y añadí que estaba deseoso de aprender.

—Nos encantará enseñarle —proclamó Nancy—. En nuestro mundo, es usted un tesoro. Pero puede que nosotras le pidamos algo a cambio. No esta noche, sino en algún momento.

—A su servicio —dije tratando de parecer despreocupado. Parecían unas profesoras más que unas geishas mientras me explicaban que los hombres poderosos siempre se han mostrado deseosos de gastar fortunas y sacrificar las vidas de otros con vistas a atesorar recursos y poder. Yo estaba asombrado de su franqueza y lo atribuí en parte al sake, aunque todo lo que dijeron tenía una absoluta lógica. Hablaron de la importancia del mercado de especias en la época de los grandes exploradores europeos y del papel del oro durante siglos.

—Actualmente es el petróleo —prosiguió Nancy—. Es el recurso más precioso. Todo depende de él. Las especias y el oro eran lujos sin demasiado valor real. Las especias eran buenas para el paladar, se usaban como conservantes, y el oro para joyas y objetos. Pero el petróleo... es la vida misma. En el mundo de hoy nada funciona sin él. Es la mayor presa de la Historia. Las apuestas son altas. ¿Debe extrañarnos que los hombres estén dispuestos a arriesgarlo todo por controlarlo? Harán trampas y robarán. Construirán barcos y misiles, y enviarán a la muerte a miles, a centenares de miles de jóvenes soldados por el petróleo.

—¿Eso es lo que aprendisteis en los libros de historia? Ella me dedicó una sonrisa.

—Por supuesto que no. Eso viene de la escuela de los golpes duros.

—¿Golpes duros? —Mary se estaba partiendo de risa—. No puedo creer que hayas dicho eso, Nance. Es genial. Tengo que recordarlo. Golpes duros

—concluyó, meneando la cabeza.

Pero yo pensaba en Charlie y el discurso que nos soltó la primera noche en el restaurante del último piso del Hotel Intercontinental acerca de que habíamos ido a Indonesia para salvarla de los comunistas y asegurar el petróleo para Estados Unidos. Entonces mis pensamientos se dirigieron a Claudine, la mujer de Boston que me había promocionado como un gánster económico. Se me ocurrió que ella formaba parte de la misma tradición que esas dos mujeres asiático-americanas. Me pregunté si alguna vez se habría considerado a sí misma una geisha. Pasé mi mirada de la sonriente Mary a Nancy y en ese momento vi a Claudine y fui consciente de lo mucho que la echaba de menos. Me pregunté si mi encaprichamiento con la mujer que tenía enfrente, mi obsesión de la piscina, no surgía de mi soledad y quizá de una conexión subconsciente que yo había establecido entre ella y Claudine. Me obligué a volver al presente. Mary se limpiaba la risa de sus ojos con la servilleta. Me dirigí a Nancy.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu papel?

—Nosotras somos como esos soldados, prescindibles pero necesarias. Servimos al Emperador.

—¿Quién es el Emperador?

Nancy se volvió hacia Mary.

—Nunca lo sabemos. El que pague el precio más alto a nuestro patrón.

—¿El hombre de la piscina?

—Él es mi contacto aquí, no mi patrón de verdad. Me pone en contacto con mis clientes.

—¿En el Hotel Intercontinental?

—En la suite nupcial. —Soltó una risita, pero se contuvo—. Lo siento. Mary y yo siempre decimos que queremos una auténtica luna de miel en esa suite. —Dirigió la mirada más allá de la ventana velada por la cortina. Recordé el sedán negro que había pasado por allí y me pregunté si sus ocupantes habrían estado buscando a cualquiera de las dos.

—¿Sólo trabajáis allí... en el Hotel Intercontinental?

—Por supuesto que no. Clubes de campo, cruceros, Hong Kong, Hollywood, Las Vegas... lo que quieras. Si los petroleros y los políticos lo desean, nosotras vamos allí.

Llevé la mirada de una a otra. Parecían tan jóvenes, y tan sofisticadas. Yo tenía veintiséis años; sabía, por lo que me habían contado, que eran cinco años más jóvenes que yo.

—¿Quiénes son vuestros clientes?

Nancy se llevó un dedo a los labios. Miró en derredor como un cervatillo que vi una vez en un campo de New Hampshire, aterrorizado por un perro que ladraba en la distancia.

—Nunca —dijo, y su voz adquirió un tono solemne— haga esa pregunta.

# 4

## El bugi

Durante aquellos años volví frecuentemente a Indonesia. El Banco Mundial y sus afiliados, así como el gobierno de Suharto, supieron apreciar la predisposición de MAIN a facilitar los informes necesarios para asegurar amplios préstamos que beneficiarían a las corporaciones norteamericanas y a los dirigentes indonesios. No les importaba que esos préstamos fuesen a dejar al país fuertemente endeudado. Para los bancos, ello formaba parte del plan. Y en lo relativo a Suharto, al invertir en el extranjero una fortuna personal que crecía vertiginosamente, se blindaba a sí mismo frente a una futura bancarrota de Indonesia.

A lo largo de los años mis misiones me llevaron a poblados idílicos en las montañas de Java, a playas remotas a lo largo de las costas y a exóticas islas. La lengua, Bahasa Indonesia, la inventaron unos lingüistas tras la Segunda Guerra Mundial para ayudar a unificar las islas; su simplicidad me permitió aprender lo básico rápidamente. Me gustaba explorar zonas apenas visitadas por los extranjeros, hablar con la gente y tratar de entender su cultura. Mi entrenamiento en los Cuerpos de Paz me había enseñado el valor de no seguir los caminos trazados por la mayoría de los hombres de negocios, diplomáticos y turistas, y de reunirme con campesinos, pescadores, estudiantes, tenderos y golfos de la calle. Sin embargo, eso reafirmaba mi obsesión con la culpabilidad provocada por el terrible impacto que hombres como yo ejercíamos sobre la mayor parte de la población de Indonesia.

Cuando estaba en Yakarta pasaba todo el tiempo posible en la piscina del

Hotel Intercontinental. Me decepcionó no volver a ver nunca más a Mary y a Nancy. Sin embargo, pude ver a sus homólogas trabajando en la piscina. Intimé con una de ellas, una joven thai, y descubrí que el uso de geishas no era exclusivo de los japoneses. Nosotros, los americanos, tenemos nuestra propia versión, al igual que los europeos y otros asiáticos; sin embargo, esas mujeres coincidían en que los japoneses eran los patronos ideales, y que ellos habían perfeccionado esa profesión de una forma inigualada por otras culturas; lo cual resultaba adecuado, pensé, debido a su prolongada historia.

La mujer thai se hizo amiga mía no para obtener algo o porque alguien la hubiese contratado para comprometerme; al fin y al cabo, yo ya había sido comprado. Lo hizo por bondad de corazón o quizá debido a la química que se creó entre nosotros. Nunca estuve del todo seguro de sus motivos, sólo era compañía, inspiración erótica y una confidente. También me ilustraba acerca de los negocios internacionales de alto nivel y de la diplomacia. «Da por supuestas las cámaras ocultas y las grabadoras en las habitaciones de las damas que traten de seducirte —dijo, añadiendo rápidamente con una sonrisa—: y no es que no seas atractivo, es que las cosas no son como parecen.» Me enseñó que las mujeres como ella desempeñaban un papel primordial en la realización de algunos de los negocios más importantes del mundo.

Un par de años después de mi primera misión fui enviado tres meses a Sulawesi, una remota isla al este de Borneo. Esta isla, cariñosamente conocida como «la jirafa borracha corriendo» debido a su silueta en los mapas, fue elegida para servir como modelo de desarrollo rural. Antaño fue una pieza importante en el tráfico de especias del Sudeste asiático, pero en el siglo XX se había convertido en un lugar muy atrasado. Y el gobierno indonesio decidió hacer de ella un símbolo de progreso. Los americanos la veíamos como una mina para las industrias extractivas, madereras y agrícolas. Algunas gigantescas corporaciones ansiaban su potencial de oro y cobre y sus bosques exóticos; un gran rancho tejano había comprado miles de hectáreas de bosques para talarlos y venderlos y planeaba embarcar ganado en unas barcasas del tamaño de un campo de fútbol con destino a los lucrativos mercados de Singapur y Hong Kong. Sulawesi se veía asimismo como la piedra angular en el programa gubernamental de emigración, un esquema similar al de la colonización del Amazonas que tanto impacto había tenido en la gente con la que yo trabajé durante mis años en los Cuerpos de Paz, y que perseguía trasladar a los pobres desde



las ciudades de Java (las ciudades con la densidad de población más alta del mundo) hacia las zonas menos pobladas. Como en su versión latinoamericana, este programa estaba financiado por las agencias internacionales de desarrollo, para dirigir a los habitantes de los suburbios pobres hacia regiones rurales sin colonizar y con ello mitigar la posibilidad de rebeliones contra el gobierno. La política fue llevada adelante pese al hecho de que los expertos no habían tardado en descubrir que en ambos continentes tales programas resultaban muchas veces un fracaso. La población indígena local era desplazada y sus tierras y cultivos destruidos, mientras que las poblaciones urbanas trasplantadas luchaban inútilmente por cultivar el frágil suelo.

Cuando llegué a Sulawesi me asignaron una casa propiedad del gobierno situada en las afueras de la vieja ciudad portuguesa de Macasar (rebautizada Ujung Pandang por Suharto en un gesto para contentar al nacionalismo), con criada, jardinero, cocinero, jeep y conductor incluidos. Mi tarea, como de costumbre, era viajar a cualquier zona que aparentemente dispusiera de recursos que las corporaciones multinacionales pudieran explotar; reunirme con los líderes locales; recolectar toda la información disponible y redactar un entusiasta informe demostrando que préstamos sustanciosos con los que desarrollar proyectos de energía eléctrica y otras infraestructuras convertirían esa economía medieval en un moderno éxito.

Una ciudad conocida como «Batsville» (Ciudad de los Murciélagos), situada cerca del rancho ganadero tejano en construcción, había sido identificada como posible ubicación para una planta de energía. Una mañana temprano mi chófer nos condujo a lo largo de la espectacular costa de Ujung Pandang hasta la ciudad portuaria de Parepare. Desde allí nos adentramos cuidadosamente en las remotas montañas del interior por una carretera que apenas era algo más que una pista tallada a través de la jungla. Me sentía como si hubiese regresado al Amazonas.

Cuando el jeep entró en el poblado de Pinrang, el conductor anunció: «Esto es Batsville».

Miré en derredor; el nombre del lugar había llamado mi atención. Busqué murciélagos pero no vi nada inusual. El conductor cruzó lentamente una plaza que se parecía a cualquier otra plaza de cualquier ciudad de Indonesia: disponía de un par de bancos y unos pocos árboles de cuyas ramas colgaban unos grandes racimos parecidos a cocos enormes. Y de repente uno de esos racimos se abrió. El corazón se me subió a la boca cuando caí en la cuenta de que era un murciélago gigante estirando las alas.

El conductor echó el freno. Me situó bajo uno de los murciélagos. Ese asombroso animal se movía allá arriba, agitando perezosamente las alas, con un cuerpo del tamaño del de un mono. Abrió los ojos. Giró la cabeza y nos miró. Había oído rumores de que esos murciélagos servían para medir las líneas eléctricas, pues sus alas extendidas indicaban si los espacios entre los cables excedían los 1,8 metros de anchura; sin embargo, ni en mis más febriles imaginaciones había esperado nada comparable a lo que estaba viendo.

Más tarde me reuní con el alcalde de Pinrang. Le sonsaqué acerca de los recursos locales y las posibles reacciones ante la construcción de una central eléctrica y la presencia en la zona de industrias propiedad de extranjeros, pero los murciélagos ocupaban mi mente. Cuando le pregunté si causaban problemas contestó: «No. Se van volando cada noche y comen fruta lejos de la ciudad. Vuelven por la mañana. Nunca se nos comen la fruta. —Alzó su taza de té—. Se parecen mucho a sus corporaciones —dijo con una sonrisa tímida—. Echan a volar, se alimentan de recursos lejanos, se cagan en tierras que la gente de Estados Unidos nunca visitará, y regresan aquí.»

Había escuchado eso mismo a menudo. Había empezado a comprender que pese a que la mayoría de los norteamericanos no tiene idea de que su estilo de vida está basado en la explotación, millones de personas de otros países sí lo saben. Incluso en la década de 1970 no miraban a nuestros militares como defensores de la democracia sino más bien como una guardia armada para las corporaciones explotadoras; y se sentían atemorizados y enojados por ello.

Sulawesi era también la patria de la infausta tribu bugi. Siglos atrás los comerciantes de especias europeos los temían como los piratas más feroces y sanguinarios del mundo, y amenazaban a sus hijos desobedientes con la advertencia de que si no modificaban su conducta, les cogerían los bugi.

En la década de 1970 los bugi continuaban viviendo en gran parte como lo habían hecho durante centenares de años. Sus magníficos veleros, llamados *prahus*, eran la columna vertebral del comercio entre las islas. Los marineros que tripulaban esos galeones de velas negras vestían largos sarongs, pañuelos de brillantes colores y pendientes de oro; portaban agresivos machetes colgados de fajas que les cruzaban el pecho. Parecía como si todavía cultivasen su antigua fama.

Me hice amigo de un anciano llamado Buli, un constructor de barcos que todavía ejercía su arte como sus antepasados. Un día, mientras

almorzábamos juntos, me comentó que sus congéneres nunca se vieron a sí mismos como piratas; sólo defendían su patria contra los invasores. «Actualmente —dijo tendiéndome una rodaja de deliciosa fruta— estamos perdidos. ¿Cómo puede un puñado de personas enfrentarse con barcos de madera a los submarinos, aeroplanos, bombas y misiles americanos?» Preguntas como ésa me desarmaban. Y finalmente me convencieron de que debía cambiar mi forma de actuar.

## 5

# País corrupto y brutal

Años después de mi conversación con el constructor de barcos bugi di por finalizado mi trabajo como gánster económico. Tal y como conté en *Confesiones*, tomé esta decisión durante unas vacaciones en barco por las islas del Caribe que antaño fueron refugio de los piratas que saqueaban el oro de las flotas españolas. Una tarde, sentado en las derruidas paredes de una antigua plantación de azúcar, y mientras consideraba los horrores experimentados por los esclavos africanos que construyeron esos edificios, comprendí que también yo era un esclavista. Al cabo de unos años de desorden emocional tomé la decisión de dimitir. Regresé a Boston y dimití. Pero no puse al descubierto los terribles hechos que había detrás de este nuevo imperio. Me rendí a las amenazas y los sobornos. Lo pospuse. Y durante los años siguientes mi pasado me persiguió. Hube de vivir con lo que había hecho y con lo que sabía. Hasta que, poco después del 11-S, en pie ante la horrible y ardiente sima que un día fue el World Trade Center, supe que finalmente debía dar un paso adelante. Que debía confesar.

Tras la publicación de *Confesiones de un gánster económico* en 2004, cuando empecé a responder a preguntas en entrevistas radiofónicas, caí en la cuenta de lo poco que entendía sobre el modo en que mi trabajo como GE afectaba a los países donde había trabajado. Habíamos derrotado a la Unión Soviética y nos habíamos convertido en el primer imperio del mundo genuinamente global, incontestado por ninguna otra superpotencia. Fanfarroneábamos sobre «progreso» e «industrialización». Habíamos creado una nueva clase de elites del Tercer Mundo, los lacayos de la

corporatocracia. Pero ¿qué ocurría con la mayoría de las personas de los lugares que teníamos sojuzgados? Decidí ponerme al día empezando por el país donde inicié mi carrera.

Yo me había mantenido informado acerca de los principales acontecimientos de Indonesia a través de los grandes medios de comunicación; ahora empecé a escarbar más profundamente recopilando información accesible a las organizaciones no gubernamentales y académicas, así como de las Naciones Unidas, el Banco Mundial y otros organismos a los que había servido. Mi curiosidad fue creciendo según me fui familiarizando con las circunstancias en torno al colapso económico de Asia en 1997, también conocido como «la crisis del Fondo Monetario Internacional». Aquella debacle se inició en Asia, donde afectó a cientos de millones de personas y tuvo como consecuencia la muerte de miles —y posiblemente millones— de ellas debido a enfermedades, hambre y suicidios, extendiéndose después al resto del globo. Para aquellos que querían oír, lancé un duro mensaje acerca de los verdaderos objetivos del FMI y del Banco Mundial, una lección de cómo no gestionar una economía a no ser que el objetivo sea enriquecer aún más a la corporatocracia a expensas de todos los demás.

A primera vista, las estadísticas oficiales demostraban que nuestro trabajo en Indonesia había alcanzado un récord económico admirable, al menos hasta 1997. Esas estadísticas se jactaban de una baja inflación, unas reservas de divisas extranjeras que totalizaban más de 20.000 millones de dólares, un superávit comercial de más de 900 millones de dólares y un sector bancario saneado. El crecimiento económico de Indonesia (medido según el PIB o Producto Interior Bruto) alcanzó una media anual del 9 por ciento durante la década de 1990 hasta 1997, algo no tan espectacular como las previsiones de dos dígitos que a mí me pagaban para que se produjeran, pero altamente impresionante de todas formas. Los economistas del Banco Mundial, el FMI, las empresas de consulting y las instituciones académicas hacían uso de tales estadísticas para demostrar que las políticas de desarrollo que llevábamos a cabo los gánsteres económicos habían demostrado ser útiles.

No tardé en comprobar, sin embargo, que tales estadísticas no dejaban claro el precio extremadamente alto pagado por el pueblo indonesio por eso que los economistas denominaban «milagro económico». Los beneficiados eran únicamente quienes ocupaban los escalones más altos de la escala económica. Los rápidos avances en la renta nacional se lograban mediante

la explotación de una mano de obra abundante y barata en fábricas donde los obreros soportaban prolongados horarios y unas condiciones laborales que ponían en peligro sus vidas, además de unas políticas que garantizaban a las corporaciones extranjeras licencia para destruir el medio ambiente y llevar a cabo actividades prohibidas en Estados Unidos y el resto del «Primer Mundo». Aunque el salario medio subió a tres dólares diarios, muchas veces no se cumplía. Se calculaba que en 2002 el 52 por ciento de la población de Indonesia vivía con menos de dos dólares diarios, lo cual, desde diversas perspectivas, es el equivalente a una moderna esclavitud. Incluso tres dólares al día eran insuficientes para satisfacer las necesidades básicas de muchos trabajadores y sus familias.

No es casual que Indonesia aceptase una política tan perjudicial para la gente. Las descomunales deudas contraídas para que las elites del país amasasen su fortuna no dejaban elección. De acuerdo con un informe de la base de datos Global Development Finance, del Banco Mundial y de las FMI-IFS (Estadísticas Financieras Internacionales del FMI), el país soportaba sistemáticamente la deuda externa más alta (con relación al PIB) de toda Asia. Durante el crítico periodo de 1990 a 1996 que desembocó en el colapso asiático de 1997, esa cifra rondaba o superaba el 60 por ciento (comparado con el 35 por ciento de Tailandia, el 15 por ciento de China y Hong Kong o el 10 por ciento de Singapur y Taiwán). La amortización de esa deuda, más la deuda a corto plazo como porcentaje de las reservas exteriores, promediaron un monstruoso 300 por ciento durante el periodo 1990-1996 (comparado con el 120 por ciento de Tailandia, el 60 por ciento de China y el 25 por ciento de Hong Kong y Taiwán; la cifra referente a Singapur no está disponible). Estaba claro que habíamos cargado a este país con una deuda tan asombrosa que probablemente no podría pagarla; los indonesios tuvieron que amortizarla plegándose a los deseos de nuestras corporaciones. Los gánsteres económicos habíamos logrado nuestro objetivo.<sup>1</sup>

Una vez más, los criterios nacionales de medidas económicas se habían demostrado engañosos. Y como ocurre tan a menudo, el creciente intercambio exterior de Indonesia, la balanza de pagos favorable, la baja inflación y el impresionante aumento de las cifras del PIB describían la situación de un pequeño y acaudalado segmento de la población. Todo el resto vivía fuera de la —mensurable— corriente económica principal; y soportaba una terrible carga.

Quizá en ningún otro lugar sea tan evidente la conexión entre la pobreza, los

abusos corporativos y el consumidor estadounidense como en las fábricas indonesias (que son idénticas a las de muchos otros países). Las grandes corporaciones internacionales, con el apoyo de las políticas del Banco Mundial y el FMI estimulando las privatizaciones y las exenciones fiscales para las empresas extranjeras, poseen fábricas —propias o subcontratadas— en las que los seres humanos están escandalosamente mal pagados y donde, si protestan, son maltratados o asesinados. Y todo para que las mercancías puedan ser vendidas a bajo precio en las tiendas del «Primer Mundo».

Mientras viajaba por Estados Unidos durante el lanzamiento de mi libro *Confesiones* la gente me abordaba y me decía que empresas como Nike, Adidas, Ralph Lauren, Wal-Mart y The Gap se beneficiaban de lo que en la práctica era mano de obra esclava. Una valiente pareja me ofreció un relato particularmente perturbador de sus espantosas experiencias en Indonesia.

## 6

# Fábricas de explotación

En 2005 contactaron conmigo dos directores de cine, Jim Keady y Leslie Kretzu. Me pidieron una entrevista cámara en mano. Hablando con ellos por teléfono, y mediante correos electrónicos, llegué a la conclusión de que eran la antítesis de un gánster económico y que representaban a una nueva generación de activistas.

«Además de entrevistarle, deseamos que usted conozca cosas acerca de las fábricas de explotación indonesias», me dijo Leslie cuando finalmente nos vimos. Me explicó brevemente que en 2000 habían vivido con trabajadores de la fábrica Nike en Indonesia, «bajo las mismas terribles condiciones, sobreviviendo con los mismos sueldos, o al menos tratando de hacerlo».

Les pregunté qué les había movido a hacer eso.

—Es como si hubiese ocurrido hace mucho tiempo —dijo Leslie—. Ingresé en los Cuerpos de Voluntarios de los Jesuitas. Me advirtieron que nunca volvería a ser la misma. Su lema era: «Arruinados de por vida». Ví cosas inverosímiles: pobreza y sufrimiento. Creo que quedé destrozada para siempre. Después trabajé con la gente de la Madre Teresa en la India. Trataba de ayudar a los «más pobres entre los pobres». Una vez que has vivido con esas personas nunca vuelves a ser la misma, nunca regresas a los viejos tiempos, nunca olvidas. Sencillamente, tienes que hacer algo. Me volví hacia Jim.

—Fui secuestrado por Dios —me dijo riendo—. Suena chistoso, pero es absolutamente cierto. Cuando era estudiante pensaba que iría a Wall Street, ganaría millones y me retiraría a los treinta y cinco. Entonces hice un viaje



alrededor del mundo. Tenía veintiún años. Visité por vez primera países en vías de desarrollo: Indonesia, Laos, Vietnam, Myanmar y Nepal, por citar unos pocos. Vi auténtica pobreza. Contextualicé los dieciséis años de enseñanza recibida en escuelas católicas, incluyendo una licenciatura en la Saint Joseph University. Entonces entendí contra qué luchaba Jesús. Fue el principio de mi compromiso para luchar por las mismas cosas. No únicamente Jesús, por descontado, sino también el profeta Mahoma y los profetas de la tradición judía, Buda y todo el resto de figuras espirituales reverenciadas. De hecho, todas las grandes religiones tienen como núcleo principal la justicia social.

Les pedí que me resumiesen por escrito su experiencia.

*Empezamos a prestar atención a las prácticas laborales de Nike en 1998, cuando Jim era ayudante de entrenador de fútbol en la Saint John's University de Nueva York. Estaba realizando un máster en Teología mientras entrenaba y decidió hacer un trabajo para examinar las prácticas laborales de Nike a la luz de la doctrina social católica. Mientras empezaba su investigación, la Saint John's University inició la negociación con Nike para un patrocinio por valor de 3,5 millones de dólares que requeriría que todos los entrenadores y atletas de la universidad usaran y promocionaran los productos Nike. Primero en privado y luego públicamente, Jim dijo que por una cuestión de conciencia no deseaba ser un hombre anuncio de una empresa que al parecer ejercía la explotación en sus factorías. En una de las mayores universidades católicas del país, se le dio un ultimátum: vestirse de Nike y dejar de poner en cuestión el acuerdo o dimitir. En junio de 1998 fue obligado a dimitir.*

*Jim deseaba estar seguro al cien por cien de su postura, de modo que preguntó a Nike si podía trabajar durante un mes en alguna de sus fábricas para hacerse una idea de las condiciones. Nike contestó que un mes no sería suficiente, que no hablaba ninguna lengua del Sudeste asiático y que dejaría sin trabajo a un obrero. Jim respondió por escrito que si un mes no era suficiente trabajaría seis meses o un año, lo que fuese necesario para hacerse una idea de las condiciones laborales y determinar si se trataba o no de trabajos de explotación. Apuntó que, puesto que hablaba español, Nike podría mandarlo a una fábrica de Latinoamérica. En cuanto al trabajador que él desplazaría, había dado con una ONG de Oregón (donde están las oficinas centrales de Nike) que*

*estaba de acuerdo en traer en avión al trabajador a Estados Unidos, y darle habitación, pensión completa y una cantidad para gastos; en definitiva, unas vacaciones durante el tiempo que Jim ocupase su puesto de trabajo. Nike contestó diciendo que no estaba interesada en su oferta. Puesto que Jim no podía trabajar en una fábrica de Nike, decidimos hacer lo único que se nos ocurrió como alternativa: vivir con los trabajadores en su pueblo y restringirnos económicamente a los sueldos que les pagasen. Así que en 2000 fuimos a Tangerang, en Indonesia, cerca de Yakarta, para vivir con obreros de la fábrica Nike con su sueldo base: 1,25 dólares al día.*

*En un mes, Leslie adelgazó seis kilos y Jim once. Como los trabajadores de Nike, vivíamos en una pequeña estancia de cemento de 2,5 x 2,5 metros sin muebles ni aire acondicionado, en esa vaporosa ciudad tropical. Dormíamos sobre unas finas esteras tendidas sobre el desigual suelo de cemento y cubiertas con papel de estraza, que tenían siempre una capa de ceniza y polvo debido a la quema de basuras, la polución de las fábricas y el humo de los escapes de los coches. Los retretes desaguan en cloacas a cielo abierto a ambos lados de la calle. Debido a las cloacas el pueblo estaba infestado de cucarachas del tamaño de un puño y de las ratas más grandes que he visto nunca.*

*Algunas personas nos decían: «En un lugar como Indonesia puedes vivir como un rey con 1,25 dólares al día». Una afirmación repleta de apatía y desinformación. Muchos de quienes afirman tal cosa ni siquiera han estado en Indonesia. Por 1,25 dólares podíamos comprar dos pequeñas raciones de arroz con verduras y un par de bananas. Si queríamos jabón o pasta de dientes debíamos comer menos. Un día Jim derramó el queroseno de nuestra cocina portátil y tuvimos que usar el jabón de lavar la ropa para limpiar el desastre. Fue un desastre económico, y por lo tanto también emocional.*

*Trate de imaginarlo. Usted es un adulto y trabaja de ocho de la mañana a ocho de la tarde, de lunes a sábado y a veces los domingos. Eso no incluye el tiempo de desplazamiento y los preparativos para el trabajo. No tiene dinero para celebrar el cumpleaños de un amigo. No puede permitirse una radio y mucho menos una televisión. No se ha comprado ropa nueva en los dos últimos años. Cuando llega a casa por la noche debe invertir entre 30 y 45 minutos en lavar la ropa a mano. No tiene mucha ropa y cualquier cosa que use estará visiblemente sucia al final del día. Si eres mujer, cuando menstruas sigues teniendo las dos visitas al*

*cuarto de baño reglamentarias para todos; de manera que debes atarte una larga bufanda en torno al pecho o vestir falda larga para ocultar las manchas de sangre en los pantalones.*

*Te agotas. Puedes sentir el cansancio en los huesos. Temes que si hablas puedas perder el trabajo. Y la compañía multinacional para la que trabajas le cuenta al mundo que han introducido importantes cambios y que los consumidores no tienen de qué preocuparse. Eres feliz al cien por cien.*

*Por desgracia, no sólo eran los trabajadores de Nike los que vivían en esas condiciones y con esos salarios. Hablamos con gente que trabajaba para Adidas, Reebok, The Gap, Old Navy, Tommy Hilfiger, Polo/Ralph Lauren, Lotto, Fila y Levi's. Todos ganaban los mismos sueldos de miseria, vivían en los mismos tipos de chabolas y tenían las mismas reivindicaciones ante sus patronos: pagadnos sueldos mejores y dadnos la libertad de organizar sindicatos independientes.*

Los trabajadores de Nike llevaban una vida degradada y poco saludable, una vida que la mayoría de la gente de Estados Unidos no puede ni imaginar. Pero los indonesios ricos, al igual que los extranjeros, disfrutaban de una buena vida. Cuando era un pirata económico había un hotel en Yakarta donde se alojaba la gente como yo: el Intercontinental Indonesia. Hoy, la oferta incluye a Four Seasons, Marriott, Hyatt, Hilton, Crowne Plaza, Sheraton, Mandarin, Le Meridien, Millennium, Ritz-Carlton y muchos otros. Todos ellos son un segundo hogar para muchos directivos de corporaciones, y allí comen y toman copas con sus subordinados y clientes indonesios. Desde sus habitaciones, muy altas sobre la ciudad, pueden mirar hacia Tangerang y otros «suburbios» donde viven los trabajadores de la ciudad. Ellos pueden negar toda responsabilidad alegando que sus empresas no poseen las fábricas, pero en el fondo de su conciencia se saben responsables y se sienten culpables.

«Nike aprieta las tuercas sin piedad a los propietarios de las fábricas — dice Jim—. La gente de Nike conoce el precio de fabricación de cada cordón y cada suela... al céntimo. Aprietan y aprietan y obligan a los propietarios a mantener los costes al mínimo. Finalmente, el dueño de la fábrica, muchas veces un chino, se ve obligado a aceptar un beneficio muy pequeño.»

«Los propietarios salen mucho mejor parados que los trabajadores —dice Leslie suspirando—. Pero también ellos son explotados. Nike ajusta el tiro. Y se embolsa la pasta.»

«Nos fijamos en Nike —explica Jim— porque es la empresa líder: tiene una cuota de mercado muy superior a la de sus competidores. Marca el rumbo. Si podemos forzar a Nike a comportarse mejor, todos la seguirán.»

Los directivos de las corporaciones experimentan otro aspecto del «progreso» en Indonesia cuando abandonan sus hoteles de lujo. Los *becaks* han desaparecido. Esos taxis-bicicleta adornados con pinturas de fantasía fueron prohibidos en las principales calles de Yakarta en 1994. El presidente Suharto afirmó que eran el símbolo de un país atrasado. Desgraciadamente, su decisión empujó a decenas de miles de conductores a las filas de los desempleados. A cambio, el visitante se ve asaltado por los *bajajs*, unos pequeños taxis-scooter de tres ruedas con un caparazón de color naranja. Originariamente fueron desarrollados por Vespa para la India; de acuerdo con Suharto, los *bajajs* representaban la modernización. Son ruidosos, contaminantes, calurosos y peligrosos. A diferencia de los *becaks*, los *bajajs* son todos idénticos; los colores del arco iris han sido reemplazados por el omnipresente naranja. Se calcula que actualmente veinte mil de ellos atestan las calles de la capital. La mayor parte de los conductores de *becaks* no recibieron el entrenamiento necesario para conducir *bajajs*, y muchos trabajan ahora en fábricas de explotación.

Las administraciones norteamericanas apoyaron una tras otra la dictadura de Suharto. Sin embargo, el gobierno de Yakarta fue objeto de duras críticas por parte de las ONG. Diversos organismos de vigilancia condenaron sus graves violaciones de las leyes locales e internacionales, sus transgresiones de los derechos humanos y su predisposición a sacrificar los principios democráticos para beneficiar a las corporaciones internacionales y a los miembros del círculo íntimo del presidente. El *New York Times* informó que «en las encuestas internacionales Indonesia se sitúa habitualmente en las filas de los países más corruptos».<sup>2</sup>

«Resulta increíble lo mal que se pusieron las cosas —me dijo Neil, un antiguo agente de la CIA. Asistió a una de mis firmas de libros, se quedó hasta el final y me invitó a una cerveza. Esa noche estuvimos hablando varias horas. Volvimos a encontrarnos de nuevo varios meses más tarde cuando visité a mi familia política cerca de San Francisco. Había ingresado en la CIA porque sus padres, chinos, le habían educado en el odio a Mao—. Era un idealista cuando fui destinado a Yakarta. Era en 1981. Creía que debíamos mantener a los comunistas fuera de Indonesia.» Se desilusionó debido a la invasión estadounidense de Panamá en 1989, pues pensaba que ello iba a poner a todo el mundo en contra de Estados Unidos. Poco

después dejó de trabajar para el gobierno y se dedicó a la «práctica privada». Finalmente, en 2005 regresó a Indonesia al frente de un equipo de seguridad dedicado a proteger, contra los luchadores por la libertad, los esfuerzos de reconstrucción tras un tsunami en la provincia de Aceh. «Dios, ese último viaje me abrió los ojos. Yakarta parece una ciudad moderna con sus centelleantes rascacielos y sus hoteles de lujo, pero debajo de la superficie... las cosas están peor que nunca. La corrupción es desenfrenada. Y nosotros la provocamos.»

Cuando le pregunté por qué, una vez fuera de la CIA, continuó ejerciendo una profesión similar, contestó: «Es lo único que sé hacer para vivir». Su segunda razón era la que he oído muchas veces a los sicarios: «Además está el subidón que te da. Los paracaidistas y los pilotos de moto lo hacen por la velocidad, pero eso no es nada en comparación con enfrentarte a alguien que te quiere matar».

Afirmaciones como ésta hacen que me suban escalofríos por el espinazo. Pienso en mi padre y otros héroes de la Segunda Guerra Mundial. ¿Qué sentirían si supieran que nuestras corporaciones y nuestro gobierno animan a su gente a convertirse en adictos al crimen por el gusto de matar? Al escribir *Confesiones* luché contra la culpa horrible que sentía por lo que había hecho. Ahora descubro que las consecuencias fueron aún más trágicas de lo que había imaginado.

# 7

## **La matanza apoyada por Estados Unidos**

Algunas de las peores transgresiones de los derechos humanos e infracciones medioambientales empezaron en Timor Oriental cuando yo vivía en Ujung Pandang. Como Sulawesi, Timor Oriental era una isla remota a la que se consideraba rica en depósitos de gas y petróleo, aparte de poseer oro y manganeso. A diferencia de Sulawesi, que formaba parte de Indonesia, Timor Oriental había sido gobernada por los portugueses durante cuatro siglos. Mientras que el 90 por ciento de los indonesios era musulmán, en Timor Oriental predominaban los católicos.

Timor Oriental se autoproclamó independiente de Portugal el 28 de noviembre de 1975. Nueve días después Indonesia lo invadió. Se cree que las brutales fuerzas de ocupación causaron la muerte de 200.000 personas, un tercio de la población de la isla.<sup>3</sup>

Documentos desclasificados por el Archivo de Seguridad Nacional establecen que el gobierno de Estados Unidos no sólo facilitó las armas utilizadas en la masacre, sino que aprobó explícitamente la invasión. De acuerdo con esa documentación, el presidente Gerald Ford y el secretario de Estado Henry Kissinger se reunieron con Suharto el 6 de diciembre de 1975 y aceptaron su plan de ataque, que fue llevado a cabo al día siguiente. Los documentos revelan asimismo que la administración Carter bloqueó la desclasificación de esa información en 1977.

Joao Carrascalao, hermano del antiguo gobernador de Timor Oriental y

actualmente en el exilio, fue entrevistado por Amy Goodman para *Democracy Now!* treinta y cinco años después del día de la invasión. Y afirmó: «Yo llegué a Yakarta una hora antes de que lo hicieran el presidente Gerald Ford y Henry Kissinger. Esa misma tarde fui informado por el coronel Suyanto, un alto funcionario de la administración de Yakarta, de que América había dado luz verde a Indonesia para la invasión de Timor».

Brad Simpson, profesor ayudante de historia en la Universidad de Maryland y ayudante de investigación en el Archivo de Seguridad Nacional, le contó a Amy: «Esos documentos establecen la pauta para los veinticinco años de fraudes de las sucesivas administraciones estadounidenses. Ocultaron al público americano y a la comunidad internacional los detalles de la invasión de Timor Oriental planificada por Indonesia, suprimieron o minimizaron los informes dignos de crédito acerca de las masacres que estaban teniendo lugar en Timor Oriental a mediados de la década de 1980, y maniobraron para eludir las posibles prohibiciones del Congreso sobre los sistemas militares utilizados para mantener activa la línea de suministro de armas».<sup>4</sup>

Veinte años después de la invasión, dos de los críticos de Indonesia más destacados recibieron el reconocimiento internacional. El obispo activista Carlos Filipe Ximenes Belo y José Ramos-Horta ganaron el premio Nobel de la Paz de 1996. La distinción provocó auténtica conmoción en Yakarta, Washington y los pasillos de Wall Street.

La masacre de Timor Oriental fue una de las muchas políticas de estado policíaco llevadas a cabo bajo el mandato de Suharto. Durante la década de 1970, enviar al ejército a esas regiones de mentalidad liberal se justificaba como necesario para detener el comunismo. La idea de que la mayoría de las rebeliones estaban provocadas por un desesperado deseo de liberarse del régimen represivo de Suharto y de que los rebeldes se volvían hacia países como China sólo como último recurso —para recibir ayuda médica y militar— era ignorada por el grueso de la prensa estadounidense. La prensa también ignoraba el hecho de que apoyar a Suharto servía a los intereses de la corporatocracia. Las medidas de Suharto para controlar la totalidad del archipiélago —incluidas regiones que no disponían de materias primas codiciadas— eran tomadas muy en serio tanto por Washington como por Wall Street. La corporatocracia entendía que debía apoyar la grandiosa visión del dictador de una Indonesia unida si deseaba disfrutar de un reinado libre sobre las áreas que sí poseían los recursos que codiciaba.

En el extremo norte de Sumatra, en la provincia de Aceh, rica en petróleo y

gas, más de diez mil personas habían sido asesinadas por los militares desde la época en que yo viví en Indonesia. Varios millares más murieron en los enfrentamientos de las islas Malucas, Kalimantan Occidental (Borneo) e Irian Jaya (Nueva Guinea). En cada caso el verdadero objetivo de las fuerzas armadas era asegurar los recursos perseguidos por las corporaciones multinacionales que de hecho financiaban el gobierno de Suharto. Aunque las petroleras y otras industrias extractoras tomaron la delantera, se les unió una serie de empresas que se beneficiaban de la barata mano de obra indonesia, los recursos naturales y los mercados para proyectos de desarrollo y bienes de consumo. Indonesia es un ejemplo de primer orden de una economía construida sobre la inversión por parte de la banca internacional y las comunidades de comercio. Apoyándose en la promesa de pagar los préstamos con sus recursos, se endeudó profundamente para financiar proyectos de infraestructuras que a su vez generaban demanda de hoteles, restaurantes, centros comerciales y las actividades de construcción, servicios, bancos y transporte que los acompañan. Los indonesios ricos y los extranjeros se beneficiaban mientras la mayoría de los indonesios sufría. Los movimientos de resistencia eran rechazados por las fuerzas armadas.

Al igual que la población, el medio ambiente de Indonesia sufría grandemente. Minas, fábricas de pasta de madera y papel y otras industrias explotadoras de recursos arrasaban extensas áreas de una de las mayores selvas tropicales del planeta. Los ríos quedaron anegados de desechos tóxicos. El aire en torno a las zonas industriales y las ciudades quedó polucionado. En 1997 el Sudeste asiático fue portada en todo el mundo al quedar cubierto por una nube de humo tóxico generada por los incendios forestales que asolaron Indonesia; todo ello consecuencia de la corrupción provocada por los gánsteres económicos.

Otras víctimas del «milagro económico» fueron las culturas indígenas de los bugi, los dyak, los melanesios, etcétera; les arrebataron sus tierras, y sus vidas y sus tradiciones quedaron destruidas. Este genocidio moderno no puede ser medido únicamente en términos de sufrimiento humano: es un ataque al alma de la humanidad, y es especialmente descorazonador a la luz de genocidios anteriores, incluidos los cometidos en Estados Unidos contra la población indígena. Al tiempo que éstos se condenan, el modelo se repite, y financiado por el gobierno de Estados Unidos y nuestras corporaciones.

Cuando la creciente crisis económica empezó a afectar severamente a su



país, Suharto se tragó el Paquete de Ajuste Estructural del Fondo Monetario Internacional. El FMI aconsejó a Suharto que retirase los subsidios para la gasolina y los alimentos y otros muchos servicios sociales para reducir los gastos. Descaradamente decantada a favor de los ricos, esa política provocó un aumento del hambre, la enfermedad y el antagonismo.

Los indonesios se lanzaron masivamente a las calles. Incluso los ricos pedían un cambio temiendo el caos. Suharto fue obligado a dimitir en mayo de 1998 poniendo fin a sus treinta y dos años de dictadura. En septiembre de 1999 la administración Clinton rompió todos los lazos militares con el ejército indonesio.

Sin embargo, esos acontecimientos en modo alguno marcaron el fin de la corporatocracia. Lejos de ello, ésta incluso reforzó su posición. Los indonesios en el poder se prestigiaron por haber derrotado al dictador y se presentaron a sí mismos como amigos del pueblo. El gobierno norteamericano y las corporaciones multinacionales saludaron la caída de Suharto y apoyaron al nuevo régimen. Entonces, el 26 de diciembre de 2004 ocurrió una tragedia que proporcionó nuevas oportunidades a la corporatocracia para reafirmarse: el día siguiente a Navidad el tsunami golpeó de lleno.

En torno a un cuarto de millón de personas murieron a causa de las gigantescas olas. Sin embargo, las empresas relacionadas con la reconstrucción —muchas de ellas firmas estadounidenses— vieron en la devastación una ocasión para sacar beneficios. Terremotos, huracanes y tsunamis matan a centenares de miles de personas y destruyen las propiedades, pero en cambio disparan el producto nacional bruto. Las muertes y la destrucción no entran en las estadísticas económicas; pero los miles de millones gastados en la reconstrucción sí, y crean una falsa impresión positiva.

La mayoría de los ciudadanos estadounidenses no son conscientes de que los desastres nacionales son como las guerras: son altamente rentables para las grandes empresas. Una gran parte del dinero para la reconstrucción después de los desastres va destinado a las empresas de ingeniería estadounidenses y a las corporaciones multinacionales que poseen los hoteles, restaurantes y cadenas de distribución, las redes de comunicaciones y transportes, los bancos, compañías de seguros y otras industrias de la corporatocracia. Más que ayudar a subsistir a granjeros, pescadores y pequeños restaurantes, a los *bed-and-breakfast* y a los empresarios locales, los programas de «ayudas para el desastre» proporcionan un nuevo

vehículo para canalizar el dinero hacia los constructores de imperios.

## 8

# Beneficiarse del tsunami

El 26 de diciembre de 2004 fue un día negro. No sólo para las víctimas directas del tsunami, sino también para todos aquellos que creemos en la compasión, la caridad y la buena voluntad de los habitantes de este planeta. La historia que subyace a la desvergonzada explotación empezó algunos meses antes de que ocurriera el desastre natural.

En septiembre de 2004 Indonesia eligió como presidente a otro militar. De acuerdo con el *New York Times*, el general Susilo Bambang Yudhoyono «ascendió sin ruido por el escalafón durante el gobierno autoritario de Suharto...».<sup>5</sup>

En 1976 fue seleccionado para recibir formación militar en Fort Benning (Georgia), y llevó a cabo dos visitas a Estados Unidos bajo el Programa Internacional de Educación e Instrucción Militar. Tras el tsunami se convirtió en el líder ideal para aplastar el movimiento independentista en la provincia de Aceh.

Al igual que otros muchos movimientos del archipiélago, el de Aceh estaba impulsado por el deseo de alcanzar la independencia respecto a un gobierno al que se consideraba económicamente explotador y brutalmente represivo. Mientras que su medio ambiente y su cultura sufrían a manos de las corporaciones extranjeras, el pueblo de Aceh apenas obtenía beneficios. Uno de los mayores proyectos de Indonesia, una planta para la licuefacción del gas natural, está localizada en Aceh, pero sólo una mínima parte de los beneficios de esa planta van dirigidos a las escuelas, hospitales y otras inversiones locales que podrían ayudar a quienes más han sufrido el

impacto de la iniciativa.

«La rica provincia de Aceh lleva cinco décadas ansiando la independencia», de acuerdo con Melissa Rossi, una premiada periodista que ha colaborado con *Newsweek*, *Newsday* (Nueva York), *Esquire*, *George*, MSNBC y *The New York Observer*, y que ocasionalmente me envía correos electrónicos desde diversos puntos calientes del globo. «Los pozos de petróleo delimitan las costas, lo cual explica por qué el gobierno de Indonesia se aferra a Aceh como una sanguijuela.»<sup>6</sup> Aunque se han hecho públicos muy pocos informes, se calcula que murieron entre diez mil y quince mil personas durante los treinta años de combates que agitaron la provincia antes de que el tsunami azotase el océano y la tierra firme.<sup>7</sup>

En 2004 empezaron las conversaciones entre el gobierno y el Movimiento para la Liberación de Aceh (en indonesio, Gerakan Aceh Merdeka, GAM).<sup>8</sup> El GAM parecía haber alcanzado una posición negociadora que iba a permitir al pueblo de Aceh compartir algunos de los beneficios producidos por el petróleo, el gas y otros recursos locales, conseguir un cierto grado de autogobierno y otros derechos exigidos desde hacía décadas. Sin embargo, el tsunami lo cambió todo.

Debido a que el GAM era una organización local y centrada en la zona devastada por las olas gigantes, resultó severamente afectada por las tremendas secuelas. Algunos de sus miembros clave murieron o sufrieron la pérdida de familiares. Los sistemas de comunicaciones y transportes quedaron arrasados. Todo ello reorientó las prioridades desde el proceso de resistencia y negociación hacia la ayuda a las víctimas del desastre y la dirección de los trabajos de recuperación.

El gobierno, por su parte, se apresuró a sacar ventaja del caos. Tropas de refresco fueron enviadas desde Java y otras áreas de Indonesia no afectadas; en cuestión de meses fueron reforzadas por personal militar estadounidense y mercenarios como Neil, el ex agente de la CIA que comandaba un equipo de protección para los contratistas estadounidenses. Aunque las fuerzas armadas tomaron el control bajo el pretexto de ayudar a las víctimas del desastre, sus objetivos no declarados incluían aplastar al GAM.

La administración Bush no perdió el tiempo. Un mes después del tsunami, en enero de 2005, Washington dio marcha atrás en la política de Clinton de romper lazos con los represores militares de Indonesia. La Casa Blanca envió a Yakarta equipo militar por valor de un millón de dólares. El 7 de febrero el *New York Times* informaba: «Washington está aprovechando la

oportunidad surgida tras el tsunami ... La secretaria de Estado Condoleezza Rice ha intervenido para que se intensifique notablemente la formación de oficiales indonesios ... En Aceh, el ejército indonesio, que lleva treinta años combatiendo la rebelión separatista, ha sido desplegado al completo tras el tsunami ... La mayor preocupación del ejército parece ser mantener un dominio absoluto sobre las fuerzas armadas del Movimiento para la Liberación de Aceh».<sup>9</sup> En noviembre de 2005 Washington suspendió el embargo de armas y reanudó las relaciones con los militares indonesios.<sup>10</sup>

Agotados por sus esfuerzos para recuperarse del desastre y ayudar a la reconstrucción de las poblaciones, y debiendo hacer frente a la abrumadora presión del ejército indonesio y sus aliados estadounidenses, el GAM firmó con el gobierno un tratado de paz muy unilateral. Una vez más la corporatocracia fue —y es— la gran vencedora. El tsunami aseguró virtualmente que la explotación de Aceh continuaría al mismo nivel.

La Leuser Ecosystem de Aceh ofrece un ejemplo elocuente de la forma en que son explotados los desastres naturales por la corporatocracia. Durante tres décadas la resistencia local había logrado mantener a las compañías madereras y petroleras lejos de uno de los bosques más ricos del mundo. Ahora que el GAM ha sido aplastado, la región ha quedado abierta a la explotación.

Mike Griffiths, antiguo ejecutivo de una petrolera, dejó su lucrativo empleo y se ha dedicado a la conservación ecológica desde mediados de la década de 1980. En 1994 ayudó a la creación de la Leuser International Foundation. En 2006 dirigió el programa *Radio Expeditions*, de la NPR. Michael Sullivan, presentador de *Radio Expeditions*, informó: «Con la paz, la presión sobre los bosques es casi seguro que aumentará, y la mayor amenaza —mayor incluso que la explotación de las valiosas maderas tropicales y las plantaciones de aceite de palmera— son las carreteras». El programa de radio siguió explicando que, inmediatamente después del tsunami, empresas estadounidenses de ingeniería y construcción presionaron mediante *lobbies* al Banco Mundial y otras agencias de «ayuda» para obtener dinero con el que construir esas carreteras, que servirían antes que nada a las empresas madereras y petroleras. Mike Griffiths declaró a la NPR: «Si pierdes la Leuser Ecosystem, no sólo pierdes la última oportunidad real para el tigre, el orangután, el elefante y el rinoceronte; pierdes los fundamentos básicos para el bienestar de cuatro millones de personas, que son las que dependen de este lugar para la obtención de agua y la protección contra las inundaciones y la erosión».<sup>11</sup>

La relación entre las clases dirigentes de Indonesia, el gobierno de Estados Unidos y las corporaciones internacionales da una idea de los métodos empleados por la corporatocracia del mundo entero tras la Segunda Guerra Mundial. En gran parte, la construcción del imperio se ha llevado a cabo en secreto. Puesto que la democracia implica un electorado informado, esos métodos suponen una amenaza directa para el máspreciado ideal de América. También sirven como un perturbador comentario acerca de los resultados de mi trabajo y el de tantos «expertos del desarrollo».

La insidiosa naturaleza de nuestro trabajo me fue revelada personalmente por tres incidentes separados. Los tres salieron a la luz tras el tsunami de 2004, pero las raíces de cada uno se remontaban a mi trabajo anterior.

## 9

# Frutos de corrupción

En *Confesiones de un gánster económico* describo mi conexión, durante las pasadas décadas de 1980 y 1990, con Stone & Webster Engineering Company (SWEC), en aquella época una de las mayores y más respetadas empresas de consultoría e ingeniería. SWEC me pagó medio millón de dólares bajo el compromiso de que yo desistiría de escribir un libro acerca de mi vida como pirata económico. Ocasionalmente la compañía me pedía que le hiciera algún servicio.

Un día de 1995, un ejecutivo de alto nivel de SWEC me llamó para concertar una entrevista. Durante el almuerzo habló acerca de un proyecto para construir un complejo químico en Indonesia. Iba a ser, me aseguró, uno de los mayores proyectos en los cien años de historia de la empresa, con un presupuesto aproximado de mil millones de dólares. «Estoy decidido a llevarlo a cabo», dijo. Aunque después, bajando la voz, añadió: «Pero no puedo hacerlo hasta que no vea la forma de pagar ciento cincuenta millones de dólares a un miembro de la familia de Suharto».

«Un soborno», le respondí.

Él asintió. «Tú has pasado un montón de tiempo en Indonesia. Dame una pista acerca de cómo se hace.»

Le dije que conocía cuatro formas distintas de pagar a ese hombre un «soborno legal». SWEC podía contratar bulldozers, grúas, camiones y demás equipamiento pesado de empresas propiedad de ese hombre o de sus amigos, y pagar precios excesivos por todo ello; podía subcontratar porciones del proyecto a empresas que también fuesen de su propiedad e

inflar los precios; podía utilizar el mismo procedimiento para contratos de alimentos, vivienda, coches, petróleo y cosas así; y se podían tomar medidas para que los hijos e hijas de sus compinches indonesios pudiesen asistir a prestigiosas universidades americanas, para cubrir todos sus gastos y pagarles un sueldo como asesores o alumnos en prácticas mientras estuviesen en Estados Unidos. Aunque le advertí que dar salida a tan grandes sumas iba a requerir probablemente el uso de las cuatro vías y que costaría varios años, le aseguré que había visto utilizar con pleno éxito todos esos esquemas y que no tenía noticia de ninguna acción legal contra ninguna empresa americana o sus directivos por utilizarlos. Le sugerí asimismo que considerase la idea de utilizar geishas para ayudar a la firma del contrato.

«Las geishas —me informó con una mueca de conspirador— ya están trabajando duro.» Pero en cuanto al resto, manifestó su preocupación porque el pariente de Suharto quisiese «la pasta a tocateja».

Hube de admitir que no conocía la forma de conseguir una cantidad de dinero tan formidable «a tocateja». Al menos no legalmente.

Me dio las gracias y no volví a saber nada más de él a este respecto.

Una década más tarde, el 15 de marzo de 2006, el *Boston Globe* sacaba el siguiente titular a toda página en su sección de Negocios: EL «MEMORANDO DEL SOBORNO» Y EL COLAPSO DE STONE & WEBSTER. El artículo relataba la trágica historia de cómo una empresa de glorioso pasado, que databa de 1889, acabó en la bancarrota cuando en el año 2000 solicitó una declaración de quiebra y acabó siendo comprada por el Grupo Shaw. Según el *Globe*, «más de 1.000 empleados fueron despedidos y perdieron sus ahorros en acciones de Stone & Webster». El periodista del *Globe* Steve Bailey concluía que el derrumbamiento podía ser rastreado mediante el «decisivo memorando (que) describe en detalle un intento secreto y no dado a conocer previamente por parte de la compañía de pagar una prima ilegal de 147 millones de dólares a un pariente del presidente Suharto de Indonesia a fin de asegurarse el mayor contrato de la historia de Stone & Webster».<sup>12</sup>

El segundo incidente empezó con un mensaje electrónico que recibí del hijo de un funcionario del gobierno indonesio con el que había trabajado en la década de 1970, y en el que me pedía una entrevista.

Emil (no es su verdadero nombre) se reunió conmigo en un tranquilo restaurante tailandés del Upper West Side de Nueva York. Me dijo que *Confesiones de un gánster económico* le había conmovido profundamente.



Su padre nos había presentado en Yakarta cuando él tenía unos diez años. Recordaba haber escuchado mi nombre a menudo. Él sabía, dijo, que su padre era uno de aquellos funcionarios corruptos que yo describía en mi libro. Y entonces, mirándome directamente a los ojos, me dijo que había seguido los pasos de su padre. «Quiero limpiarme —me dijo—. Quiero confesar, como usted. —Sonrió levemente—. Pero tengo una familia y mucho que perder. Estoy seguro de que comprende lo que quiero decir.»

Le aseguré que nunca daría su nombre ni revelaría su identidad.

La historia de Emil era muy significativa. Aclaró que el ejército indonesio tiene una larga tradición de recaudar dinero del sector privado para financiar sus actividades. Trató de quitarle importancia encogiéndose de hombros con una sonrisa y observando que tales prácticas son comunes en los países del Tercer Mundo. Después se puso serio. «Desde la caída de Suharto en 1998 las cosas se han puesto aún peor. Suharto era un auténtico dictador militar que estaba decidido a mantener las fuerzas armadas bajo su control. Cuando terminó su reinado, muchos indonesios trataron desesperadamente de cambiar las leyes para que los civiles tuviesen mayor poder sobre los militares. Pensaban que reduciendo el presupuesto militar podrían lograr sus objetivos. Pero los militares sabían a quién acudir: a las empresas mineras y energéticas extranjeras.»

Le dije a Emil que sus palabras me recordaban situaciones similares en Colombia, Nigeria, Nicaragua y tantos otros países donde milicias privadas se utilizan para apoyar a los ejércitos nacionales.

«Sí —afirmó Emil—. Tenemos muchos mercenarios en Indonesia. Pero el hecho del que hablo es peor. En los últimos años nuestro ejército ha sido comprado por corporaciones extranjeras. Las implicaciones son aterradoras porque esas corporaciones poseen ahora tanto nuestro ejército como nuestros recursos.»

Cuando le pregunté por qué divulgaba ahora esa información desvió la mirada y contempló el pesado tráfico al otro lado de la ventana. Finalmente volvió sus ojos hacia mí. «Soy un colaborador. He llevado la corrupción de mi padre un paso más allá. Soy una de las personas que llevan a cabo los arreglos, recolecta el dinero de las empresas y lo pasa a los militares. Estoy avergonzado. Lo menos que puedo hacer es hablar con usted y esperar que usted haga saber al mundo lo que está ocurriendo.»

Unas semanas después de hablar con Emil, un artículo atrajo mi atención mientras ojeaba la página web del *New York Times*. En él se detallaban las actividades de una empresa radicada en Nueva Orleans, Freeport-

McMoRan Copper and Gold, que había efectuado «pagos de veinte millones de dólares a jefes militares y unidades del área (Papuasias) durante los últimos siete años a cambio de protección para sus instalaciones en aquella remota provincia». El artículo seguía diciendo que «sólo una tercera parte de la financiación de las fuerzas armadas de Indonesia sale del presupuesto estatal, mientras que el resto procede de fuentes no transparentes tales como “pagos por protección”, lo cual permite a los jefes militares operar con independencia de los controles financieros del gobierno».<sup>13</sup>

Aquel artículo me condujo a otros dos que habían aparecido en la web del *Times* durante el mes de septiembre de 2004. En ellos se describían sucesos recientes en mi viejo terreno de caza, Sulawesi, y documentaban acusaciones de que la mayor empresa extractora de oro del mundo, Newmont Mining Corp., radicada en Denver, estaba vertiendo arsénico y mercurio en el océano en Buyat Bay. A medida que leía esos artículos caí en la cuenta de que mis esfuerzos —sistemas eléctricos, carreteras, puertos y otras infraestructuras que los gánsteres económicos financiamos y construimos en la década de 1970— habían creado las condiciones que permitían a Newmont llevar a cabo sus actividades mineras y envenenar el océano. Como observó mi jefe de proyectos, Charlie Illingworth, durante mi primer viaje, nosotros habíamos sido enviados a Indonesia para asegurar que las petroleras obtuvieran todo lo que necesitasen; no tardé en comprender que nuestra misión no se reducía a las empresas petroleras. Sulawesi era un buen ejemplo de cómo el dinero de «ayuda» beneficiaba a las multinacionales.

El artículo del *Times* señalaba que «la lucha contra Newmont ha alimentado la percepción popular de que las empresas mineras y energéticas sujetan con mano firme el débil sistema regulador indonesio. Muchos culpan a la corrupción, al amiguismo y a la primitiva estructura legal heredados del general Suharto, el dictador cuyo mandato terminó en 1998 y que abrió gustoso la puerta a inversores extranjeros a cambio de una cantidad».<sup>14</sup>

Mientras leía esos artículos, las palabras del alcalde de «Batsville» y del constructor de barcos bugi se superpusieron en la pantalla de mi ordenador, como profetas bíblicos que regresasen para perseguirme. Estados Unidos había mandado lejos a sus vampiros para explotar y contaminar tierras extranjeras. Aquellos marineros, con sus viejos galeones de madera y armados con machetes, tienen pocas posibilidades de defender a su patria contra el poderío del Pentágono.

O contra las armas más sutiles de los secuaces de las corporaciones.

# 10

## Atacado y vapuleado en Indonesia

Durante mis conferencias, personas de la audiencia se referían a veces a informes según los cuales Nike y otras empresas similares están mejorando. Yo, al igual que mucha gente que conozco, quiero creerlo así. Confiamos en que el fundador de Nike, Phil Knight, y otros directivos en posiciones de liderazgo actúen responsablemente. Contacté con Leslie y Jim, la pareja que había tratado de vivir como los trabajadores de Nike en Indonesia y que estaba realizando ahora un documental sobre las fábricas de explotación. Su respuesta vía e-mail no era muy alentadora:

*Desde nuestra visita en 2000, hemos regresado dos veces y hemos seguido en contacto con trabajadores y organizadores del trabajo. En el mejor de los casos se han realizado cambios marginales, pero las cuestiones de salarios y derechos para crear sindicatos independientes no están mejor ahora que en 2000, pese a los esfuerzos de Nike para hacer creer al público lo contrario.*

*El salario mínimo gubernamental ha subido en Indonesia, pero el precio de la comida, el agua, el aceite de cocinar, la ropa, la vivienda y otras necesidades básicas han subido en la misma medida. Los trabajadores siguen obligados a tomar decisiones del tipo «comer o dejar que coma mi hijo». La última vez que estuvimos en Indonesia, una trabajadora de la fábrica de Nike a la que habíamos entrevistado en 2000 y que llevaba*

*ocho años trabajando en fábricas de la empresa vino a saludarnos. Nos dio un abrazo solemne y con una sonrisa forzada dijo enérgicamente: «Nada ha cambiado».*

*Lo que ha cambiado es el precio del petróleo y por lo tanto el coste del transporte de ida y vuelta a las fábricas. El ir y venir del trabajo les cuesta ahora a los trabajadores hasta un treinta por ciento de un salario ya inadecuado. ¿De dónde sale el dinero para el incremento del coste de los transportes? Los hombres y mujeres que trabajan seis o siete días a la semana para corporaciones multimillonarias a menudo se ven obligados a comer arroz con sal en las dos comidas diarias.*

*En la pasada década de 1990, Nike respondía a las críticas sobre las condiciones en las fábricas de explotación diciendo que los críticos no sabían de lo que hablaban y que las fábricas subcontractadas eran propiedad de otros, por lo que Nike carecía de poder para hacer cambios. En 2000 la respuesta de Nike era «cuestión correcta... empresa equivocada». En 2002 los directivos de Nike nos seguían por todos los institutos y universidades de Estados Unidos en los que dábamos conferencias sobre este tema. Antes de nuestra visita solían mandar un mensaje denunciando lo que íbamos a decir, al cual seguía un editorial en el periódico estudiantil argumentando que nosotros no conocíamos la totalidad de los hechos. La estrategia actual de Nike parece consistir en asistir a conferencias sobre responsabilidad social y admitir que existen algunos problemas pero que las respuestas residen en que todos los accionistas actúen a una (en términos de Nike).*

*Mientras tanto, los mismos problemas puestos al descubierto en la década de 1990, que iban desde los sueldos de hambre y la limitación de dos visitas diarias al servicio hasta los abusos verbales, físicos y sexuales, pasando por las amenazas y la violencia física contra los organizadores sindicales, continúan ocurriendo en las factorías de Nike de todo el mundo.*

*Si Nike doblase los salarios de todos sus trabajadores en Indonesia (aproximadamente la sexta parte de su mano de obra), le costaría alrededor del 7 por ciento de los 163.000 millones de dólares presupuestados para publicidad. Si Nike reorientase una porción de su presupuesto de publicidad a pagar al fabricante más dinero por cada artículo, veríamos cambiar gran parte de las condiciones laborales de esas fábricas de explotación.*

Puede que Leslie y Jim sean la antítesis de un gánster económico, pero no están fuera del alcance de los chacales. Contaron de una noche negra en la que ellos, su cámara, Joel, y su chófer e intérprete indonesio fueron perseguidos por un grupo de matones armados.

—Rodearon nuestro coche con sus motocicletas —contaba Jim—. El conductor enfiló hacia un control del ejército, pero el soldado que estaba allí nos ahuyentó con la mano.

—Trataba desesperadamente de deshacerse de nosotros —añadió Leslie—. No estaba dispuesto a enojar a aquellos tipos, que son el equivalente de una mafia indonesia. Nuestro chófer se vio obligado a parar. Nos obligaron a bajar a punta de pistola y nos amenazaron. Di por sentado —dijo con un estremecimiento— que estábamos acabados y que pasaríamos a la lista de «desaparecidos».

Ellos sobrevivieron, pero su chófer fue brutalmente apaleado.

—Una advertencia —murmuró Joel.

—¿Entendisteis el mensaje? —les pregunté.—Vamos a tener más cuidado en el futuro —respondió Jim—. Mirar dónde vamos. A qué hora. Pero volveremos. Vamos a terminar este documental. Y a mostrárselo al mundo.

La lectura de los artículos sobre SWEC, Freeport-McMoRan y Newmont, y el testimonio de Jim, Leslie y Joel, me obligaron a encararme, otra vez, con la herencia de mis propios actos y los de todo aquel que compra bienes y productos surgidos de fábricas de explotación. La historia de Indonesia se repite una y otra vez; es la historia secreta del imperio americano.

Desgraciadamente, el imperio se ha impuesto como un nuevo estándar, un modelo que, pese a sus evidentes fallos, es imitado. Un viaje al Tíbet en 1994 me demostró que China posee su propia marca de gánsteres económicos y chacales. Y que, de hecho, los suyos pueden ser más efectivos —y destructivos— que los nuestros.

# 11

## No se haga budista

El Tíbet es famoso por ser la patria del Dalai Lama, el líder espiritual que representa, quizá mejor que ninguna otra persona viva, un compromiso con la paz. No obstante, el Tíbet no siempre ha gozado de esa reputación. Entre 609 y 649 d.C. el rey tibetano Songtsen Gampo formó una alianza con otros aguerridos jefes militares con la intención de conquistar feudos vecinos. Como resultado, el rey logró fundar un vasto imperio. Más adelante la región fue invadida por Genghis Khan. Y pasó a formar parte de un imperio que se ha convertido en el epítome de la brutalidad.

En junio de 2004 fui al Tíbet al frente de un grupo de treinta y cuatro personas.

Atravesando el páramo camino de nuestra primera parada, la ciudad de Tsedang, se hizo patente que una de nuestras guías no sabía casi nada del Tíbet y que apenas hablaba el idioma —de hecho, parecía que el tosco inglés de «Suzie» era mejor que su tibetano—. De inmediato se corrió la voz de que se trataba de una espía china y debíamos tener cuidado con lo que dijéramos. Nuestro guía nepalí nos lo confirmó en voz baja a varios de nosotros y nos pidió que corriésemos la voz. En otra ocasión, cuando Suzie bajó del autobús aprovechando una parada, nos dijo que debíamos dar por supuesto que en todo momento estaríamos siendo escuchados por alguien.

—¿Incluso en los templos y los monasterios? —preguntó una mujer.

—Especialmente en esos lugares —respondió.

Tsedang se asienta en una meseta. Rodeada por las montañas del Himalaya cubiertas de nieve, es uno de los centros de civilización más antiguos del

país. Nos registramos en un anodino hotel chino. Dejé el equipaje en mi habitación y salí a la calle. Necesitaba apartarme del grupo durante un rato, habituarme a la altura, superar el *jet lag* y sentir el Tíbet. Sin embargo, mientras deambulaba, al final de la tarde, me quedé asombrado al descubrir que había sido depositado en las calles de Tsedang por una alfombra voladora. Nunca hubiese sospechado que había aterrizado en el viejo Tíbet; en lugar de ello habría jurado que había ido a parar a una base militar china.

Soldados con uniforme caminaban por las aceras recientemente pavimentadas. En los mercados al aire libre y las pequeñas tiendas se vendían productos chinos. Estridentes vendedores callejeros pregonaban utensilios de plástico de colores, cubos y juguetes. Aunque quedaban algunos edificios antiguos, la mayoría habían sido sustituidos por grises estructuras militares de cemento. El pueblo tibetano seguía vistiendo sus atavíos tradicionales. Eran como rarezas de museo, con sus antiguos gorros de piel, sus botas y sus abrigo, y parecían extraños en su propio país. Los soldados los contemplaban con desdén, y los trataban como a desarrapados pordioseros. La tensión flotaba en el enrarecido aire del Himalaya.

Mientras caminaba me vi aquejado de una fatiga que aumentaba a cada paso. Al principio la achaqué únicamente a la altura, similar a la de los Andes y Cachemira. La fatiga no tardó en convertirse en mareo. Sentía náuseas. Me abrí paso hasta un banco de cemento y tomé asiento. El eslogan «Free Tibet» resonaba en mis oídos y caí en la cuenta de que estaba sufriendo emocionalmente, pero también físicamente. Me obligué a fijar la atención en lo que me rodeaba. La gente pasaba de largo. Ni los numerosos chinos ni los escasos tibetanos parecían reparar en mí. Me sentí expuesto y vulnerable; y sin embargo, aparentemente nadie me veía allí sentado. También yo podía ser un pordiosero desarrapado.

Cuando empecé a recuperarme recordé la foto del Dalai Lama que llevaba en el bolsillo. La palpé cautelosamente consciente de que su sola posesión podía llevarme a la cárcel; las fotografías de este hombre están prohibidas en el Tíbet, pese al hecho de que son millones los que todavía le consideran su líder. La había llevado, escondiéndola en el aeropuerto al pasar ante los guardias de seguridad chinos, en parte por desafío y en parte porque pensaba que podía regalársela a uno de sus seguidores, pero sobre todo en honor del tiempo que pasé con Su Santidad cinco años atrás.

La organizadora de este viaje, Sheena Singh, había organizado también aquel de 1999. Nos habíamos desplazado hasta el protectorado indio de



Ladakh, que se halla en la región de Cachemira situada entre la India y Paquistán que hoy está habitada por millares de refugiados tibetanos decididos a mantener las tradiciones prohibidas por los chinos en su patria. Quiso la fortuna que el Dalai Lama estuviese en Ladakh aquella misma semana. Sheena conocía su interés por las culturas indígenas; le mandó uno de mis libros sobre ese tema junto con una nota solicitando una audiencia para todo el grupo. Al día siguiente unos enviados suyos llegaron al hotel con una cortés nota de su parte diciendo que su agenda estaba llena; nos regalaron una caja con sus libros firmados a cada uno.

En la mañana de nuestro último día en el Tíbet, mientras aguardábamos para tomar el avión al norte de la India, nos quedamos sorprendidos al ver llegar al pequeño aeropuerto al Dalai Lama con su séquito. Sheena negoció de inmediato con su secretario. Empezó el proceso de embarque. Antes de ser consciente de lo que pasaba, me vi empujado hacia la escalerilla del avión mientras un guía indio me advertía que el protocolo exigía que besase uno de los zapatos del Dalai Lama, dicho lo cual me dirigió hacia la primera fila del Boeing 737. El Dalai Lama me sonrió y me ofreció uno de los asientos a su lado. La idea de besarle un zapato me parecía fuera de lugar, pero habiendo aprendido tiempo atrás la importancia de ser respetuoso con las tradiciones locales, empecé a inclinarme torpemente hacia su pie.

El Dalai Lama esbozó una sonrisa y, colocando una mano bajo mi barbilla, me hizo levantar la cabeza suavemente. «No es necesario —dijo con esa suave voz entrecortada que todo el mundo ha llegado a amar. Volvió a dar unos golpecitos en el asiento—. Por favor, siéntese. —Señaló la cubierta del libro que tenía en el regazo—. Es estupendo —dijo, volviendo hacia mí la portada de mi libro—. Me gustaría saber más.»

Hablamos extensamente sobre los pueblos indígenas y su compromiso con el equilibrio. Le conté que los shuar del Amazonas se habían convertido en cortadores de cabezas porque, según su mitología, habían permitido que su población creciera fuera de control y el desequilibrio resultante amenazaba con destruir muchas formas de vida; en consecuencia, Dios les ordenó que asumieran su responsabilidad incluso si ello implicaba «desherbar su propio jardín» (matar a otros hombres).

La historia pareció conmover al Dalai Lama, que observó que desaprobaba la violencia y que la paz únicamente llega cuando los hombres demuestran verdadera compasión hacia todos los seres sensibles y asumen la responsabilidad individual y colectiva del buen gobierno del planeta.

Señaló que por lo general el desarrollo económico destruye otras formas de vida y provoca un desequilibrio, haciendo que los ricos sean más ricos y los pobres más pobres. Hablamos largamente acerca de la importancia de tomar medidas para hacer de éste un mundo compasivo, en lugar de hablar o rezar simplemente por ello.

Después de aterrizar, el Dalai Lama invitó a nuestro grupo a su casa de Dharmasala, en la India. Tras una cordial despedida dijo algo que resultó extraño, dada su posición como líder de un movimiento espiritual: «No se hagan budistas. El mundo no necesita más budistas. Practiquen la compasión. El mundo necesita más compasión».

Aquellas palabras resonaban en mi mente mientras permanecía sentado en el banco de Tsedang con la foto entre mis manos. No podía imaginar al Papa dando ese consejo. Tampoco al jefe de Estado chino. Ni al presidente de Estados Unidos. Era una refutación frontal del proselitismo y de todas las formas de imperialismo. Mirando la foto del Dalai Lama, considerando su insistencia en que su pueblo no entre en un ciclo de violencia que mancillará a las generaciones futuras, sentí mi propia insuficiencia. Estaba furioso con China. En aquella ciudad que era el epítome de la brutalidad de todos los imperios coloniales, sentí lo inapropiado de mi propia ira.

Hice allí el voto de consagrar el resto de mi vida a cambiar las cosas. Escribiría y hablaría acerca de los peligros de un mundo basado en la explotación, el miedo y la violencia. Buscaría soluciones reales y trataría de mover a la gente a realizar acciones concretas. Al mismo tiempo comprendí que debía prestar atención a mis propias actitudes. Caí en la cuenta de que no bastaba con cambiar un imperio por otro, ni con combatir un miedo con otro. Debíamos romper el ciclo.

# 12

## Imperativos biológicos

Exploramos el Tíbet en un convoy de ocho Toyota Land Cruiser. Cuando adelantábamos a campesinos que avanzaban penosamente bajo pesadas cargas no podía dejar de pensar que debemos dejar de transmitir la impresión de que nos sentimos superiores, que somos el Pueblo Elegido. Cuando nos detuvimos para una «visita al lavabo» en un elevado paso de montaña, fui paseando hasta un grupo de cuatro personas y les hice la broma de que a los ojos de los nativos debíamos de parecer una caravana real.

«¿Estás de broma? —dijo uno de ellos mofándose—. Éste es un viaje infernal. Cierto que tenemos coches, pero mi chófer ni siquiera sabe cambiar las marchas adecuadamente y las rasca continuamente. El Cruiser que va delante de nosotros pierde aceite. Aquél —dijo señalado hacia una nube de polvo en la carretera a nuestra espalda— no puede ir al mismo paso que los demás. No creo que la realeza tolerase nada de esto.»

Era cierto que, para los estándares americanos, el viaje era accidentado. Luchábamos contra viejas carreteras de la ruta de la seda que en algunos tramos no eran sino lechos de ríos llenos de agujeros. El enrarecido aire del Himalaya cobraba un peaje tanto a los coches como a las personas. En una parada nos vimos inundados por una nube de insectos que picaban. Pero por otra parte el escenario era espectacular, inimaginable, y por lo general disfrutábamos de camas limpias y comida decente. Hablábamos con nómadas que desafiaban las órdenes chinas de no hablar con extranjeros. Los guías nos enseñaron obedientemente la casa del Panchen Lama, que a los seis años había sido elegido a dedo por los chinos para reemplazar al

muchacho previamente designado por el Dalai Lama y que desapareció. Puesto que el Panchen Lama debe confirmar al próximo Dalai Lama, los monjes budistas y los civiles se lanzaron al unísono a las calles para protestar; un número no especificado de ellos fueron detenidos, expulsados o ejecutados. A medida que avanzábamos presentamos nuestros respetos a numerosos monasterios que fueron destruidos durante la Revolución Cultural.

Viajando por el Tíbet éramos continuamente testigos de la opresión china. Había tenido un impacto muy profundo, y recordaba a cada paso que el Tíbet era una tierra ocupada, que su pueblo estaba esclavizado y sus riquezas naturales explotadas. Comentamos que Estados Unidos se comporta de forma similar en los países con recursos que nuestras corporaciones ansían. Algunos de los presentes habían viajado al Amazonas conmigo. Habían sido testigos de la terrible destrucción de culturas y selvas a manos de nuestras corporaciones. Habían escuchado las voces de pueblos indígenas decididos a morir combatiendo si era necesario para proteger a sus hijos contra nuestro materialismo invasor. Habían visto a soldados norteamericanos deambular por las calles de ciudades del Amazonas como los chinos en el Tíbet. Algunos miembros de nuestro grupo comparaban a menudo la presencia china con la del gobierno de Estados Unidos y nuestras compañías de petróleo, madera, carne, farmacéuticas y de bienes de consumo a lo largo del Amazonas, Oriente Medio, África y Asia, y en las guerras de ocupación de Afganistán e Irak.

Camino de Lhasa, y sabiendo que debíamos partir a la mañana siguiente hacia Nepal, atravesamos los espectaculares pasos de Karo La y Khamba La. A más de cinco mil metros de altura nuestra caravana se detuvo para contemplar el glaciar. Uno de nuestros guías explicó que el hielo casi alcanzaba la carretera hacía dos décadas, pero que los cambios climáticos la habían hecho retroceder casi medio kilómetro. Corderos y yaks pastaban junto a nuestros vehículos. Entre ellos y el glaciar había unas cuantas tiendas negras. Con un metro y medio de altura y unos tres metros y medio por cuatro metros y medio de base, quedaban firmemente ancladas al suelo mediante unas gruesas tiras que atravesaban sus cumbres. De sus techos salía humo. Detrás de las tiendas, unas banderas de oración rojas, azules, amarillas y verdes estaban suspendidas de unas altas pértigas interconectadas por una red de cuerdas, y ondeaban a la fría brisa proveniente del glaciar.

Mientras bajábamos de los Cruiser empezaron a salir tibetanos de las

tiendas. Los hombres vestían pantalones, gruesas chaquetas y gorros de lana, y las mujeres, vestidos largos adornados con delantales de colores vivos. Los guías nos explicaron que se trataba de nómadas que vivían prácticamente como sus antepasados antes de Cristo. A través de nuestros intérpretes los nómadas nos contaron que los yetis (los «abominables hombres de las nieves») vivían en el glaciar. Nos aseguraron que hasta hacía poco habían visto bastantes, pero que en los últimos diez años, con el retroceso del glaciar, los yetis habían desaparecido.

Mientras hablábamos acerca de los devastadores efectos del calentamiento global sobre los glaciares de la Tierra, alguien advirtió que los nómadas habían montado un pequeño puesto y que una de nuestras mujeres, famosa por su habilidad para el regateo, regresaba hacia nosotros desde allí. Ella nos informó de que los nómadas vendían cristales encontrados en el suelo liberado por el glaciar. La mayor parte del grupo acudió hacia el puesto de venta cuando corrió la voz de que ésa sería la última oportunidad de comprar directamente al pueblo (en oposición a las tiendas de Lhasa).

Cuando le pregunté al guía acerca de la autenticidad de los cristales murmuró que no deseaba interferir en las ganancias de los nómadas; y a continuación, moviendo la cabeza, dijo haber oído acerca de una fábrica en China que producía esos artículos.

Otros dos y yo nos quedamos contemplando cómo la gente de nuestro grupo regateaba con los tibetanos.

—He aquí el calentamiento global —observó uno de mis compañeros.

—Ahí está ese magnífico glaciar —añadió el otro—, y esas tiendas, la gente, los yaks... y nuestro grupo se deja seducir por unos cristales que probablemente no sean más que simples vidrios.

Le pedí a uno de los intérpretes que me acompañase hasta una pareja de ancianos y una niña sentados allí cerca. La anciana sostenía una larga cuerda atada a un yak. El peludo lomo del animal estaba cubierto con una hermosa manta decorada con triángulos marrones y canela; encima llevaba una pequeña silla de montar que deduje sería de la niña. Los tres me sonrieron cálidamente. La anciana se levantó y trajo el yak para que yo lo acariciase. Luego tomó asiento y nos invitó al intérprete y a mí a que nos uniésemos a ellos.

Una vez presentados, les pregunté cómo se sentían con los chinos. Ellos se miraron. La niña se ocultó el rostro y me miró a través de los dedos entreabiertos, primero ceñudamente y luego soltando risitas. Entonces habló el anciano:

—Debe saber —dijo con una mueca desdentada— que estamos acostumbrados a los dirigentes de otras tierras. Nuestras historias acerca de reyes que nos invadieron van más allá de los abuelos de mis abuelos. Tenemos un nombre para los soldados: «asesinos nómadas». —Dio unos golpecitos a la niña en el hombro—. ¿Por qué iba a ser diferente en su época?

—Los problemas empezaron —intervino la anciana— cuando los hombres tomaron el poder.

Le pregunté qué quería decir.

—Mire: hoy en día todo lo llevan los hombres. Una vez viví en una ciudad y probé el budismo, pero vi que allí todos los cargos importantes, como los del gobierno, los ocupaban los hombres.

—Estoy de acuerdo —dijo el anciano—. En el pasado las mujeres nos tenían bajo control. —Hizo una mueca—. Podemos volvernos muy salvajes, cazando, talando bosques y ese tipo de cosas. Las mujeres acostumbraban a decirnos cuándo habíamos ido suficientemente lejos.

Esa conversación me recordó a los shuar del Amazonas. Éstos creen que hombres y mujeres son iguales, aunque tienen diferentes cometidos. Los hombres matan animales para comer, cortan árboles para leña y combaten a otros hombres. Las mujeres crían a los niños, cuidan los cultivos, mantienen el fuego del hogar y tienen la importante tarea de decirles a los hombres cuándo deben detenerse en sus tareas. Los shuar explican que los hombres cazan animales y cortan leña incluso cuando hay comida y leña suficientes, a menos que las mujeres los retengan. Cuando unos miembros de los shuar visitaron Estados Unidos se quedaron impresionados por la forma en que había sido destruida la naturaleza y pavimentada con autopistas, ciudades y centros comerciales. «¿Qué les ha pasado a las mujeres? —preguntaron—. ¿Por qué no han detenido a los hombres? ¿Por qué ustedes, las mujeres, siempre quieren comprar más cosas?»

Era asombroso encontrar sentimientos similares en tribus de la profundidad del Amazonas y en nómadas de las alturas del Himalaya. Camino de regreso a Lhasa, seguía pensando que quizá ambos grupos representaban valores humanos auténticos, y que para cambiar el mundo todo lo que debíamos hacer era recuperar el equilibrio entre hombres y mujeres. Dada la masculinidad de la corporatocracia y su interés en estimular el consumo de masas, ese «todo lo que debíamos hacer» era un «todo» realmente grande, a pesar de lo cual definirlo hacía que la tarea fuese menos abrumadora. El hecho importante era que la estructura de la corporatocracia estaba basada

en jerarquías masculinas y su poder residía en nuestra voluntad de aceptar como «normal» una forma extrema de materialismo. Caí en la cuenta asimismo de que era preciso apartar a ambos géneros de su adicción a la compra. Es muy significativo que tras el 11-S el presidente de Estados Unidos animara a la gente a ir de tiendas para reducir el estrés, impulsar la economía y desafiar a los terroristas. Incluso aquí, en el Tíbet, los pastores de yaks, que estaban lejísimos del universo de los centros comerciales, habían captado el mensaje; pese a sus austeras vidas, nos vendían sus artículos.

Recordé el libro de la doctora Judith Hand *Women, Power and the Biology of Peace* (Mujeres, poder y la biología de la paz) Hand señala que históricamente la guerra ha suministrado a los hombres un vehículo para poner en práctica su imperativo biológico de esparcir su esperma, mientras que las mujeres, que están encargadas de alumbrar, alimentar y criar a los hijos, prefieren la estabilidad social. Judith Hand sostiene que para crear sociedades más pacíficas las mujeres deben desempeñar un papel más importante en los procesos de toma de decisiones. Lo que acababa de escuchar a los nómadas parecía confirmar las conclusiones de la doctora Hand. Se me ocurrió que si las mujeres son las principales compradoras en las familias modernas, es necesario ayudarlas a comprender que actualmente los mayores conflictos los provoca la corporatocracia y que para promover la paz deben cambiar sus actitudes materialistas. Asimismo, deben exigir que las empresas cuyos productos ellas compran traten con equidad a sus trabajadores, con independencia de dónde vivan.

En la ciudad donde creció el Dalai Lama iba a aprender una lección muy diferente.

## Dictadores de las finanzas

Lhasa es la más tibetana de todas las ciudades que visitamos. El Palacio Potala, donde creció el Dalai Lama, las viejas callejuelas tortuosas, los templos budistas con múltiples cubiertas, las gigantescas estupas en forma de cono y las festivas capillas inspiraban una sensación de tranquilidad que ya había sentido en Ladakh, en las zonas rurales del Tíbet, pero que faltaba en Tsedang y otras capitales. Sin embargo, los chinos estaban por todas partes. Los soldados se pavoneaban por las calles, los caracteres chinos atestaban las banderas y los tabloneros de anuncios, y prevalecían los objetos de plástico que caracterizan a las sociedades industriales modernas.

Nos registramos en un precioso hotel diseñado, construido y explotado por sus propietarios tibetanos. Me dejé caer en la cama repleta de cojines de colores y revisé las notas almacenadas en el PC de bolsillo que llevo conmigo. Deseaba poner al día mis pensamientos sobre el materialismo, el comercialismo y el papel de los negocios internacionales en el desastre económico de 1997 que tanto sufrimiento causó en Asia. Ya había profundizado en la forma en que la crisis afectó a Indonesia. Pero el hecho de estar en el Tíbet y ver y sentir la explotación china de este país me presentó la tragedia de 1997 desde otra perspectiva.

Lo que se conoció como la «crisis del Fondo Monetario Internacional» afectó duramente a Corea del Sur, Tailandia e Indonesia, pero tuvo asimismo devastadoras repercusiones sobre mucha gente —especialmente los pobres— de Laos y Filipinas. Estos dos países habían apostado por la ideología del FMI y el Banco Mundial.



Al cabo de las muchas cábalas y acusaciones que siguieron a la crisis, el FMI fue criticado por practicar lo que los economistas conocen como «capitalismo de vía rápida»: la eliminación de restricciones al flujo de capital, el estímulo de la privatización, la conservación de altas tasas de interés como medio para atraer hacia el mercado bursátil a los inversores extranjeros y al capital bancario, y el intento de protegerse contra el riesgo monetario fijando las monedas nacionales respecto al dólar, lo cual servía de paso al objetivo no declarado de reforzar el dólar. Al mismo tiempo los precios de los alimentos y servicios subían constantemente debido a la inflación y las altas tasas de intereses impuestas por el FMI. Era una situación insostenible. Cuando se produjo el colapso económico de un país detrás de otro, las empresas locales y los gobiernos nacionales fueron incapaces de pagar los préstamos acumulados en dólares estadounidenses; descubrieron que sus ingresos, que disminuían de continuo y que percibían en moneda local, se habían devaluado. El FMI había manipulado a esos países y a sus empresas para pagar lo que resultó ser una tasa muy alta; los propietarios de las grandes corporaciones internacionales fueron los beneficiados.

Como la situación siguió deteriorándose, el FMI salió con un «plan de socorro». Ofreció nuevos préstamos para que las naciones no incurriesen en impagos. Sin embargo, el acuerdo quedaba condicionado a que cada país aceptase un Paquete de Ajuste Estructural (SAP, en las siglas inglesas) similar al que antes ya le había sido impuesto a Indonesia. En esencia, se exigía a cada país que permitiera quebrar a los bancos y las instituciones financieras locales, que redujera drásticamente los gastos gubernamentales, cortara los subsidios a los alimentos, la gasolina y demás servicios para los pobres y subiera todavía más las tasas de interés. En muchos casos también se les pidió que privatizasen y vendiesen más activos nacionales a las corporaciones multinacionales. Como consecuencia directa, un número no especificado de personas, especialmente niños, murieron de malnutrición, hambre y enfermedades. Muchas otras sufrieron consecuencias a largo plazo debido a la falta de cuidados médicos, educación, vivienda y otros servicios sociales.

El colapso que se inició en Asia creció hasta alcanzar proporciones globales, causando recesiones en Europa, Latinoamérica y Estados Unidos. Fue una lección acerca de cómo no llevar a cabo una política económica si el objetivo era ayudar a la gente y a las economías. Y lanzó un severo mensaje acerca del FMI y el Banco Mundial.

Los análisis confirmaron que a los países que optaron por no plegarse al FMI les fue mejor. China fue el principal ejemplo. Aunque implementó estrategias para estimular a los inversores internacionales, Pekín tomó un camino muy diferente al preconizado por el FMI. Las inversiones foráneas fueron canalizadas hacia la industria y no hacia la bolsa, lo cual puso al país al abrigo de futuras fugas de capital al tiempo que creaba empleo y otros beneficios subsidiarios. La India, Taiwán y Singapur desafiaron al FMI; sus economías permanecieron robustas. Malasia se rindió, sufrió una recesión y, tras volver la espalda a un SAP, rebrotó.

Uno de los críticos más duros del FMI fue Joseph Stiglitz, ganador del premio Nobel de Economía y —irónicamente— antiguo director económico del Banco Mundial.

Yo me había llevado al Tíbet el libro de Stiglitz, *Globalization and Its Discontents* (La globalización y sus descontentos). A última hora de la tarde fui a dar un paseo en solitario por las tortuosas callejuelas de Lhasa. Llegué a una zona que bullía de transeúntes. Un poco más allá llegué a un parquecito y tomé asiento en un viejo banco de madera para disfrutar del sol poniente.

Ojeando el libro de Stiglitz me maravillé una vez más de hasta qué punto sus críticas se parecen a las mías en *Confesiones*. Él escribe desde una perspectiva académica, mientras que la mía es una narración personal, a pesar de lo cual nuestras conclusiones son idénticas. Por ejemplo, así como yo explico cómo había realizado pronósticos económicos falsamente optimistas para países en desarrollo, él escribe:

Para que parezca que sus programas [del FMI] funcionan, para hacer que los números «cuadren», las previsiones económicas deben ser ajustadas. Muchos usuarios de esas cifras no caen en la cuenta de que no son como las previsiones normales; en el caso de las previsiones de PIB, éstas no están basadas en sofisticados modelos estadísticos, y ni siquiera en las estimaciones de quienes conocen bien la economía, sino que se trata de unas cifras que han sido negociadas como parte de un programa del FMI.<sup>15</sup>

Dejé el libro abierto apoyado en una rodilla y miré a un grupo de soldados que pasaban. Stiglitz habla en ocasiones de «las viejas dictaduras de las elites nacionales». Sus comentarios me llevaron a pensar que la ocupación china del Tíbet era mucho más honesta que la usurpación de poder por parte de lo que Stiglitz define como «las nuevas dictaduras de las finanzas

internacionales». Los chinos, como los romanos, los españoles y los ingleses antes que ellos, habían conquistado abiertamente el Tíbet. Ninguna sutileza al respecto. Puede que los imperios tradicionales presentaran sus actos en términos nobles —avance de civilizaciones, estimulación del crecimiento económico, apertura al progreso—, pero a nadie se le escapaba que eran colonizadores que intentaban colonizar. La corporatocracia, por su parte, utilizando herramientas como el FMI o el Banco Mundial y contando con el apoyo de la CIA y de chacales en caso de necesidad, estaba practicando una nueva forma de conquista: el imperialismo mediante el subterfugio. Cuando la conquista se hacía por medio de las armas, todo el mundo sabía que era una conquista. Si conquistas con los gánsteres económicos puedes hacerlo en secreto. Ello planteaba la cuestión acerca de qué peaje debía pagar por tal ocultamiento una democracia que presupone un electorado informado. Si los votantes ignoran las herramientas más poderosas de sus líderes, ¿puede una nación llamarse democracia?

## El gigante tranquilo

El 22 de junio de 2004 salimos del Tíbet camino de nuestro siguiente destino, Nepal. Debo reconocer que sentí un cierto alivio. De alguna extraña forma tenía la sensación de alejarme de uno de esos graciosos espejos que te hacen parecer muy gordo o muy delgado. El Tíbet chino era la imagen distorsionada de gran parte del mundo en el que había servido como pirata económico: distorsionada, pero aun así un reflejo.

Era un día claro como el cristal. El piloto ladeó el avión tan cerca del Everest que pude ver un remolino de nieve, como un tornado blanco, entre las crestas de dos inmensos glaciares. Me pareció un símbolo adecuado de nuestro destino. El único reino hindú del mundo, un país empequeñecido por dos gigantes, la India y China, que codician su agua y su potencial hidroeléctrico, una tierra que gira en plena confusión. Rebeldes maoístas lanzaron en 1996 una campaña para establecer una «República Popular de Nepal». El rey respondió declarando la guerra a los comunistas. En junio de 2001 el príncipe heredero Dipendra mató de un disparo a su padre, el rey Birendra, y a otros miembros de la familia real. Aunque luego se suicidó, los rumores apuntaban a que era un agente chino. Estalló una guerra civil y el nuevo rey, Gyanendra, declaró la ley marcial, disolvió el gobierno y lanzó al ejército en una serie de ataques contra los maoístas. Cuando nosotros llegamos, se calculaba que habían muerto 10.000 personas y que entre 100.000 y 150.000 habían perdido su hogar por la guerra.

Para nuestro grupo ésta iba a ser una visita corta, una especie de transición de vuelta hacia el mundo civilizado. Mientras nuestro autobús corría por las

calles de Katmandú, Sheena anunció que para aquella última noche nos había hecho el regalo de reservar habitaciones en el Hotel Dwarika, un lujoso establecimiento de primera categoría. En el autobús estalló una ovación.

El Dwarika no nos decepcionó. Como salido de las páginas de Kipling, era elegante y pintoresco; era también una reliquia de los imperios coloniales, y me recordó a lugares en los que había estado en mis días de gánster económico.

La mayor parte del grupo se embarcó en una visita de compras a un mercado cercano que nuestros guías consideraban seguro. Yo me quedé en el hotel. Necesitaba tiempo para hacer la transición y reflexionar acerca de las experiencias en el Tíbet. Me acomodé en mi habitación y redacté algunas notas. Después bajé a pasear por los exuberantes jardines. Poseían un misterioso parecido con los del Hotel Intercontinental Indonesia. No podía dejar de evocar a la geisha a la que tomé equivocadamente por la esposa de un ejecutivo del petróleo. Tomé asiento en un banco de hierro forjado y recordé aquella noche en que, desconsolado por su ausencia, crucé aquel puente peatonal de Yakarta y acabé en un restaurante con aquellas dos mujeres. Ellas dijeron algo que me impresionó profundamente, y que ha estado conmigo durante todos estos años:

Es el mayor pillaje de recursos de la historia. Las apuestas son astronómicas. ¿Sorprende que haya hombres dispuestos a jugárselo todo por controlarlas? Engañan y mienten. Construyen buques y misiles, y envían a miles —cientos de miles— de jóvenes soldados a morir por el petróleo.

Y ahí seguíamos; un cuarto de siglo después, la guerra de Vietnam había terminado hacía tiempo, pero nosotros estábamos librando una nueva guerra en Irak. Hombres y mujeres morían por la misma razón: el mayor pillaje de recursos de la historia. El Emperador —la corporatocracia— era más rico que nunca. Y la mayoría de los americanos no tenía ni idea.

Asia, según me parecía, era un emblema de este nuevo modelo de la construcción de un imperio. Los viejos métodos no habían dado los frutos esperados en Vietnam, pero habían funcionado mejor en Indonesia y en tantos otros lugares. Y sin embargo, incluso cuando algunas políticas parecían fracasar, los líderes económicos eran premiados espléndidamente; la «crisis del FMI» en Asia provocó destituciones y muertes, pero al final la corporatocracia se alzó vencedora, controlando el gobierno indonesio y

la mayor parte de aquellos que habían sido agotados por las políticas del FMI y el Banco Mundial. Aunque Vietnam fue un fracaso militar, las corporaciones estadounidenses sacaron provecho de la venta de armas, la expansión de mercados y las bolsas de mano de obra; emergieron con innovadores métodos de deslocalización y de producción en las fábricas de explotación. La corporatocracia se las arregló para sacar provecho incluso de los desastres naturales.

Mi pensamiento volvía a China, el indefinible gigante tranquilo que permanece al acecho en segundo plano. El Tíbet ponía de relieve el hecho de que si bien China había recurrido al método militar, también había seguido de cerca las nuevas técnicas para la construcción de imperios; sus gánsteres económicos y chacales habían aprendido de nuestros errores.

Históricamente, ha evitado seguir el camino tomado por los poderes coloniales clásicos. No ha enviado a sus ejércitos a países lejanos, sino que se ha centrado en regiones que consideraba parte de su territorio, incluidos el Tíbet y Taiwán. En ese sentido, China está imitando a Estados Unidos.

Cuando Thomas Jefferson encargó a Lewis y Clark explorar las tierras al oeste del Mississippi, lanzó el mensaje de que el continente entero estaba sujeto a nuestra jurisdicción —nuestro equivalente al Tíbet y Taiwán—. La Compra de Louisiana, la anexión de Texas y la adquisición de Alaska se justificaron en ese contexto. La idea del Destino Manifiesto fue interpretada después con un alcance más allá de Norteamérica. Se aplicó a islas del Caribe y el Pacífico y también como una excusa para invadir México, Cuba y Panamá, y más adelante para intervenir en las políticas de otras naciones latinoamericanas. Washington trató de evitar otras acciones que fuesen una descarada violación de los principios de los fundadores; sin embargo, una administración tras otra recurrió a los métodos secretos de los constructores de imperios; cada una aprendió de los éxitos y los errores de su predecesora. Ahora, al parecer, China está siendo más inteligente que Washington.

Mucho después de mi regreso de aquel viaje al Tíbet y Nepal descubrí que no era el único que hacía esta comparación. El 18 de septiembre de 2006, la víspera de una importante reunión del Banco Mundial en Singapur, el *New York Times* publicó el siguiente titular: CHINA COMPITE CON OCCIDENTE EN LA AYUDA A SUS VECINOS. La reportera del *Times*, Jane Perlez, aseguraba que China, uno de los principales clientes del Banco Mundial, «está sacudiendo sin ruido el negocio de la ayuda en Asia, compitiendo con el banco en sus propios términos». Aduciendo los

ejemplos de Camboya, Laos, Myanmar y Filipinas, el artículo señalaba que «los préstamos de China son a menudo más atractivos que los complicados créditos occidentales». Perlez enumeraba una serie de razones, entre las cuales estaba el hecho de que Pekín no imponía estándares ambientales y sociales, o penalizaciones por corrupción, como condiciones para sus préstamos. Significativamente, el artículo se centraba en una política que, más que ninguna otra, ha permitido a los gánsteres económicos ejercer el control sobre tantos países: entre los requisitos de China, observaba Perlez, «raras veces se incluyen los costos extra de unos carísimos asesores, cosa común en los proyectos del Banco Mundial».<sup>16</sup>

De las cuatro regiones tratadas en este libro, el desafío de Asia parece menos amenazador —y más manejable— para la mayoría de los americanos. En nuestra psique están incrustadas imágenes de las guerras de Corea y Vietnam; pese a que no resultaron en victorias militares, terminaron de una forma que permitió que nuestras vidas siguieran como de costumbre, y dieron un impulso notable a la economía estadounidense. Nuestro respeto por la ingeniería y el ingenio japoneses nos estimula a comprarles coches, televisores y ordenadores. Nuestras tiendas rebosan de mercancías producidas en numerosos países asiáticos. Cuando marcamos el prefijo 800 hablamos con alguien de Asia. Incluso las amenazas militares —fundamentalmente por parte de China y Corea del Norte— parecen pasadas de moda en un sentido extrañamente reconfortante, porque recuerdan a la Guerra Fría, que ganamos nosotros. Puede que las armas atómicas nos causen temor pero, a diferencia de los bombarderos suicidas, hemos manejado exitosamente la presión nuclear desde hace más de medio siglo. Y quizá, lo más importante de todo, los asiáticos han aceptado nuestro modelo capitalista, que apuesta por el control de arriba hacia abajo, la connivencia entre las grandes industrias y los gobiernos, el materialismo desaforado y la creencia de que la abundancia de la naturaleza existe para ser explotada por una relativa minoría.

Latinoamérica es diferente. Justo cuando creemos haberla domesticado, librándonos de allendes, noriegas y sandinistas, y cuando vislumbramos el final de Castro, descubrimos que se está extendiendo en la región una silenciosa revolución. Y va dirigida contra nosotros. Los latinos están desafiando al imperio americano. Y en el proceso están poniendo al descubierto nuestra historia secreta.

Mientras reflexionaba sobre las lecciones ofrecidas por esas dos regiones —Asia y Latinoamérica— me vinieron a la mente las palabras del viejo

tibetano al que conocí cerca del glaciar; al describir a los invasores de sus tierras como «asesinos nómadas» hacía eco a un industrial guatemalteco. Esas dos personas vivían en puntos opuestos del globo; una era pobre y la otra muy rica; una estaba explotada y la otra era explotadora, y sin embargo ambas entendían algo vital acerca del mundo que sus hijos estaban heredando. El guatemalteco se jactaba de que los guardaespaldas que le protegían a él —y a mí— eran «asesinos mayas».



# Latinoamérica

15

## Pistoleros en Guatemala

La puerta del ascensor se abrió. Dentro había tres hombres. A diferencia de Pepe y de mí, no llevaban traje de negocios. Vestían de manera informal jersey y pantalones. Uno llevaba una chaqueta de cuero. Lo que me llamó la atención fueron las armas. Los tres portaban fusiles AK-47.

«Una desgraciada necesidad en Guatemala hoy en día —explicó Pepe. Me empujó hacia el ascensor—. Al menos para aquellos de nosotros que somos amigos de Estados Unidos, amigos de la democracia. Necesitamos a nuestros asesinos mayas.»

Había volado desde Miami a Ciudad de Guatemala el día anterior y estaba alojado en el hotel más lujoso. Era una de las pocas ocasiones en que Stone and Webster Engineering Corporation (SWEC) me había pedido que hiciese algo por ellos, aparte de abstenerme de escribir sobre los gánsteres económicos. Pepe Jaramillo (no es su verdadero nombre) había firmado un contrato con SWEC para ayudar a la empresa a desarrollar centrales eléctricas privadas. Era uno de los miembros más poderosos del pequeño grupo de elites que han controlado el país desde los tiempos de la conquista española. La familia de Pepe poseía parques industriales, edificios de oficinas, complejos de viviendas y amplias posesiones agrícolas cuya producción exportaban a Estados Unidos. Lo importante, desde el punto de vista de SWEC, era que poseía la influencia política necesaria en Guatemala para lograr que las cosas funcionasen.

Yo había visitado Guatemala como gánster económico a mediados de la

década de 1970. Mi cometido había sido lograr que el gobierno aceptase un préstamo para mejorar el sector eléctrico. Después, a finales de la década siguiente, fui invitado a formar parte del equipo directivo de una organización no gubernamental que ayudaba a la población maya a organizar bancos de microcrédito y otras iniciativas de base para salir de la pobreza. Con los años llegué a familiarizarme con la trágica violencia que había desgarrado a este país durante la segunda mitad del siglo XX.

Guatemala fue el corazón de la civilización maya que floreció hace aproximadamente mil años. Cuando llegaron los conquistadores en 1524 esa civilización ya había iniciado un periodo de colapso que los antropólogos atribuyen a su incapacidad para solventar los daños medioambientales causados por el crecimiento de sus espectaculares centros urbanos. Guatemala no tardó en pasar a ser la sede de las autoridades españolas en América Central, una situación que se prolongó hasta el siglo XIX y fue motivo de choques frecuentes entre la población maya y la española.

Hacia 1900 la United Fruit, una empresa radicada en Boston, había derrotado a los españoles en su propio terreno para establecerse como una de las fuerzas más poderosas de América Central. Su reinado fue absoluto e incontestado hasta principios de la década de 1950, cuando Jacobo Arbenz optó a la presidencia con el apoyo de una plataforma que se hacía eco de los ideales de la Revolución Americana. Proclamaba que Guatemala debía beneficiarse de los recursos ofrecidos por la tierra; que no se debía permitir a las corporaciones extranjeras explotar al país y su gente. Su elección fue saludada en todo el hemisferio como un modelo de proceso democrático. En aquel momento, menos de un 3 por ciento de los guatemaltecos poseía el 70 por ciento de la tierra. Siendo ya presidente, Arbenz puso en práctica un extenso programa de reforma agraria que supuso una amenaza directa contra las operaciones de la United Fruit. La empresa temía que si Arbenz triunfaba podría convertirse en un ejemplo que otros podrían seguir en todo el hemisferio, y quizá en el mundo entero.

United Fruit lanzó una gigantesca campaña de relaciones públicas en Estados Unidos; con ella convenció al pueblo y al Congreso de que Arbenz había convertido Guatemala en un satélite soviético y de que su programa de reforma agraria era un complot de Rusia para acabar con el capitalismo en Latinoamérica. En 1954 la CIA orquestó un golpe de Estado. Aviones estadounidenses bombardearon la capital; el presidente democráticamente elegido fue depuesto y sustituido por Carlos Castillo Armas, un brutal

dictador militar de extrema derecha.

El nuevo gobierno revocó de inmediato la reforma agraria, abolió los impuestos que pagaba la empresa y encarceló a millares de oponentes de Castillo. En 1960 estalló una guerra civil en la que la guerrilla antigubernamental, la Unión Nacional Revolucionaria Guatemalteca, se enfrentó a Estados Unidos, que contaba con el apoyo del ejército y los escuadrones de la muerte derechistas. La violencia se intensificó durante la década de 1980 con el resultado de la muerte de centenares de miles de civiles, en su mayoría mayas. Muchos más fueron encarcelados y torturados.

En 1990 el ejército provocó una matanza de civiles en Santiago Atitlán, ciudad situada cerca del lago del mismo nombre y considerada uno de los lugares más bellos de América Central. Aunque fue una matanza más, ésta saltó a las portadas internacionales porque ocurrió en un lugar muy popular entre los turistas extranjeros. De acuerdo con informes de testigos oculares, todo empezó cuando un grupo de mayas se dirigió a las puertas de la base militar. Uno de sus vecinos había sido detenido por el ejército y, temiendo que fuese a engrosar las filas de los miles de «desaparecidos» oficialmente, exigieron su libertad. Los militares abrieron fuego contra la multitud. Aunque las cifras exactas son objeto de discusión, docenas de hombres, mujeres y niños fueron heridos de gravedad o muertos.

El viaje para visitar a Pepe Jaramillo tuvo lugar poco después, en 1992. Quería que SWEC se asociase con él para obtener financiación del FMI. Yo sabía que los mayas creen que la tierra es un espíritu vivo y que los lugares donde surge un chorro de vapor se consideran sagrados. Sospechaba que todo intento de construir centrales sobre surgencias geotérmicas provocaría violencias. Basándome en la experiencia de la United Fruit —así como en otras más recientes con las que me había familiarizado en Chile, Indonesia, Ecuador, Panamá, Nigeria e Irak—, pensaba que si una empresa estadounidense como SWEC pedía ayuda en un lugar como Guatemala, la CIA haría acto de presencia. La violencia se incrementaría. El Pentágono podría mandar a los marines. Yo tenía ya suficiente sangre sobre mi conciencia; estaba decidido a hacer todo lo que estuviese en mis manos para evitar más mutilaciones.

Aquella mañana un coche vino a buscarme al hotel y me condujo a la entrada circular de uno de los edificios modernos más impresionantes de Guatemala. Dos porteros armados me permitieron la entrada. Uno me acompañó hasta el último piso en el ascensor. Me contó que el edificio era

propiedad de la familia de Pepe y que los once pisos estaban ocupados por ella: el banco en la planta baja, oficinas de diversas empresas desde la segunda a la octava, y residencias familiares en la novena, décima y undécima. Pepe me recibió en la puerta del ascensor. Tras un café y una breve charla introductoria me guió en una rápida visita al edificio con excepción de la planta novena, que según dijo estaba reservada a su madre viuda (sospeché razones adicionales). Si la pretensión del tour era impresionar al representante de SWEC, lo había conseguido. Después de una reunión con él y varios de sus ingenieros en el quinto piso para familiarizarme con el proyecto geotérmico, almorzamos con su madre, su hermano y su hermana en el piso undécimo, y luego decidimos partir para ir a visitar el lugar elegido. Nos subimos en el ascensor con los hombres armados con los AK-47.

La puerta del ascensor se cerró. El hombre con la chaqueta de cuero apretó el último botón. Nadie habló mientras bajaba el ascensor. Yo estuve pensando en los AK-47. Comprendí que servían para protegernos a Pepe y a mí de los mayas, la misma gente con la que trabajaba mediante la ONG. Me pregunté qué pensarían ahora mis amigos mayas de mí.

El ascensor se detuvo. Cuando se abrió la puerta yo esperaba ver la luz del atardecer a través del pórtico por el que había entrado antes. En lugar de ello vi un inmenso garaje de hormigón. Estaba muy bien iluminado en un extremo y olía a cemento fresco.

La mano de Pepe me sujetó de un hombro. «Espere aquí», me ordenó en voz baja.

## Obsesionados por la rabia

Dos de los guardas dieron un paso por delante de Pepe y de mí, bloquearon la puerta y apuntaron con los AK-47 hacia el cavernoso garaje. El tercero, el de la chaqueta de cuero, se puso en cuclillas y salió, moviendo la cabeza y el arma de un lado al otro para escanear el área frente a él. Nuestros dos guardas también salieron y tomaron posiciones a ambos lados de la puerta abierta del ascensor.

Ahora tenía una visión limpia del garaje. Me sorprendió ver que sólo había seis coches. Todos de construcción americana, Chevrolet y Ford. Cinco eran furgonetas negras. El sexto era un *pickup* rojo. Todos eran perfectamente anodinos.

Chaqueta de cuero dirigió una linterna al interior de cada coche y luego a los bajos. Cuando terminó volvió a escudriñar el garaje entero. Aparentemente satisfecho, abrió la puerta de una de las furgonetas, entró y puso en marcha el motor. Entonces la acercó lentamente hacia donde estábamos.

Uno de los dos guardas abrió la puerta trasera. Ambos subieron y se instalaron rápidamente en la tercera fila de asientos, que miraba hacia atrás. Chaqueta de cuero salió de un salto con el AK-47 a un lado. Pepe me siguió en la segunda fila de asientos. Chaqueta de cuero cerró nuestra puerta. Hizo sonar un pito estridente y recobró su posición tras el volante.

La furgoneta empezó a ascender una empinada rampa. A medida que avanzaba se alzó una puerta metálica dejándonos ver la luz del sol. Tres hombres con AK-47 montaban guardia fuera. Nos saludaron al pasar. La

furgoneta se detuvo. Uno de los tres abrió la puerta contigua al conductor y subió. Habló a través de un *walkie talkie*. Poco después dos sedanes, uno blanco y el otro plateado, se subieron a la acera delante de nosotros. Los cristales tintados imposibilitaban ver el interior. El hombre junto a nuestro conductor hizo un gesto con la mano. El coche blanco enfiló la calle. Le seguimos, seguidos por el coche plateado.

Pepe me dio unos golpecitos en la rodilla y rompió el silencio.

—Es terrible tener que vivir así, ¿no le parece?

—Increíble. Pero sus hombres parecen saber lo que hacen.

—Son lo mejor que el dinero puede comprar, y todos están entrenados en esa Escuela de las Américas de ustedes. —Se estremeció—. Hace justamente una semana el coche que llevaba a mi hermana fue atacado por un puñado de mayas. Por fortuna nuestros vehículos llevan cristales a prueba de balas. Eso, y los guardas, le salvaron la vida.

—¿Hubo algún herido? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Los guardas dicen que hirieron a dos de esos bastardos, pero sus amigos se los llevaron. Esto le ocurrió a un socio mío. Sus guardas persiguieron a sus atacantes... y cayeron en una trampa. Uno resultó muerto y el otro herido. —Miró a través de su ventanilla hacia el vacío boulevard que estábamos recorriendo—. Ésta era una bonita ciudad —murmuró—. La violencia se limitaba prácticamente al campo. —Se giró hacia mí—. Pero ya no. Esos malditos mayas se han desquiciado. —Volvió a mirar el mundo exterior y luego volvió a mirarme a mí y soltó una risita forzada—. Si usted fuera un tipo como yo, ¿a quién temería más?

—¿Qué quiere decir?

—¿Quién tiene más oportunidades de matarle?

Recordé al panameño Torrijos y los rumores de que un oficial de su servicio de seguridad le había entregado una grabadora repleta de explosivos justo antes de que realizase aquel fatídico vuelo en su Twin Otter.

—Sus guardas.

—Claro. —Recostó la espalda en el asiento—. Tienes que encontrar a los mejores y pagarles muy bien. Tenemos un cuerpo de seguridad numeroso. Antes de que entren en nuestras viviendas privadas... como esos tipos. —Hizo un gesto en dirección a los coches delante y detrás de nosotros—. Se pasan años en ese cuerpo, en alguna de nuestras fábricas, bancos o haciendas. No se acercan a mí ni a mi familia hasta que no han

pasado la prueba.

—¿Y cómo lo hacen?

—¿Pasar la prueba? —Movi6 la cabeza y sonri6—. Deben arriesgar su vida en un intercambio de disparos, demostrar que tienen arrestos y son fieles.

Sus palabras me trajeron a la mente los sucesos de Irak que desencadenaron la invasi6n norteamericana un a1o antes, en 1991. Cuando se lo mencion6 a Pepe asinti6 con la cabeza.

—Cu6ntemelo.

—Nuestros chacales quisieron apoderarse de Saddam, pero sus fuerzas de seguridad eran demasiado buenas y leales. Adem6s ten6a todos aquellos dobles. Imagine que usted es uno de sus guardas y cae en la tentaci6n de aceptar un soborno. Sabe que si dispara contra un doble, usted y su familia van a sufrir una muerte lenta y horrible. Por eso Bush envi6 al ej6rcito.

—6sta es buena —dijo ri6ndose—. Tengo que hacer correr la voz de que podemos castigar con muertes lentas, por si alguno de mis muchachos cae alg6n d6a en la tentaci6n.

Salimos de la ciudad y nos dirigimos hacia un majestuoso volc6n. El cielo era de un azul intenso. S6lo entonces ca6 en la cuenta de que la capital estaba envuelta en una neblina. M6s all6 de la ciudad el d6a estaba radiante. Pasamos junto a un peque1o lago y el coche gir6 hacia una pista. Pepe me explic6 que los 6rboles hab6an sido cortados por campesinos que los quemaban para cocinar y calentar sus casas. Las laderas estaban estriadas por los barrancos producidos por la subsiguiente erosi6n.

—Uno pensar6a —dijo— que deber6an haber aprendido la lecci6n. Sus antepasados se destruyeron talando los bosques y construyendo pir6mides. Ahora hacen esto. Gente est6pida sin remedio.

Estuve tentado de decir que la poluci6n urbana era mucho m6s destructiva a largo plazo, que las f6bricas y los coches de los que 6l y yo depend6amos eran los m6ximos culpables, y que eran nuestras pol6ticas las que forzaban a los campesinos a quemar sus 6rboles. Pero me imagin6 que se limitar6a a catalogarme como un «amante de los indios», un ecologista radical, y por lo tanto alguien que no era de fiar. Mir6 a trav6s de la ventanilla.

El 6rido paisaje me hizo recordar la 6poca en que vine a este pa6s para hablar con un cham6n maya. La organizaci6n no gubernamental me hab6a enviado a pedirle que celebrase las ceremonias inaugurales de una inminente reuni6n de directivos. Me acompa1aba Lynne Twist, recaudadora de fondos y autora del libro *The Soul of Money* (El alma del dinero).

Encontramos una gran resistencia cuando tratamos de acordar un encuentro; se hizo dolorosamente evidente que la persecución sufrida por los mayas a manos del gobierno —éste apoyado por Washington— bloqueaba nuestros esfuerzos.

Finalmente, Lynne y yo llegamos a la pequeña casita de adobe donde vivía el famoso chamán. Éste vestía unos vaqueros y la tradicional camisa bordada; llevaba un pañuelo rojo atado en torno al cráneo. Su casa olía a fuego de leña y a hierbas. Estaba en lo alto de una montaña que, lo mismo que las que ahora atravesábamos, había sido arrasada por la erosión. Escuchó en silencio mientras le resumía nuestro deseo de involucrarlo en una reunión y lograr su ayuda para poder trabajar más estrechamente con su pueblo. Yo le hablaba en español a un intérprete que traducía mis palabras al dialecto maya local.

Cuando terminé, el chamán lanzó un airado discurso. Gesticulaba y gritaba apasionadamente. «¿Por qué habría de ayudarlo? —preguntó—. Su pueblo ha asesinado al mío durante quinientos años. Y no sólo los españoles durante la época colonial. Su gobierno ha enviado aquí agentes secretos y tropas uniformadas durante toda mi vida, incluso ahora. Ustedes bombardearon la capital y derribaron a Arbenz, el único presidente que ha tratado de ayudarnos. Ustedes entrenan a soldados guatemaltecos para que torturen a los mayas. ¿Y ahora me pide que le ayude?»

—Estos mayas —dijo Pepe como si me hubiese leído los pensamientos— están obsesionados por la rabia. Nos acusan a los demás de sus problemas. Les damos trabajo y nos acusan de esclavizarlos. Cuando no los contratamos (mi familia importó haitianos que trabajan por unas monedas) se sublevan y tratan de matarnos. Y esto no ocurre sólo aquí. Cosas similares están ocurriendo en todo el hemisferio. En los Andes, la Amazonia, México, Brasil, Ecuador, Perú, Venezuela, Bolivia o Colombia. Nombre un país al sur del Río Grande. A ustedes, los gringos, no les pasa porque se cargaron a todos sus indios. Nosotros debiéramos haber seguido su ejemplo. —Me golpeó en la rodilla para poner énfasis—. Escuche lo que le digo. El reto de los próximos años va a ser mantener a los pueblos indígenas, los indios, bajo la bota. Puede usted hablar todo lo que quiera de democracia, pero esos países van a necesitar líderes fuertes para mantener en su lugar a esos indios. A los mayas no les importa un pimiento la democracia. Ni a los quechuas. Ni a ningún otro. Si les dan la oportunidad, nos matarán a todos.

No le conté mi experiencia con el chamán maya, que al final aceptó trabajar



con nosotros. El punto de inflexión se produjo cuando le dije que la única razón que se me ocurría para que nos ayudase era que entre ambos podríamos construir un puente entre su pueblo y el mío. «Somos muchos en Estados Unidos —dije— los que compartimos su disgusto por la forma en que nuestro gobierno trata a su pueblo. Y queremos cambiar.» Abrí una bolsa que contenía unas piedras incas que me había regalado un chamán quechua de Ecuador. «Estamos tratando de hacer cosas parecidas en otras partes de Latinoamérica.» A partir de ahí, ante mi sorpresa, cambió al español, que hablaba con soltura.

Cuando la caravana de Pepe llegó al punto geotérmico elegido, supongo que yo ya había decidido qué iba a recomendar a SWEC. Ese proyecto no se reducía a utilizar fondos del Banco Mundial para enriquecer a los poderosos y dejar a los pobres aún más endeudados; además iba a despojar a los mayas de sus derechos sagrados. Cuando los tres vehículos se detuvieron, Pepe volvió a retenerme en el nuestro mientras sus hombres — que ahora eran doce— registraban la zona. En el exterior, unas gruesas nubes de vapor salían rugiendo de la tierra.

Mientras Pepe y yo dábamos una vuelta, me citó estadísticas técnicas acerca de libras de presión, kilowatios y costes de construcción. Nos detuvimos al borde de una charca de aguas burbujeantes inhalando humos sulfúricos; hizo un gesto en dirección al vapor que descendía por la colina hacia el valle y describió el establecimiento de spa que su hermana proyectaba allí.

Me sentí obligado a resaltar lo obvio:

—Seguro que los mayas lucharán contra ustedes con uñas y dientes.

—Bah —dijo—. En eso se equivoca. Puede que sean estúpidos, pero nos conocen bien a mí y a mi familia... —Su voz se tranquilizó. Hizo una mueca—. Estoy seguro de poder alcanzar un acuerdo con ellos. Y no costará mucho: una miseria, en realidad. Es todo lo que necesitan. Y es la razón por la cual ustedes deben tener socios como mi familia. Ponga a un gringo en un equipo negociador y se acabó el juego. Y por otra parte, nosotros podemos manejarlos. —Clavó su mirada en mí—. Creo que sabe a qué me refiero.

Asentí y di media vuelta. Por descontado que lo sabía, y ello me ponía furioso. Caminé hasta el lado opuesto de la charca. Recogí un guijarro. Al arrojarlo contra el agua burbujeante mandé también mis respetos a los espíritus mayas o a la fuerza que hubiese creado tan asombroso fenómeno.

El viaje de vuelta se prolongó tanto debido al atasco del tráfico que perdí mi vuelo. Lo cual no perturbó a Pepe; llamó a sus pilotos. Éstos vinieron a

buscarme a su domicilio y me condujeron hasta un jet privado. Parecía terriblemente irónico que se empleasen dos pilotos y miles de dólares de gasolina para llevarme hasta Miami para poder cargarme el proyecto de Pepe. Al principio me sentí culpable al aceptar su avión, pero luego me exculpé; imaginé que al chamán maya y a los espíritus geotérmicos les divertiría, y que me lo agradecerían.

Una observación de Pepe me ha perseguido durante años: «Escuche lo que le digo. El reto de los próximos años va a ser mantener a los pueblos indígenas, los indios, bajo la bota». Esas palabras adquirieron una nueva significación a medida que nos aproximamos, y luego entramos, en el tercer milenio.

Desde 1998, siete países de Latinoamérica, unos trescientos de los trescientos setenta millones de personas que pueblan el continente, han votado a presidentes que se habían manifestado en contra de la explotación extranjera. Pese a las declaraciones de nuestra prensa y nuestros políticos, esos votos no iban a favor del comunismo, la anarquía o el terrorismo. Iban a favor de la autodeterminación. Mediante el proceso electoral democrático, nuestros vecinos nos han mandado un mensaje rotundo: no quieren nuestro altruismo; lo único que quieren es que nuestras empresas dejen de abusar de ellos y de sus tierras.

Los latinoamericanos están siguiendo los pasos de Paine, Jefferson, Washington y de todos los valerosos hombres, mujeres y niños que se alzaron contra el Imperio Británico en la década de 1770. Es un fascinante giro de la Historia el hecho de que hoy, en la primera línea de la revolución contra el imperio, se hallen los indígenas. A pesar de que nuestros Padres Fundadores basaron su nuevo gobierno en principios de los iroqueses y nuestro Ejército Continental utilizó a indios como exploradores y soldados, nuestra nación los premió con la exclusión y el genocidio. Para muchos países latinoamericanos, ellos son la vanguardia. Está emergiendo una nueva generación de héroes. Aunque hayan nacido en culturas precolombinas, esos líderes consideran que su electorado son los pobres y los privados de voto, independientemente de su raza, herencia y religión, o de si viven en suburbios superpoblados o en remotas granjas de subsistencia.

No hay lugar en donde esto sea tan evidente como en Bolivia.

Mientras seguía la elección presidencial de 2005, me pregunté qué sentiría Pepe. ¿Cómo reaccionó cuando un granjero indígena del más humilde

origen, un indio aymara, venció por una abrumadora mayoría? La victoria de Evo Morales fue la materialización de la pesadilla de Pepe. Viendo en televisión las celebraciones postelectorales me vi transportado a la época en que se me ofreció uno de los puestos más influyentes de este país. La forma en que esto ocurrió es muy ilustrativa de los actos y actitudes propios de la corporatocracia.

## **Fichado como presidente de Bolivia Power**

«Bolivia es el emblema de una tierra explotada por los imperios.» Estas palabras, proferidas en 1968 por un profesor del campo de entrenamiento de los Cuerpos de Paz en Escondido (California), se me quedaron grabadas. El profesor había vivido en Bolivia, e insistía continuamente en el peaje que se habían cobrado los siglos de opresión.

Tras completar mi entrenamiento, y mientras servía como voluntario en Ecuador, muchas veces pensé en Bolivia. Me fascinaba ese país encerrado tierra adentro, que en un mapa parece el agujero del donut formado por Perú, Chile, Argentina, Paraguay y Brasil. Durante mi tour con los Cuerpos de Paz visité todos los países vecinos de Bolivia salvo uno, Paraguay, que lo evité como protesta personal contra su dirigente, el general Alfredo Stroessner, y su política de dar cobijo a oficiales nazis de las SS. También evité cuidadosamente Bolivia, porque los jóvenes norteamericanos a los que nos referíamos como «los de la ruta del gringo», y que a veces se alojaban en mi casa, me habían dicho que su actitud hacia los indios era aún más brutal que en Ecuador.

En aquella época parecía imposible que hubiera un lugar donde se pudiera superar a Ecuador en ese terreno. Las elites acomodadas del país consideraban infrahumana a la población indígena. Éstos, al igual que los afroamericanos de Estados Unidos unas décadas atrás, carecían de derechos humanos. Corrían rumores acerca de un «deporte» practicado por

los chicos ricos. Si sorprendían a un indio haciendo algo ilegal —como robar maíz de una hacienda para que su hambrienta familia pudiese sobrevivir—, le ordenaban que echase a correr y lo abatían de un disparo. Mercenarios de las empresas petroleras en el Amazonas practicaban ejecuciones similares, aunque las justificaban como una lucha contra el terrorismo, no como un deporte. Y sin embargo, pese a la opresión en Ecuador, lo de Bolivia parecía peor.

Este asunto llegó a nuestro país cuando el Che Guevara, el médico argentino que decidió combatir la opresión, eligió Bolivia como frente de batalla. Las clases dirigentes solicitaron ayuda a Washington. El Che fue relegado a una categoría peor que la de inhumana o terrorista; puesto que estaba respaldado por Cuba, fue considerado un comunista fanático. Washington envió a uno de sus más experimentados chacales para cazarlo. El agente de la CIA Félix Rodríguez capturó al Che en la jungla boliviana cercana a La Higuera en octubre de 1967. Tras interrogarlo durante horas, y bajo la presión de los bolivianos, Rodríguez ordenó al ejército boliviano ejecutar al Che.<sup>17</sup> Después de eso, el puño de la corporatocracia se cerró contra Bolivia. El donut estrujaba el agujero.

Antes de viajar finalmente a Bolivia como un GE a mediados de la década de 1970, hice averiguaciones. Descubrí que la represión allí sobrepasaba todo cuanto esperaba, que mi profesor de los Cuerpos de Paz y aquellos gringos peregrinos apenas si habían rascado la superficie. Hasta donde llegaba la historia registrada, el país siempre había sido azotado por la violencia, víctima de un imperio o de un implacable tirano tras otro.

Los pueblos indígenas de Bolivia fueron conquistados por los incas en el siglo XIII. Los conquistadores españoles llegaron en 1530, subyugaron a los incas, los asesinaron por millares a sangre fría y gobernaron con puño de hierro hasta 1825. En una serie de guerras a lo largo del periodo 1879-1935, Bolivia perdió su salida al Pacífico a manos de Chile, su rica región petrolífera del Chaco ante Paraguay y sus junglas productoras de caucho ante Brasil. En la década de 1950 un gobierno reformista presidido por Víctor Paz Estenssoro puso en marcha programas para mejorar la condición de la mayoría india y nacionalizó las opresivas minas de estaño. La comunidad internacional se sintió ultrajada; la administración de Estenssoro fue derribada por una junta militar en 1964. Como no podía ser menos, la CIA estuvo implicada. Los golpes y contragolpes asolaron el país durante la década de 1970.

Hasta la geografía es opresiva. El país está dividido por dos cadenas

andinas paralelas y extremadamente accidentadas que forman tres regiones distintas: una meseta árida, elevada e inhóspita llamada el Altiplano; unos valles semitropicales en el oeste, y tierras pantanosas y vastas selvas en el este.

La mayor parte de los nueve millones de habitantes de Bolivia son indios que tradicionalmente han vivido de granjas de subsistencia colgadas en las empinadas laderas andinas. Como reflejo de su diversidad étnica, Bolivia tiene tres lenguas oficiales: quechua, aymara y español. Pese a poseer abundantes recursos naturales —plata, zinc, estaño, petróleo, energía hidroeléctrica y las reservas de gas natural más abundantes de Latinoamérica después de Venezuela—, Bolivia es uno de los países más pobres del hemisferio.

Fue también uno de los primeros en llevar a la práctica un Paquete de Ajuste Estructural (SAP) del FMI. Y yo tengo alguna responsabilidad al respecto.

Cuando llegué a Bolivia a mediados de la década de 1970, el miedo que inspiraba el legado del Che había puesto de acuerdo a una coalición formada por la elite económica y la militar para subyugar a la comunidad indígena del país. Mi tarea consistía en buscar las vías para que los gánsteres económicos pudiésemos inducir a la coalición a integrarse más en la corporatocracia. Durante mis entrevistas con un amplio espectro de bolivianos, formulé ideas similares a las que más tarde, en las décadas de 1980 y 1990, se integraron en los SAP aceptados por numerosos países. Al igual que la Indonesia de Suharto, los dirigentes bolivianos se mostraron predispuestos a adoptar programas que vendían los recursos del país a los extranjeros. Tenían una larga experiencia en rendirse y prosperar a costa de compañías mineras; habían incurrido en gastos excesivos; y sintiéndose vulnerables frente a los países vecinos, sus enemigos tradicionales, así como frente a sus propias poblaciones indígenas, deseaban asegurarse la protección de Washington, y de paso enriquecerse. Seguirían el ejemplo de Suharto invirtiendo sus fortunas en Estados Unidos y Europa, y poniéndose así a salvo en el caso de futuras crisis económicas en Bolivia.

Tras aquellos encuentros iniciales en la década de 1970, llegué a la conclusión de que Bolivia estaba lista para la privatización. Los hombres de negocios de La Paz y los militares estaban ansiosos por expandir el modelo iniciado por las compañías mineras. Aunque ello implicaba la venta de la soberanía de la nación, les liberaba de tomarse el trabajo de recaudar dinero mediante impuestos o recurrir a los mercados de capitales

y a sus propios bancos para desarrollar instalaciones de agua, alcantarillado y electricidad, redes de transportes y comunicaciones e incluso los sistemas educativo y penal. Con mi ayuda, comprendieron también que recibirían lucrativas subcontratas y que sus hijos e hijas serían recompensados con una educación pagada en Estados Unidos y estancias como becarios en nuestras más prestigiosas empresas de ingeniería y construcción. Aprobaron con entusiasmo los incentivos fiscales para los inversores extranjeros y aceptaron retirar las barreras aduaneras contra productos norteamericanos al tiempo que aceptaban las que nosotros imponíamos a los productos bolivianos. En esencia, la elite económico-militar boliviana parecía dispuesta a asumir lo que parecía una nueva forma de colonialismo siempre que estuviese amparada por la jerga del FMI, expresiones como «buena gobernanza», «economía bien fundada» o «ajustes estructurales».

Una vez que el gobierno aprobó la legislación que permitía las *joint ventures*, la atracción de capitales extranjeros y la derogación de las restricciones en cambios monetarios, no tardó mucho en consumarse la privatización de las cinco mayores empresas estatales de Bolivia. Además, el gobierno anunció planes para vender a inversores extranjeros durante la década de 1990 al menos ciento cincuenta empresas estatales. Y, en un interesante giro del destino —representativo del mecanismo que lleva a tantos funcionarios gubernamentales estadounidenses a ocupar lucrativos puestos corporativos—, me ofrecieron la presidencia de la más poderosa empresa de servicios de Bolivia.

En 1990, la Leucadia National Corporation, una empresa estadounidense, se puso en contacto conmigo para preguntarme si me interesaría convertirme en presidente de su subsidiaria, la Compañía Boliviana de Energía Eléctrica (COBEE). Leucadia tenía fama de comprar empresas con problemas y convertirlas en entidades productivas. (Leucadia se haría famosa en 2004 cuando pretendió ser eximida de la ley antitrust para comprar más del 50 por ciento de las acciones de MCI Inc., la segunda empresa de transportes de larga distancia más importante del país.) Los representantes de la corporación me informaron de que yo estaba excepcionalmente cualificado para dirigir COBEE. Aparte del hecho de que yo había contribuido a estructurar el SAP de Bolivia, además: 1) en Estados Unidos yo era director ejecutivo de mi propia y exitosa empresa de electricidad (una compañía que fundé tras dejar las filas de los GE y que se beneficiaba de los favores que se me debían por mi trabajo como gánster

económico);<sup>18</sup> 2) hablaba español y estaba familiarizado con las culturas latinoamericanas; y 3) como antiguo GE, estaba en una posición ideal para conseguir los préstamos del Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo necesarios para expandir la COBEE.

Después de la entrevista en la Costa Este, Leucadia nos trasladó a mi esposa Winifred, a mi hija de siete años Jessica y a mí a la mansión de Salt Lake City donde el director ejecutivo de la compañía, Ian Cumming, y su esposa pasaban gran parte del tiempo. Tras unas reuniones introductorias con diversos directivos, nos reunimos con los Cumming en su elegante comedor para un almuerzo de cinco platos servido por el chef y la servidumbre de la familia. Después Ian y yo nos retiramos a su despacho para mantener una charla privada. En un momento dado entró un ayudante y explicó, excusándose, que había recibido un fax desde La Paz y que el traductor de español se había ido al médico, por lo que confiaba en que yo pudiera echar una mano. Mientras traducía en voz alta el mensaje al inglés, no pude por menos de sospechar que mis habilidades idiomáticas estaban siendo puestas a prueba.

Al parecer, pasé ésa y otras pruebas. No mucho después de la visita a Salt Lake City, Leucadia preparó un viaje a Bolivia para los tres.



## **Maximizando los beneficios en La Paz**

Aterrizamos en El Alto, uno de los aeropuertos comerciales más elevado del mundo, situado sobre una meseta a casi 3.900 metros sobre el nivel del mar. Pasados los trámites de aduana, nos recibieron el presidente de COBEE, ya a punto de retirarse, y su esposa. Él y el resto de los principales directivos de la empresa nos trataron regiamente durante nuestra estancia. Nos acompañaron a los pintorescos mercados locales, los museos, las iglesias coloniales, el americanizado colegio al que Jessica asistiría, el exclusivo club deseoso de admitirnos como socios y los más interesantes espacios naturales de las montañas en torno a La Paz, entre ellos las rocas de arenisca extrañamente erosionadas del Valle de la Luna. Nos enseñaron las centrales y subestaciones y los derechos de paso para las líneas de transmisión de energía.

Una fría y lluviosa tarde, un directivo de la compañía anunció que iba a enseñarnos «el alma y el corazón de la empresa». Yo esperaba una maravilla tecnológica de última generación. En lugar de eso, su chófer nos condujo bajo la gélida llovizna hasta un banco comercial en el centro de La Paz.

Una harapienta fila de indios se extendía a lo largo del edificio del banco y en torno a la manzana. Se acurrucaban unos contra otros para protegerse de la lluvia que les empapaba, y muchos de ellos sostenían periódicos abiertos sobre su cabeza. Vestían con ropas tradicionales, pantalones, camisas y

ponchos de lana. Bajé un poco la ventanilla del coche y recibí una ráfaga de aire frío y el olor a lana mojada y cuerpos sucios. Como si se tratara de un remanente de la época colonial, cuando los conquistadores los ponían en fila para trabajar en las minas, permanecían callados, limitándose a estar allí, mirando y ocasionalmente dando un paso al frente en dirección a las poderosas puertas del banco donde un puñado de guardas armados los vigilaban. Docenas de niños harapientos estaban repartidos a lo largo de la fila; muchas mujeres llevaban bebés envueltos en chales que colgaban, chorreando agua, de sus hombros.

—Vienen a pagar los recibos de la electricidad —explicó el directivo.

—Qué primitivo —exclamó Winifred.

—Al contrario —corrigió el directivo—. Éstos son los afortunados. A diferencia de sus parientes rurales, ellos son unos privilegiados al estar conectados a la red. Tienen electricidad.

Mientras regresábamos a la oficina, el directivo se giró en el asiento contiguo al del conductor y explicó que COBEE enviaba regularmente sacas de dinero a Estados Unidos a través de la embajada norteamericana; el dinero que entregaban los aymara y los quechua que hacían cola en la puerta del banco.

—Esta empresa es un producto muy rentable para Leucadia —añadió maliciosamente.

Más adelante supe que incluso si el gasto eléctrico se limitaba al de una simple bombilla, hacían el peregrinaje al banco una vez al mes; al carecer de cuentas corrientes y tarjetas de crédito, permanecían pacientemente en fila y pagaban en efectivo.

Aquella noche, una vez aislados en nuestra habitación del hotel, Winifred me preguntó si la embajada debía servir como servicio de correo para empresas privadas. Yo no supe responder más que lo obvio: que las misiones diplomáticas de todo el mundo existían antes que nada para beneficiar a la corporatocracia. También nos preguntamos por qué el directivo había dado tal rodeo para mostrarnos la cola. «Parecía muy orgulloso de ello —dijo Winifred—. Qué sentido de las finanzas tan perverso.»

A la mañana siguiente se nos informó acerca del proyecto del río Zongo. Yo había oído hablar de él como el alma de COBEE; es famoso entre los ejecutivos de las plantas eléctricas de Latinoamérica, y consiste en una serie de centrales hidroeléctricas que empiezan casi en la cima de los Andes y descienden por una profunda garganta hasta un valle tropical; un

modelo de eficiencia y de buen gobierno medioambiental. Diversos ingenieros nos aseguraron que verlo compensaba sobradamente el penoso viaje. Uno de ellos sacudió tristemente la cabeza. «Nunca volverá a ocurrir —murmuró—. Todos amamos el Zongo porque es un bello ejemplo de cómo pueden hacerse las cosas. Pero ningún prestamista moderno, y menos aún el Banco Mundial, prestaría dinero para proyectos pequeños y exquisitamente ejecutados. Si tuvieran que hacerlo otra vez, insistirían en que hiciésemos una sola presa gigantesca e inundásemos todo el valle.»

El presidente de COBEE y su esposa se ofrecieron a llevarnos al río Zongo. Una mañana, antes del amanecer, pasaron a recogernos por el hotel en su furgoneta 4x4. Salimos de la ciudad y enfilamos hacia el Altiplano. Un fino manto de nieve cubría esa desnuda meseta que recuerda a una versión árida de la tundra ártica. De pronto se hizo de día y fuimos testigos de un espectacular amanecer por encima de la imponente Cordillera Real. Esta cadena andina tiene veintidós picos de más de 6.000 metros de altura, y recibe el nombre de «el Himalaya de América».

Unas horas después, mientras atravesábamos un puerto de montaña a unos de 5.000 metros de altitud, Jessica tuvo la oportunidad de ver por primera vez un glaciar. Unas alpacas ramoneaban en los pastos que nos separaban de la enorme capa de hielo. Hicimos un alto. Cuando Jessica atravesó corriendo la carretera para verlo de cerca, se le pusieron negros los labios debido a la falta de oxígeno. Cayó de rodillas y vomitó con violencia. Entre Winifred y yo la trajimos de vuelta a la furgoneta y bajamos a toda prisa para perder altitud, y al mediodía llegamos a la primera de las plantas hidroeléctricas.

Una pequeña presa que cruzaba el río Zongo creaba el embalse. Desde allí el agua fluía a lo largo de profundos canales excavados en la ladera de la montaña y a través de unos túneles llegaba hasta una compuerta metálica y a la planta donde se producía la electricidad. El mismo proceso se repetía varias veces, en un sistema ingeniosamente diseñado para maximizar el potencial energético del río y al mismo tiempo mantener la integridad del paisaje natural. Mientras serpenteábamos por la garganta rodeados por todas partes de acantilados cortados a pico, Jessica, totalmente recuperada, hizo un comentario que verbalizó mis sentimientos: «Me alegro de que no construyesen una gran presa e inundasen todo el valle —dijo—. Es tan hermoso».

Finalmente nos detuvimos ante un pintoresco *cottage* que según nos dijeron sería nuestro retiro privado cuando me convirtiese en presidente. Una vez

instalados, Winifred, Jessica y yo dimos un paseo hasta una cascada cercana. A 2.500 metros nos sentíamos positivamente reconfortados, después del aire enrarecido de La Paz y el puerto de montaña. Escalamos a un acantilado cercano a la cascada. A través del lujurioso follaje contemplamos la puesta de sol detrás de las montañas al otro lado del valle. Después bajamos y nos unimos a nuestros anfitriones en el *cottage*. El guarda sirvió una lasaña al horno que sabía como si acabase de ser enviada desde Roma.

Aquella noche, mientras Jessica dormía, los cuatro adultos charlamos mientras tomamos un cóctel. Era evidente que el presidente de COBEE y su esposa habían disfrutado de su estancia en Bolivia. También era evidente que estaban deseando que yo ocupase su puesto para poder regresar a casa. Continuaron vendiéndome detalles que ya habíamos oído antes: viviríamos en una mansión; atravesaríamos las calles de La Paz en nuestro automóvil privado con chófer; nos protegerían guardas armados; seríamos mimados por cocineros, camareras y jardineros propios; y disfrutaríamos de unas sustanciosas dietas para alternar con la aristocracia boliviana. Afirmaron que yo sería la persona más poderosa de Bolivia después del presidente; si se producía un golpe de Estado, yo sería el hombre más poderoso, puesto que podría controlar el flujo de electricidad tanto en el palacio presidencial como en las bases militares. La CIA se ocuparía de que yo apoyase a la facción ganadora.

Una vez en la cama, Winifred alabó el proyecto hidroeléctrico. «Nunca he visto nada comparable —dijo; y añadió—: Me pregunto si podrías usarlo como punto de partida para una especie de revolución en las instalaciones en Latinoamérica. Acabar con esa horrible cola que deben hacer los indios para pagar sus recibos, hacer accesible la electricidad a las comunidades rurales a precios bajos, desarrollar más proyectos como el que hemos visto hoy en lugar de utilizar los préstamos del Banco Mundial para construir grandes centrales eléctricas, y comprometer a la compañía en un buen gobierno medioambiental.»

Escuché atentamente lo que ella decía. Al día siguiente, mientras viajábamos de vuelta a La Paz, y durante lo que restaba de nuestra estancia, estuve dándole vueltas a esa idea. En diversas ocasiones la discutí con directivos e ingenieros de COBEE. Muchos de ellos procedían de Argentina, Chile y Paraguay, países con largas historias de dictaduras militares que servían a los intereses de la corporatocracia. No me extrañó su escepticismo. Sus comentarios eran como un eco de las palabras de un

ingeniero peruano que había trabajado para COBEE durante más de una década: «Leucadia espera sacos de pasta», observó rotundamente.

Cuanto más pensaba en ello más me enfurecía. Latinoamérica se había convertido en el símbolo de la dominación estadounidense. Guatemala bajo el mandato de Arbenz, el Brasil de Goulart, la Bolivia de Estenssoro, el Chile de Allende, el Ecuador de Roldós, el Panamá de Torrijos y cualquier otro país del hemisferio que hubiese sido bendecido con recursos que nuestras corporaciones codiciasen, o que hubiese tenido líderes determinados a utilizar los recursos nacionales en beneficio de su propio pueblo, habían corrido la misma suerte. Cada uno de ellos había visto a sus líderes derribados por golpes o asesinados y reemplazados por gobiernos que eran marionetas de Washington. Yo les había hecho el juego durante diez años como GE. Había transcurrido otra década desde que dejé sus filas. Y sin embargo seguía obsesionado con la culpa. Y la ira. Había vacilado y dado la espalda a los principios en que fui educado para servir a la corporatocracia y satisfacer mis propias apetencias. Mi prostitución personal me enfurecía, así como la sospecha de que todos mis esfuerzos por cambiar una empresa como COBEE muy probablemente se verían frustrados. A pesar de lo cual me comprometí a intentarlo.

Cuando volvimos a Estados Unidos, telefoneé al directivo de Leucadia encargado de reclutarme. Le informé de que consideraría la aceptación del trabajo únicamente si me permitían convertir COBEE en un modelo de responsabilidad social y ambiental. Le expliqué que había quedado profundamente impresionado por el proyecto hidroeléctrico del río Zongo y que la compañía estaba excepcionalmente situada para ser un agente de cambio, pues tenía la oportunidad de proporcionar electricidad a una de las poblaciones más pobres del globo.

Hubo una prolongada pausa. Me dijo que lo consultaría con Ian Cumming.

—De todas formas —dijo—, no esperes demasiado. Nuestros directivos responden ante los accionistas; de un presidente de COBEE se espera que maximice los beneficios. —Nueva pausa—. ¿Quieres volver a pensártelo? Sus palabras fortalecieron mi decisión.

—En absoluto.

Nunca más volví a saber nada de ellos.

# 19

## Cambiar el sueño

Cuanto más pensaba en la explotación de Bolivia por las empresas extranjeras y el papel que yo había desempeñado en ello en tanto que gánster económico, más furioso me ponía y más me deprimía. Consideré la posibilidad de viajar a La Paz o a Colombia o a uno de los restantes países de habla hispana y unirme a un movimiento de resistencia. Se me ocurrió que era lo que hubiese hecho Tom Paine. Entonces caí en la cuenta de que en lugar de usar un arma él hubiese empuñado la pluma. Me pregunté cómo podría ser más eficaz.

La respuesta empezó a materializarse durante uno de mis viajes con organizaciones no lucrativas que trabajaban en Guatemala. Hablando con un líder maya decidí que debía regresar al territorio shuar de Ecuador, donde había vivido como voluntario de los Cuerpos de Paz más de veinte años atrás. Estaba, ahora lo veo, extremadamente confuso, y desgarrado entre viejas fidelidades a los colegas GE, la conciencia de culpa, el deseo de exponer el mal que yo había hecho y la adicción a ese vicio que tanto se ha extendido en nuestra sociedad, el materialismo. En algún lugar de mi subconsciente anidaba la idea de que con los shuar podía reencontrar el camino.

Junto con Ehud Sperling, amigo mío y editor de mis libros sobre culturas indígenas, tomamos un vuelo de American Airlines a Quito, y luego un pequeño aeroplano para descender por los Andes hasta Cuenca. Pasamos un par de noches en esa ciudad colonial situada en lo alto de las montañas, donde yo había vivido tras mi periplo por la selva. Después alquilamos un

jeep con chófer, salimos una mañana temprano y nos abrimos paso por las traicioneras carreteras de montaña en dirección a Macas, una ciudad en la jungla.

El viaje fue espectacular; al descender desde lo alto de los Andes a través de una interminable serie de altibajos recordé la vieja ruta llena de baches de dos décadas atrás, con unos escarpados riscos a un lado y una profunda garganta y cascadas de agua al otro. Unos desvencijados camiones procedentes de la jungla nos obligaban a arrimarnos peligrosamente a la pared rocosa o bien al abismo. Por lo demás, disponíamos de aquel lugar para nosotros solos. Era realmente otro mundo, muy lejos de nuestras vidas en Estados Unidos. Me pregunté cómo había logrado hacer la transición desde aquello a ser un gánster económico. La respuesta más sencilla era que entonces, el joven frustrado que había crecido en el New Hampshire rural, había deseado la emoción y el dinero que la profesión ofrecía. Como un pez atraído por el brillante señuelo que reluce en el agua, había picado.

Cerca del mediodía nuestro jeep llegó a un pequeño poblado donde antes terminaba la carretera; ahora ésta continuaba hacia Macas, más accidentada y embarrada, y empapada por las lluvias que barrían la cuenca del Amazonas. Me puse a contarle a Ehud cómo me sentí la primera vez que visité Macas en 1969. Ello nos llevó a discutir acerca del papel que había tenido nuestro país en la historia del mundo.

Estados Unidos fue un ejemplo de democracia y justicia durante doscientos años. Nuestra Declaración de Independencia y nuestra Constitución inspiraron movimientos de libertad en todos los continentes. Lideramos los esfuerzos por crear instituciones globales que reflejasen nuestros ideales. Durante el siglo XX se incrementó nuestro liderazgo en la promoción de movimientos a favor de la democracia y la justicia; contribuimos decisivamente en la creación del Tribunal Permanente de Justicia Internacional de La Haya, el Convenio de la Liga de Naciones, la Carta de las Naciones Unidas, la Declaración Universal de Derechos Humanos y numerosas convenciones de la ONU.

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, nuestra posición de líderes se había erosionado, el modelo que presentábamos al mundo había quedado socavado por una corporatocracia determinada a construir un imperio. Siendo un voluntario de los Cuerpos de Paz era consciente de que los ciudadanos de Ecuador, así como los de las naciones vecinas, se sentían ultrajados por nuestra brutalidad y desconcertados por nuestra abierta contradicción política. Asegurábamos defender la democracia en

lugares como Vietnam; y al mismo tiempo derribábamos y asesinábamos a presidentes democráticamente elegidos. Los estudiantes universitarios de toda Latinoamérica entendían que nosotros, los estadounidenses, habíamos derribado a Allende en Chile, a Mossadegh en Irán, a Arbenz en Guatemala, a Goulart en Brasil y a Qasim en Irak, aun cuando nuestros propios estudiantes no fuesen conscientes de tales hechos. Las políticas de Washington transmitían al mundo un mensaje confuso. Nuestras acciones minaban nuestros ideales más sagrados.

Una forma de ejercer el control por parte de nuestra corporatocracia fue el reforzamiento de los gobiernos autocráticos en Latinoamérica durante la década de 1970. Aquellos gobiernos experimentaron con políticas económicas que beneficiaban a los inversores estadounidenses y las corporaciones internacionales, y generalmente terminaron en fracasos para las economías locales: recesión, inflación, desempleo y crecimiento económico negativo. Pese a la creciente oposición, Washington elogiaba a los líderes corruptos que estaban arruinando a sus naciones al tiempo que amasaban fortunas personales. Para acabar de arreglarlo, Estados Unidos apoyaba a los dictadores de extrema derecha y a sus escuadrones de la muerte en Guatemala, El Salvador y Nicaragua.

Una oleada de reformas democráticas recorrió el continente en la década de 1980. Gobiernos recién elegidos recurrieron a los «expertos» del Banco Mundial y el FMI para solucionar sus problemas. Persuadidos de adoptar los SAP, aplicaron medidas políticas impopulares que iban desde la privatización de los servicios públicos a los recortes en servicios sociales. Aceptaban préstamos escandalosamente grandes que se utilizaban para desarrollar unos proyectos de infraestructuras que con demasiada frecuencia servían únicamente a las clases superiores y dejaban al país con la carga de la deuda.

Los resultados fueron desastrosos. Los indicadores económicos descendieron a profundidades nunca vistas. Millones de personas que un día pertenecieron a las clases medias perdieron sus trabajos y se unieron a las clases de los desfavorecidos. Mientras los ciudadanos veían el declive de sus pensiones, servicios sanitarios e instituciones de enseñanza, advertieron que sus políticos estaban comprando propiedades en Florida en lugar de invertir en industrias locales. Los movimientos comunistas de las décadas de 1950 y 1960 nunca tomaron el poder salvo en la Cuba de Castro; sin embargo, una nueva oleada de resentimiento contra la corporatocracia y sus colaboradores latinoamericanos barrió el continente.



Entonces, menos de un año antes de que Ehud y yo nos dirigiésemos a Ecuador, la administración Bush tomó una decisión que iba a tener un prolongado efecto negativo en las relaciones entre Estados Unidos y Latinoamérica. El presidente ordenó a las fuerzas armadas la invasión de Panamá. Fue un ataque no provocado, una acción unilateral dirigida a derribar un gobierno, sin duda debido a que éste rehusaba derogar el Tratado del Canal de Panamá. La invasión causó la muerte de más de dos mil civiles inocentes y provocó oleadas de temor en todos los países al sur de Río Grande. El miedo no tardó en convertirse en ira.<sup>19</sup>

Reflexioné sobre aquellas cosas y las comenté con Ehud durante el viaje a Macas. Le pregunté si veía alguna alternativa a la corrupción que infestaba el continente.

—Por descontado que sí —contestó—. Masa crítica. Con eso basta.

Quiso saber cómo había viajado hasta Macas en aquella época, dado que la carretera no llegaba hasta allí.

—Podías chapotear por la jungla durante semanas, o tomar un «vuelo a cronómetro» en un viejo DC-3 excedente del ejército. El vuelo era casi un suicidio, pero es lo que elegí.

—¿Un vuelo a cronómetro?

—Los aviones no podían volar por encima de los Andes; tenían que seguir los valles de los ríos. Sin radar. El piloto nunca sabía cuándo iba a chocar, por lo que nada más despegar ponía en marcha el cronómetro. A los treinta segundos hacía un giro de diez grados a la derecha; tras otros cuarenta y cinco segundos, una inclinación de quince grados a la izquierda... Espeluznante. Se perdieron un montón de aviones entonces. Pero era mejor, y más seguro, que caminar por la jungla.

—Así que construyeron la carretera. —Hizo una pausa—. ¿Por qué? — Sus cejas arqueadas me dieron una pista.

—¿Masa crítica?

—Exactamente.

El pueblo exigía un cambio. Cuando el clamor alcanzó un determinado nivel, ocurrió. En este caso el cambio consistió en abrir al desarrollo comercial la cuenca del Amazonas. Supe que la masa crítica había sufrido una gran influencia de las compañías petroleras. Al entrar en Macas pude ver que aquel soñoliento puesto avanzado en la jungla había sido transformado por la carretera en una bulliciosa ciudad en pleno boom. Y sin embargo podía colegir que cuantas más fuéramos las personas conscientes de las amenazas que se cernían sobre nuestro futuro, la masa crítica podría

derivar hacia proyectos que pusiesen el énfasis en la paz y la sostenibilidad.

Nos alojamos en un hotel que disponía de dos servicios que yo no había visto nunca en esta parte del mundo: retrete con agua corriente y ducha. Esta última divirtió mucho a Ehud debido a la toma eléctrica situada junto al grifo.

—Para las maquinillas eléctricas —le tranquilicé.

—Para ejecutarse uno mismo —replicó.

A la mañana siguiente nos subimos en un pequeño aeroplano. Ehud le preguntó al piloto acerca del cronómetro. «Mi tío usaba uno. —El piloto hizo una mueca—. Pero yo tengo radar.»

El avión nos dejó en una embarrada pista de aterrizaje en las profundidades del bosque. Un grupo de indios shuar estaban reunidos en el borde del calvero. Se parecían mucho a como los recordaba, musculosos, tostados, sonrientes y felices, aunque ahora vestían camisetas y pantalones Dacron, pues los misioneros les instaban a usar ropa.

Mientras descargaban las provisiones que habían llegado con nosotros, un anciano se me aproximó. Cuando le manifesté mi interés en ayudarles a salvar su jungla de la destrucción, me recordó que era mi cultura, no la suya, la que causaba problemas.

«El mundo es como lo sueñas —me dijo—. Todo lo que tienes que hacer es cambiar el sueño. Sólo necesitas plantar una semilla diferente y enseñar a tus hijos a soñar nuevos sueños.»

Durante los días siguientes les escuchamos mensajes similares a otros miembros del poblado. Ehud y yo nos quedamos impresionados por la sabiduría de ese pueblo y su determinación a proteger su medio ambiente y su cultura. Tras mi regreso a Estados Unidos puse en marcha procedimientos para crear una organización dedicada a cambiar la forma en que los países industrializados ven la Tierra y nuestra relación con ella. No lo supe ver en ese momento, pero estaba tratando de dar marcha atrás al proceso que promoví en tanto que gánster económico.

Finalmente bautizamos a la corporación no lucrativa Dream Change en reconocimiento al mensaje que me dieron aquel día en el territorio shuar. Por su mediación organizábamos viajes y talleres, mandábamos a gente a vivir con profesores indígenas y traíamos a esos profesores a Estados Unidos. Publicamos libros, cintas, CDs y películas dirigidas a crear un puente entre los dos mundos. La Pachamama Alliance, otra organización no lucrativa, surgió como resultado de uno de nuestros viajes. Ha reunido

millones de dólares para ayudar a las comunidades indígenas a financiar batallas legales contra las compañías petroleras.

Gracias a mi experiencia con COBEE me había lanzado a una nueva profesión. A lo largo de la década de 1990 y los primeros años del nuevo milenio viajé con frecuencia a Latinoamérica. Pasé la mayor parte de mi tiempo allí con indígenas del Amazonas y los Andes. Me impresionaban profundamente su compromiso con el buen gobierno medioambiental y su espiritualidad, que iba más allá de cuanto había visto en las religiones más importantes del mundo. Aquellas personas parecían determinadas a hacer del mundo un lugar mejor.

En tanto que miembro de la dirección de la Pachamama Alliance también me reuní con abogados, políticos y empleados de las compañías petroleras. Una noche estaba cenando en Quito con un grupo de ellos cuando oí hablar por primera vez del venezolano Hugo Chávez. Los representantes de las empresas petroleras despreciaban a ese fogoso oficial del ejército que fundó el Movimiento Quinta República contra la corporatocracia, pero los políticos admiraban su carisma. A mis amigos indígenas les llenaba de ánimo el hecho de que los antepasados de Chávez fuesen indios y africanos además de españoles, y que fustigase de continuo a los ricos y prometiese una vida mejor a los pobres.

## La Venezuela de Chávez

El ascenso a la fama de Chávez empezó en febrero de 1992 cuando, en su calidad de teniente coronel del ejército venezolano, dirigió un golpe contra Carlos Andrés Pérez. El presidente, cuyo nombre se había convertido en sinónimo de corrupción, enfurecía a Chávez y sus seguidores por su predisposición a vender su país al Banco Mundial, el FMI y las corporaciones extranjeras. Debido en gran parte a la colaboración de Caracas con la corporatocracia, la renta per cápita venezolana había caído más de un 40 por ciento, y la que había sido la clase media más amplia de Latinoamérica ingresó en las filas de los desfavorecidos.

El golpe de Chávez falló, pero preparó el escenario para su futura carrera política. Tras ser capturado se le permitió salir en la televisión nacional para persuadir a sus tropas para que cesasen las hostilidades. Desafiante, declaró a la nación que había fallado «por ahora». Su valor le catapultó a la fama nacional. Pasó dos años en la prisión de Yare; durante ese tiempo Pérez sufrió un proceso de destitución. Chávez emergió con fama de audaz, íntegro y comprometido en la ayuda a los pobres, y determinado a romper los grilletes de la explotación extranjera que había esclavizado a su pueblo y al continente durante tantos siglos.

En 1998 Chávez fue elegido presidente de Venezuela con un impresionante 56 por ciento de los votos. Una vez en el poder no se doblegó ante la corrupción como hicieron tantos de sus predecesores. En lugar de ello rindió tributo a hombres como Arbenz de Guatemala, Allende de Chile, Torrijos de Panamá y Roldós de Ecuador. Todos ellos habían sido

asesinados o derrocados por la CIA. Ahora, dijo, él iba a seguir sus pasos, pero con su propia visión, su carismática personalidad y la capacidad de resistencia que adquiere el líder de un país que nada en petróleo. Su victoria y su continuo desafío a Washington y a las empresas petroleras motivaron a millones de latinoamericanos.

Chávez mantuvo su compromiso para con los pobres, urbanos y rurales. En lugar de reinvertir los beneficios en la industria del petróleo, los destinó a proyectos dirigidos a combatir el analfabetismo, la malnutrición, las enfermedades y demás lacras sociales. En lugar de anunciar grandes dividendos para los inversores, ayudó a Kirchner, el acorralado presidente de Argentina, a comprar al FMI deuda nacional por valor de 10.000 millones de dólares, y vendió petróleo rebajado a quienes no podían pagar el precio de mercado, incluidas algunas comunidades estadounidenses. Destinó a Cuba una parte de sus ingresos procedentes del petróleo a fin de poder mandar médicos cubanos a las áreas más desfavorecidas del continente. Dictó leyes que reforzaron los derechos de los indígenas — incluyendo derechos referidos a la lengua y la propiedad de la tierra— y luchó por la implantación de un plan de estudios afro cubano en las escuelas públicas.

La corporatocracia vio en Chávez una grave amenaza. No sólo desafiaba a las empresas internacionales petroleras y demás, sino que se estaba convirtiendo en un líder que otros podían tratar de emular. Desde la perspectiva de la administración Bush, dos jefes de Estado intransigentes, Chávez y Hussein, se habían convertido en dos pesadillas que debían cesar. En Irak, los sutiles esfuerzos —tanto de los gánsteres económicos como de los chacales— habían fracasado y se estaban preparando planes para una solución final: la invasión. En Venezuela, los GE habían sido sustituidos por chacales y Washington confiaba en que éstos solventarían el problema. Recurriendo a tácticas perfeccionadas en Irán, Chile y Colombia, el 11 de abril de 2002 los chacales lanzaron a las calles de Caracas a miles de personas que se dirigieron hacia las oficinas centrales de la empresa petrolera estatal y el palacio presidencial en Miraflores. Allí chocaron contra manifestantes pro Chávez, quienes acusaron a sus contrarios de ser instrumentos de la CIA. Y entonces, repentina e inesperadamente, las fuerzas armadas anunciaron que Chávez había dimitido como presidente y que estaba retenido en una base militar.

Washington lo celebró, pero el júbilo duró poco. Soldados fieles a Chávez hicieron un llamamiento para llevar a cabo un contragolpe de Estado

masivo. Los pobres se echaron a las calles y el 13 de abril Chávez recuperó la presidencia.

La investigación oficial venezolana llegó a la conclusión de que el golpe había sido respaldado por el gobierno estadounidense. La Casa Blanca admitió su culpabilidad; *Los Angeles Times* informaba: «Funcionarios de la administración Bush reconocieron el martes haber negociado durante meses con líderes civiles y militares de Venezuela la destitución del presidente Hugo Chávez».<sup>20</sup>

Irónicamente, la invasión de Irak en 2003 significó un boom para Chávez. Hizo que los precios del petróleo se disparasen. Las arcas de Venezuela se colmaron. De pronto, perforar en busca de petróleo pesado en la región venezolana del Orinoco se hizo factible. Chávez anunció que cuando el precio del barril alcanzase los cincuenta dólares, Venezuela, con su abundancia de petróleo pesado, sobrepasaría a todo el Oriente Medio como el máximo poseedor de reservas del mundo. Su análisis, dijo, se basaba en las proyecciones del Departamento de Energía de Estados Unidos.

El resto de Latinoamérica siguió muy de cerca el trato de Estados Unidos con Venezuela tras el fallido golpe de Estado contra él. Y lo que vieron fue un presidente estadounidense apocado. Estados Unidos era consciente de que debía moverse cuidadosamente. Venezuela era nuestro segundo suministrador de petróleo y de productos derivados del petróleo (el cuarto suministrador de crudo). Sus campos petrolíferos estaban mucho más cerca que los de Oriente Medio. Como propietaria de Citgo, Venezuela tenía una gran ascendencia sobre trabajadores, conductores y toda una constelación de empresas que compraban o vendían a Citgo. Además, Venezuela había sido nuestra aliada al romper el embargo petrolero de la OPEP en la década de 1970. Las opciones de intervenciones militares por parte de la administración Bush eran limitadas debido a las guerras de Irak y Afganistán, la debacle palestino-israelí, la creciente impopularidad de la familia real saudita, los problemas políticos en Kuwait y la militarización de Irán.

En Brasil, la arrolladora victoria de Luiz Inácio «Lula» da Silva en 2002 impulsó aún más los movimientos nacionalistas. Fundador del progresista Partido de los Trabajadores en 1980, Lula era un político con un prolongado historial a favor de la reforma social; exigía que Brasil dedicase sus riquezas naturales a ayudar a los pobres e insistía en auditar unas deudas brasileñas con el FMI que consideraba ilegales. Al ganar las elecciones con más del 60 por ciento de los votos, Lula se unió a Chávez

como una de las nuevas leyendas vivas del continente. La voz de que los hasta entonces privados de voto estaban llegando al poder se extendió desde los pueblos más remotos de la cima de los Andes hasta lo más profundo de las selvas.

Latinoamérica se envalentonó. Por vez primera en la historia reciente, se veía la posibilidad de liberarse del yugo de Estados Unidos.

Dos países se vieron particularmente influidos por los éxitos de Chávez y Lula. Ambos tenían también una amplia población indígena y ambos poseían recursos de gas y petróleo que eran codiciados por la corporatocracia. Eran asimismo dos países con los que yo mantenía relaciones personales muy estrechas: Ecuador y Bolivia.

## **Ecuador: traicionado por un presidente**

En *Confesiones de un gánster económico* describí mi relación con Jaime Roldós Aguilera, el profesor universitario y abogado que en 1979 se convirtió en el primer presidente democráticamente elegido de Ecuador después de una larga sucesión de dictadores apoyados por la corporatocracia. En cuanto ocupó su cargo, Roldós se dispuso a cumplir sus promesas electorales de refrenar a las compañías petrolíferas y utilizar los recursos naturales de su país en beneficio de sus habitantes desfavorecidos. En aquella época, yo temía que si no cumplía los deseos de los GE, se convertiría en objetivo de los chacales. Mis temores se hicieron realidad. El 24 de mayo de 1981, Jaime Roldós murió en un accidente de aviación. Los periódicos latinos llenaron sus portadas con titulares como ASESINATO DE LA CIA.

Ahora, una década más tarde, parecía que todas las circunstancias del país habían cambiado mientras que la política seguía siendo la misma. Después del viaje con Ehud a visitar a los shuar y de la formación de Dream Change y la Pachamama Alliance en la década de los noventa, cada vez era más consciente de los problemas que se estaban fraguando bajo la superficie. Los chacales habían acabado con Roldós, pero Estados Unidos no hizo nada para solucionar el problema real. La brecha entre ricos y pobres, la destrucción medioambiental y el deterioro de la educación, la salud y otros servicios sociales se exacerbaban cuando Ecuador se convirtió en el



segundo exportador latinoamericano de petróleo a Estados Unidos (por detrás de Venezuela). Las poblaciones indias se vieron gravemente afectadas. El gobierno y las compañías petrolíferas trataron de echarlas de sus tierras. Si se negaban a abandonarlas, no tardaban en encontrarse con que sus árboles eran reemplazados por torres petrolíferas y sus ríos desbordaban de contaminación.

La presión adoptó muchas formas. Pude apreciar claramente una de ellas una tarde, durante una visita al Amazonas. Tundum, un joven shuar, me dijo que estaba pensando abandonar su comunidad.

—Soy bueno en idiomas —explicó—. Los peritos de la compañía petrolífera me lo han dicho. Me enviarán a la escuela a aprender inglés y me pagarán una fortuna si trabajo para ellos. —Luego frunció el ceño—. Pero estoy preocupado. Tsentsak hizo lo mismo. Ahora su nombre es Joel, no Tsentsak. Le dijeron que escribiera artículos en los periódicos contra ti, Dream Change, Pachamama y los otros que trataron de ayudarnos a luchar contra las compañías petrolíferas. Le dijeron que se presentara como representante electo de los shuar y firmara papeles entregando nuestra tierra a la empresa. Cuando trató de negarse le dijeron que le meterían en la cárcel.

—¿Qué hizo él?

—¿Qué podía hacer? Está escribiendo esos artículos y firmando esos papeles.

Pregunté a Tundum si quería que le sucediera eso a él. Se encogió de hombros.

—Me gustaría aprender inglés y ganar mucho dinero. —Extendió los brazos hacia la selva—. Todo esto está desapareciendo. Los misioneros nos dicen que nos tenemos que modernizar, que ya no podemos seguir viviendo como cazadores.

Estas historias me determinaron aún más a ayudar a los shuar y sus vecinos, los huarani, achuar, kichwa, shiwiar y zaparo. El dilema de estos pueblos ya había despertado mi interés en la campaña presidencial ecuatoriana de 2002. Por primera vez desde Roldós, un candidato parecía tomarse en serio las cuestiones indígenas oponiéndose al mismo tiempo con determinación al Big Oil.

Yo estaba en Shell, una ciudad de la jungla llamada como la compañía petrolífera, esperando un avión que me llevará a mí y a un grupo de gente de Dream Change al territorio shuar un día en que Lucio Gutiérrez tenía programada una visita. Por entonces, el candidato presidencial había

forjado una alianza especial que incluía a las fuerzas armadas de Ecuador y a las organizaciones indígenas más poderosas. Las primeras le apoyaban porque era uno de ellos, un coronel retirado del ejército; las segundas, porque se había negado a ordenar a sus soldados que atacaran a los manifestantes indígenas cuando acudieron en tropel al palacio presidencial en 2000, obligando al presidente Jamil Mahuad a abandonar su despacho. El coronel, en cambio, ordenó instalar cocinas del ejército para alimentar a los manifestantes y luego les permitió que ocuparan el edificio del Congreso. Al desobedecer a su presidente, Gutiérrez había instigado el derrocamiento de un hombre odiado por los pobres por su claro apoyo al FMI y las políticas del Banco Mundial, incluyendo la altamente impopular dolarización de la moneda de Ecuador, un acto con consecuencias negativas para todos los ecuatorianos salvo para aquellos lo suficientemente ricos como para haber invertido en bancos extranjeros, acciones de Wall Street y propiedades inmobiliarias extranjeras.\* [\[1\]](#)

Shell parecía el lugar adecuado para que el candidato presidencial se encontrara con gente de la jungla. La ciudad se había abierto paso a machetazos a través de la selva durante las décadas anteriores para crear un escenario adecuado para las operaciones petrolíferas. Las comunidades indígenas se habían resistido, a veces violentamente. Quito, con el soporte del Pentágono, envió miles de soldados y estableció una enorme base militar que comenzaba en el centro de Shell y se extendía hasta la selva. Sus pistas pavimentadas eran una rareza en esta parte del mundo. Sus edificios albergaban algunos de los equipos de escucha más sofisticados del planeta. Se decía que especialistas en comunicaciones norteamericanos y ecuatorianos, sentados en una oficina cerca de la calle principal de Shell, podían escuchar conversaciones mantenidas en todas las salas de consejo del alto Amazonas. Abundaban los rumores sobre grupos de misioneros que aceptaban millones de dólares de fundaciones petrolíferas a cambio de colocar micrófonos ocultos en las cestas de comida y los botiquines médicos que tan generosamente distribuían. Cada vez que un consejo tribal decidía enviar guerreros para invadir un campamento petrolífero, alguna unidad del ejército, enviada en helicóptero desde Shell, se anticipaba.

El día que estaba programada la visita de Gutiérrez, la gente abarrotaba las embarradas calles esperando estrechar la mano del candidato. Los chamanes shuar, tocados con sus tradicionales coronas de plumas de tucán, se mezclaban con los Boinas Verdes norteamericanos, los perforadores petrolíferos y los comandos ecuatorianos. El ambiente era de fiesta, como

si se hubieran dejado de lado las animosidades. La caballería y los indios habían hecho aparentemente un pacto para cabalgar la una al lado de los otros en auxilio de una nación desmoralizada por años de corrupción, inflación y explotación.

Mi visita a Shell tuvo lugar pocos meses después del 11 de septiembre de 2001. Ese trágico acontecimiento, combinado con el error de la administración Bush de desacreditar y derrocar a Chávez, estaba teniendo un fuerte impacto sobre la campaña presidencial ecuatoriana. Unas viñetas de uno de los periódicos ilustraban el sentir local. Basándose en el tema del Viejo Oeste de dos hombres enfrentados en duelo de pistola, la primera viñeta mostraba a Chávez con sombrero de cowboy, con la pistola en la funda caída bajo la cadera, patrullando una calle de Dodge City. La segunda viñeta representaba a un George Bush pistolero que se presentaba para enfrentarse a Chávez. La siguiente representaba a Chávez de espaldas frente a Bush, cuya cara mostraba una feroz determinación. Detrás del presidente norteamericano, la imagen fantasmal de dos torres en llamas. En la última viñeta, Chávez se partía de risa mientras Bush huía levantando nubes de polvo y perdiendo su sombrero; Gutiérrez aplaudía apoyado en la pared de un salón.

Aunque nuestro avión llegó y tuvimos que dejar Shell antes de que Gutiérrez apareciera, esa corta visita me ayudó a comprender mejor por qué aquellas elecciones eran tan importantes para los pueblos indígenas de Ecuador. Como sus hermanos de Bolivia, Brasil y Venezuela, habían sufrido durante siglos la explotación extranjera y ahora estaban decididos a acabar con ese patrón.

Gutiérrez fue elegido presidente de Ecuador en noviembre de 2002. Los pueblos indígenas se sorprendieron de la victoria de su hombre. Parecían pronosticar tiempos aún más difíciles. La BBC informó:

La victoria del ex líder golpista Lucio Gutiérrez [...] sigue de cerca a la del líder del Partido de los Trabajadores de Brasil, Lula, y recuerda a la elección de Hugo Chávez en Venezuela.

Cada uno de estos hombres ha ganado unas elecciones democráticas con programas basados en llamamientos al cambio, a nuevos modelos de pensamiento económico y a combatir la corrupción [...] Durante la primera vuelta de votaciones, el pasado mes, el señor Gutiérrez sorprendió a todos al tomar la delantera, gracias al voto masivo del cambio [...]

Pero en un país acosado por enormes problemas de deudas, un nivel de pobreza en torno al 60 por ciento y un sistema político inestable e imprevisible, todo parece ir en su contra.<sup>21</sup>

El nuevo presidente, durante su primer mes de mandato, voló a Washington para reunirse con el presidente Bush. Recibió a representantes del Banco Mundial en Quito y abrió negociaciones con las compañías petrolíferas. Simultáneamente, las relaciones entre las empresas y las organizaciones indígenas se volvían cada vez más tensas. En diciembre de 2002, CGC, una empresa argentina, acusó a la comunidad amazónica de secuestrar a un equipo de sus trabajadores y dejó caer que los guerreros de la jungla se habían entrenado con Al-Qaeda. Un hecho alarmante salió a la luz: la compañía petrolífera no había recibido permiso de los habitantes para comenzar a perforar y sin embargo reivindicaba el derecho a invadir las tierras indígenas; los guerreros sostenían que simplemente habían detenido al equipo petrolífero durante el tiempo suficiente para garantizar que salieran de la jungla con seguridad.<sup>22</sup>

Viajé a Ecuador de nuevo en 2003. Cuando llegué a Quito descubrí que muchos ecuatorianos estaban convencidos de que Gutiérrez estaba cerrando acuerdos secretos con las compañías petrolíferas y había aceptado adoptar SAPs del FMI y del Banco Mundial. Toda la ciudad apareció empapelada de fotos en las que se le veía estrechando la mano del presidente Bush. Los líderes indígenas, indignados por la sugerencia de que se habían unido a una organización terrorista islámica, dijeron que si Gutiérrez les obligaba a luchar contra mercenarios de las compañías petrolíferas, los rumores podrían llegar a convertirse en realidad.

«En los viejos tiempos —me dijo uno de ellos— la gente que se sentía amenazada por Estados Unidos podía volverse hacia Rusia en busca de armas y entrenamiento. Ahora no hay nadie, excepto los árabes.»

La situación siguió deteriorándose durante 2004. Los rumores acerca de la especulación de las empresas petrolíferas y la corrupción del gobierno proliferaron. Entonces el gobierno introdujo unas medidas que recordaban a las adoptadas en Bolivia como resultado de las presiones del Banco Mundial. Según Associated Press, «el electorado izquierdista de Gutiérrez se desmoronó después de que introdujera medidas de austeridad, incluyendo recortes en las subvenciones alimenticias y de combustible para cocinar, para satisfacer a los prestamistas internacionales».<sup>23</sup>

Cuando el Tribunal Supremo de Ecuador amenazó con interferir en su

política, Gutiérrez ordenó su reorganización, disolviéndolo de hecho. Los ecuatorianos invadieron las calles, exigiendo su expulsión.

«Gutiérrez tiene que irse —me dijo un jefe indígena, Joaquín Yamberla—. Fue democráticamente elegido. Incumplió las promesas que había hecho a la gente. La democracia exige que le despojemos de su cargo.»

La gente no hacía más que pedirme que identificara al GE que estaba corrompiendo a Gutiérrez. No les cabía duda de que el presidente de Ecuador estaba capitulando ante una combinación de amenazas y sobornos. Aunque yo no podía dar un nombre, sospechaba que tenían razón. Como explicaré más adelante, posteriormente se puso en contacto conmigo un chacal que aducía ser ese hombre.

Los bolivianos, sin embargo, estaban viviendo algo muy diferente.

---

\*La conversión del sucre de Ecuador al dólar fue una cuestión política de vastas proporciones. No sólo supuso un golpe para el orgullo nacional; también significó que los ecuatorianos que tenían cuentas en dólares obtuvieron beneficios imprevistos prácticamente de la noche a la mañana, mientras que el resto de la población vio cómo caían en picado todos los ahorros que pudieran haber acumulado. Cuando Mahuad asumió el cargo en 1998, un ecuatoriano con 6.500 sucres podía comprar un dólar; en 2000 el tipo oficial fue fijado en 25.000 sucres un dólar, lo cual significó que la persona que dos años antes poseía el valor de un dólar en sucres ahora tenía 26 céntimos, mientras que las personas lo suficientemente ricas como para tener cuentas bancarias en dólares en un banco extranjero habían aumentado su riqueza, con relación a la población local, en un 400 por ciento aproximadamente. Fue un cambio permanente, ya que el sucre fue desmonetizado y sustituido por el dólar. (*N. del A.*)

---

## **Bolivia: Bechtel y la guerra de las aguas**

Bolivia, como Ecuador y Venezuela, comenzó el siglo XXI con protestas contra las empresas extranjeras que robaban sus recursos. Manifestaciones, boicots y huelgas detenían las actividades comerciales en las calles de La Paz y en muchas otras ciudades. Aunque encabezados por los líderes aymara y quechua, los pueblos indígenas no estaban solos; sindicatos y organizaciones civiles les apoyaban.

A diferencia de Ecuador y Venezuela, la causa inmediata del malestar no era el petróleo; era el agua. Durante la década de 1990, cada vez resultaba más evidente que el agua se iba a convertir pronto en uno de los recursos más valiosos del planeta. La corporatocracia comprendió que si controlaba los suministros de agua podría manipular economías y gobiernos.

Los alborotos en Bolivia fueron detonados una vez más por el Banco Mundial y el FMI. En 1999, las dos organizaciones insistieron en que el gobierno boliviano vendiera el sistema de aguas público de su tercera ciudad más grande, Cochabamba, a una filial del gigante de la ingeniería Bechtel, como parte de una nueva ronda de SAPs. Ante la insistencia del Banco Mundial, Bolivia también acordó cargar los costes asociados al suministro de agua a todos los consumidores, fuera cual fuera su capacidad económica, un acto contrario a las tradiciones indígenas, que sostienen que todas las personas tienen derecho al agua, sea cual sea su estatus económico.

Cuando me enteré de que Bolivia había caído en esta estratagema gansteril, me sentí abrumado por la culpa; la política «Todo el Mundo Paga» (Every-Person-Pay o EPP) fue una adaptación de la estructuración de tarifas que yo ayudé a formular a mediados de la década de 1970. En ese momento, la idea se aplicaba principalmente a tarifas eléctricas y era considerada innovadora. Contradecía una premisa básica de la mayoría de los planes de tarifas pensados para ayudar a las regiones desfavorecidas desde la década de 1930, incluyendo los adoptados por la Rural Electrification Administration (REA) en Estados Unidos: que suministrar servicios tales como electricidad, agua y alcantarillado a todo el mundo era esencial para el crecimiento económico general, aunque tales servicios tuvieran que ser subvencionados. Siguiendo el ejemplo de la REA, la puesta en práctica de esta teoría había demostrado ser altamente eficaz en numerosos países. A pesar de los éxitos, el Banco Mundial decidió experimentar algo radicalmente diferente.

Como director económico de una de las empresas contratadas para promover políticas bancarias en la década de 1970, me presionaban para que desarrollara modelos econométricos que demostraran la validez de la EPP. La econometría hace que sea fácil justificar casi todo, y yo contaba con un brillante equipo de economistas, matemáticos y expertos financieros; así que técnicamente no era un problema. Sin embargo, había dos cuestiones que me desgarraban. La primera era evidentemente de tipo moral. La segunda era pragmática: el reconocimiento de que la antigua teoría había demostrado su eficacia una y otra vez. De modo que me preguntaba a mí mismo: ¿Por qué jugar con el éxito? ¿Por qué arriesgarse a aumentar la pobreza y el malestar social? ¿Por qué abogar por la EPP?

La respuesta era evidente: el enfoque EPP transformaría burocracias subvencionadas por el gobierno en «productos rentables» listos para la privatización (como más tarde descubriría en Bolivia en la COBEE). La EPP provenía de la misma mentalidad que los préstamos a infraestructura que beneficiaban a las empresas de construcción extranjeras y a los ricos locales al tiempo que desposeían de todo a los pobres, salvo de sus enormes deudas. En un viaje a Argentina, descubrí otra razón.

«Estos países son nuestra seguridad futura», me dijo el general Charles Noble mientras circulábamos en un coche con chófer por las calles de Buenos Aires en 1977 «Chuck» era vicepresidente de MAIN, y más tarde sería ascendido a presidente. Licenciado en West Point y con un máster en ingeniería en el MIT, había hecho una distinguida carrera militar como

general al mando de la Jefatura de Ingenieros del Ejército de Estados Unidos en Vietnam y presidente de la Comisión del Río Mississippi. Ahora estaba al cargo de los estudios de recursos hídricos de MAIN para Argentina, incluyendo los relacionados con el enorme proyecto hidroeléctrico de Salto Grande que el país estaba construyendo en asociación con Uruguay, y que produciría casi dos mil megavatios, crearía un gran lago e inundaría una ciudad de veintidós mil habitantes.

«Perdimos Vietnam porque no entendimos la mente comunista. Aquí, en Latinoamérica, lo tenemos que hacer mucho mejor.» Check me dedicó su mejor sonrisa, que resultó sorprendentemente amable en un hombre con su reputación de duro. «No dejes nunca que los socialistas te convenzan de que invitar a un almuerzo aporta algo que merezca la pena. La gente tiene que pagar por lo que les dan. Es la única manera de que lo aprecien. Además, eso les enseña capitalismo, no comunismo. Mira eso —apuntaba hacia un estanque del parque que estábamos atravesando—. El agua es el oro y el petróleo del futuro. Necesitamos la mayor cantidad posible. Es lo que nos dará influencia y poder.»

Más de dos décadas después, pensé en Chuck Noble cuando se anunció que se había otorgado a una sola empresa el derecho exclusivo de comprar el sistema hídrico de Cochabamba, conocido como SEMAPA. Se concedió un contrato de privatización por cuarenta años a Aguas del Tunari, una sociedad dirigida por una filial de la infame Bechtel Corporation. La concesión de semejante licencia de explotación a una empresa norteamericana tenía que hacer muy feliz al general. Pero la gente de Latinoamérica pensaba de manera diferente. La empresa, con sede en San Francisco, se había ganado la reputación de que lograba obtener favores de prácticamente toda la gente influyente. Tenía un largo historial de lucrativos contratos facilitados por el Banco Mundial y el gobierno norteamericano. Dado que era una empresa privada, controlada por una sola familia, no tenía que enseñar los libros a la SEC (Securities and Exchange Commission) ni a otros organismos de protección y se negaba rotundamente a hacerlo.

«Si Bechtel quiere la operación, no te molestes en licitar», me habían dicho en diferentes ocasiones funcionarios del gobierno en Indonesia, Egipto y Colombia, en mis días de GE. Poco después de mi viaje a Argentina con Chuk Noble, un oficial de contratación ecuatoriano y amigo personal desde mis días en el Cuerpo de Paz me permitió invitarle al restaurante más caro de Quito, y luego me confió que me ahorraría miles de veces el precio de esa cena si me abstenía de emplear los próximos meses en preparar



propuestas para un proyecto que se sabía que Bechtel iba a conseguir. Mientras se frotaba el pulgar y el dedo índice me dijo: «Todo el mundo se va a hacer rico. Yo, el presidente, los chicos de San Francisco. —Hizo una mueca—. Excepto tú y los otros pobres bobos que se creen que se trata de una licitación pública».

Entre los ex oficiales y ejecutivos de Bechtel se hallan dignatarios tales como George Shultz (presidente y miembro del consejo de Bechtel, secretario del Tesoro bajo Nixon, y secretario de Estado bajo Reagan), Caspar Weinberger (vicepresidente de Bechtel y secretario de Defensa bajo Reagan), Daniel Chao (vicepresidente ejecutivo y director gerente de Bechtel Enterprises Holdings, Inc. y miembro del Comité asesor del Import-Export Bank de Estados Unidos), y Riley Bechtel (director ejecutivo de Bechtel y miembro del Consejo de Exportaciones del presidente George W. Bush). La dirección de Bechtel también incluía a mi suegro, quien antes de jubilarse había sido el arquitecto jefe de la empresa y después de jubilarse había sido llamado para trabajar como director de proyectos de una gran operación de Bechtel para construir ciudades en Arabia Saudita. Mi mujer había comenzado su carrera en Bechtel. Yo conocía bien la empresa, desde muchos ángulos.

Casi inmediatamente después de que se concediera a Bechtel el contrato de arrendamiento de SEMAPA, los precios del agua se dispararon. Algunos habitantes de Cochabamba vieron como sus facturas sufrían un aumento de más del 300 por ciento. Fue algo catastrófico para los habitantes de la ciudad, que se encontraban entre los más pobres del continente.

«Tienen que elegir entre agua y comida —me dijo un organizador quechua—. Los gringos quieren más beneficios. Los bolivianos se mueren de sed. Les han dicho que ni siquiera pueden recoger agua de lluvia, que su contrato con SEMAPA les exige pagar a Bechtel cualquier clase de agua que consuman.»

Los ciudadanos de Cochabamba se rebelaron. En enero de 2000 hubo boicots que paralizaron la ciudad durante cuatro días enteros. La muchedumbre amenazaba con invadir las oficinas de SEMAPA. Bechtel solicitó protección. El presidente boliviano Hugo Banzer consintió y movilizó al ejército. En los disturbios que se produjeron, docenas de indios aymara y quechua resultaron heridos y un chico de diecisiete años murió por los disparos.

Temiendo una revolución a gran escala, el presidente Banzer impuso finalmente la ley marcial. Más tarde, después de reunirse con oficiales de la

embajada de Estados Unidos, anunció que anularía el contrato con Bechtel. En abril de 2000 Bechtel abandonó sus operaciones en SEMAPA.

La gente de Cochabamba celebró su victoria. En las calles se echaban cubos de agua unos a otros. Brindaron por sus nuevos héroes aymara y quechua y escribieron canciones proclamando su triunfo como el comienzo de una nueva era. Sin embargo, pronto se hizo patente que se enfrentaban a un dilema. Descubrieron que no había quedado nadie que tuviera experiencia para dirigir la SEMAPA. Muchos de los antiguos directivos se habían jubilado, trasladado o aceptado otros empleos.

La comunidad eligió una nueva junta directiva y estableció una serie de principios rectores que establecían que la justicia social era el compromiso que regía la SEMAPA. Los objetivos más importantes de la empresa eran suministrar agua a los pobres, incluidos aquellos que no habían estado previamente conectados al sistema, remunerar adecuadamente a sus trabajadores y operar con eficiencia y sin corrupción.<sup>24</sup>

Mientras tanto, el gobierno de Bolivia tenía que seguir viéndoselas con la corporatocracia. Bechtel no estaba dispuesta a abandonar su gallina de los huevos de oro y sentar un precedente que pudiera animar a otros países a seguir el ejemplo de Bolivia sin presentar batalla. En un ejemplo típico que demuestra la disposición de la corporatocracia a manipular la ley internacional para lograr sus metas, Bechtel reclutó a una de sus sociedades instrumentales holandesas. Recurriendo a un Tratado Bilateral de Inversión (BIT) de 1992 entre Holanda y Bolivia (ya que no existía ninguno entre Estados Unidos y Bolivia), la filial holandesa entabló una demanda judicial de 50 millones de dólares contra el pueblo boliviano, la mitad por la pérdida de beneficios originada por la «expropiación de su inversión» y la otra mitad por daños y perjuicios.

Esta increíble historia de intriga, codicia e insensibilidad corporativa fue en gran parte ignorada por la prensa norteamericana. Sin embargo, la prensa latina la cubrió intensivamente. A medida que leía los informes colgados en sus páginas web, seguía pensando en la gente de COBEE. Recordaba que la mayoría de los principales ejecutivos e ingenieros de la empresa eléctrica más poderosa de Bolivia, la que suministraba energía tanto al palacio presidencial como a los cuarteles militares, eran ciudadanos de otros países (Estados Unidos, Reino Unido, Argentina, Chile, Perú y Paraguay). Esta dependencia de ciudadanos extranjeros era, advertí, una estrategia calculada, que aseguraba prácticamente que ese servicio no sería nunca nacionalizado.

También descubrí que Leucadia ya no era propietaria de COBEE. La empresa eléctrica había sido comprada y vendida varias veces desde principios de la década de 1990, siempre por empresas extranjeras. Leucadia y las otras tenían fama de hábiles comerciantes. Las gallinas de los huevos de oro eran una cosa buena; pero la venta rápida y con elevados beneficios era aún mejor, especialmente porque mantenía a las poblaciones locales fuera de juego.

Un nuevo líder surgió del caos. Siguiendo un patrón que parecía estar convirtiéndose en tendencia, de la comunidad indígena emergió Evo Morales. Activista aymara, se había unido al Movimiento al Socialismo (MAS). Era una voz enérgica que se oponía a la privatización y a lo que quienes apoyaban la corporatocracia llamaban eufemísticamente reformas económicas «liberales» o del «libre mercado», políticas que impedían a Bolivia proteger a sus campesinos y empresas al tiempo que la obligaban a aceptar barreras proteccionistas de Estados Unidos. Denunció el Área de Libre Comercio de las Américas impulsada por Washington como un plan «para legalizar la colonización de América». Su popularidad creció y fue elegido al Congreso.

Casi inmediatamente, la corporatocracia le etiquetó de terrorista. El departamento de Estado norteamericano le describió como un «agitador ilegal de la coca».<sup>25</sup> Aunque Morales había formado parte del movimiento cocalero, una coalición de campesinos que cultivaban coca que se opuso a los esfuerzos norteamericanos por erradicar las granjas de coca, señaló que la planta era utilizada por los pueblos andinos como un suplemento dietético y una medicina mucho antes de que se convirtiera en cocaína. Como remedio para el mal de altura, los dolores musculares, las punzadas del hambre y otros desórdenes digestivos, el té de coca había sido bebido por dignatarios como el papa Juan Pablo II y la princesa británica Ana. Sin embargo, en 2002, Morales fue obligado a dejar su escaño en el Congreso acusado de terrorismo. Los pueblos quechua y aymara acusaron a la CIA de hallarse detrás de su destitución. A los pocos meses, su evicción fue declarada inconstitucional.

El embajador de Estados Unidos Manuel Rocha lanzó una advertencia: «Quiero recordar al electorado boliviano que si eligen a quienes quieren que Bolivia se convierta de nuevo en un importante exportador de cocaína, el futuro de la ayuda norteamericana a Bolivia correrá peligro». En lugar de disuadir a los bolivianos, las palabras de Rocha les inflamaron. Morales declaró que las palabras del embajador habían contribuido «a despertar la

conciencia de la gente». El MAS colgó carteles en las paredes de todo el país; sobre una enorme foto de Morales, el siguiente mensaje: «Bolivianos: vosotros decidís: ¿Quién manda? ¿Rocha o la Voz de los Pueblos?». <sup>26</sup>

En las elecciones presidenciales de 2002, el MAS quedó a sólo dos puntos por detrás del partido en cabeza. Morales se negó a respaldar al nuevo presidente, un millonario educado en Estados Unidos, Gonzalo Sánchez de Lozada. En cambio, optó por desempeñar el papel de la oposición. Al igual que Chávez después del fallido intento de golpe, la reputación de Morales fue catapultada por lo que en la superficie parecía ser una derrota.

El presidente Sánchez se dobló a las demandas del FMI y del Banco Mundial. En 2002 decretó un enorme aumento de los impuestos. Como suele suceder a menudo en esas circunstancias, quienes menos podían afrontar el pago de los impuestos, fueron quienes se vieron más afectados. En los disturbios que se desataron, treinta personas perdieron la vida. Manifestaciones y bloqueos de carreteras paralizaron el país. Los planes de Sánchez de exportar gas natural a bajos precios a Estados Unidos y otros países en lugar de distribuirlo a los bolivianos desfavorecidos inflamaron aún más los ánimos de las comunidades indígenas. Las luchas sangrientas tuvieron como resultado otros veinte muertos. Finalmente, Sánchez fue obligado a huir del país. Ahora vive en las afueras de Washington D.C.; Estados Unidos se ha negado a las solicitudes de Bolivia de repatriarlo para juzgarlo.

Los bolivianos habían desafiado al Banco Mundial y habían derrotado a Bechtel, una de las empresas más poderosas del planeta. Ahora, uno de sus indígenas, uno de aquellos que habían sido brutalmente sometidos durante generaciones, había resurgido como el ave fénix de las cenizas de las ruinas de su cultura.

En cierta forma, me pareció que el mensaje no iba dirigido sólo a los bolivianos y latinoamericanos; también iba dirigido a Bechtel y al resto de la corporatocracia. Era un mensaje a favor de la democracia y la justicia que servía para inspirar a las jóvenes generaciones bolivianas, norteamericanas y del resto del mundo.

A veces me veo a mí mismo recordando el comentario de Jessica cuando recorríamos la garganta del río Zongo. «Me alegro de que no construyeran la maldita presa y anegaran todo este valle —dijo—. ¡Es tan hermoso!»

No había nada de hermoso en la política extranjera norteamericana y los embustes de la CIA que encontré durante un viaje a Brasil, en un intento de Washington de contrarrestar el mensaje enviado por la nueva oleada de

líderes latinoamericanos.

## Brasil: secretos de familia

Cuando llegué al Foro Social Mundial (WSF) celebrado en Brasil en enero de 2005, el continente estaba enfrascado en lo que parecía ser una revolución contra la corporatocracia. Además de Chávez, Lula y Gutiérrez, Néstor Kirchner y Tabaré Ramón Vázquez habían ganado las elecciones en Argentina y Uruguay respectivamente. Independientemente de que algunos pudieran estar doblegándose bajo la presión, todos habían dirigido campañas populistas que denunciaban la intervención norteamericana y la explotación por empresas extranjeras. La prensa norteamericana los podía llamar «izquierdistas», «amigos de Castro» e incluso «comunistas», pero en África, Asia y Europa, así como en América Central y del Sur, la gente sabía que estos adjetivos eran irrelevantes; cada uno de los nuevos presidentes había hecho campaña como un nacionalista decidido a que los recursos de su país fueran utilizados para ayudar a sus ciudadanos a salir de la pobreza.

También en Chile estaba ocurriendo algo extraordinario. Informes publicados y documentos del gobierno norteamericano recientemente desclasificados confirmaron los largamente extendidos rumores de que la administración Nixon y la CIA se habían aliado con empresas norteamericanas y los militares chilenos para derrocar y asesinar al presidente electo Salvador Allende en 1973. El «crimen» de Allende había sido cumplir sus promesas electorales de que los recursos chilenos debían pertenecer a los chilenos y haber nacionalizado las industrias de acero, carbón y cobre que se hallaban en manos extranjeras y el 60 por ciento de

los bancos privados. Como en Irán, Irak, Guatemala, Indonesia y tantos otros lugares antes, Estados Unidos apoyaba a un hombre cuya personalidad respondía al perfil del tirano sanguinario: el general Augusto Pinochet. Ahora, dos décadas después, en el WSF todo el mundo comentaba las noticias de que investigadores del Congreso norteamericano y un juez chileno habían descubierto cuentas bancarias secretas de Pinochet en el Riggs Bank de Washington y otros bancos extranjeros con un total de 16 millones de dólares, y que el propio Pinochet sería finalmente juzgado por las aproximadamente dos mil personas asesinadas por la policía y el ejército bajo su mando.

En el WSF también abundaban los rumores de que una mujer chilena cuyo padre, un general de las fuerzas del aire, había muerto en prisión por oponerse a Pinochet tenía muchas posibilidades de ganar las elecciones presidenciales de 2005. Michelle Bachelet ya se había creado una sólida reputación como responsable de los ministerios de Defensa y Salud de Chile; había demostrado que era una nacionalista con valor para enfrentarse a la corporatocracia. Si ganaba, ello supondría que más del 80 por ciento de Sudamérica había votado a presidentes anticorporatocracia, que 300 millones de personas (aproximadamente la población de Estados Unidos) habían elegido un candidato que se oponía al imperio del norte.

El WSF es un símbolo de los cambios que barren el planeta. Fue creado al comienzo del tercer milenio como respuesta al Foro Económico Mundial, en el que gobiernos y líderes empresariales colaboran, cierran tratos, negocian políticas comerciales y coordinan otras estrategias de la corporatocracia. Más de 150.000 participantes de más de 130 países acudieron al WSF en Porto Alegre (Brasil) en enero de 2005 para tratar de cuestiones económicas, sociales, medioambientales y políticas y formular alternativas a los sistemas que fallaban. Los presidentes Lula de Brasil y Chávez de Venezuela, entre otros dignatarios, asistieron al WSF.

Una organización sin ánimo de lucro sueca, Dag Hammarskjöld Foundation, me había pedido que hiciera una presentación inaugural titulada «Confesiones de un gánster económico: ¿Qué le espera al mundo ahora?». Se había instalado una enorme carpa para mi charla. Los derechos del libro habían sido vendidos ya en muchos idiomas, aunque en la mayoría no había sido publicado todavía. No parecía importar mucho; la versión inglesa circulaba ampliamente. Una multitud llenaba los cientos de sillas y se expandía más allá de la entrada de la carpa. Después de mi charla, docenas de personas pidieron el micrófono para hacer preguntas y exponer sus

propios comentarios. Me conmovió en particular un joven brasileño que se lanzó a una crítica de su propio gobierno; acusó a Lula de sucumbir a los GE y no cumplir sus promesas electorales. Su breve intervención me recordó unas críticas similares contra Gutiérrez que había escuchado en Ecuador.

Mis palabras abrieron una puerta. Se me acercaron personas de África, Asia y Latinoamérica. Todos querían compartir sus historias e ideas y escuchar las mías.

Un hombre especialmente elegante me entregó su tarjeta identificándose como uno de los principales asesores del presidente Lula. Me pidió que nos reuniéramos en un pequeño parque cercano a mi hotel. «Por favor, que esto quede entre usted y yo», añadió.

A la hora convenida, me dirigí hacia el parque. Estaba un poco nervioso; me preguntaba si habría molestado en algo a la administración brasileña. No podía imaginar en qué. Sin embargo, el abordaje por parte de un funcionario del gobierno y el encuentro clandestino resultaban muy extraños.

Permanecí fuera del parque durante unos minutos, tratando de relajarme. Pasó un coche haciendo sonar la bocina y expeliendo una música estridente y machacona. Me incliné sobre un arbusto para aspirar el aroma, pero lo único que olí fueron los humos del escape del coche. Pensé en esta ciudad. Porto Alegre es un centro industrial con una población de casi 1,5 millones de habitantes, pero pocas personas con las que había hablado sobre ella en Estados Unidos la conocían. Me incorporé y entré en el parque.

«José» estaba sentado en un banco bajo un árbol. Había cambiado la impecable camisa y los pantalones con raya por un polo y unos vaqueros. Llevaba unas enormes gafas de sol que le daban el aspecto de una libélula y un sombrero de paja bien calado en la frente. Cuando me acerqué, se levantó, mirando nerviosamente a su alrededor, y estrechó mi mano.

—Gracias por venir —dijo. Todavía en pie, me explicó en perfecto inglés que si alguien le preguntaba por nuestra cita le diría simplemente que estaba tratando de aprender más sobre mí y mi libro antes de su inminente publicación en portugués—. Pero espero no tener que hacerlo —añadió, explorando una vez más el parque con la mirada—. En estos tiempos uno no sabe... —Su voz se fue apagando y se dirigió al banco—. Por favor. —Nos sentamos el uno junto al otro.

Me hizo preguntas sobre ciertas personas que aparecen en *Confesiones*, centrándose particularmente en los iraníes «Yamin» y «Doc», quienes en



1977, con gran riesgo para sus vidas, me transmitieron información sobre el sha y la determinación de los *mulás* de derrocarlo (algo que sucedió casi dos años después). José expresó su alivio cuando le aseguré que las auténticas identidades de Yamin y Doc no serían nunca reveladas. Dijo que quería que su mensaje llegara a la gente de Estados Unidos, pero que tenía que garantizarle que no revelaría mi fuente. Me invitó a tomar notas, siempre que no mencionara su nombre. Durante nuestra conversación, mencionó que tenía veintiséis años cuando yo me licencié en la universidad en 1968.

Me dijo que había leído mi libro y apreciaba las cosas que había expuesto. Sin embargo, dijo, «es sólo la punta del iceberg. Estoy seguro de que lo sabe pero creo que debo decirlo. Ni siquiera su libro cuenta la historia real».

José describió la tremenda presión que se estaba ejerciendo sobre su jefe, Lula. «No se trata sólo de sobornos y de la amenaza de golpes de Estado o asesinatos, ni de cerrar tratos y falsificar previsiones económicas, ni de contraer deudas que nunca podremos devolver. Es algo mucho más profundo.»

Siguió explicando que en Brasil y en muchos otros países, la corporatocracia controla esencialmente todos los partidos políticos. «Incluso los candidatos comunistas radicales que parecen oponerse a Estados Unidos llegan a acuerdos con Washington.»

Cuando le pregunté cómo sabía todo eso, se rió.

—Llevo en esto mucho tiempo —dijo—. Siempre he estado metido en política. Desde Johnson a Bush, los dos Bush, lo he visto todo. Sus agencias de información, así como sus gánsteres económicos, son mucho más eficientes de lo que usted imagina.

José describió cómo se atrae a los estudiantes mientras son ingenuos y vulnerables. Habló de sus propias experiencias personales cuando era joven y la manera en que se utilizaban las mujeres, la bebida y las drogas.

—Así que incluso cuando un oponente radical de Estados Unidos asume un cargo, y suponiendo que en este punto de su vida desee sinceramente hacer frente a Washington, la CIA le tiene bien pillado.

—Chantaje.

Se rió.

—Puede llamarlo así, o puede llamarlo «diplomacia moderna». Y eso no sólo pasa en Estados Unidos, evidentemente. Sin duda ha oído los rumores sobre por qué Noriega fue derrocado y se pudre ahora en una prisión

norteamericana.

—He oído que tenía cámaras en la isla de Contadora. —Ésta era un lugar infame en la costa de Panamá, un «refugio seguro» donde los hombres de negocios norteamericanos podían invitar a los políticos a cualquier vicio concebible. Visité (e hice uso) de Contadora varias veces durante mis días de GE.

—¿Sabe quién fue captado por esas cámaras?

—Hay rumores de que George W. fue fotografiado tomando coca y practicando perversiones sexuales durante la época en que su padre era presidente. —Había una teoría en Latinoamérica que sostenía que Noriega había utilizado fotografías incriminatorias del joven Bush y sus compinches para convencer al viejo Bush, el presidente, de que apoyara a la administración panameña en cuestiones clave. Como represalia, Bush padre invadió Panamá y arrojó a Noriega a una prisión de Miami. El edificio que contenía los archivos confidenciales de Noriega fue incinerado por bombas; como efecto secundario, más de dos mil civiles inocentes murieron quemados en Ciudad de Panamá ese día de diciembre de 1989. Mucha gente afirmaba que esta teoría ofrecía la única explicación lógica de que una nación sin ejército y que no constituía una amenaza para Estados Unidos fuera tan violentamente atacada.

José asintió.

—Desde donde estoy sentado, esos rumores suenan tremendamente ciertos. He vivido cosas que parecen haber sido inventadas. —Meneó la cabeza—. También usted. —Hizo una pausa, mirando alrededor—. Y eso me aterroriza.

Le pregunté si Lula había sido sobornado y durante cuánto tiempo. Era evidente que la pregunta le incomodaba enormemente. Después de una larga pausa, admitió que Lula era parte del sistema.

—De otro modo, ¿cómo podría haber ascendido a semejante cargo? —Sin embargo, José también profesaba admiración por Lula—. Es un realista. Entiende que no tiene otra elección si quiere ayudar a su gente... —Movié la cabeza—. Tengo miedo —dijo— de que Washington trate de derrocar a Lula si va demasiado lejos.

—¿Cómo cree que lo harían?

—Todo el mundo tiene secretos de familia. Todos los políticos han hecho cosas que pueden parecer mal, si son sacadas a la luz de cierta manera. Clinton tuvo lo de Mónica. Ella no era la cuestión, desde luego. Clinton había ido demasiado lejos en sus esfuerzos por revisar las monedas

mundiales y suponía una enorme amenaza para futuras campañas republicanas; sencillamente era demasiado joven, dinámico y carismático. Así que Mónica fue colocada en el centro de atención. ¿No cree que Bush también debe de tener unas cuantas mujeres en su pasado? Pero, ¿quién se atreve a hablar de ellas? Lula tiene secretos. Si los poderes que dirigen su imperio quieren quitárselo de encima, abrirán el armario. Hay muchas maneras de asesinar a un líder que amenaza la hegemonía estadounidense. —Me lanzó una mirada que yo recordaría varios meses después cuando cuatro altos funcionarios del partido de Lula dimitieron entre acusaciones de que habían diseñado un programa multimillonario para pagar a los legisladores a cambio de votos, y parecía que la carrera política de Lula se iba a terminar a resultas del escándalo.

Respondiendo a mi pregunta sobre cómo podríamos detener al imperio, contestó: «Ésa es la razón por la que me he reunido con usted. Sólo usted en Estados Unidos puede cambiar las cosas. Su gobierno ha creado este problema y su gente debe resolverlo. Tiene que insistir en que Washington cumpla su compromiso con la democracia, incluso cuando líderes democráticamente elegidos nacionalizan sus corruptas empresas. Deben asumir el control de sus empresas y de su gobierno. La gente de Estados Unidos tiene un gran poder. Tiene que luchar a brazo partido contra ello. No hay otra alternativa. Nosotros en Brasil tenemos las manos atadas. También los venezolanos. Y los nigerianos. Son ustedes los que tienen que hacerlo». La euforia que había sentido por la recepción de mi libro y la conferencia que había dado en el WSF se vio empañada por esta conversación con José. Caminando por las calles de Porto Alegre, me sentí cada vez más desanimado. Eso, supongo, me hizo más vulnerable a la despampanante brasileña que se me presentó como periodista.

## La bella carioca

Mientras daba mi conferencia no pude evitar fijarme en ella, sentada en la primera fila de la carpa, justo debajo del estrado. Su pelo color castaño rojizo cayéndole sobre los hombros, las largas piernas expuestas por la corta falda, los pómulos salientes que revelaban su sangre indígena, y la sonrisa que parecía destinada sólo para mí, todo ello hizo que destacara incluso en este país tan famoso por la belleza de sus mujeres.

Después de mi discurso, fue la primera en acercarse al estrado. Me estrechó calurosamente la mano y me entregó una tarjeta con su nombre. Beatriz Muchala, una lista de varias revistas y una dirección de Río. «Le tengo que entrevistar —dijo—. Mis lectores tienen que saber más. Soy de origen español, nacida en Argentina. —Sonrió—. Pero carioca de corazón.»

La manera en que dijo esto, así como las palabras en sí, me hicieron poner en alerta. Las cariocas, las mujeres de Río de Janeiro, son legendarias por su capacidad de agrandar a los hombres. Pero Beatriz me pareció diferente. Tal vez fuera su estrategia, el lugar donde se había sentado, su postura y su ropa, o simplemente que era demasiado hermosa. Mi instinto me advirtió que me alejara. Le dije que mi agenda estaba completa.

Más tarde, ese mismo día, recordé a un agente retirado de la CIA que me transmitió su versión del proceso de destitución de Clinton. Era coherente con lo que había descrito José. «Linda Tripp fue la asignada para destruir a un presidente considerado un reformador que podría socavar la corporatocracia —dijo el hombre de la CIA—. Como sabe, tipos como yo

siempre buscan “inocentes” que hagan el trabajo sucio. Menos riesgo, nada de pruebas. Linda encontró su inocente en Mónica Lewinsky. Le dijo a Mónica: “El pobre Bill no recibe nada de cariño en casa. ¿Le podrías hacer un favor?”. El resto es historia.»

Beatriz se me acercó varias veces durante ese día mientras yo me reunía con grupos de África y Europa. Yo permanecía resuelto. Sorprendentemente, nuestros caminos se cruzaron de nuevo después de mi conversación con José mientras paseaba por la ciudad, aturdido por lo que acababa de oír. Me entregó otra tarjeta. Esta vez fue menos persistente, consciente tal vez de mi estado emocional. O quizá estaba resentida al haber descubierto que mi agenda no estaba tan llena, ya que estaba paseando. Sentí una punzada de culpa. ¿Por qué había sido tan desconfiado? Después de eso tuve problemas para quitármela de la mente. Supongo que mi conversación con José tendría que haberme llevado a ser prudente. Pero de hecho, tuvo el efecto contrario. Me sentía desanimado, abatido. Ahora me reñía a mí mismo por no haber aceptado la entrevista. Pasar el tiempo con una mujer hermosa era justo lo que necesitaba. Después de todo, era periodista y yo había venido a Brasil a difundir el mensaje de mi libro. ¿Qué daño podría hacerme reunirme con ella?

Sentí alivio al encontrar un mensaje suyo en la recepción de mi hotel. La llamé y acordé reunirme con ella en su hotel esa noche, en un espacio muy público, el vestíbulo.

Beatriz y yo nos sentamos cerca de la puerta principal del Hotel Plaza. La minifalda había sido sustituida por unos vaqueros de marca. Pidió que realizáramos la entrevista en español, aduciendo que su inglés era inferior a mi español. Los artículos serían publicados en Argentina y Brasil; los traduciría al portugués. Me contó algo sobre cómo fue crecer en Argentina, y yo le conté algunas de mis experiencias en Buenos Aires. Bromeó acerca de las dificultades de ser una mujer argentina entre las bellezas de Río.

Al cabo de unos quince minutos me pidió permiso para utilizar una grabadora. Acepté. Sacó una de un gran bolso de punto, puso el micrófono sobre la mesa entre los dos y me hizo varias preguntas sobre los GE. Luego comprobó la grabadora, rebobinó la cinta y la escuchó con los auriculares. «Demasiado ruido de fondo.» Volvió a abrir el bolso, rebuscó en él, sacó un bolígrafo y un cuaderno de notas, se disculpó y me pidió que repitiera las respuestas que acababa de darle. Así lo hice.

Cuando acabamos, se reclinó en su silla, mordió el extremo del bolígrafo y mencionó mis libros anteriores sobre culturas indígenas.

—Mis lectores necesitan entender mejor a la gente que vive en la selva. ¿Podemos pasar a ese tema?

Sobrecargado de conversaciones sobre los GE, agradecí la oportunidad de hablar de mis primeros escritos.

Eché una mirada melancólica a su grabadora.

—Me gustaría poder grabar esto —dijo—. ¿Qué le parece si nos alejamos de todo este ruido? Mi habitación está sólo a un viaje de ascensor. Me gustaba la idea de hablar sobre culturas indígenas. Estaba impresionado por la profesionalidad de Beatriz y estaba disfrutando de nuestras bromas. Dada mi experiencia, tendría que haber estado más precavido, pero estaba con la guardia baja.

Siguiéndola por el largo pasillo desde el ascensor hasta su habitación, era imposible no fijarse en su belleza física. Sus altos tacones, sus vaqueros ceñidos y su melena castaño rojizo acentuaban el andar que había hecho famosas las playas de Copacabana e Ipanema.

Una vez en la habitación, me hizo sentar en un sofá y colocó la grabadora en una pequeña mesa frente a él. Luego me ofreció una copa de vino. Aunque raramente bebo otra cosa que cerveza, acepté. Sirvió una copa para cada uno y se sentó a mi lado en el sofá. «Vamos a ello», dijo.

A medida que respondía a sus preguntas, me di cuenta de que nuestros cuerpos se estaban tocando. Se acercó aún más. Alargó el brazo, apagó la grabadora y me ofreció la copa. Sus dedos rozaron los míos. Nuestras copas entrec chocaron. Miré cómo daba un sorbo de la suya. Luego repentinamente recordé haberla visto en la calle entre mi hotel y el parque donde me había encontrado con José. ¿Qué posibilidades había de que fuera un encuentro «casual» en una ciudad del tamaño de Porto Alegre? Lo vi todo claro. Estaba seguro de que los motivos de Beatriz no eran simplemente acostarse con un autor de éxito. Sus ojos se encontraron con los míos, mientras daba sorbos a su vino. Dejé mi copa, intacta, preguntándome si habría sido adulterada.

—Soy lo suficientemente mayor como para ser tu padre. —Miré por la habitación, buscando una cámara oculta—. Y soy un hombre casado. —Me levanté.

—En Brasil, tenemos una expresión: los hombres mayores saben cómo complacer a una mujer; los hombres casados son discretos.

—Me tengo que ir —dije.

—Es muy pronto.

Me dirigí hacia la puerta.

—Dejémoslo aquí, como amigos.  
Se levantó del sofá y caminó hacia mí.  
Abrí la puerta.

—Por favor, envíame una copia de la entrevista sobre los GE. —Para entonces ya estaba saliendo al pasillo.

—Si cambias de opinión, puedes llamarme. —Sonrió amablemente—.  
Estaré aquí toda la noche. En cualquier caso, te enviaré una copia.  
Nunca lo hizo.

## Enfrentarse al imperio

Poco después de que regresara de Brasil, su vecina Bolivia entró en un nuevo periodo de conflictos políticos. El hombre que sustituyó al depuesto presidente Gonzalo Sánchez de Lozada, Carlos Mesa, era considerado un débil en el mejor de los casos, y un colaborador de la corporatocracia en el peor de ellos. El MAS de Evo Morales y las organizaciones indígenas exigían derechos territoriales, combustible subvencionado para los pobres y la nacionalización del petróleo y las industrias del gas.

A medida que leía los informes que inundaban Internet y hablaba con amigos de Latinoamérica, visualizaba esa larga cola de hombres, mujeres y niños de pie bajo la fría lluvia esperando para pagar sus facturas eléctricas. ¿Qué pensaban ahora? Parecían tan dóciles y oprimidos como los esclavos que trabajaban en las minas de estaño de los españoles. Pero algo había despertado en ellos. Habían abandonado las colas e invadían las calles. Habían entrado en tropel en las oficinas de la compañía del agua. Habían rodeado el palacio presidencial. Habían hecho frente al Banco Mundial, desafiado a la corporatocracia, provocado la ira del imperio más poderoso de la Historia. Habían muerto por su causa. ¿Qué había pasado para que todo esto sucediera?

Siempre hay varias respuestas a estas preguntas, pero en este caso, una de ellas era especialmente relevante: un hombre, Evo Morales. Él era, desde luego, uno más de un puñado de líderes detrás de este nuevo movimiento, pero fue el que se convirtió en congresista y se declaró luego a sí mismo candidato a la presidencia. Y por encima de todo era un símbolo y un



catalizador. Como George Washington, Simón Bolívar y todos los grandes líderes antes que él, Evo Morales era un visionario y un activista. Era la esperanza de Bolivia y también de todos nosotros, porque su ascenso era la materialización de un sueño que todos tenemos: que en momentos de graves crisis, surgirá un ser humano para sacar a su pueblo de las tinieblas y conducirlo hacia la luz.

Morales debía mucho a ese otro moderno líder latino, Hugo Chávez, el presidente que, como el pistolero de la viñeta, se había enfrentado al dirigente más poderoso del mundo y le había hecho poner pies en polvorosa. El hecho de que millones de latinoamericanos vieran a George W. Bush no como un representante electo de una democracia sino como un déspota que había robado unas elecciones, venía bien tanto a Chávez como a Morales. Si los grandes líderes necesitan adversarios hostiles, estos hombres tenían los suyos.

Los acontecimientos en otro país también reforzaron a Morales. Por razones muy diferentes, la política de Ecuador también favorecía la del líder aymara. Después de acusar a Lucio Gutiérrez de hacer tratos con los GE, la población ecuatoriana pidió su dimisión. El 20 de abril de 2005, los legisladores de Quito votaron destituir a Gutiérrez de su cargo; y tomaron juramento al vicepresidente Alfredo Palacio para que lo sustituyera temporalmente.

El nuevo presidente de Ecuador no tardó mucho en darse cuenta de que las transgresiones de su predecesor procedían de su disposición a acatar las exigencias del FMI, el Banco Mundial, Washington y Wall Street. Dos días después de la expulsión, el *New York Times* informó de que Palacio y su ministro de Economía, Rafael Correa, criticaban «los vínculos del ex presidente con las instituciones crediticias internacionales» y «consideraban inmoral que un país utilizara el 40 por ciento de su presupuesto para pagar el interés de su deuda». Afirmando que «su nuevo gobierno puede reconsiderar el rumbo de las conversaciones comerciales que estaban teniendo lugar con Estados Unidos», el *Times* dijo que el señor Palacio afirmaba que «le gustaría utilizar el dinero del petróleo destinado a la deuda pública para pagar el gasto social».<sup>27</sup>

En Bolivia, Morales consideró la situación ecuatoriana como la aprobación de la política que él defendía, otra señal de que los Andes estaban preparados para el cambio, y una prueba de que había llegado el momento de que una persona de sus orígenes (que para los estándares materialistas modernos eran humildes) asumiera el timón. La reacción oficial

norteamericana ante él fue hostil; sin embargo, desde un punto de vista latinoamericano, sirvió como otra forma de confirmación. Como reflejo de la posición de Washington, el *New York Times* escribió:

Para la administración Bush, la perspectiva de tener al señor Morales en la presidencia es considerada como un retroceso potencialmente grave en la guerra de las drogas, que podría hacer peligrar cientos de millones de dólares de la ayuda americana al desarrollo, la economía y la lucha contra la droga.<sup>28</sup>

Los bolivianos y otros latinoamericanos comprendieron que la Casa Blanca y los medios norteamericanos dominantes se iban a rebajar al nivel que hiciera falta para vilipendiar a Morales. Esta táctica podía engañar al electorado norteamericano, pero como había demostrado antes el embajador Rocha con sus declaraciones sobre retirar la ayuda norteamericana si un candidato como Morales resultaba elegido, tales amenazas tuvieron en Bolivia el efecto contrario.

En Estados Unidos, en una fiesta a la que asistían varios estudiantes sudamericanos escuché un chiste:

—¿Quién es el publicista número uno de Hugo? —Pausa—. George Bush. ¿Quién es el publicista número uno de Evo?

—¿George Bush?

—No. Es el número tres. El *Wall Street Journal* y el *New York Times* le superan.

## Almas gemelas

Para muchos latinoamericanos, Evo Morales simbolizaba la anti-corporatocracia, el movimiento en favor de los pobres. Vestido con un jersey, un poncho y un gorro de lana andino, se atrevió a hacer alarde de sus humildes raíces. Proclamó ante el mundo sin alterarse la grandeza de su pueblo, explicando que porque hubiera estado sometido durante siglos, ello no significaba que no fuera a luchar ahora por sus tierras y su orgullo. Explotación no era equivalente a inferioridad. La pobreza material no era signo de incompetencia moral.

Al anunciar que se presentaba a presidente, prometió luchar contra las corporaciones extranjeras decididas a robarles los recursos y desafiar la exigencia de Estados Unidos de que su pueblo destruyera sus cultivos de coca. Haciendo hincapié en que la planta sólo se convierte en un problema después de ser transformada en cocaína y enviada fuera de Bolivia, insistió en que la cuestión de la droga debía ser abordada con respecto al consumidor.

En diciembre de 2005, Evo Morales obtuvo una victoria aplastante y se convirtió en el primer presidente indio de Bolivia. Inmediatamente anunció que reduciría su salario a la mitad, que ningún ministro del Gabinete recibiría más dinero que él, y que destinaría el dinero ahorrado a contratar más profesores para las escuelas públicas. Su vicepresidente, Álvaro García Linera, había sido un líder de la guerrilla del movimiento revolucionario anti-corporatocracia de Bolivia y había pasado cuatro años en prisión; se había licenciado como matemático en México y luego había

sido profesor de sociología en la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz, donde era alabado como intelectual y analista político. La ministra de Justicia, una mujer, había trabajado como criada. El presidente del Senado era un maestro de escuela rural. Aunque indígena, Morales dijo que su compromiso estaba con todos los pobres y desfavorecidos de Bolivia, ya vivieran en los suburbios de las ciudades, en las alturas de los Andes o en lo más profundo de la jungla.

La prensa dominante de Estados Unidos engañó abiertamente a sus lectores norteamericanos. En una campaña que recordaba sorprendentemente a la lanzada contra Arbenz antes de que invadiéramos Guatemala, los medios transmitieron la impresión de que Morales era un «comunista», un «agente de Castro».

Bechtel retiró su pleito contra Bolivia en enero de 2006, un mes después de la elección de Morales.

Menos de cuatro meses más tarde, el 2 de mayo de 2006, el presidente Morales ordenó al ejército boliviano ocupar los campos petrolíferos y los yacimientos de gas de todo el país y ponerlos bajo el control del Estado. Después de dar a los ejecutivos de las empresas 180 días para renegociar los contratos existentes con el gobierno, proclamó: «El saqueo por parte de las empresas extranjeras ha terminado». En lugar de compartir beneficios en la proporción del 80 por ciento para las empresas extranjeras y el 20 por ciento para los bolivianos, exigió que se invirtieran esas cifras.<sup>29</sup>

Algunos consideraron la jugada boliviana como un alejamiento del frente latino; indicaron que Brasil y Argentina se verían altamente afectados ya que importaban grandes cantidades de gas natural de Bolivia. Sin embargo, Chávez defendió a Morales con vehemencia diciendo: «Apoyamos una Bolivia que está apuntando en la misma dirección que Venezuela. Hemos recuperado el control de nuestros recursos naturales y riquezas minerales en un proceso largo y difícil que incluso nos costó un intento de golpe. [En Bolivia] estoy seguro de que todo va a salir bien».

El propio Morales dejó bien clara su política; favorecía el nacionalismo y también un frente latinoamericano unido contra Estados Unidos; se oponía a la explotación empresarial, independientemente de dónde tuvieran su sede las empresas:

Vamos a defender los recursos naturales. Si Bolivia era antes la tierra de nadie, ahora es la tierra de alguien. Es la tierra de los bolivianos, especialmente de los pueblos indígenas. Las empresas

privadas, compañías petrolíferas, empresas transnacionales, si quieren venir aquí y quieren respetar las leyes bolivianas, serán bienvenidas... pero las empresas que no quieran respetar las leyes bolivianas, que no quieran acatar las leyes del Estado, éstas serán tratadas sin miramientos.<sup>30</sup>

En enero de 2006, Chile siguió los pasos de Argentina, Bolivia, Brasil, Ecuador y Uruguay cuando Michelle Bachelet llegó a la presidencia con una campaña que hacía hincapié en la autodeterminación. Como la primera mujer en ocupar este cargo en el país, cumplió inmediatamente una promesa electoral nombrando mujeres para la mitad de los puestos de su Gabinete.

Aunque estos líderes tienen antecesores que en el pasado ya se opusieron valientemente a otros imperios, en la primera década del nuevo milenio estaba pasando algo diferente. Y esa diferencia tenía implicaciones globales.

Nunca antes tantos votantes habían colocado al mismo tiempo en el puesto más alto a líderes que defendían con tanta fuerza los derechos de su gente contra los intereses monetarios de Estados Unidos. Nunca antes había habido tanta unanimidad. Nunca antes había habido una muestra semejante de apoyo a los más pobres de los pobres, tanto de las zonas urbanas como de las rurales. O de las poblaciones indígenas. Nunca antes países colonizados habían enviado un mensaje tan potente y unánime a su colonizador. No había sucedido en el hemisferio norte. Ni en África ni Asia. Aunque Oriente Medio también se resistía a la garra del imperio, las luchas allí se habían cobrado un terrible peaje sobre la propia gente de la zona. Pero la Revolución Latinoamericana no estaba destinada únicamente a expulsar a los explotadores extranjeros; era un movimiento positivo hacia la igualdad, la libertad y la reforma social. Por lo general, era pacífico. Su impacto había alcanzado a todo el planeta y estaba dando ejemplo; lograba metas concretas y servía de inspiración a pueblos de todos los continentes.

Los presidentes recién elegidos hicieron algo más sin precedentes en la historia del hemisferio. Acordaron defenderse unos a otros. Unidos no por un solo líder (como en tiempos de Bolívar) sino por el consentimiento mutuo, ampliaron su actitud contra el FMI, el Banco Mundial y el gobierno de Estados Unidos incluyendo la autodefensa. Países como Brasil, Argentina, Chile, Perú y Venezuela aunaron esfuerzos desviando sus objetivos militares de la protección de las empresas multinacionales a la defensa de sus países contra la intervención extranjera. Y comenzaron a

hablar seriamente de la posibilidad de una amplia cooperación militar. Además de reforzar los lazos entre sí, los países latinoamericanos comenzaron a desarrollar relaciones con la India, China y otras naciones que comparten la desconfianza hacia la construcción del imperio americano. En un significativo viaje al continente en noviembre de 2005, el presidente de China Hu Jintao visitó Argentina, Brasil, Chile y Cuba y celebró reuniones bilaterales con el presidente de México, Vicente Fox, y el presidente de Perú, Alejandro Toledo. Las empresas chinas han derrotado silenciosamente a las norteamericanas en una serie de áreas consideradas anteriormente terreno americano. Una empresa china controla efectivamente los «puertos de anclaje» a ambos extremos del canal de Panamá. En 1998 China y Brasil lanzaron su programa Earth Resources Satellite. Mientras que los intentos de Washington de crear pactos comerciales que favorezcan a las empresas norteamericanas se han topado con la repetida resistencia de los líderes latinoamericanos, otras propuestas menos onerosas de los chinos han sido aceptadas. Esto puede parecer contradictorio dado el potencial de China como imperio emergente; sin embargo, los latinoamericanos entienden que China, a diferencia de Estados Unidos, no tiene un historial de intromisión en sus asuntos. Al igual que la URSS en las décadas de 1960, 1970 y 1980, China es vista hoy como un país que ofrece equilibrio, como un protector contra la agresión norteamericana.

El despliegue de emisarios latinoamericanos por todo el mundo refleja la determinación de incrementar las relaciones comerciales; sin embargo, forma también parte del movimiento anti-corporatocracia y es un signo claro de que nuestros vecinos del sur están resueltos a oponerse a la hegemonía norteamericana.

Los temores de Latinoamérica respecto a la intervención de Estados Unidos están justificados por actividades encubiertas, así como por la política declarada por Washington. Esto quedó claro para mí cuando fui abordado por varios chacales que querían ser aceptados por la sociedad y confesar sus recientes pecados.

## Una historia de asesinatos

*Entré en el despacho del presidente dos días después de que fuera elegido y le felicité.*

*Estaba sentado detrás de un gran escritorio y me sonreía como el gato de Cheshire.*

*Introduje mi mano izquierda en el bolsillo de mi chaqueta y dije: «Señor presidente, aquí tengo unos doscientos millones de dólares para usted y su familia, en caso de que quiera seguir el juego, ya sabe, ser amable con mis amigos que dirigen las compañías petrolíferas, tratar bien a su Tío Sam». Luego me acerqué a él, introduje la mano derecha en el otro bolsillo, me incliné sobre su cara y susurré: «Aquí tengo una pistola y una bala con su nombre, en caso de que decida cumplir sus promesas electorales».*

*Me alejé, me senté y le recité una pequeña lista de presidentes asesinados o derrocados por haber desafiado a su Tío Sam: desde Diem a Torrijos. Ya conoce la rutina.*

*Captó el mensaje.*

Brett dio un trago a su cerveza. «Eso es», dijo, volviéndose para mirar a una rubia en biquini subir a un barco en el Waterway Café de Palm Beach Gardens, en Florida. «Eso es todo.»

Cuando Brett se puso en contacto conmigo se identificó como un chacal que quería «hablar sobre Ecuador y otros países latinoamericanos». Se negó a ser más específico por teléfono o por correo electrónico. Nos encontramos

en una playa cerca de mi casa de Florida. Luego, más adelante, en varios restaurantes. Aunque seguía en el negocio de los GE y por lo tanto no quería confesar su identidad, estaba disgustado por la actitud de quienes le contrataban. «Demasiado arrogantes —dijo—. Y corruptos. Nuestros ciudadanos deberían saber lo que hacen nuestros cargos electos y cómo su actitud pone en nuestra contra a montones de viejos amigos.» Admitió ganar «medio millón de dólares al año libres de impuestos». Se había metido en esto, según decía, porque había crecido en una familia cubana que había perdido millones cuando Castro derrocó a Fulgencio Batista y tenía miedo del comunismo. «Los comunistas se han ido —se lamentó—. Pero sigue siendo mi trabajo. Y soy muy bueno en él. Simplemente no me gusta el hecho de que esos gilipollas de Washington estén dando tan mala impresión.»

Todo en Brett denotaba el tipo de trabajo al que se dedicaba. Era musculoso y llevaba el pelo muy corto. A diferencia de Neil, el hombre que dirigía las operaciones de seguridad en la Indonesia devastada por el tsunami, tenía la apariencia de un poli. Sus precisas descripciones de personas y lugares, incluyendo Panamá y Torrijos a finales de la década de 1970, cuando comenzaba en su trabajo, coincidían con mis recuerdos. Hablar con él de sus hazañas actuales me retrotrajo a aquellos días. No identificó por el nombre al presidente al que intentó volver en contra de sus promesas electorales, pero quería que yo presentara esa historia como uno de los muchos ejemplos de su trabajo.

Nada de lo que dijo me sorprendió. Siempre sospeché que la mayoría de los presidentes de esos siete países habían sido abordados por alguien que realizaba mi antiguo trabajo como GE. Esta persona había rondado por los centros de poder durante algún tiempo, como miembro del Banco Mundial, en una embajada norteamericana, como empleado de USAID o como asesor, por lo que no era desconocido para el presidente. Pero sólo después de las elecciones sacó a relucir su función más esencial.

Cuando los escépticos me dicen que saben que existen los asesinatos pero que no creen que existan los GE, como Brett, siempre les digo lo evidente. Ninguna persona en su sano juicio asesina a un jefe de Estado sin tratar de convencerle primero de que acepte su juego. Ningún político ni agente de la CIA haría una cosa así. Ni siquiera el mafioso más endurecido lo haría. Simplemente, es demasiado arriesgado. Y muy complicado. Existen muchas posibilidades de error. De entrada, siempre se envía a emisarios. Primero ofrecen la zanahoria de la corrupción, y si eso no funciona, enseñan el palo



del golpe de Estado o del asesinato.

Cuando me enviaban en misiones similares, yo era más sutil que Brett. Siempre asumía que en los despachos del gobierno había grabadoras ocultas que captaban las conversaciones. Sin embargo, el significado del mensaje era el mismo. Al presidente le quedaban las cosas claras: podía permanecer en el poder y hacerse rico si cooperaba con nosotros, pero si no lo hacía, sería derrocado, vivo o muerto.

El presidente Chávez habló de sus propios contactos con GE y chacales en la radio de Venezuela. La BBC informó de una de sus varias intervenciones sobre el tema:

El presidente se refirió al libro *Confesiones de un gánster económico* de John Perkins, diciendo que en un momento dado estos gánsteres económicos se le acercaron. Dijo que le habían ofrecido fondos del FMI si aceptaba vuelos de vigilancia y la presencia de asesores norteamericanos [...] Aunque se negó a aceptar sus ofertas, dijo, estos gánsteres económicos no cedieron y trataron de presionar a través de miembros «débiles» del gobierno, legisladores e incluso oficiales militares de su entorno. Chávez dijo que, como Perkins explica en su libro, los chacales aparecen y ejecutan los golpes de Estado y asesinatos cuando los gánsteres económicos fallan en su misión. «Hemos derrotado a los gánsteres económicos y a los chacales, y si están pensando regresar de nuevo, les volveremos a derrotar», afirmó entre los vítores de la multitud.<sup>31</sup>

Tras la retirada del presidente Gutiérrez, unos periodistas ecuatorianos contactaron conmigo. Hablé de las conversaciones con Brett y sugerí que el ex presidente podría haber recibido la visita de dicha persona. Durante estas entrevistas, siempre que surgía la oportunidad yo dejaba claro que mi propósito no era criticar a los políticos latinoamericanos sino pedir a la gente de Estados Unidos que insistiera en que nuestro gobierno y nuestras empresas se abstuvieran de poner obstáculos a la democracia.

Al menos una de mis entrevistas fue recogida por la prensa ecuatoriana. El 3 de marzo de 2006 recibí un correo electrónico de Bill Twist, presidente de la Pachamama Alliance, organización sin ánimo de lucro de cuyo consejo de administración formo parte, como he explicado más arriba. Adjuntaba otro correo electrónico de un miembro de la oficina ecuatoriana de la organización, junto con un artículo del diario de Quito, *El Comercio*, con el titular LUCIO GUTIÉRREZ ACUSA A PERKINS POR

DIFAMACIÓN (1 de marzo de 2006). El correo electrónico del miembro de la organización resumía así el artículo: «La entrevista de John [...] está armando jaleo por aquí [...] En *El Comercio* de hoy, el director del partido político de Gutiérrez anuncia que el ex presidente presentará una demanda por difamación contra él. Se trata de un asunto bastante gordo porque estamos en época de elecciones y la supervivencia del novato partido político de Gutiérrez se encuentra en la cuerda floja».

*El Comercio* me telefoneó para una entrevista complementaria. Explicué al reportero mi convicción de que no tenía derecho a participar en la política ecuatoriana, que mi intención nunca había sido vilipendiar a Gutiérrez, que mi meta era en cambio convencer al público norteamericano de que nuestro gobierno y nuestras empresas traspasan frecuentemente su autoridad y que debemos pedir que se ponga fin a esos abusos de poder. Dije que aunque no tenía pruebas de que un GE hubiera visitado a Gutiérrez, yo personalmente había ejercido ese tipo de presión sobre miembros del gobierno en el pasado.

No volví a tener noticias de Gutiérrez. Sin embargo, como resultado de *Confesiones* y los artículos aparecidos en *El Comercio*, varios miembros de las fuerzas armadas norteamericanas me abordaron para contarme maniobras en suelo colombiano con vistas a una invasión militar de Venezuela. Como Brett, estaban muy preocupados por el rumbo que estaba tomando su país; no se atrevían a salir a la luz pero querían que el pueblo americano supiera de sus experiencias.

Colombia es la excepción a los movimientos anti-corporatocracia del hemisferio. Ha mantenido su posición como la aliada de Washington. Sostenida por la ayuda masiva de contribuyentes norteamericanos y ejércitos de mercenarios patrocinados por las empresas, así como por el apoyo militar oficial americano, se ha convertido en la piedra angular en los intentos de Washington de recuperar el dominio de la región. Aunque la justificación oficial de la implicación norteamericana se centra en la guerra contra la droga, se trata de un subterfugio para proteger los intereses petrolíferos contra la oposición de las bases a la explotación extranjera.

Raúl Zibechi, miembro del consejo editorial del semanario *Brecha de Montevideo* y profesor de la Multiversidad Franciscana de Latinoamérica, indica que Colombia es ahora el cuarto beneficiario de la ayuda militar norteamericana por detrás de Israel, Egipto e Irak (Associated Press lo sitúa en el tercer lugar),<sup>32</sup> y que la embajada norteamericana en Bogotá es la segunda más grande del mundo después de la de Irak. Indica que él y otros

analistas han llegado a la conclusión de que Washington está creando una fuerza armada unificada sudamericana a las órdenes del Pentágono, que es una versión militar del Área de Libre Comercio de las Américas (FTAA) y tiene su cuartel general en Colombia.<sup>33</sup>

Los hombres que se pusieron en contacto conmigo —dos soldados y un subteniente— corroboraron las declaraciones del profesor Zibechi. Afirmaron que las auténticas razones por las que habían sido apostados en Colombia eran consolidar la presencia norteamericana y entrenar a los soldados latinoamericanos como parte de un Ejército Unificado Meridional al mando de Estados Unidos (término que utilizaron dos de ellos).

«Todo lo que hacemos en Colombia contribuye a que el negocio de la droga resulte más atractivo —me dijo el subteniente—. ¿Por qué cree que la situación es cada vez peor allí? Porque queremos que sea así, estamos detrás del tráfico de drogas. La CIA está allí como estaba en el Triángulo Dorado de Asia. Y en América Central y en Irán durante la Iran Contra. Y como los británicos en China, con el opio. Coca-Cola proporciona dinero ilícito, miles de millones, para actividades clandestinas, y una excusa para construir nuestros ejércitos. ¿Qué más puede pedir? Allí estamos hombres como yo en el ejército legal para proteger el petróleo e invadir Venezuela. El juego de la droga no es más que una cortina de humo.»

Un antiguo oficial norteamericano de los Boinas Verdes me dijo que se estaba creando un ejército mercenario en Guyana a lo largo de la frontera venezolana. Me dijo que todos los hombres eran paracaidistas acostumbrados al combate, que se entrenaban para combatir en la jungla y aprendían español.

«Teníamos guerras en Afganistán y en Irak. Allí no hay junglas. Ni se habla español. Entonces, ¿para qué todo eso? Pero adivine dónde hay selvas inmensas y además se habla español. En Venezuela. Además de tipos como yo —mercenarios norteamericanos, británicos y sudafricanos—, en Guyana hay un montón de tipos de ejércitos latinoamericanos, principalmente graduados en el WHINSEC.»

El Western Hemisphere Institute for Security Cooperation (WHINSEC), antes School of the Americas (SOA), entrena a soldados latinoamericanos para el combate, la contrainsurgencia, interrogatorios, tortura, espionaje, comunicaciones y asesinatos. Entre sus graduados se encuentran algunos de los generales y dictadores más notorios del continente. La SOA estuvo situada en la Zona del Canal de Panamá hasta que Omar Torrijos insistió en que la quitaran de allí. El hecho de que Manuel Noriega no permitiera su

reintroducción después de la muerte de Torrijos es una de las razones por las que Estados Unidos le colocó en su lista de «los más buscados». Tanto Torrijos como Noriega eran graduados de la SOA y ambos comprendían el poder que emanaba como institución antidemocrática. Fue trasladada a Fort Benning, en Georgia, y en 2001 le cambiaron el nombre en un intento de amortiguar las crecientes críticas.

Una mañana, durante la época de la controversia sobre los artículos en *El Comercio*, Marta Roldós me envió un e-mail desde Ecuador. Decía que iba a viajar a Estados Unidos y esperaba poder hablar conmigo sobre la muerte de su padre, Jaime, el presidente ecuatoriano que se negó a dejarse corromper por mí y otros GE y que murió en un accidente de aviación el 24 de mayo de 1981. Según los informes de las noticias, su avión chocó contra una montaña. Sin embargo, fuentes de confianza confirmaron mi creencia de que no se trató de un accidente, sino que había sido asesinado por la CIA. En *Confesiones* escribí: «Además del hecho de que Washington y las empresas petrolíferas le odiaban, muchas circunstancias parecían apoyar estas declaraciones». Marta dijo que quería hablar conmigo de esas circunstancias.

El 16 de marzo de 2006 voló a Miami y desde ahí fue en coche hacia el norte hasta un restaurante cerca de mi casa en Palm Beach. Mi hija Jessica (que entonces tenía veintitrés años) y yo nos reunimos con ella en un restaurante con un patio al aire libre donde pasamos varias horas conversando. Marta explicó que había venido a Estados Unidos fundamentalmente para solicitar ayuda para fundar la Biblioteca Jaime Roldós. Sería la primera de ese tipo en su país, un memorial para un presidente popular que había muerto trágicamente mientras ejercía su cargo. «Como la Biblioteca JFK», dijo, sonriente. Nos dijo que albergaría información sobre la muerte de su padre que hasta entonces no se había hecho pública, y añadió: «Creo firmemente que fue asesinado. El piloto era uno de los mejores de las Fuerzas Aéreas y amigo de mi padre. Tenía familia e hijos y se preocupaba mucho por mi madre, que también estaba a bordo; nunca hubiera cometido una locura, como decía el informe. Al contrario de lo que explicaron los informes de la prensa, la ruta que se suponía que debía tomar el aeroplano no era un territorio accidentado para los estándares ecuatorianos y el tiempo no era malo en absoluto. El avión se salió inexplicablemente de la ruta».

Marta siguió describiendo detalles que habían sido ocultados al público hasta aquel momento. El lugar había sido acordonado inmediatamente

después del accidente; la policía local había sido obligada a abandonar la zona; sólo se permitió la entrada al personal militar ecuatoriano y norteamericano. Dos testigos clave habían muerto en accidentes de coche antes de que pudieran testificar en las vistas celebradas sobre la causa del accidente. Uno de los motores del avión había sido enviado a un laboratorio suizo y las pruebas realizadas indicaban que se había detenido antes de «chocar contra la montaña». Marta sólo tenía diecisiete años el día de la tragedia. Sus padres murieron en el accidente. Se quedó destrozada y durante años fue incapaz de reaccionar. Cuando cumplió los cuarenta y uno, se dio cuenta de que había alcanzado la edad en que murió su padre; era el momento de pasar a la acción.

«En su libro —continuó— usted habla sobre el impacto que tuvo la muerte de mi padre sobre Omar Torrijos. Sé que eso es verdad. Me casé con el sobrino de Omar; es el padre de mi hija de diez años. El asesinato de mi padre obsesionaba a Omar. Le dijo a mi marido y a muchos otros que sospechaba que lo matarían como a mi padre. Dijo que estaba dispuesto a morir porque había tenido éxito, había puesto el canal en manos panameñas y había echado fuera del país a la School of the Americas.»

Omar Torrijos murió en un accidente de avión poco más de dos meses después de la muerte de Jaime Roldós, el 31 de julio de 1981.

Después de regresar a casa tras la reunión con Marta, escribí el relato de nuestra conversación. Se lo pasé a Jessica, lo dejé reposar una semana, lo revisé otra vez y cuando pensé que Marta ya habría regresado a Ecuador, se lo envié por correo electrónico. No llegó ninguna respuesta. Lo intenté varias veces más. En junio, mi esposa y yo nos trasladamos a nuestra residencia de verano en Nueva Inglaterra. Le envié un correo electrónico a Marta desde allí, un breve mensaje pidiendo que me confirmara que tenía su dirección correcta. «Sí —fue la respuesta—, soy yo, Marta.» Le volví a enviar otro correo electrónico con los apuntes de nuestra conversación, preguntándole si quería añadir algo o cambiar alguna cosa. Nunca obtuve respuesta. Unas dos semanas después, encontré en mi correo electrónico un mensaje de su dirección. Animado, lo abrí y descubrí que yo formaba parte de una lista de correo: nos informaban sobre un programa teatral en Ecuador. Pulsé el botón «responder» y le pedí de nuevo sus comentarios sobre mi informe escrito. Ni una palabra.

Acepté una invitación para dar la conferencia inaugural de un instituto de secundaria cerca de Northampton (Massachusetts), el 11 de junio de 2006. Como resultado, me hice amigo del profesor de español del centro, Juan

Carlos Carpio, nativo de Ecuador cuyo tío, el doctor Jaime Galarza Zavala, es un intelectual ecuatoriano muy respetado, autor de muchos libros importantes como *Quién mató a Jaime Roldós*, y actualmente presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana (una de las instituciones culturales más importantes del país) en la provincia de El Oro, la principal región exportadora de bananas de Ecuador. En agosto de 2006, Juan Carlos me llamó para informarme de que su tío iba a dar una conferencia en Nueva York y le gustaría reunirse conmigo.

El 14 de agosto, mi esposa Winifred y yo fuimos en coche hasta el restaurante La Cazuela de Northampton. Cuando entramos, divisé a Juan Carlos y a su tío. Era un domingo por la noche y el restaurante estaba casi vacío, pero habían elegido una mesa arrinconada, apartada de las demás. Me pregunté si se trataba de algo casual o de una precaución contra los entrometidos.

Después de charlar durante un rato, Jaime me dijo que *Confesiones* había causado un montón de problemas en Ecuador y que era prácticamente imposible comprarlo allí. «En cuanto llega a las librerías, alguien compra todas las copias. —Sonrió con ironía—. Eso también sucedía con algunos de mis libros, incluyendo el del asesinato de Roldós, que implica como cómplices a la CIA, al gobierno de Israel, a altos oficiales del ejército de Ecuador y a la derecha ecuatoriana.» Como Roldós, el doctor Galarza había sido profesor en la Universidad de Guayaquil y «un buen amigo de Jaime». Dijo que después de ser elegido presidente, Jaime le había confiado sus temores de ser asesinado. Luego dijo que me iba a contar un suceso que tal vez me interesara.

«En mayo de 1981 Jaime voló para celebrar una reunión secreta con ejecutivos del petróleo en Houston. Varios altos miembros del gobierno le acompañaban. Pensó que uno de ellos sería especialmente útil porque había trabajado anteriormente con compañías petrolíferas. Jaime pensó que tendría un buen aliado. —El doctor Galarza sacudió la cabeza tristemente—. Qué equivocado estaba. En cualquier caso, en la reunión sólo estaban los ecuatorianos y los hombres del petróleo, que insistían en que todo debía ser confidencial. Nada de prensa ni de comunicados. Los americanos hicieron su oferta a los ecuatorianos. Sabían que Jaime había prometido refrenarles durante su campaña, pero exigieron el mismo tipo de trato que habían tenido previamente en Ecuador y estaban consiguiendo en otros lugares. Sus empresas realizarían prospecciones iniciales y Ecuador pagaría en dólares o en crudo.

»Jaime les aseguró que no le importaba pagar un precio razonable por los servicios prestados en dólares, pero que no tenía la intención de hacerlo en crudo. “Pretendo construir complejos petroquímicos en mi país para que mi gente pueda beneficiarse del valor añadido —dijo—. Queremos quedarnos con todo nuestro crudo.” Esto enfureció a los ejecutivos. No era el acuerdo que habían disfrutado con anteriores administraciones y era contrario a su política global. La conversación fue subiendo de tono. Según lo que Jaime me contó más tarde, la reunión se volvió desagradable. Al final se hartó. Se levantó y se marchó esperando que los otros ecuatorianos se le unieran. No lo hicieron.

»Nuestro presidente, mi amigo Jaime, regresó a Quito en avión y convocó una reunión con sus asesores más próximos. Le dijeron que creían que se encontraba en una situación muy precaria, que su vida estaba en peligro. Pero ello no le detuvo. Siguió diciendo lo que pensaba. Fue a la televisión y dijo que nacionalizaría las compañías extranjeras a menos que pusieran en práctica planes para ayudar a la gente de Ecuador. Dio un discurso en el Estadio Olímpico Atahualpa donde habló largamente sobre el derecho soberano de una nación a ocuparse de su gente, especialmente de los desfavorecidos. No mucho después, él y su mujer embarcaron en su pequeño avión y se dirigieron a otro destino. Nunca llegaron. Ambos murieron en ese accidente, el 24 de mayo de 1981, menos de un mes después de la reunión secreta en Houston. Está absolutamente fuera de toda duda que Jaime Roldós fue asesinado.»

Los cuatro permanecimos sentados en el restaurante de Massachusetts sin hablar durante largo rato. Recordaba la imagen de Jaime Roldós Aguilera el día que le conocí en una recepción en Quito. Me había quedado muy impresionado por su vigor, su encanto, su sentido del humor y su determinación de sacar a Ecuador de su situación como uno de los países más desfavorecidos del hemisferio. Por último, me volví hacia el doctor Galarza y le conté mi reunión en marzo con la hija de Jaime, Marta. Resumí algunas de sus afirmaciones que confirmaban su propia versión del asesinato.

El doctor Galarza se volvió hacia su sobrino.

—Sí, ¿no es sorprendente? En nuestro país, nuestra policía fue alejada del lugar del accidente donde murió nuestro presidente. Las autoridades norteamericanas pudieron pasar, pero no los investigadores policiales ecuatorianos. No hay quien lo entienda.

Luego mencioné que había tratado de contactar con Marta por e-mail varias

veces desde nuestra reunión.

—Quería compartir con ella lo que escribí sobre nuestra conversación y ver si tenía algo que añadir, pero nunca respondió.

Se rió.

—No lo hará —dijo—. Su tío León, el hermano de Jaime, se ha presentado a presidente, y también ella ha decidido presentarse a un cargo público. Ya sabe, desde que su padre y su madre murieron, ella y su hermano consideraron a León una especie de padre adoptivo. Todos ellos estaban enormemente traumatizados y conmocionados. Han pasado muchas cosas en Ecuador desde que usted y su hija comieron con Marta. Mi país está alborotado. Gutiérrez fue sustituido por su vicepresidente Palacio, y Palacio es un hombre de contradicciones. Nadie conoce la intención de los demás. La gente como León y Marta están asustados. Saben que detrás del asesinato de Jaime Roldós hay poderosos intereses globales. Ella no hablará con usted de esas cosas ahora.



## Lecciones de Latinoamérica

Fui invitado a Bolivia en diciembre de 2006. Philippe Diaz y Beth Portello, de Cinema Libre Studios, me pidieron que participara en un documental que estaban rodando sobre las raíces de la pobreza. Consideré el viaje como una oportunidad de averiguar cómo se sentían los bolivianos un año después de que Evo Morales asumiera el cargo. Había leído muchos de los discursos y entrevistas del presidente, pero ahora tenía la oportunidad de escuchar a sus partidarios y a sus detractores.

Hablé con tenderos, taxistas, camareros y propietarios de restaurantes, campesinos sin tierra, ex mineros, organizadores de huelgas que derrocaron al presidente Sánchez, una actriz muy conocida, Carla Ortiz, que estaba estrechamente relacionada con los activistas indígenas, y un hombre que había visto morir a su hermano tras una lenta agonía por la bala de un soldado. Me reuní ante las cámaras con funcionarios del Estado partidarios de Morales, empresarios descontentos y un ex presidente, Jorge «Tuto» Quiroga Ramírez, que dirigía ahora la oposición contra Morales.

Resultaba evidente que el nuevo presidente se enfrentaba a una miríada de desafíos. La mayoría de los miembros de las clases altas y empresariales estaban decididos a rechazar sus reformas económicas y sociales. Sus partidarios, incluyendo las comunidades indígenas, esperaban un cambio rápido de las políticas cuyas raíces se remontaban a siglos atrás. Tampoco tenía duda de que además de todas las presiones locales, Morales estaba recibiendo amenazas y sobornos de los GE. Tenía que saber que los chacales estaban esperando entre bastidores.

Una tarde me senté en un gran salón en el palacio presidencial y charlé con el vicepresidente Álvaro García Linera. Me había enterado de que, aunque era Morales quien daba la cara en público, el vicepresidente era el poder en la sombra; era el responsable de convertir la retórica en política.

Aquel salón podría haber sido uno del Palacio Real de Madrid. El techo era altísimo. Las tres salas de estar independientes estaban amuebladas con sillas y sofás del barroco dieciochesco francés y con alfombras persas. Allí estaba yo, reunido con un hombre que se había ganado la fama como guerrillero y que había sufrido cuatro años de prisión, en un salón decorado para reyes.

La apariencia de García Linera reforzaba la ironía. De constitución delgada, llevaba unos pantalones negros perfectamente planchados, una camisa negra abierta en el cuello y una chaqueta deportiva gris entallada. Sus elegantes manos parecían más adecuadas para tocar el piano que para empuñar un rifle revolucionario.

Después de tratar de aspectos específicos de la política administrativa, pasamos al tema del papel de Bolivia como modelo para otros países. «O todo el mundo debe ser libre o nadie es libre —declaró el vicepresidente—. Para que la gente de su país y del mío tenga estabilidad necesitamos asegurarnos de que haya estabilidad en todo el mundo.» Describió lo que llamó «una sociedad poscapitalista» como la que establece como objetivo primario que todos sus ciudadanos vivan decentemente. «El Estado debe dejar de estar al servicio de los ricos y de las grandes corporaciones. Tiene que servir a todo el mundo, incluidos los más pobres.»

En todas las entrevistas que sostuve durante mi estancia en Bolivia, escuché a la gente expresar la opinión de que, dados los cambios políticos que barrían el continente, las cosas no volverían a ser como lo fueron en el pasado. «Solía avergonzarme de mi ascendencia aymara —me dijo una mujer—. Ya no. Evo ha hecho que nos sintamos orgullosos.»

«Ya no aceptaremos la esclavitud —añadió su marido—. Ni de los propietarios de haciendas españoles ni de las empresas norteamericanas.»

Sin embargo, también emergía un lado más oscuro. Muchos de los partidarios de Morales temen que se haya doblegado a las presiones de Washington y que, en consecuencia, no cumpla sus promesas electorales. «Él no es Chávez» era un estribillo frecuente. Sus detractores también están preocupados porque se está haciendo demasiado amigo del presidente venezolano. Creen que Morales se está dejando utilizar como trampolín para lo que consideran las ambiciones de Chávez de asumir el liderazgo de

todo el continente. «Primero Bolivia, después Ecuador; luego Perú y Colombia —me confió uno—. Chávez quiere controlar todo el petróleo y el gas de Sudamérica. Se cree un Bolívar moderno.»

Celebré la llegada del año nuevo en el palacio presidencial. Evo Morales entró en él poco antes de medianoche. Había prometido dar la bienvenida al 2007 celebrando una conferencia de prensa para comunicar algunos de sus nuevos programas. Mientras se colocaba ante las cámaras de televisión, eché una mirada al suntuoso edificio; miré a los miembros de la prensa: una mujer de la revista británica *The Economist*, un hombre de Estados Unidos representante de Associated Press, y reporteros de muchos países latinoamericanos. Morales parecía agotado. Me pregunté qué estaría sintiendo allí solo en pie, un hombre que procedía de un origen tan humilde y que ahora aparecía en las noticias de todo el planeta. Una cosa parecía segura: su presidencia no iba a ser tranquila.

Volando desde La Paz hacia Miami el primer día de 2007, pensé en mi experiencia en Guatemala con Pepe Jaramillo en 1992. Había resultado tener mucha más importancia de lo que había pensado en aquel momento. Había viajado allí como representante de una empresa norteamericana para explorar la posibilidad de explotar los recursos mayas, pero en aquellos días estaba trabajando también estrechamente con una organización sin ánimo de lucro dedicada a ayudar a los mayas a proteger sus tierras y conservar su cultura. No fui capaz de apreciar del todo mi doble papel; ni comprendí las contradicciones de mi vida, que eran un reflejo de las de mi país.

Como entonces, ahora, volando desde Bolivia, regresaba a una cultura que se precia de respetar los derechos humanos y sin embargo disfruta de un materialismo basado en explotar a los trabajadores de otras tierras. Vivo en una nación que tiene menos del 5 por ciento de la población mundial pero se las arregla para consumir más del 25 por ciento de sus recursos, una sociedad que profesa principios ecológicos y produce más del 30 por ciento de la peor contaminación del planeta. Mi avión estaba quemando combustible extraído en el país de otros. Parte de mi ropa había sido confeccionada en fábricas donde se explota a los obreros.

Mi vida era un perfecto ejemplo de la imagen que aquel viejo me describió cuando llegué a territorio shuar con Ehud Sperling en 1991. «Tu gente soñaba con grandes fábricas, altos edificios y tantos coches como gotas hay en este río —dijo—. Ahora empiezas a darte cuenta de que vuestro sueño era una pesadilla.»

En 1992 Pepe tenía miedo de los pueblos indígenas. Esa década y la siguiente demostrarían que sus temores estaban justificados. El viejo de la selva tropical me había permitido vislumbrar el futuro cuando le pregunté cómo podía contribuir yo a hacer que las cosas mejoraran. «Es muy sencillo —contestó—. Todo lo que tienes que hacer es cambiar el sueño. Tienes que plantar una semilla diferente, enseñar a los niños a soñar nuevos sueños.»

Los latinoamericanos se han tomado esa idea en serio. Liderados por los indígenas, los pobres de las ciudades y los campesinos, han cambiado el sueño mediante la palabra y la acción. Han organizado movimientos para proteger sus culturas y sus tierras. Se han desembarazado de viejos dictadores y han votado a presidentes que exigían que los recursos locales fueran utilizados en beneficio de la población local. Y de una forma extraña, nos han protegido en Estados Unidos de nosotros mismos. Al desafiar a la corporatocracia, nos han obligado a mirar lo que estamos haciendo al mundo. Nos están dando ejemplo para que lo sigamos.

Los latinoamericanos están haciendo algo más, y no al sur del Río Grande sino aquí mismo, en Estados Unidos. Mientras la mayoría de nosotros nos quejábamos de los recortes en las pensiones, la educación, la seguridad social y la atención sanitaria, el incremento de los gastos de la guerra de Irak y las traiciones del gobierno en Nueva Orleans, ellos se echaron a las calles para protestar contra las que consideraban unas leyes de inmigración injustas. Nosotros nos quedábamos sentados en nuestras casas, nos lamentábamos de la situación del gobierno, encendíamos el televisor y no hacíamos nada; ellos ejercieron los derechos que les concedía la Constitución. Se hicieron oír y se manifestaron en Washington D.C. Tanto si apoyabas su causa como si no, no te quedaba más remedio que tomar nota y respetar su valor y su disposición para actuar.

La gente de Oriente Medio también estaba pasando a la acción. Sin embargo, su forma de enfrentarse a la construcción de imperios brotaba de una perspectiva histórica radicalmente distinta de la de Latinoamérica.

# Oriente Medio

29

## Estados Unidos de América en quiebra

Durante la primera mitad del siglo XX el petróleo se distinguió como el recurso más valioso de todos los tiempos. Se convirtió en la fuerza motriz de la modernización. Procurarse un suministro fiable se convirtió en la piedra angular de la política exterior. La obsesión por el petróleo de Japón fue un factor importante en la decisión de atacar Pearl Harbor. La Segunda Guerra Mundial elevó aún más el estatus del petróleo. Propulsaba tanques, aeroplanos y buques; un país combatiente sin petróleo estaba condenado. El petróleo también pasó a ser la herramienta más poderosa de la corporatocracia.

Una vez declarada la paz, los ejecutivos de las empresas petrolíferas norteamericanas formularon un plan que cambiaría el curso de la Historia. Decidieron que por su propio interés (y por lo tanto del país) había que convencer al presidente y al Congreso de que había que ahorrar las reservas norteamericanas para futuras guerras y otras emergencias. ¿Por qué agotar los campos petrolíferos nacionales cuando se podían explotar los de otros continentes? En colaboración con empresas europeas y británicas, convencieron a los gobiernos de que les concedieran exenciones fiscales y otros incentivos que según ellos eran necesarios para garantizar el dominio de los suministros de petróleo mundiales.

Esta decisión, que ha sido aceptada por cada presidente y por el Congreso

desde entonces, condujo a políticas que han redefinido fronteras nacionales, creado reinos y derrocado gobiernos. Como el oro, el petróleo se convirtió en un símbolo de poder y en la base para valorar las monedas. A diferencia del oro, es fundamental para las modernas tecnologías, para los plásticos, los productos químicos y los negocios informáticos.

Al principio, parecía que el plan de los ejecutivos del petróleo aportaría riqueza a los países productores del Tercer Mundo. Sin embargo, siguiendo los pasos del oro, el petróleo se convirtió en una rémora. Los países ricos en petróleo se asemejaban a los buscadores de oro del Lejano Oeste; en cuanto presentaban una solicitud de propiedad sobre un yacimiento, se convertían en objetivos de sinvergüenzas y de magnates desaprensivos.

Aproximadamente al mismo tiempo que el petróleo emergía como la clave de la era moderna, la Unión Soviética era presentada como el Enemigo Público N° 1. Los historiadores reconocen que los constructores de imperios necesitan amenazas externas; la URSS desempeñó adecuadamente este papel para Estados Unidos. El arsenal nuclear de Moscú dio credibilidad a las afirmaciones de la corporatocracia de que la Guerra Fría exigía un nuevo planteamiento de la diplomacia internacional.

No es sorprendente que el primer enfrentamiento real de la Guerra Fría por el petróleo se produjera en esa parte del mundo que posee más petróleo, Oriente Medio. Exigiendo que su gente compartiera los beneficios del petróleo de su tierra, el democráticamente elegido y altamente popular primer ministro iraní Mohammed Mossadegh (hombre del año de la revista *Time* en 1951) nacionalizó los activos de la empresa British Petroleum. Gran Bretaña, ultrajada, buscó la ayuda de su aliado en la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos. Ambos países temían que la intervención militar provocara que los soviéticos apretasen el gatillo nuclear. En lugar de marines, Washington envió al agente de la CIA Kermit Roosevelt Jr. (nieto de Theodore). Con unos cuantos millones de dólares, Roosevelt organizó violentas manifestaciones que finalmente derrocaron a Mossadegh; la CIA sustituyó a este líder democráticamente elegido por Mohammad Reza Pahlavi (el «sha»), un déspota amigo de los grandes intereses petrolíferos.

Como se indica en *Confesiones*, el éxito de Roosevelt generó una nueva profesión, la que yo seguí, la de gánster económico. Las lecciones de Irán estaban claras: se podía construir un imperio sin los riesgos de la guerra y con muchos menos gastos. La táctica de la CIA podía aplicarse allí donde existieran recursos deseados por la corporatocracia. Sólo había un problema. Kermit Roosevelt era un empleado de la CIA. Si le hubieran

pillado, las consecuencias habrían sido nefastas. Se tomó la decisión de sustituir a los empleados del gobierno por agentes del sector privado. Una de las empresas reclutadas fue la mía, MAIN.

Muy pronto los GE descubrimos que no teníamos que esperar a que los países nacionalizaran los campos petrolíferos como excusa para manipular su política. Convertimos el Banco Mundial, el FMI y otras instituciones «multinacionales» en herramientas de colonización. Negociamos tratos lucrativos para las empresas norteamericanas, establecimos acuerdos de comercio «libre» que beneficiaban descaradamente a nuestros exportadores a expensas de los del Tercer Mundo y cargaban a otros países con deudas imposibles de controlar. En efecto, creamos gobiernos vicarios que parecían representar a su gente pero en realidad eran nuestros sirvientes. Algunos de los primeros ejemplos fueron Irán, Jordania, Arabia Saudita, Kuwait, Egipto e Israel.

Paralelamente a las operaciones de los GE para dominar la política global, la corporatocracia lanzó campañas para incrementar el consumo de petróleo. Como los traficantes de drogas, expertos en relaciones públicas recorrieron todo el planeta animando a la gente a comprar artículos vendidos por las organizaciones de la corporatocracia, frecuentemente derivados del petróleo y fabricados en talleres clandestinos del Tercer Mundo en condiciones espantosas.

Durante las décadas que siguieron al golpe iraní, los economistas citaban a menudo ejemplos de rápido crecimiento económico como prueba de que la pobreza estaba amainando. Sin embargo, como vimos en Asia, las estadísticas engañaban. Además de pasar por alto la degradación social y medioambiental, las estadísticas no abordaban los problemas a largo plazo. Un buen ejemplo de estas «consecuencias involuntarias» nos lo aportan los acontecimientos resultantes de la aventura iraní de Roosevelt. El golpe implantó a un dictador amigo del petróleo en el poder, pero también institucionalizó movimientos antiamericanos en Oriente Medio. Los iraníes no perdonaron nunca a Estados Unidos por haber derrocado a su popular primer ministro democráticamente elegido. Ni tampoco lo hicieron los países vecinos. Los expertos en historia política se preguntan qué hubiera pasado si Washington hubiera apoyado a Mossadegh y animado a destinar los ingresos del petróleo a ayudar a la gente de Irán a salir de la pobreza. Muchos llegan a la conclusión de que ello habría animado a otros países a adoptar planteamientos democráticos y hubiera evitado la terrible violencia que ha asolado la región desde entonces. En cambio, Estados Unidos reveló

que era un país en el que no se podía confiar, que no era el defensor de la democracia por el que se hacía pasar y que nuestro objetivo no era ayudar al Tercer Mundo. Simplemente queríamos controlar los recursos.

Durante ese mismo periodo, Estados Unidos experimentó graves problemas en casa. El proceso de ampliación de la base de poder de la corporatocracia endeudó profundamente a nuestra nación. Cada vez más, las fábricas que producían nuestros productos, así como los campos petrolíferos, estaban situados en otros países. Los acreedores extranjeros solicitaban pagos en oro. La administración Nixon respondió en 1971 revocando el patrón oro.

Ahora Washington se enfrentaba a un nuevo dilema. Si nuestros acreedores acudían a otras monedas, la corporatocracia podía verse obligada a devolver sus préstamos al valor que tenían con relación al oro cuando se contrajeron dichas deudas. Esto podría resultar desastroso, porque los fondos de la corporatocracia ya no eran suficientes para hacer frente a la deuda. El único centinela que impedía el paso a la bancarrota era la Casa de la Moneda norteamericana, con su capacidad de acuñar dólares e imponer su valor. Era necesario que el mundo siguiera aceptando el dólar como estándar monetario.

En el prólogo de este libro resumí la solución diciendo que giraba en torno a Arabia Saudita. Ésa es la versión corta. La historia completa incluye otros dos aliados involuntarios que acudieron en rescate de Washington, y los dos eran de Oriente Medio.



## El rey Dólar

«¿Qué va a pasar con el dólar? —preguntó retóricamente el presidente de MAIN, Jake Dauber, poco después de la trascendental decisión de abandonar el patrón oro en 1971—. Al final, sospecho que su valor estará determinado por el petróleo.»

Había invitado a los Dauber a cenar en el Hotel Intercontinental Indonesia, durante una escala en su viaje a Oriente Medio.

«Nixon cuenta con un equipo bastante inteligente compuesto por Kissinger, Shultz y Cheney —Jake apretó la mano de su esposa y la miró a los ojos—. Anticipo el día en que tú y yo estaremos sentados en nuestro sofá y diremos que formamos parte de esta gran aventura. Estados Unidos está inaugurando un nuevo periodo en la historia mundial y nosotros tenemos asientos de primera fila.»

Jake no vivió para ver el día que había esperado compartir con su esposa. Murió poco después de ese viaje y fue sustituido como presidente de MAIN por su protegido, Bruno Zambotti. Sin embargo, su análisis sobre el futuro del dólar resultó ser correcto. El equipo de Nixon no sólo era inteligente; era astuto.

El primer aliado de Washington en la lucha por defender la soberanía del dólar fue Israel. La mayoría de la gente, incluyendo a la mayoría de los israelíes, creía que la decisión de Tel Aviv de lanzar ataques preventivos contra tropas egipcias, sirias y jordanas a lo largo de sus fronteras, en lo que fue conocido como la Guerra de los Seis Días de 1967, fue motivada por la determinación de Israel de proteger sus fronteras. La expansión

territorial fue el resultado más evidente; al final de esa sangrienta semana, Israel había cuadruplicado sus posesiones territoriales a expensas de la gente que vivía en el este de Jerusalén, en parte de la Ribera Occidental, el Sinaí egipcio y los Altos del Golán sirios. Sin embargo, la Guerra de los Seis Días servía a otro propósito.

Los árabes se sintieron humillados y furiosos por la pérdida de sus territorios. Gran parte de su ira iba destinada a Estados Unidos; sabían que Israel nunca lo hubiera logrado sin la ayuda política y financiera americana, así como sin la no tan velada amenaza de que nuestras tropas estaban preparadas para el improbable caso de que Israel las necesitara. Pocos árabes comprendieron que Washington tenía motivos que eran mucho más egoístas que defender la patria judía, o que la Casa Blanca sacaría provecho de la ira árabe.

El segundo y totalmente confiado aliado de Nixon era el Oriente Medio islámico. Como respuesta a la Guerra de los Seis Días de 1967, Egipto y Siria atacaron simultáneamente a Israel el 6 de octubre de 1973 (el día del Yom Kippur, la festividad judía más sagrada). Sabiendo que estratégicamente se encontraba en terreno inestable, el presidente de Egipto Anwar Sadat presionó al rey Faisal de Arabia Saudita para que luchara contra Estados Unidos (y por lo tanto contra Israel) de una manera diferente: empleando lo que Sadat denominaba «el arma del petróleo». El 16 de octubre, Arabia Saudita y otros cuatro estados árabes del Golfo Pérsico anunciaron un incremento del 70 por ciento en el precio del petróleo; Irán, que no es árabe pero es musulmán, en un acto de solidaridad islámica se unió a ellos. Durante los días que siguieron, los ministros del petróleo árabe, acordando que Estados Unidos debía ser castigado por su postura pro-israelí, respaldaron unánimemente la idea de un embargo petrolífero.

Se trataba de un juego clásico de ajedrez internacional. El 19 de octubre el presidente Nixon pidió al Congreso 2.200 millones de dólares como ayuda a Israel. Al día siguiente, liderados por Arabia Saudita, los productores de petróleo árabes impusieron un embargo total a los envíos de petróleo a Estados Unidos. En aquella época, pocos se percataron de la astucia de la jugada de Washington o del hecho de que era motivada por la determinación de reforzar un dólar debilitado.

El impacto fue inmenso. El precio de venta del petróleo saudita alcanzó nuevos récords; para enero de 1974 había aumentado a casi siete veces su precio de cuatro años antes. Los medios alertaron de que la economía

estadounidense estaba al borde del colapso. En las gasolineras de todo el país se produjeron largas colas de coches, mientras los economistas expresaban su temor ante la posibilidad de una depresión como la de 1929. Proteger nuestros suministros de petróleo había sido una prioridad; repentinamente, se convirtió en una obsesión.

Ahora sabemos que la corporatocracia desempeñó un papel activo para hacer que los precios del petróleo alcanzaran esas alturas récord. Aunque los líderes políticos y empresariales, incluyendo a los ejecutivos del petróleo, fingían estar indignados, eran los titiriteros que tiraban de las cuerdas. Nixon y sus asesores se dieron cuenta de que la ayuda de 2.200 millones de dólares a Israel obligaría a los árabes a tomar medidas drásticas. Apoyando a Israel, la administración creó una situación que generó el que fue el trato realizado por los gánsteres económicos más astuto e importante del siglo XX.

El Departamento del Tesoro estadounidense se puso en contacto con MAIN y otras empresas que tenían un historial probado como guardaespaldas de la corporatocracia. Nuestra misión era doble: formular una estrategia para garantizar que la OPEP canalizaría los miles de millones de dólares que gastábamos en petróleo de vuelta a las empresas norteamericanas, y establecer un nuevo «patrón petróleo» que sustituiría al antiguo patrón oro. Los gánsteres económicos sabíamos que la clave para dicho plan estaba en Arabia Saudita: controlaba la OPEP porque poseía más petróleo que ningún otro país; y la familia «real» saudita era corrupta y altamente vulnerable. Como otros «reyes» de Oriente Medio, los sauditas comprendían la política del colonialismo. Fueron los británicos los que confirieron la realeza a la Casa Saudita.

Los detalles sobre la estrategia que yo ayudé a construir —el asunto del blanqueo de dinero saudita— están incluidos en *Confesiones de un gánster económico*. En resumen, en lo que se refería a los medios, la Casa Saudita aceptó tres importantes condiciones: 1) invertiría una gran parte de sus petrodólares en bonos del Estado; 2) permitiría al Departamento del Tesoro norteamericano utilizar los billones de dólares de intereses de dichos bonos para contratar empresas norteamericanas que occidentalizaran Arabia Saudita, y 3) mantendría el precio del petróleo dentro de unos límites aceptables para la corporatocracia. Por su parte, el gobierno norteamericano prometió mantener en el poder a la familia real.

Hubo un acuerdo adicional que recibió poca atención en los titulares pero que fue crucial para la necesidad de la corporatocracia de mantener el

dólar como la moneda global. Arabia Saudita se comprometió a comerciar con el petróleo exclusivamente en dólares norteamericanos. Con el rasgueo de una pluma, se restableció la soberanía del dólar. El petróleo sustituyó al oro como medida del valor de las monedas.

Como he mencionado en el prólogo, un beneficio secundario —apreciado sólo por los economistas más inteligentes— permitió a Washington seguir imponiendo un impuesto oculto a cada acreedor extranjero. Como el dólar gozaba del dominio absoluto, comprábamos sus bienes y servicios a crédito. Cuando utilizaban ese crédito para comprar petróleo (u otra cosa) a nuestras empresas, el valor de sus fondos había disminuido debido a la inflación; la diferencia entre esas cantidades fue el dinero de bolsillo de la corporatocracia, un impuesto sin necesidad de recaudadores.

La predicción de Jake Dauber de que el valor del dólar estaría determinado por el petróleo resultó correcta. Cuando Tel Aviv y Washington arrinconaron al mundo árabe, a los árabes no les quedó otra opción que contraatacar, con la Guerra del Yom Kippur y mediante el embargo de la OPEP. Ello fue lo que movió a la acción al Departamento del Tesoro norteamericano. Se reclutó a los gánsteres para que fraguaran un trato con Arabia Saudita que aliara al dólar con el petróleo. El dólar fue coronado rey y desde entonces no ha tenido rival.

Esta operación cambió la geopolítica. Ayudó a derribar a la Unión Soviética, estableció a Estados Unidos como superpotencia incontestada y enfureció a Osama Bin Laden, el millonario saudita que planearía el 11-S. Cuando miro hacia atrás, me quedo asombrado del descaro que teníamos en aquellos días. A menudo pienso en el papel que el destino desempeña en nuestras vidas; el destino y la manera que tenemos de reaccionar ante él. Personalmente, nunca habría podido asumir una misión tan compleja como aquella sin el entrenamiento que había recibido pocos años antes en el Líbano.

## Manipulando gobiernos

Durante mi primera misión en Indonesia, demostré a mis jefes que estaba dispuesto a crear las infladas previsiones económicas que deseaban. Como recompensa, me ascendieron a director económico (aunque sólo tenía una licenciatura en Administración de empresas y en aquella época era el único economista de la empresa), me aumentaron el sueldo y me enviaron a Oriente Medio.

Ya había escrito informes sobre Irán, Kuwait y Arabia Saudita, pero había realizado mis investigaciones en bibliotecas y a través de entrevistas con personas de aquellos países que trabajaban para nosotros en Boston. Este primer viaje fue corto y estuvo destinado a conocer Irán y preparar un análisis más profundo sobre su sector energético. Charlie Illingworth, que había sido mi director de proyectos en Indonesia, sugirió que me quedara unos días en Beirut. En aquel tiempo, la fama de la ciudad como paraíso de millonarios seguía intacta. Sería, me dijo, un lugar ideal para relajarme, recuperarme del *jet lag* y familiarizarme con la cultura de Oriente Medio. Conocía a alguien de la embajada que me enseñaría la ciudad.

El Líbano había disfrutado de una edad de oro después de la Segunda Guerra Mundial. La agricultura y la industria a pequeña escala florecieron. Beirut se convirtió en una ciudad rica y cosmopolita, el centro de la banca y el comercio de Oriente Medio. A medida que leía sobre el país durante los días previos a mi partida, me intrigaba encontrar frecuentes comparaciones con Suiza y París. Me asombró enterarme de que las montañas que rodean Beirut, una ciudad mediterránea que yo había imaginado situada al borde

del desierto, estaban salpicadas de estaciones de esquí. Y que los cabarets y galerías de arte rivalizaban con los de París.

También leí sobre el lado sombrío del Líbano; a medida que me remontaba en su historia, parecía hacerse cada vez más oscuro. Las tensiones entre facciones religiosas habían existido durante siglos. Las regiones costeras estaban dominadas por cristianos maronitas. La secta islámica drusa dominaba las montañas meridionales, mientras que los sunnitas ortodoxos gobernaban el fértil valle de Bekaa. La mayoría de los maronitas eran sirios, un hecho que creaba tensiones adicionales entre los musulmanes árabes. A pesar de estas características específicas, descubrí que el Líbano era una especie de microcosmos de Oriente Medio.

Europa había codiciado el Líbano desde los tiempos de las Cruzadas. Los intentos de colonizarlo se prolongaron durante siglos. En nombre de un mandato para proteger a las comunidades cristianas, tropas francesas lo invadieron a finales del siglo XVIII. París asumió el papel condescendiente característico de las potencias imperiales y envió a sus soldados varias veces durante el siglo XIX. En 1926, Francia creó la república del Líbano, que fue administrada bajo el mandato francés de Siria. En 1940, los gobernadores franceses de Beirut declararon su lealtad al gobierno pro-nazi de Vichy. Las autoridades de Vichy permitieron en 1941 a Alemania transportar aviones y suministros a través de Siria hasta Irak, donde fueron utilizados contra fuerzas británicas. El Reino Unido, temiendo que la Alemania nazi llegara a controlar el Líbano y Siria presionando al débil gobierno de Vichy, envió a su ejército a aquellos países.

El fervor nacionalista estalló en muchos países durante la Segunda Guerra Mundial. El Líbano obtuvo la plena independencia el 1 de enero de 1944. Un Acuerdo Nacional aceptado por los líderes cristiano y musulmán más prominentes, Bishara al-Khuri y Riyad el Sulh, distribuyó el poder político entre las diversas comunidades de la nación. Inspirándose en el censo de 1932, que calculaba que los cristianos componían el 54 por ciento de la población, autorizaba que el presidente fuera un miembro de la mayoría, los cristianos maronitas, mientras que el primer ministro procedería de la población sunnita y el portavoz de la legislatura sería chiíta; el comandante del ejército sería un maronita. Muchos árabes, pensando que aquel censo, de doce años de antigüedad, se había quedado anticuado y que los musulmanes de hecho sobrepasaban en número a los cristianos, se sintieron ultrajados por este acuerdo que inclinaba la balanza a favor de los cristianos del Líbano, y de Occidente en general.

Los árabes también sospecharon que el recién creado Estado de Israel no era todo lo que aparentaba ser. El único país autorizado por la ONU, considerado por los judíos su «tierra prometida», Israel fue presentado como un santuario tras los horrores de Hitler. Se dijo a los árabes, como a los americanos y europeos, que las atrocidades cometidas contra los judíos exigían la creación de dicho estado. El sufrimiento del pueblo judío, los traumas de sus vidas bajo el fascismo eran indiscutibles. No había duda de que el mundo les debía algo mejor. Pero para realizar esto, se dijo a millones de palestinos que tenían que abandonar su hogar. Convertidos en refugiados de la noche a la mañana, irrumpieron en el Líbano y en el resto de países de Oriente Medio.

La afluencia palestina confirmó que el censo de 1932 se había vuelto irrelevante; no cabía duda de que en el Líbano los musulmanes sobrepasaban ahora en número a los cristianos. Al caer en la cuenta de que el Acuerdo Nacional estaba siendo utilizado como un arma política los musulmanes tuvieron una prueba más de que tras la creación de Israel había otro propósito, más siniestro. Israel era un servidor del imperio, un puesto avanzado armado para los vencedores de la Segunda Guerra Mundial, diseñado para controlar el petróleo de Oriente Medio. El Líbano, sospechaban, estaba siendo preparado para apoyar a Israel y sus aliados; el liderazgo cristiano establecido por el Acuerdo Nacional era parte de un siniestro complot.

El resentimiento de los árabes libaneses estalló en una rebelión musulmana en 1958. Los políticos norteamericanos culparon a los «terroristas comunistas». Washington acusó a Moscú de fomentarlo, aunque estuviera respaldado por Siria más que por la Unión Soviética. El presidente Eisenhower envió a los marines. Fuerzas norteamericanas ocuparon el Líbano durante un breve periodo, de mayo a octubre, pero su presencia confirmó las sospechas árabes de que Washington estaba decidido a mantener a los cristianos en el poder. La buena disposición del presidente de Estados Unidos a interferir militarmente tuvo un profundo impacto a largo plazo sobre los musulmanes de toda la región.

El Líbano también estaba indignado por la agresiva interferencia de Washington en el cercano Irak. A finales de la década de 1950 y principios de la siguiente el popular presidente iraquí Abdul Karim Qasim se volvió cada vez más desafiante contra Estados Unidos y Reino Unido. Exigió que las compañías petrolíferas extranjeras compartieran con su población los beneficios que cosechaban del petróleo iraquí y amenazó con nacionalizarlo

si no se avenían. Cuando fallaron los esfuerzos por convencer a Qasim, la CIA contrató a un equipo de asesinos entre los que estaba un joven que todavía no había terminado sus estudios: Saddam Hussein. El equipo abrió fuego contra el coche de Qasim. Lo acribillaron a balazos pero sólo lograron herirle. Saddam fue herido en la pierna y huyó a Siria. En 1963, el presidente Kennedy tomó una decisión fatídica: ordenó a la CIA que se uniera al M16 (la Inteligencia británica) en una misión para realizar lo que los asesinos habían dejado sin hacer. Un pelotón de fusilamiento ejecutó a Qasim ante la televisión iraquí. Después, capturaron a unas cinco mil personas acusadas de comunismo y las ejecutaron. A los pocos años, Saddam regresó y fue nombrado jefe de la seguridad nacional; su primo segundo se convirtió en presidente.<sup>34</sup>

Durante el mismo periodo la demografía del Líbano cambió radicalmente. La población musulmana aumentó más rápidamente que la cristiana. A finales de la década de 1960, exigieron la revisión del Acuerdo Nacional. Sin embargo, los maronitas se negaron y siguieron dominando el gobierno. La amenaza de que Washington enviara tropas una vez más para apoyar a los cristianos quedó subrayada cuando Estados Unidos restituyó el servicio militar obligatorio y reforzó sus fuerzas armadas en todo el mundo.

La geopolítica también cambió. En la Guerra de los Seis Días de 1967, Israel se apoderó de partes de Jerusalén, Siria y Egipto. El mundo árabe se sintió ultrajado. Aumentó el apoyo a los militantes palestinos. La OLP (Organización para la Liberación de Palestina) utilizó campos de refugiados en el sur del Líbano para organizar ataques contra Israel.

Para cuando yo me dirigí a Beirut en 1973, la última apariencia de estabilidad estaba desapareciendo. Sin embargo, como norteamericano que no hablaba árabe y por lo tanto se comunicaba únicamente con o a través de personas educadas en escuelas británicas o americanas cuyo éxito dependía de la continuidad de nuestra presencia en su país, yo era extremadamente ingenuo. Podía leer sobre la oscura historia de lugares como el Líbano; comprendía que había antagonismos profundamente arraigados entre árabes, cristianos y judíos; pero yo había sido entrenado para creer que el capitalismo haría milagros. Había sido ascendido recientemente. Volaba en primera clase, me alojaba en los mejores hoteles y cenaba en excelentes restaurantes, acompañado frecuentemente de hermosas mujeres. Como el resto de empresarios, asesores y funcionarios del Estado norteamericanos y los «expertos» del Banco Mundial y el FMI, yo creía que estábamos haciendo grandes avances hacia la democracia y el progreso en todo



Oriente Medio.

El Líbano me abriría los ojos a una realidad diferente.

## El Líbano: «locos de remate»

Un chófer me llevó desde el aeropuerto de Beirut al lujoso Phoenician Intercontinental. Un joven botones me saludó con entusiasmo, cogió mi maleta y me acompañó al vestíbulo. Cuando volvía de la recepción, me tropecé con otro hombre. Retrocedí y me disculpé, sobresaltado por una cara familiar que me lanzó una sonrisa burlona y la inolvidable voz que murmuró: «No es nada».

El botones me agarró por el brazo y me alejó. Luego se detuvo. «Sí, Marlon Brando es su vecino esta noche —dijo. Sacudió la cabeza y agregó—: Tiene un genio terrible. No se le ocurra pedirle un autógrafo.»

No pude evitar mirar boquiabierto mientras me dirigía al ascensor. Brando parecía más viejo que la última vez que le había visto en una película, pero no había duda de que se trataba del actor que yo había admirado por sus interpretaciones en *La ley del silencio* y en *Un tranvía llamado deseo*. Había leído sobre su última película, *Queimada*, que en su opinión era la mejor interpretación de su carrera. Tomé por un buen augurio el haberme tropezado, literalmente, con el gran actor y notorio rebelde en aquel mi primer viaje a Oriente Medio. Años más tarde, cuando finalmente vi *Queimada*, me hizo muchísima gracia la ironía: en este revolucionario filme sobre la creación de imperios, Brando hacía el papel de un precursor de los gánsteres económicos.

A la mañana siguiente, el amigo de Charlie Illingworth me recogió con su coche. Se presentó como «Smiley», aunque nunca pude averiguar por qué, ya que no era una persona de naturaleza jovial y raramente mostraba la

expresión que aludía a su nombre. Resultó que no trabajaba para la embajada sino para la Agencia Norteamericana para el Desarrollo Internacional (USAID). Había dedicado toda su vida profesional a la USAID y ahora, al acercarse a la jubilación, había solicitado el Líbano para su última misión; hijo de misionarios, había crecido allí y quería retirarse en la tierra de su juventud. Ahora, sin embargo, había cambiado de opinión.

—Demasiado caos —me dijo mientras conducíamos a lo largo de un espectacular tramo de la costa mediterránea—. Estos condenados musulmanes se están descontrolando. Sencillamente, no se puede confiar en ellos. Sea cual sea el trato que hagamos con ellos, nunca cumplen su parte. Le pedí que me enseñara algunos de los campos de refugiados palestinos de los que tanto había oído hablar. Al principio se mostró reacio pero luego aceptó llevarme a uno de ellos. A pesar de mis recientes experiencias en Indonesia, me quedé estupefacto ante la pobreza y la degradación. El campo consistía en una masa de cuchitriles arracimados y rodeados de alambradas. Me pregunté en voz alta cómo hacía la gente que vivía allí para mantener la cordura.

—No la mantienen —me aseguró Smiley—. Están locos de remate. Todos ellos. Le pregunté sobre el agua, el alcantarillado y otros servicios básicos. Se rió a carcajadas.

—Todo lo que tienes que hacer es abrir la ventana y oler un poco para darte cuenta de que la palabra «higiene» no está en su vocabulario. —Me dedicó algo parecido a una sonrisa e indicó—: Un planeta diferente al que tú y yo habitamos. —Sus ojos regresaron a la carretera que se extendía hacia delante—. Esta gente son unos cerdos. Ten esto en cuenta: hace poco más de un año que el gobierno libanés y la OLP firmaron algo llamado el Acuerdo de El Cairo. Concede derechos de residencia, de trabajo y autonomía a los palestinos. Desde entonces, el gobierno libanés ha estado tratando de hacer limpieza. —Suspiró—. Pero como es propio de los árabes musulmanes, estos palestinos no pueden aceptar algo bueno. La OLP ha intensificado sus ataques y está haciendo tratos con los comunistas libaneses. Realmente están cabreando al gobierno de aquí y a nosotros, los chicos de los Estados Unidos de América. Va a haber represalias. De eso no hay duda. Estos jodidos árabes van a pagar el precio de su locura. Ese día me sentí profundamente afectado. Como voluntario de los Cuerpos de Paz en la selva ecuatoriana, había vivido como un campesino y me había

sentido disgustado por la vida fastuosa de la embajada norteamericana y la gente de USAID, por sus coches, sus casas, su ropa y la evidente brecha entre ellos y la mayoría de los ecuatorianos. Pero nunca había oído a ninguno de ellos hablar como Smiley. Me quedé pasmado por su crudeza y sus manifiestos prejuicios, y por su disposición a compartírselos con un extraño como yo. Ridiculizaba al Islam, comparando al «profeta que empuña la espada» con el príncipe de la paz de la cristiandad. Estuve tentado de mencionar el papel que había desempeñado la Iglesia católica en ciertas guerras, y de comparar la compasión del árabe Saladino con los cruzados capturados con la matanza de prisioneros musulmanes llevada a cabo por guerreros europeos. Sin embargo, me sentía intimidado por él; yo era el recién llegado. Me mordí la lengua. Traté de considerar sus diatribas como acritud. Supuse que en este punto de su vida ya no le importaba lo que yo o cualquier otro pensara de él. Estaba a punto de jubilarse. El lugar en el que había soñado vivir le había decepcionado. Como mucha gente amargada, echaba la culpa de sus frustraciones al sujeto más cercano e indefenso, los palestinos.

Smiley me dejó en el hotel. Le invité a cenar pero me dijo que tenía otros compromisos. Cuando nos estrechamos la mano, me la retuvo. «Espero — dijo — que no me malinterprete. No soy un pesimista. Sé que al final ganaremos. Tenemos que hacerlo. El Islam es una religión falsa. Le falta conciencia, alma. Imagine al equivalente de Cristo cortando la cabeza de la gente. ¿Qué clase de religión es ésta?»

Mientras cenaba solo en el Phoenician, pensé en el último comentario. Mientras estuve en Beirut me convencí de que el choque de culturas — especialmente en torno a la religión— era la causa manifiesta de muchos de los problemas de Oriente Medio, aunque no necesariamente la causa primordial. Sabía que las Cruzadas habían sido organizadas por la Iglesia como una guerra contra lo que llamaba «las fuerzas satánicas del Islam»; sin embargo, también había leído que Europa, azotada por los conflictos, la falta de trabajo y la peste, era un terreno abonado para la rebelión, y la aristocracia utilizó las Cruzadas para reencauzar esa ira y conquistar nuevas tierras. Me quedé pasmado por el contraste entre la visión de Smiley del Islam y lo que había escuchado en Indonesia sólo unos meses antes.

Mientras viví en la ciudad de Bandung, en las montañas del oeste de Java, me hice amigo del hijo de la mujer que regentaba la casa de huéspedes donde me alojaba junto con el resto del equipo de MAIN. Como explico en

*Confesiones*, Rasy me presentó a una serie de amigos de la universidad. Una noche me acompañaron a un dalang, un espectáculo de marionetas javanés. Un títere de Richard Nixon y otro que tomé por Henry Kissinger permanecían junto a un mapa del Extremo y Medio Oriente; cada uno de los países colgaba de un gancho sobre su posición correspondiente. Nixon descolgaba países de los ganchos y se los metía en la boca. Cada vez que cogía un país de Oriente Medio, lo degustaba y gritaba algo así como «¡Amargo! ¡Basura! No necesitamos nada más de esto». Luego lo arrojaba al cubo que sostenía Henry Kissinger.

Después del espectáculo, los estudiantes y yo nos retiramos a un café. Me explicaron que, en opinión de muchos indonesios, Estados Unidos estaba llevando a cabo una guerra anti-islámica. Me informaron de que en la década de 1950 el historiador británico Arnold Toynbee había predicho que en el próximo siglo la verdadera guerra no sería entre comunistas y capitalistas sino entre cristianos y musulmanes.

Una joven estudiante de inglés de la universidad me explicó pacientemente su opinión. «Occidente —dijo—, especialmente su líder, Estados Unidos, está determinado a asumir el control del mundo para convertirse en el imperio más grande de la Historia. Ya ha estado muy cerca de lograrlo. La Unión Soviética se interpone actualmente en su camino, pero los soviéticos no aguantarán. No tienen religión, ni fe, ni fundamento detrás de su ideología. La Historia demuestra que la fe, el alma, una creencia en poderes más elevados, es fundamental. Nosotros, los musulmanes, la tenemos. La tenemos más que nadie en el mundo, incluso más que los cristianos. Así que esperamos. Y mientras, nos hacemos más fuertes.»

Me miró a los ojos. «Dejen de ser tan codiciosos y tan egoístas. Dense cuenta de que hay otras cosas en el mundo aparte de sus grandes casas y sus tiendas de moda. La gente muere de hambre y ustedes se preocupan de la gasolina para sus coches. Los niños están muriendo de hambre y ustedes se dedican a mirar las páginas de moda para saber qué es lo que se lleva. Naciones como la nuestra se ahogan en la pobreza, pero su gente ni siquiera escucha nuestros gritos pidiendo ayuda. Cierran sus oídos a las voces de aquellos que tratan de decirles estas cosas. Les etiquetan de radicales o comunistas. Tienen que abrir su corazón a los pobres y oprimidos, en lugar de sumirles más en la pobreza y la servidumbre. No queda mucho tiempo. Si no cambian, están condenados.»

Al recordar aquella tarde y mi día con Smiley, me preguntaba si quedaba alguna esperanza para un mundo en el que la religión se había convertido en

la base de la explotación. ¿Cómo se había podido enseñar a tanta gente a contemplar la religión de manera tan diferente? ¿Cómo podían los mensajes de Mahoma y Cristo ser utilizados para justificar la guerra?

Las implicaciones de estas preguntas siguieron obsesionándome. Esa primera visita a Oriente Medio me dio una nueva perspectiva sobre la importancia de la religión en la política internacional. Fue en Egipto, sin embargo, donde personalmente experimenté el poder de la religión como agente del odio.

## Habla USAID

«Las pirámides de Egipto simbolizan el papel que ese país debe desempeñar si queremos ganarnos los corazones y las mentes de los árabes —nos dijo Mac Hall, el octogenario y enigmático presidente y director ejecutivo de MAIN, a un grupo que nos habíamos reunido para almorzar en el elegante Club de Ingenieros de la Prudential Tower, el edificio más alto de Boston y sede de los despachos de los ejecutivos de MAIN—. Egipto será la base, grande y firme. Luego iremos apilando un país sobre otro.»

Era 1974, un momento fundamental en la larga historia de Egipto. MAIN y nuestros clientes de la corporatocracia estaban decididos a aprovechar esa oportunidad. Una puerta se abrió cuando conseguimos un contrato para realizar un importante estudio en Alejandría. Un directivo de USAID había volado desde Washington para una sesión informativa sobre los problemas del país y los objetivos de nuestro trabajo allí.

Su pelo rapado, su bigote inmaculadamente recortado, su camisa almidonada, su traje gris, su corbata azul con un toque de rojo y sus dos insignias en la solapa —una de la bandera de Estados Unidos y la otra de una mano negra estrechando una blanca— acentuaban su papel de representante del gobierno perteneciente a una nueva raza de colonizador disfrazado de altruista. Se sentó muy rígido en la mesa y, mientras hablaba, lanzaba frecuentes y respetuosas miradas a Mac Hall. Me di cuenta de que se presentaba ante nosotros bajo diferentes disfraces: el de experto en Egipto, el de hombre que evaluaría nuestro estudio y aprobaría el pago de nuestros honorarios, y también el de potencial empleado, un burócrata de

Washington siempre en busca de un trabajo mejor o una lucrativa asesoría para la jubilación.

Mientras describía sus experiencias en Oriente Medio, intercalaba en su monólogo la historia de Egipto, haciendo hincapié en que siglos de dominación extranjera habían puesto las bases para los acontecimientos posteriores a la Segunda Guerra Mundial. «La Hermandad Musulmana —dijo, escupiendo las palabras como si le picaran en la lengua— se volvió muy influyente. Exigieron que Egipto rompiera sus lazos con Europa. Los Hermanos unieron sus fuerzas a las de la Sociedad de Oficiales Libres, un grupo revolucionario de jefazos militares egipcios, para luchar contra el rey Faruk, odiado porque era un albanés cuya familia adquirió importancia en Egipto bajo el Imperio Otomano y fue apoyada después por los británicos y por nosotros. Esta coalición derrocó a Faruk, para gran disgusto nuestro. Bueno, ya saben lo que pasó después. El teniente coronel Gamal Abdel Nasser fue elegido primer ministro en 1954 y luego presidente en 1956.»

Nasser declaró su independencia de los poderes occidentales, lo que el hombre de USAID describió como una «apuesta temeraria». «Negoció para comprar armas soviéticas. Evidentemente nosotros y los británicos retiramos nuestras ofertas para construir una presa en Asuán. Esto puso furioso a Nasser. Así que nacionalizó el canal de Suez. Israel respondió en 1956 invadiendo la península del Sinaí. Pueden apostar que tuvimos algo que ver en ello, aunque no oficialmente. Inglaterra y Francia afirmaban que el canal era esencial para su seguridad. Bombardearon posiciones egipcias y enviaron sus ejércitos. El canal fue cerrado.»

El hombre de USAID frunció el ceño. «Sencillamente no podíamos tolerarlo. El mundo clamaba por mercancía norteamericana y petróleo de Oriente Medio. El largo trayecto alrededor de África era demasiado costoso. Un grupo de ejecutivos de empresas visitaron la Casa Blanca. Ike les escuchó. El general se hizo cargo de la situación. —Le dedicó una sonrisa a Hall—. Se proclamó un alto el fuego en noviembre de 1956 y se envió una fuerza pacificadora de la ONU para que patrullara las fronteras entre Egipto e Israel. —Hizo una pausa para dar un sorbo de agua y, supongo, para permitirnos sopesar la frivolidad de sus palabras—. En esencia —continuó—, el Tío Sam obligó a Israel, Gran Bretaña y Francia a retirarse. Poco más de un año después, habíamos devuelto la cordura a Irán derrocando a ese comunista de Mossadegh y restaurando a nuestro amigo el sha. Habíamos demostrado a los árabes que les respaldaríamos en Egipto. Washington se convirtió en la potencia dominante indiscutible en la región.»



La charla de aquella tarde en el club privado de la cima de la Prudential Tower reforzó mi cinismo galopante así como mi deseo de disfrutar de los frutos que correspondían a esa potencia dominante que yo llamaba patria. A medida que escuchaba, me resultaba evidente que los «triumfos» en Irán y Egipto habían establecido la supremacía de la corporatocracia y que a este empleado del Estado le pagaban para jactarse de ello. Aquellos ejecutivos empresariales, que controlaban la industria de defensa junto con la mayoría del resto de la economía americana, habían obligado al presidente de Estados Unidos a someterse a sus demandas. Ahora, menos de dos décadas después, una agencia del gobierno estaba devanando la visión revisada de la Historia en sus charlas oficiales. Me asombraba la astucia de esa gente y me sentía privilegiado y culpable a la vez por estar incluido en el programa de construcción de lo que empezaba a vislumbrar como nada menos que el primer imperio secreto del mundo.

Miré por la ventana hacia el río Charles, que se deslizaba en la lejanía; en la distancia, el sol reflejaba sobre él los edificios cubiertos de hiedra de Harvard, donde sin duda habían estudiado varios de esos ejecutivos que visitaron la Casa Blanca aquel día. Recordé el discurso de Eisenhower sobre el complejo de la industria militar. Parecía extremadamente irónico que un oficial de carrera y comandante supremo de las fuerzas aliadas durante la Segunda Guerra Mundial fuera el primero en exponer públicamente la existencia de lo que hoy en día conocemos como corporatocracia. Había observado cómo aumentaba la influencia de esos ejecutivos sobre la política exterior norteamericana durante la guerra de Corea. Había presenciado cómo manipulaban a la prensa y al Congreso y empleaban la amenaza comunista como una justificación para recortar las libertades civiles. Se había mantenido al margen cuando vendían tecnologías a los militares para lanzar cabezas nucleares guiadas por misiles en tierras lejanas. Pero en Egipto, durante la crisis de Suez, tuvo que empezar a temer realmente el pacto entre el gobierno, el ejército y las empresas. Se había doblegado, es cierto. Pero en su interior, tenía que estar furioso. Un hombre entrenado en la autodisciplina, había esperado, suponía yo, la hora propicia, había esperado hasta que concluyera su mandato como presidente. Luego lanzó su propia bomba. Como muchos de los que se oponían a la guerra de Vietnam a finales de la década de 1960, yo había colgado una copia enmarcada del discurso de despedida de Ike, el 17 de enero de 1961, sobre la mesa de mi despacho.

Eisenhower describía Estados Unidos como un país cuya economía había

sido construida mediante esfuerzos pacíficos. «Hasta el último de nuestros conflictos mundiales —dijo—, Estados Unidos no tenía industria armamentística. Los fabricantes de rejas de arado americanos podían, con tiempo y cuando hacía falta, fabricar también espadas.» Luego lanzó una advertencia:

En los consejos de gobierno, debemos guardarnos contra la adquisición de influencia injustificada, ya sea solicitada o no solicitada, por parte del complejo de la industria armamentística. Existe y seguirá existiendo el potencial de un aumento desastroso de un poder equivocado.

No debemos permitir nunca que el peso de esta combinación ponga en peligro nuestras libertades y procesos democráticos. No debemos dar nada por sentado. Sólo una ciudadanía alerta e informada puede imponer la fusión adecuada de la enorme maquinaria militar e industrial de defensa con nuestros métodos y objetivos pacíficos, para que la seguridad y la libertad puedan prosperar juntas.

—Nasser era un exaltado. —La voz del funcionario de USAID me devolvió a la realidad del Club de Ingenieros—. Era un exaltado que pensaba que podía ser más listo que nosotros. Así que siguió cortejando tontamente a la Unión Soviética. Consiguió que construyeran la presa de Asuán. Pueden imaginarse cómo le sentó eso a nuestro amigo Bechtel —dijo dirigiéndose a Mac Hall.

Hall se rió satisfecho.

—No sólo a Bechtel, sino a todos los que nos dedicamos al negocio de la ingeniería.

—Correcto.

—Pero Bechtel tenía los contactos, el enchufe del presidente. —Hall echó una mirada en torno a la mesa—. Era muy bueno lamiendo culos.

Eso provocó risas.

El hombre de USAID dio otro sorbo de agua antes de continuar.

—Mientras tanto, la Hermandad Musulmana volvía a la carga. Se sintió traicionada por la asociación de Nasser con unos comunistas ateos y por su negativa a crear un gobierno islámico. Afirmaba que todo ello iba en contra del acuerdo que firmaron cuando unieron sus fuerzas con las de la Sociedad de Oficiales Libres para derrocar a Faruk. Querían que su presidente adoptara el Corán como base de la Constitución. Cuando se negó, le

enviaron uno de sus equipos de matones para que lo asesinaran. Pero hicieron una chapuza y todo resultó contraproducente. La popularidad de Nasser creció. Prohibió la Hermandad, recluyó a cuatro mil de sus miembros en campos para prisioneros y ejecutó a los cabecillas. Los que escaparon pasaron a la clandestinidad. Algunos trataron de infiltrarse en sindicatos, escuelas e incluso en el ejército. Muchos abandonaron el país, y se dirigieron a Jordania, Arabia Saudita, Sudán, Siria y, como ya saben, a Kuwait, donde vosotros, muchachos, tenéis un importante proyecto de electrificación. ¿No es verdad? —Dirigió un gesto de aprobación a Hall—. Con los años, se han transformado en una de las fuerzas pro-islámicas más influyentes del mundo. Su objetivo es echarnos, a todos los occidentales, a todas las culturas cristianas, de Oriente Medio, derrocar a todos los líderes seculares, como los de Egipto e Irán, y reemplazarlos por *mulás*.

Estuve tentado de preguntarle sobre los rumores que había escuchado acerca de que, a pesar de sus declaradas intenciones y dado que se oponían al comunismo, los Hermanos recibían financiación y entrenamiento de la CIA. Pero sabía que él sólo podía responder a esa pregunta de una manera y que plantearla me podría costar caro, especialmente en aquellas circunstancias.

—¿Alguna pregunta? —Eché una mirada a su alrededor—. Estamos a punto de terminar. La década de 1960 fue tumultuosa para Egipto. Nasser introdujo reformas económicas, el marxismo, incluyendo el decreto de que el gobierno era el propietario de al menos el 51 por ciento de todos los negocios egipcios. ¡Qué desastre! Lo que logró fue cabrearnos aún más. Las fuerzas pacificadoras de la ONU permanecieron hasta 1967, se produjeron luchas esporádicas entre las fuerzas egipcias e israelíes hasta 1970, y el canal continúa cerrado al tráfico marítimo hasta el día de hoy. Nasser murió hace menos de cuatro años, en 1970. El vicepresidente Anwar Sadat le sucedió en el cargo.

»Trabajamos diligentemente para poner a Sadat de nuestro lado. Créanme, yo estuve allí. Al principio se resistió. Daba demasiada importancia al hecho de firmar un acuerdo con los soviéticos que Nasser había iniciado. Parecía disfrutar burlándose de nosotros. Pero ignoramos los insultos y seguimos insistiendo. Funcionó. Sadat dio un giro radical. Expulsó a los soviéticos en 1972. —Suspiró—. Luego la volvió a pifiar. Envío tropas a través del canal de Suez y atacó posiciones israelíes en el Sinaí. Simultáneamente, Siria invadió Israel a lo largo de los Altos del Golán. Israel hizo retroceder a sus atacantes y ya saben el resto: la guerra del Yom

Kippur terminó con un alto el fuego el 24 de octubre de 1973. Ahora, Sadat nos está cortejando febrilmente de nuevo, tratando de compensarnos: negociando acuerdos de retirada con Israel, fomentando activamente la inversión extranjera y solicitando ayuda de Estados Unidos y el Banco Mundial. La ventana de la oportunidad se ha abierto...

Acabó el agua.

—Señor Hall, estoy totalmente de acuerdo con lo que ha dicho. —Miró hacia el papel que tenía sobre la mesa junto a su plato—. Las pirámides de Egipto simbolizan el papel que debe desempeñar ese país si queremos ganarnos los corazones y la mente de los árabes. Egipto formará la base, grande y firme. Luego iremos apilando países, uno sobre otro. —Se inclinó hacia Hall, en lo que fue una sutil pero evidente muestra de respeto—. Señor, me gustaría elogiarle por ello. Una brillante evaluación. Refleja totalmente la realidad de nuestra situación actual.

Después del almuerzo, nos arremolinamos y nos estrechamos las manos. En un momento dado me dirigí hacia la ventana para echar otra mirada a Harvard. Sentí un golpecito en el hombro. Cuando me volví me sorprendí al encontrar el rostro ajado y curtido de George Rich sonriéndome amablemente; después de Hall, se le consideraba el hombre más poderoso de MAIN. «Los presidentes vienen y van —me dijo una vez mi jefe Bruno Zambotti—, pero Hall y Rich están siempre ahí, tirando de los hilos.»

George Rich había estado sentado en una mesa cercana con otros dos hombres.

—Hermosa vista —dijo—. ¿Tiene un momento? ¿Puede venir a mi oficina?

## Egipto: controlar África

No podía creer en mi buena suerte. Primero, un almuerzo con Mac Hall y un grupo de altos ejecutivos; ahora, una invitación de un hombre que era un mito viviente de la ingeniería. Había escuchado muchas historias sobre las hazañas de George Rich en África y Oriente Medio. Era uno de los primeros que se aventuraron en áreas remotas y construyeron instalaciones hidroeléctricas para poblaciones rurales. Había viajado por el río Congo cuando todavía era el río de *El corazón de las tinieblas* de Conrad. Se rumoreaba que había recorrido penosamente el desierto con Lawrence de Arabia. Ahora, ya mayor (me habían dicho que tenía ochenta y cuatro años), era tenido en la más alta estima por ingenieros de todo el globo. Yo había descubierto que mencionar su nombre a los directores de empresas de Bogotá y Teherán servía para que te invitaran a comer comida casera en sus hogares (algo casi inaudito entre los iraníes). Era también uno de los socios fundadores de Uhl, Hall and Rich, una empresa de ingeniería creada por el director ejecutivo de MAIN y dos de sus socios más próximos para hacer trabajos que, por razones que nadie llegó a explicarme nunca satisfactoriamente, no podían ser realizados por la propia MAIN. Me habían dicho que las leyes del estado de Nueva York exigían dicha empresa. Pero mi corazonada —y era simplemente una corazonada— era que había sido creada para realizar actividades más clandestinas, o tal vez para ayudar a sus tres dirigentes a blanquear dinero, el suyo propio y el de clientes ricos y organizaciones gubernamentales.

Seguí a George Rich fuera del restaurante. Sin embargo, no fuimos a su

oficina. Después de bajar en ascensor hasta el piso donde estaban situados los despachos de MAIN, nos dirigimos por el pasillo hacia la sala de juntas. Sacó una llave y me indicó que entrara. «He cambiado de opinión — dijo, indicándome que me sentara en una de las lujosas sillas—. Creo que este lugar es un poco más privado que mi despacho.»

Se volvió y se acercó a un gráfico que había en la pared. Consistía en un mapa del mundo iluminado con una sombra parabólica que se movía para indicar dónde el día se iba convirtiendo en noche. Había estado otra vez en esa sala para consultar ese mapa. La secretaria privada de Mac Hall me había abierto la puerta y se había apartado discretamente a un lado mientras yo determinaba a qué hora tenía que despertarme esa noche para hacer una llamada a Bangkok.

Rich señaló hacia la parte superior del continente africano.

—Egipto. —Se volvió hacia mí—. Ya sé que acaba de escuchar la versión bonita de ese tipo de USAID. Ahora quiero que escuche la historia real. Sé que es usted bastante perspicaz y que conoce la realidad de lo que hacemos. Pronto iré a Egipto y luego a Kuwait, Irak y Arabia Saudita. —Lo dejó caer totalmente consciente, estoy seguro, de la emoción que suscitaban en mí los nombres de esos países y la perspectiva de visitarlos—. Ya sabe que nuestro trabajo es mucho mayor de lo que parece, de lo que indican los contratos. —Se inclinó hacia delante y me miró—. ¿De acuerdo?

—Sí, señor. Lo entiendo perfectamente.

—Bien. Nunca me han nombrado caballero. No soy «sir». Mi nombre es George.

Sólo pude sonreír, preguntándome si iba a ser capaz de llamarle alguna vez por su nombre.

—De acuerdo —dije.

Golpeó el mapa con los nudillos.

—Ya le han informado sobre la Hermandad Musulmana.

—Sí.

—Bien, son muy peligrosos, hay que convencerles, comprometerles, comprarles, destruirles, lo que sea, porque no se les puede parar. Sadat lo demostró. Si se les persigue, consiguen más apoyo. Es como lanzar queroseno al fuego. —Colocó una silla enfrente de la mía y permaneció detrás de ella, frente a mí—. Pero ése no es su trabajo, no por ahora. —Se sentó, tan cerca que nuestras rodillas casi se tocaban—. Mire ese mapa. —Lo señaló—. ¿Qué es lo que ve?

Yo estaba confuso.

—¿Quiere decir Egipto?

—Por supuesto, Egipto. Pero ¿dónde está? ¿Dónde está Egipto? —Me dio un golpecito en la rodilla—. Levántese y mire bien.

Lo hice.

—En el Mediterráneo y el mar Rojo, tocando a Israel.

Dio un suspiro.

—¿En qué continente?

—África.

—De acuerdo, empezamos a entendernos. —Hizo un gesto como si estirase de una cuerda—. Desde luego, África. Vuelva a mirar el mapa. Contrariamente a lo que piensa la mayoría de los americanos, Egipto es un país africano. ¿Forma parte de Oriente Medio? Sin duda. Oriente Medio no es un continente. Es una región. La cuerda que une Europa y Asia. Y, a pesar de lo que diga la opinión pública, Egipto une ambos continentes a África. Ahora, voy a hacerle una pregunta difícil. ¿Tiene Egipto algún río?

—El Nilo.

—Correcto. Y, ¿qué puede decirme, a partir del mapa, sobre el río Nilo?

—Que atraviesa Sudán...

—Que hasta 1956 formaba parte de Egipto. Los británicos le concedieron la independencia, mejor dicho, los británicos y los egipcios. Sin embargo, muchos egipcios siguen cabreados por lo que consideran la pérdida de una enorme parte de su territorio. ¿Qué otros lugares atraviesa el Nilo?

—Bueno, si incluimos los dos brazos del Nilo, el lago Tanganika y el resto de lagos más pequeños, cubre una gran parte del continente.

—¡Ajá! Bienvenido al territorio del doctor Livingston supongo. Una pregunta más. Si la acierta, puede volver aquí y sentarse de nuevo. ¿En qué dirección fluye el Nilo?

—Hacia el norte.

—Bravo. Así, lo que está diciendo es que gran parte del continente africano desemboca en el Nilo y el Nilo fluye por Egipto, ¿no? Bien. En ese caso, ¿podemos suponer que la fértil llanura inundada por el Nilo donde los faraones construyeron sus pirámides contiene el sedimento, la capa superficial del suelo, el corazón y el alma, si quiere, de una gran parte de África? ¿Que El Cairo está construida sobre suelo africano, no sólo porque se encuentra en el continente africano sino porque se asienta sobre un suelo que se origina en las tierras del sur? Tiene razón. Venga. Siéntese de nuevo. Me senté y esperé a que continuara. Él a su vez se sentó mirándome. Traté

de elegir cuidadosamente mis palabras, consciente de que ese hombre podía favorecer o destruir mi carrera.

—Entiendo lo que dice. Egipto puede desempeñar un papel importante en el mundo árabe, pero también influye en África. —Volví a mirar el mapa—. Es un puente, tanto desde una perspectiva social como demográfica. Y también económica y étnicamente. —Continuaba mirándome. Había olvidado algo—. Y también desde el punto de vista de la religión.

—Muy bien. —Se levantó, juntó las manos tras su espalda y se dirigió de nuevo hacia el mapa—. Egipto, Sudán, Etiopía, Somalia, Kenia... son tierras antiguas, interconectadas a través de los hilos de la Historia, que no deben ser tomadas a la ligera. El historiador griego Heródoto las alabó en el siglo V a.C. Dice la leyenda que la monarquía etíope, la del actual emperador Haile Selassie, fue fundada por el hijo del rey Salomón y la reina de Saba. Toda la región es un lugar extraordinario. No debe ser tomado a la ligera. —Movié la cabeza solemnemente—. No señor, no debe ser tomado en absoluto a la ligera. —Contempló el mapa durante otro largo momento. Luego se volvió hacia mí—. Sabrá que también hay un montón de petróleo en esa zona. Estoy seguro de ello. He pasado una eternidad estudiando geología y puedo decirle que llegará a ver cómo África se convierte en un campo de batalla por el petróleo. —Se sentó—. Así que adelante y acuérdesse de las palabras del señor USAID, vaya a Egipto y utilícelo como una escala para sojuzgar Oriente Medio. Y tenga también en cuenta lo que pocos reconocen hoy en día...

—Que también es la plataforma para África.

—Y si alguna vez piensa tener hijos, y quiere que tengan unas vidas prósperas, será mejor que se asegure de que controlamos el continente africano. Necesitamos Oriente Medio. Pero tenemos que tener también África.

Al abandonar la sala de juntas me sentí en un globo. En pocas horas había asistido a una reunión con el director ejecutivo de MAIN y un alto ejecutivo de USAID y había sido elegido por George Rich. Nunca antes había pensado en el hecho de que Egipto era parte de África así como de Oriente Medio, y de que desempeñaba una función tan importante en la geopolítica. Estaba seguro de que pocos americanos estaban al tanto de esta perspectiva. Me sentía como un hombre con una misión que acababa de iniciarse en un club exclusivo.

Bajé en el ascensor hasta la planta baja y comencé a atravesar el Prudential Center hacia el edificio donde se encontraba mi despacho, la Southeast



Tower, en el 101 de Huntington Avenue. Tal vez, pensé, el último comentario de Rich era la clave. Algún día yo tendría una familia. Me fijé en el escaparate de una tienda de ropa en la que un maniquí lucía un traje de raya diplomática. Me prometí regresar más adelante esa semana y comprar ese traje. Esa decisión me liberó. Me dije a mí mismo que George Rich, el venerable ingeniero, tenía razón; teníamos que controlar los países que tenían los recursos que deseaban nuestras empresas por el bien de las futuras generaciones.

Me compré ese traje. Y al cabo de unas semanas me subí a un avión rumbo a Egipto.

## Perro infiel

Durante el tiempo que pasé en El Cairo y Alejandría, cada vez me fui sintiendo más frustrado por la falta de cooperación de los funcionarios locales. Había sido contratado por USAID para realizar previsiones económicas que serían utilizadas por el gobierno egipcio para obtener financiación del Banco Mundial. Para cumplir con mi trabajo correctamente necesitaba estadísticas detalladas de la población de regiones específicas del país. Aunque sabía que existían, un burócrata tras otro me decía que la información no estaba disponible al público. Por mi parte yo no dejaba de objetar que no se trataba del público, que estaba trabajando para ellos en la más absoluta confidencialidad, y que necesitaba esas estadísticas si esperaban que realizara un informe que en última instancia aportaría miles de millones de dólares a su país. Este tipo de solicitud con amenaza me había funcionado en Asia y Latinoamérica; sin embargo, parecía no tener ningún influjo en Egipto.

Los funcionarios de El Cairo y Alejandría que me fueron asignados como ayudantes y se suponía, por lo tanto, que acelerarían mi trabajo, me llevaron a visitar sus ciudades. Visitamos mercados de especias y cafés llenos de humo en los que hombres envueltos en turbantes jugaban al dominó y fumaban narguiles, se paseaban a lo largo de las costas del Nilo y del Mediterráneo, miraban boquiabiertos joyas preciosas y antigüedades inestimables en antiguos palacios y consumían litros de té. Pero siempre que les recordaba que estaba esperando las estadísticas demográficas, me reiteraban las dificultades al tiempo que me pedían que tuviera paciencia.

«Las cosas requieren mucho tiempo aquí», me decían; o «Esto no es como América, somos un país muy viejo, los camellos andan lentamente». Cuando trataba de sobornarlos —legalmente, desde luego, ofreciendo cantidades excesivas para que su gente trabajara horas extra, embolsándose ellos la diferencia—, se limitaban a mover la cabeza y me ofrecían otra taza de té.

Finalmente, totalmente frustrado, decidí pasar por encima de mis ayudantes. Era una jugada drástica, algo que siempre había evitado antes debido al riesgo de ponerme a malas con la gente de la que dependía; pero se trataba de una situación que se había vuelto desesperada.

Acordé una reunión con un alto cargo del gobierno, alguien que había trabajado en varios ministerios y ahora era asesor personal del presidente Sadat. Tenía un largo nombre oficial, pero me dijeron que me refiriera a él simplemente como doctor Asim. Se había licenciado en la Harvard Business School, conocía íntimamente instituciones como el Banco Mundial y USAID y tenía fama de eficaz. Por mi parte, tenía claro que su ayuda no sería barata; estaba preparado para sobornarle generosamente.

Me condujeron a un moderno rascacielos de oficinas donde fui escoltado por un fornido oficial de las fuerzas de seguridad hasta un ascensor que nos llevó al piso superior. Un egipcio alto, delgado, de rostro adusto y vestido de negro nos escoltó hasta una pequeña habitación con un par de divanes, y en perfecto inglés británico nos informó de que la espera sería corta. El oficial de las fuerzas de seguridad, que no hablaba inglés, se sentó frente a mí. Esperamos. Leí una copia atrasada de *Time* que saqué de una pila de revistas que había sobre la mesa entre los divanes. El oficial de las fuerzas de seguridad dormitaba. Leí un *National Geographic*. Esperamos durante casi dos horas. No nos trajeron té. No tenía duda de que el doctor Asim estaba dejando bien clara su importancia y, a juzgar por la falta de té, estaba mostrando su desagrado por haber intentado saltarme los canales habituales; aunque estaba furioso, me preparé para ofrecer un soborno aún mayor.

Por fin, el egipcio alto y delgado reapareció. Sin disculparse, me acompañó a lo largo de un pasillo hasta una puerta de madera maciza que habría encajado mejor en la tumba del rey Tut que en ese edificio contemporáneo. La abrió. Me quedé asombrado por la vastedad de la habitación; era lo suficientemente opulenta como para satisfacer al más fastuoso de los faraones, decorada con una combinación de estilos entre Antiguo Egipto y Park Avenue. Antiguos rollos de papiro rivalizaban con cerámicas de Picasso. Muebles de diseño descansaban sobre alfombras persas.

El doctor Asim estaba doblado sobre un escritorio colosal, vestido con un traje azul oscuro y corbata dorada. Su cara era mofletuda y blanda, como un melón. Llevaba gafas con montura de alambre, del tipo que yo asocio con Benjamin Franklin. No se molestó en levantar la vista cuando entré. El hombre alto y delgado se retiró. Permanecí cerca de la puerta esperando a que el doctor Asim acabara cierto trabajo administrativo. Al fin levantó la vista. «Siéntese», dijo indicando una silla frente a su mesa, y luego regresó a su trabajo.

Me sentía confuso y desairado. Tal vez había cometido una transgresión, pero aquello era excesivo. ¿Había olvidado que yo representaba a una prestigiosa consultora contratada para ayudar a su país?

Después de lo que me pareció un tiempo muy largo, se enderezó y me miró por encima de las gafas. Parecía medirme como si fuera un insecto atrapado. Luego, en un esfuerzo que pareció requerir toda su energía, se levantó de la mesa y me tendió la mano. Tuve que levantarme para estrecharla.

Mi confusión se convirtió en ira. Me contuve y esboqué una sonrisa forzada. Tratando de cumplir con la etiqueta local, le agradecí profusamente el haber aceptado recibirme.

Ignoró mis cumplidos y sin el intercambio de saludos que es habitual en Egipto, me preguntó abruptamente qué quería.

No cabía duda de que un refinado diplomático me estaba ofendiendo. De manera abierta, flagrante. Estuve tentado de marcharme. En cambio, regresé mentalmente al Club de Ingenieros en la cima de la Prudential Tower y luego a la sala de juntas de MAIN donde estuve con George Rich. De repente, me sentí resarcido. Mi venganza por su insolencia era saber que yo era un GE y mi misión era explotarle a él y a su país. Podía aguantar sus pequeñas victorias sabiendo que los míos ganarían la partida; esta batalla podía ser suya, pero la guerra sería mía. Me relajé en mi silla y esboqué una sonrisa sincera.

—Datos sobre población.

—¿Cómo dice?

—Necesito datos sobre población. —Explicué mi dilema de la manera más breve posible—. Así que ya ve —concluí—, a menos que su gente coopere conmigo, su país no recibirá todo el dinero que su presidente está solicitando.

Dio un puñetazo sobre la mesa y se levantó. Su tamaño era un reflejo del de su despacho. Su silla se deslizó hacia atrás a través del piso hasta que

chocó contra la pared.

—Me importan un bledo sus miles de millones —dijo, con una voz sorprendentemente baja y controlada dado lo histriónico de sus acciones—. Joven, porque usted no es mayor que el más joven de mis hijos, ¿qué le da derecho a entrar aquí con exigencias? —Levantó una mano esponjosa para impedir mi respuesta—. Déjeme que le diga unas cuantas cosas. He vivido en su país. Lo sé todo acerca de sus lujosas ciudades, sus coches y sus casas. Sé lo que piensan de nosotros. —Colocando su mano sobre el escritorio, se inclinó sobre él y me miró—. ¿Sabe cuánta gente de Harvard me preguntó si montaba en camello? En Harvard. Es asombrosa su estupidez. La miopía de su país. Nosotros, los egipcios, llevamos miles de años aquí, decenas de miles de años. Y aquí seguiremos cuando ustedes sean polvo. —Recuperó su silla y se sentó, emitiendo un fuerte suspiro mientras lo hacía, y concentró su atención de nuevo en los papeles que tenía sobre la mesa.

Yo permanecí sentado mirándole, obligándome a recordar aquellos momentos en la sala de juntas. Me remonté también hasta una reunión en Indonesia en la que, como mis anfitriones creían que yo no entendía su idioma, escuché a funcionarios del Estado denigrarme mientras me sonreían educadamente y me ofrecían su mejor té. Recobré el ánimo. Le ganaría con sus propias armas.

Finalmente me miró por encima de sus gafas. Me indicó que me fuera con un gesto.

—Fuera.

—Pero...

Volvió a golpear la mesa con el puño. Esta vez permaneció sentado.

—Recuerde —dijo con una extraña calma—, usted es un perro infiel. —Impávido, sostuvo mi mirada; un rasgo de Harvard, supuse—. Perro infiel. —Dijo las palabras de manera terriblemente lenta—. Ahora, váyase. Tendrá sus datos de población si Sadat y Alá lo desean.

Varios días después me entregaron la información. Llegó repentinamente, en una sucia carpeta entregada por un mensajero que había conducido su moto a través del polvo y los humos de la ciudad. No había ninguna nota, nada que explicara de dónde procedía o por qué, pero todo lo que necesitaba estaba allí. Y nunca tuve que pagar a nadie por ello.

A medida que escudriñaba las docenas de páginas de aburridos números, me preguntaba por qué había costado tanto conseguirlos. ¿Había alguna razón lógica para ocultar esas estadísticas? La única explicación que me

vino a la mente fue el temor egipcio a un ataque aéreo israelí. Pero no acertaba a entender en qué podían ayudar a Israel unos pronósticos sobre población. Estaba seguro de que ya poseían toda la información que necesitaban para guiar sus aviones y misiles hasta sus objetivos; a las bombas no les importaba si un suburbio concreto iba a pasar de 100.000 a 110.000 habitantes durante los próximos veinte años. Luego recordé las palabras del doctor Asim.

Yo era un perro infiel. Los egipcios sabían algo que sólo unos pocos de mis compatriotas comprendían: nosotros utilizábamos datos como las previsiones que el doctor Asim me había entregado para la construcción del imperio. Los informes económicos de los GE eran armas mucho mejores de lo que las espadas de los cruzados habían sido nunca. Las bombas israelíes cumplían su objetivo, haciendo estragos, sembrando el miedo y obligando a los funcionarios del Estado a capitular. Pero el peligro real era la gente como yo. Éramos los que nos aprovechábamos de los estragos, canalizábamos el miedo y nos asegurábamos de que quienes capitulaban cumplieran los artículos de la rendición, y con un poco de suerte aprendieran la lección lo suficientemente bien como para evitar futuros bombardeos. En última instancia, teníamos que ser mimados, porque ocupábamos la cima del escalafón. Hombres como el doctor Asim no tenían más opción que ceder o quedarse sin trabajo. Y él me detestaba por ello.

## Irán: autopistas y fortalezas

Durante aquellos días, di muchas vueltas por el mundo. Las palabras del doctor Asim me acompañaban. Mis sentimientos pasaron de una actitud defensiva al enfado, y luego llegué a la conclusión de que era un hombre orgulloso que provenía de una cultura orgullosa y odiaba la idea, como los cortesanos de Cleopatra, de tener que inclinarse ante el César. Comprendí que si yo hubiera estado en su lugar, hubiera sido aún más grosero.

Me impresionaba la ironía de que mi país pudiera ser Roma para el moderno Egipto, pero en casa estábamos viviendo nuestro propio tumulto. Yo había crecido en una era de autoexamen nacional. Habíamos vivido una serie de acontecimientos que afectaron profundamente a mi generación: los disturbios de Watts y Detroit, el callejón sin salida de Wounded Knee, las marchas de César Chávez y sus Trabajadores de la United Farm y muchísimos otros actos de rebelión de las minorías de Estados Unidos. Equiparaba estos acontecimientos con los de mis ancestros que habían experimentado una opresión similar a manos de los amos ingleses. Una indignación exaltada les había conducido a todos ellos a tomar las armas. Negros, indios e hispanos habían sido etiquetados de subversivos por la corporatocracia y mis antepasados habían sido «traidores» para los constructores del imperio británico; sin embargo, ahora, los jóvenes consideraban a los líderes de las minorías como héroes, y aquellos hombres y mujeres que habían defendido sus derechos contra los amos extranjeros eran nuestros fundadores.

Y allí estaba yo: un hombre atrapado entre dos mundos, simpatizando por un

lado con quienes luchaban por la libertad y sirviendo por el otro a los capitanes del imperio. Y como para agravar más mi dilema, viajaba a menudo a Irán: trabajaba para el sha.

Nosotros, los GE, presentábamos al sha como un gobernante determinado a devolver a su país el esplendor que conoció durante los reinados de Darío y Alejandro Magno —tres siglos antes de Cristo—, un hombre que emplearía sus enormes reservas de petróleo, en combinación con la experiencia de empresas como MAIN, para hacer realidad sus sueños de grandeza. De algún modo logramos convencernos a nosotros mismos de que de esta transformación surgiría una sociedad democrática e igualitaria.

Nuestra estrategia de presentar el gobierno del sha como una alternativa a los de Rusia, Libia, China, Corea, Cuba, Panamá, Nicaragua y otras naciones en las que dominaba el anti-americanismo se centraba en el supuesto «hecho» de que en 1962 el sha parceló una gran extensión de territorios privados y se los entregó a los campesinos; él —y nosotros— creamos a continuación su Revolución Blanca, un programa que parecía inaugurar amplias reformas socioeconómicas. Mirando atrás, ahora me produce horror, porque sé que en nuestro interior sabíamos que todo eso no era más que una revolución encubierta. Era un subterfugio para incrementar el poder del sha. En la superficie, Irán era un modelo de cooperación cristiano-musulmana. Sin embargo, en la realidad, era un representante de la hegemonía norteamericana en Oriente Medio. Era exactamente lo que el doctor Asim temía que sucediera en Egipto. Era también un resultado del tipo que deseaba George Rich cuando abogaba por controlar Oriente Medio y África por el bien de las futuras generaciones de América.

Las misiones contractuales de MAIN en Irán aumentaron significativamente en 1974. La ofensiva por el petróleo se había vuelto frenética. El mensaje era claro: hacer que la OPEP volviera a nuestro redil, convertir a aquellos países en servidores del imperio.

Mi trabajo era crítico. Los planificadores e ingenieros dependían de mis previsiones sobre desarrollo regional para diseñar los sistemas eléctricos que proporcionarían las enormes cantidades de energía necesaria para propulsar el crecimiento industrial, comercial y militar que aseguraría la prosperidad de los iraníes ricos. Su felicidad era la clave para mantener el gobierno del sha y el flujo continuo del petróleo.

«Volarás de Teherán a Kerman —me dijo Bruno Zambotti, mi jefe en MAIN—. Un oasis en el famoso desierto de Dasht-e Lut, donde Alejandro realizó su histórica marcha. Un oasis de secretas delicias. Desde allí, atravesarás



en coche algunos de los desiertos más espectaculares del planeta hasta Bandar-e Abbas. Hoy es un tranquilo pueblo de pescadores. Mañana rivalizará con la Riviera.» Entonces ya sabía que Bruno era propenso a la exageración, pero yo no podía ni sospechar...

Me reuní con dos ingenieros de MAIN en un pequeño avión que nos llevó de Teherán a Kerman. Era pleno verano; aunque estaba anocheciendo, el calor era agobiante. La ciudad parecía descuidada por el tiempo y vacía, salvo por unos pocos niños y ancianos que merodeaban en las sombras. Si el polvo y la miseria estaban ocultando delicias secretas, se encontraban sin duda fuera de mi alcance y de mi imaginación. Sudando profusamente, nos registramos en el mejor hotel de la ciudad. El vestíbulo era pequeño, lúgubre y prácticamente desprovisto de muebles. El joven de recepción estuvo encantado de comunicarnos que se servía cerveza fría en el bar del patio. Cada uno de nosotros tenía su propia habitación —sorprendentemente con baño—, y acordamos reunirnos en el bar en treinta minutos.

Como era de esperar, la habitación era sobria pero maravillosamente limpia. Para mi alivio, había un aparato de aire acondicionado, muy ruidoso, pero funcionaba. Aunque en efecto había cuarto de baño, descubrí que la bomba del inodoro no funcionaba. Dos grifos sobresalían junto a él. El más alto abría una espita sobre mi cabeza que supuse hacía las veces de ducha; el más bajo podía ser utilizado para llenar un cubo oxidado que me permitía baldear el váter.

Me desnudé para tomar una ducha, de pie en el pequeño espacio entre el inodoro y la pared. No había cortina; cuando abría el grifo un chorro ínfimo me ignoraba olímpicamente pero empapaba el váter. Si me inclinaba sobre la taza me podía mojar lo suficiente como para enjabonarme y aclararme. La otra única indicación de que este artilugio cumplía la función de ducha era el agujero en el suelo en el extremo opuesto del baño, por el que el agua se evacuaba. Me preguntaba cuándo habría sido la última vez que Bruno había visitado este «oasis».

Sorprendentemente refrescado después de la ducha, me dirigí al patio-bar, compuesto de cuatro mesas de hierro oxidadas y una docena de sillas situadas en una terraza que ofrecía una vista impresionante del desierto cercano. Uno de los ingenieros, Frank, ya estaba sentado allí, con tres vasos llenos de cerveza frente a él.

—Sólo tienen una marca —dijo—. Me imaginé que la tomarías.

Esperamos quince minutos. Luego decidimos que nuestro compañero estaría echando una cabezada. Brindamos por el viaje del día siguiente y bebimos.

Mientras depositábamos los vasos, apareció James. Se arrastraba por la terraza con aspecto desaliñado. Llevaba en la mano la camisa que había llevado durante el vuelo. Estaba empapada. Colocó la camisa sobre la mesa, se dejó caer en la silla vacía y se bebió el vaso de cerveza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Frank.

—Me entraron ganas de cagar —respondió James—. El váter no funcionaba. Vi el maldito cubo y abrí el grifo equivocado. Me quedé empapado por la ducha.

Cuando por fin dejamos de reírnos, Frank indicó que el aire del desierto secaría enseguida la camisa.

—Eso es lo que he imaginado —dijo James—. Si no, no la habría traído a este elegante bar.

A la mañana siguiente dos iraníes nos recogieron en un jeep: un ingeniero-intérprete del gobierno y un chófer. Se sentaron en la parte delantera y nosotros tres nos apiñamos en la parte de atrás, yo, el más joven, en el medio, sobre el montículo del eje motor. Mientras conducíamos por la rudimentaria carretera que nos llevaría desde el desierto de la meseta central hasta las orillas del Golfo Pérsico, el ingeniero iraní nos explicó que estábamos siguiendo la ruta de las antiguas caravanas.

—Este desierto ha sido siempre una maldición y una bendición —dijo, estirando el cuello para mirarnos—. Protegía a mis antepasados de los enemigos y hacía que les resultara prácticamente imposible atravesar su país. Hoy es más importante que nunca. Como ven, Dasht-e Lut separa Europa, África y lo que ustedes llaman Oriente Medio de Asia. También ofrece una ruta directa entre la Unión Soviética y el Golfo Pérsico. Miren un mapa. Saben que los rusos quieren ocuparnos. Esta misma carretera por la que pasamos, con todos los baches que tiene hoy, se convertiría en una superautopista para sus militares. Justo a su lado —indicó— construirían un enorme gaseoducto. La pequeña ciudad en la que dormiremos esta noche, Bandar-e Abbas, se convertiría en una fortaleza comunista. Aviones, misiles, submarinos nucleares, portaviones, controlarían las rutas del petróleo más importantes del mundo.

Frank, James y yo mirábamos de un lado a otro.

—Imagina que eso llega a pasar —observó James—. Nos espera un montón de trabajo. Pero no os preocupéis, amigos; todo lo que tenemos que hacer es salvar al mundo del comunismo.

—La clave —continuó el iraní— es que nosotros, americanos y persas, lo hagamos primero. Tenemos que construir esa autopista militar y debemos

convertir Bandar-e Abbas en nuestra propia fortaleza.

—Para eso estamos aquí —dijo Frank.

—Tengan siempre en cuenta —observó el ingeniero— que los iraníes no somos árabes, somos persas, arios. Somos musulmanes pero los árabes nos amenazan. Estamos con ustedes al cien por cien.

El desierto no eran esas dunas de arena interminables que Peter O'Toole atravesaba en *Lawrence de Arabia*. No había nada de monótono en aquellas montañas de color rojo, púrpura y bermejo que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Para mí eran absolutamente bellas, tan espectaculares como Bruno había prometido. Y eran ominosas. No podía imaginar caravanas de cientos de personas y camellos cruzándolas.

A pesar del aire acondicionado del jeep, el calor resultaba insoportable. Hicimos una serie de paradas para que los ingenieros pudieran analizar el suelo y otras condiciones que afectarían a la línea de transmisión, el oleoducto y la autopista. Cuando salíamos del coche, al principio el aire parecía más fresco, pero luego el sol se nos echaba encima implacablemente. También hicimos una parada para tomar té y dátiles en un pequeño pueblo que se podía calificar realmente como un oasis del desierto, una isla de tranquilidad en un mar hostil.

Poco después de abandonar el oasis de palmeras, el coche se llenó de un olor terrible.

—¡Algo se está quemando! —gritó Frank.

El chófer aparcó el coche en el arcén de la carretera y puso el freno.

—Todo el mundo fuera —ordenó el ingeniero iraní.

Las puertas se abrieron de par en par y todos los hombres saltaron al suelo, excepto yo. No podía levantar mis pies del suelo. Mis piernas estaban como paralizadas.

—Date prisa —ordenó James—. ¿Qué es lo que te pasa?

No lo sabía. Lo intenté con todas mis fuerzas pero mis pies sencillamente no me obedecían. Presa del pánico, me deslicé fuera de los mocasines que llevaba. Afortunadamente mis pies respondieron. Atravesé la puerta y salté sobre el suelo del desierto.

Cautelosamente, Frank miró dentro. Luego comenzó a reírse.

—Las suelas de goma de tus zapatos —se volvió hacia mí— se han fundido y se han soldado a la alfombrilla sobre el eje motor. Había visto motores sobrecalentados anteriormente, pero éste se lleva la palma.

Requirió esfuerzo, pero al final pude separar mis mocasines de la alfombra quemada y seguimos adelante. Llegamos a Bandar-e Abbas justo cuando el

sol comenzaba a ponerse.

## Israel: el soldado de infantería de América

Situada en el estrecho de Ormuz, frente al cuerno de la península arábiga donde se crearon los Emiratos Árabes de Omán, Bahrain y Qatar cuando se retiraron los británicos en 1971, Bandar-e Abbas domina uno de los pasillos más estratégicos del mundo. Antaño fue cuartel general de feroces piratas que asaltaban los barcos que surcaban el mar de Omán. Hoy en día, la mayor parte del petróleo del mundo pasa cerca de sus orillas.

Cuando llegamos era todavía un pueblo pequeño y empobrecido, con un enorme hotel moderno situado justo en el golfo, un requisito para atraer al tipo de asesores que podían transformar la ciudad en un centro industrial y militar de vanguardia. Nosotros cinco éramos algunos de los primeros huéspedes del hotel. Cuando nos reunimos para cenar, descubrimos que nosotros y los tres camareros teníamos todo el espacioso restaurante para nosotros.

«Vuelvan dentro de cinco años —dijo el ingeniero iraní— y no reconocerán este lugar. De un modo u otro, cambiará. Si no lo hacen ustedes, lo harán los rusos.»

Cuando nos dispersamos, encendí un puro y me perdí en la noche. Me dirigí hacia el agua. Un muelle recientemente construido se extendía sobre el poco profundo golfo, adentrándose tal vez ochenta metros desde la orilla. No había luna, pero el cielo estaba alfombrado de estrellas. Caminé lentamente por el muelle. Una brisa agitaba el golfo. A pesar del puro, el olor a

pescado podrido impregnaba el aire. Mirando a través del agua oscura, me preguntaba qué estaría sucediendo al otro lado. Me di cuenta de que sabía poco sobre los países que bordeaban Arabia Saudita.

Cuando había cubierto aproximadamente tres cuartos del recorrido, me detuve, sacudido por un miedo repentino. Un extraño resplandor rojo subía y bajaba formando un arco lento al final del muelle. Me quedé quieto y lo contemplé, diciéndome a mí mismo que debería volver corriendo al hotel pero anclado en el sitio por una curiosidad malsana. Di otro paso. A medida que mis ojos se habituaban a la oscuridad, la imagen fantasmal de un hombre se materializó. Levanté mi puro; el resplandor rojo repitió mi acción. Él también estaba fumando. Parecía que me estaba imitando. Bajé mi puro. El suyo también bajó. Cuanto más tiempo le observaba más curiosidad sentía. Mi miedo se disipó. Sin duda un ladrón no habría elegido el final de un muelle para encontrar a su víctima. ¿Quién era? Inmediatamente pensé en los rusos. Pero, ¿qué podría estar haciendo uno de ellos allí, a esas horas de la noche?

Seguí adelante, alterando conscientemente mi paso. Quería transmitir una sensación de seguridad. Y de fuerza. Unos metros antes de llegar hasta él pensé que también él podría estar preocupado por mi presencia; aminoré el paso.

Tosió.

Me paré.

Luego habló. En farsi o en árabe, no estaba seguro.

—No comprendo —dije muy lentamente.

—Americano —respondió—. Es americano, ¿verdad? Puedo adivinarlo por su forma de andar y por su acento. Mi inglés es bastante bueno.

—Sí, soy americano.

—Soy turco —dijo—. Un visitante como usted, un huésped de este hotel. Por favor, venga a mi lado.

Me acerqué a él. Nos estrechamos la mano. Su nombre era Nesim. Fumaba un cigarrillo, no un puro.

—Soy profesor de historia en la universidad —explicó—. Investigo para un libro sobre antiguas rutas comerciales. He viajado desde Estambul siguiendo algunas de esas rutas. Me trajeron aquí.

Hablamos durante un rato de nuestra impresión sobre Irán. No ocultaba su odio por el sha, «el rey dictador», como le llamaba. Hasta ahora no había escuchado a nadie en el país criticar al sha. Había leído que un movimiento clandestino quería derrocarlo, pero todos los iraníes que yo conocía

trabajaban para alguna de las secciones del gobierno del sha. Este hombre era diferente. Obviamente bien informado, no tenía problemas para expresar sus creencias. Al parecer estaba encantado de tener público; un americano que estaba dispuesto a escucharle debía de ser lo último que esperaba encontrar en el muelle. Tal vez era la noche, el lugar o el mero agotamiento del viaje; de cualquier modo, me encontré escuchando atentamente el punto de vista de Nesim.

«Todos ustedes están engañados por el rey dictador —dijo—. Bueno, no todos. Estoy seguro de que su presidente sabe la verdad, y de que las otras personas que gobiernan su país también la saben. Ésta es, al fin y al cabo, su especialidad. El engaño. Sus dirigentes ocultan su imperialismo. O tratan de hacerlo. Ocultan el dinero que ganan, las cosas que hacen para corromper a la gente. Se jactan de que ayudan a los desfavorecidos mientras ocultan el hecho de que protegen a los ricos. —Dio una larga calada a su cigarrillo—. Ustedes son un país detrás de una máscara.»

Varias veces sentí que debía interrumpirle, que necesitaba defender a Estados Unidos y justificarme de paso a mí mismo; pero sin embargo escuché. En referencia a la guerra del Yom Kippur de 1973, preguntó: «¿Por qué Egipto y Siria atacaron Israel? Creyeron que no tenían otra opción. Su gente no tiene ni idea de los crímenes que cometen los israelíes contra los árabes, la amenaza que suponen. Aunque más bien es en realidad una guerra americana e Israel no es más que su ejército de infantería. No bastó con que robaran Palestina, la tierra que su gente llama Dar al-Islam, la eterna propiedad de los musulmanes, y se la entregaran a los judíos. Tuvieron que seguir apoderándose de más. Utilizaron su riqueza para hacer que los judíos creyeran que ustedes les estaban construyendo su patria. Frotan las narices musulmanas con la mierda de la Historia. Cantan bonitas canciones sobre la democracia. Pero aquí, en Irán, vimos lo que ustedes piensan de la democracia cuando su CIA derrocó a Mossadegh. La razón de Israel no es la democracia o proteger a la gente perseguida por Hitler. Ustedes torturan, mienten y roban por petróleo».

Colocó la mano que sostenía el cigarrillo —la derecha— sobre su corazón. «Compadezco a los judíos de Israel. Lo digo de verdad. No soy palestino, así que puedo hacerlo. Supongo que podría matarles en el caso de que hubiera una batalla, si ustedes trataran de empujar sus fronteras en Turquía, pero también les compadezco. Son como ovejas enviadas ante los ejércitos. Escudos. Los culpables son ustedes, los americanos. Ustedes animan a los judíos a sacrificar a sus familias mientras sus empresas extraen petróleo.

Los judíos son sus perros guardianes. Les entregan cabezas nucleares para mantenernos a los musulmanes en nuestro sitio. Financian su ejército. Los palestinos no tienen ejército, sólo unos cuantos patriotas. No tienen gobierno, ni tierra en la que vivir.

»Para ustedes, Israel no es más que dominación, control del petróleo. Para los judíos, es un sueño que resultará ilusorio. Para los palestinos, es su hogar, un hogar que han sido obligados a abandonar. Para los árabes es una fortaleza enemiga construida en tierras árabes. Para los musulmanes de todo el mundo es un insulto, una humillación, una razón para odiarles a ustedes.»



## La guerra Irán-Irak: otra victoria de los gánsteres económicos

Me volví a acordar de Nesim treinta años más tarde. Una noche de junio de 2004 estaba volando sobre Oriente Medio en dirección a Qatar, una parada para cambiar de avión de camino a Nepal y Tíbet. Situado frente a Bandar-e Abbas en el Golfo Pérsico, Qatar era un país del que apenas había oído hablar en mis días de GE. Mirando a través de la ventanilla, contemplé la puesta del sol sobre Grecia, Turquía, Siria, Irak e Irán. Pensé en mi abuela, cuando durante las largas noches de invierno me leía la *Odisea*, *Las mil y una noches* y la Biblia. Mi avión sobrevolaba las islas por las que deambulaba el aventurero Ulises y la montaña en la que Noé construyó su arca; entramos en el espacio aéreo sobre la mágica tierra que albergó los jardines colgantes de Babilonia, las primeras ciudades y granjas de la humanidad y nuestro primer lenguaje escrito; por debajo de mí se extendía la tierra donde se inventaron la rueda y las matemáticas modernas. Recordé historias que me habían cautivado sobre las fortalezas atacadas por Ricardo Corazón de León y defendidas por Saladino. Luego mis pensamientos se centraron en Nesim.

No había hecho falta mucho tiempo —un abrir y cerrar de ojos de la historia— para que su profecía se hiciera realidad. Yo mismo había escrito un libro exponiendo los engaños que él había descrito. Su rey dictador iraní había caído, reemplazado por *mulás* radicales; Israel se había vuelto aún más agresivo y Estados Unidos le había apoyado en cada jugada; los

palestinos sufrían y enseñaban a otros, como Bin Laden, el poder de una persona portadora de una bomba casera; Estados Unidos había demostrado su brutalidad en cientos de lugares desconocidos y unos cuantos conocidos: Panamá, Haití y Sudán. Luego vinieron el 11-S, Afganistán e Irak. Después de tantos años sobre el planeta, los humanos habíamos fracasado en el propósito de vencer la compulsión a someter y destruir a nuestros hermanos y hermanas. Los sangrientos cruzados no eran una cosa del pasado.

Me sentía exhausto, vencido por una profunda sensación de desánimo. El mundo entero había contemplado cómo Estados Unidos lanzaba lo que los musulmanes consideraban una Nueva Cruzada cuando los bombarderos Stealth invadieron Irak por segunda vez en poco más de una década. Sin embargo, aunque la conmoción y el asombro elevaron la violencia militar a nuevos niveles de horror, desde mi punto de vista era simplemente el paso previsible en el plan de Washington de dominar a los guardianes de los depósitos de petróleo más grandes del mundo. Controlando o destruyendo, Saddam había parecido una consecuencia inevitable de mis propios éxitos en Arabia Saudita.

Durante la década de 1980, Washington apoyó la guerra de Saddam en Irán. Saddam no sólo constituía nuestro vehículo para vengarnos de los ayatollahs que habían derrocado al sha, asaltado nuestra embajada, humillado a los rehenes norteamericanos y expulsado a nuestras compañías petrolíferas, sino que se asentaba sobre las segundas reservas de petróleo más grandes del mundo. Bechtel le construyó plantas químicas que —lo sabíamos— iban a fabricar sarín y gas mostaza para matar iraníes, kurdos y rebeldes chiítas. Le suministramos aviones de combate, tanques y misiles y entrenamos a sus militares para que supieran manejarlos. Presionamos a los sauditas y kuwaitíes para que le prestaran 50.000 millones de dólares.

Al examinar los acontecimientos que se sucedieron en Irak, pensaba a menudo en las palabras del ingeniero iraní que nos escoltó a mí y a los otros dos empleados de MAIN de Kerman a Bandar-e Abbas. «Los iraníes no somos árabes, somos persas, arios —había dicho—. Los árabes nos amenazan. Estamos con ustedes al cien por cien.» Repentinamente se había dado la vuelta a la tortilla. Los iraníes eran ahora los malos y un árabe llamado Saddam era nuestro aliado.

Los ocho años de la guerra Irán-Irak fueron unos de los más largos, costosos y sangrientos de la historia moderna. Para cuando terminó en 1988, más de un millón de personas había perdido la vida. Pueblos, granjas y las economías de ambos países habían quedado devastados. Pero la

corporatocracia había obtenido otra victoria. Los proveedores y contratistas militares obtuvieron muy buenos frutos. Los precios del petróleo subieron. De principio a fin, los GE trataron de convencer a Saddam de que aceptara un acuerdo similar al que yo había ayudado a forjar con la Casa Saudita. Querían que se uniera al imperio.

Pero Saddam seguía negándose. Si hubiera aceptado, como los sauditas, habría recibido nuestras garantías de protección así como más plantas y armas químicas suministradas por Estados Unidos. Cuando resultó evidente que se había atrincherado en sus maneras independientes, Washington envió a sus chacales. Los asesinatos de hombres como Saddam tienen que contar por lo general con la connivencia de los guardaespaldas. En los casos que conocí personalmente —Roldós, de Ecuador, y Torrijos, de Panamá—, estaba seguro de que los guardaespaldas entrenados en la School of the Americas en Estados Unidos fueron sobornados para sabotear los aviones. Saddam conocía a los chacales y sus técnicas. Había sido entrenado por la CIA en la década de 1960 para asesinar a Qasim y había aprendido de nosotros, su aliado, durante la década de 1980. Escogía a sus hombres cuidadosamente. También contrataba dobles. Sus guardaespaldas no sabían nunca si le estaban protegiendo a él o a un actor.

Los chacales fallaron. Así que en 1991 Washington eligió la opción del último recurso. El primer presidente Bush envió al ejército estadounidense. La Casa Blanca no quería eliminar todavía a Saddam. Era su tipo de líder: un hombre fuerte que podía controlar a su gente y actuar como un elemento disuasivo contra Irán. El Pentágono supuso que si destruía su ejército, le castigaban a él; ahora se dejaría convencer. Los GE volvieron a visitarle en la década de 1990. No aceptó sus condiciones. Los chacales volvieron a fallar una vez más. El segundo presidente Bush desplegó el ejército. Saddam fue depuesto y ejecutado.

Nuestra segunda invasión de Irak envió la señal más fuerte posible a los militantes islámicos. Sabían que el 11-S era simplemente una justificación, que los secuestradores no estaban conectados con Saddam o Irak. También comprendieron que la Derecha Cristiana tenía una gran influencia en la política de Estados Unidos, se había alineado con el *lobby* israelí y estaba decidida a someter Oriente Medio y controlar los suministros de petróleo mundiales y las rutas de transporte.

La respuesta árabe era previsible. Desde los días del rey Ricardo Corazón de León a los del presidente Bush, los árabes habían dejado dos cosas muy claras. Querían: 1) que los europeos (y ahora los americanos)

permanecieran lejos, y 2) sus propias formas de gobierno, en su mayoría basadas en la ley islámica, más que nuestros conceptos de democracia secular.

Los habitantes de Oriente Medio no perdonaron nunca a Europa por haber impuesto fronteras arbitrarias en terrenos tribales y coronado «reyes» amigos de sus distantes regímenes. El resentimiento originado en la Edad Media fue creciendo con los siglos. Muchos árabes creían que el nuevo imperio surgido tras la Segunda Guerra Mundial y liderado por Estados Unidos tenía designios similares a los de las Cruzadas. Los más inteligentes de ellos, como Nesim, sospecharon desde el principio que Israel era algo más que un refugio para un pueblo sufriente. Cuando el primer ministro David Ben Gurion proclamó el nacimiento del nuevo Estado el 14 de mayo de 1948, Egipto, Siria, Jordania, Irak y Líbano atacaron inmediatamente. Durante los años que siguieron, la desconfianza musulmana parecía justificada por el apoyo absoluto de un país que, durante una sucesión de guerras, se iba apoderando cada vez de más territorio. Se indignaron por el trato que los GE hicimos con Arabia Saudita y por la occidentalización subsiguiente de ese país, sede de los lugares más sagrados del Islam. La invasión de Irak en 1991 y la prominente presencia militar de Estados Unidos que le sucedió apoyaban la teoría de que Occidente estaba continuando la tradición introducida por los fanáticos de la Europa medieval. La segunda invasión fue, para los musulmanes de Oriente Medio, una afrenta intolerable; confirió a los militantes árabes una nueva legitimidad; a los ojos de muchas personas de todo el mundo, se transformaron de la noche a la mañana de «terroristas» en «luchadores por la libertad», y quienes los veían bajo esta nueva luz no pertenecían únicamente al mundo musulmán.

Mi desesperación aumentaba a medida que pensaba en la escalada armamentística y sus implicaciones para Oriente Medio. El nuestro es un mundo erizado de armas como nunca lo había estado antes. La corporatocracia prospera en una economía que depende de la fabricación de equipamiento militar. Nuestras empresas de armas se hallan entre los negocios más rentables del mundo. Unidas a las de Reino Unido, Francia, Rusia y Brasil, sus ventas se aproximan a los 900.000 millones de dólares anuales. Los arsenales químicos, nucleares y biológicos actuales, junto con los más tradicionales, pueden estimular las economías; sin embargo, también fomentan el asesinato masivo. El consumo de armas ha alcanzado niveles de adicción global; el estatus político de un país suele medirse por

el tamaño de su arsenal de armas. La corporatocracia ha logrado vincular el negocio de venta de muerte con la diplomacia internacional. Ejemplo: Israel y Egipto reciben cada uno miles de millones de dólares al año de Washington porque participaron en los Acuerdos de Paz de Camp David de 1978; como parte de este acuerdo de «paz», deben destinar una gran parte del dinero que reciben a comprar armamento norteamericano.

La oscuridad envolvía mi avión y pensaba en el cambio geopolítico desde aquel viaje con Frank y James desde Kerman a Bandar-e Abbas. Viajamos por aquella antigua ruta caravanera del desierto cuando terminaba la guerra de Vietnam. Después de eso, Oriente Medio se convirtió en el principal mercado y campo de pruebas de la industria armamentística. Y más tarde, cuando cesó la Guerra Fría, los revolucionarios islámicos sustituyeron a los comunistas como justificación para intensificar la Máquina de Guerra. Un conocimiento rudimentario de la Historia hacía que todo esto —y las motivaciones comerciales subyacentes— resultara extremadamente obvio. Me preguntaba cómo tanta gente «culto» podía engañarse creyendo que las luchas actuales se entablaban para defender ideales nobles. Los GE y los magnates de los medios suministraban desinformación que traducía codicia y dominación por libertad y democracia. Servían magníficamente a la corporatocracia.

Para cuando mi avión aterrizó en Qatar, llevaba volando casi veinticuatro horas. Estaba agotado y tenía *jet lag*. Sin duda, no estaba preparado para el hombre con el que me iba a encontrar.

## Qatar y Dubai: Las Vegas en el país de los *mulás*

Desembarqué desorientado en la terminal de Qatar. Al mirar en derredor descubrí asombrado que aquel lugar se parecía más a un moderno centro comercial que a los aeropuertos de Oriente Medio de mi época de GE. Sólo la gente ofrecía un vínculo con el pasado, al menos unos cuantos de ellos, los hombres con las largas vestiduras tradicionales y los *kaffiyehs*, y las mujeres con sus *hijabs*.

Haciendo cola para comprar un helado, mantuve una conversación con un hombre vestido con vaqueros azules, polo y una americana de sport. Resultó ser un constructor de Los Ángeles. En respuesta a mi asombro ante el aeropuerto, dijo: «Mucha gente se fija sólo en la violencia de Oriente Medio. Sin embargo, está la otra cara. Puede verlo usted mismo en este aeropuerto, pero esto no es nada comparado con Dubai. La financiación de gran parte de esa violencia sale de los países de este lado del Golfo Pérsico, del Club de los Billonarios. Puro materialismo capitalista. Pura glotonería. —Esbozó una amplia sonrisa—. Gente como yo. Resulta que los musulmanes son como todo el mundo. Adoran los diamantes y el oro, y los Rolex y los Mercedes. Esos árabes pueden llenarse la boca hablando de vivir ascéticamente y seguir consignas de Alá como no cargar intereses a los préstamos o mantener veladas a sus mujeres y demás, pero mire a su

alrededor. Estoy completamente seguro de que no las cumplen».

Llegamos al mostrador. Insistió en invitarme al helado. Deambulamos por entre un mar de mesas que podrían ser las de una zona de comida de cualquier centro comercial de alto nivel de Estados Unidos, y tomamos asiento. Estaba impaciente por hablar. «Dubai es *el* lugar, la gran enchilada entre todos esos tacos —dijo rebañando con la lengua el borde del cucurucho del helado—. No hay nada en el mundo como esto. Los árabes están jugando a ser Alá, trayendo a centenares de miles de trabajadores y bulldozers superpotentes para excavar, drenar, embalsar o dragar el mar. Dubai está creciendo más rápido, más alto y más ancho que ningún otro país del mundo. Posee una pista de esquí cubierta de ochenta metros, el hotel más alto del mundo, y muy pronto tendrá el edificio más alto del mundo. —Ahora atacaba su cucurucho como si sus palabras le provocasen un frenesí devorador—. Imagine: Dubai acoge al mundo entero: centenares de islas artificiales, cada una en representación de un país o región, ocupando en conjunto ocho kilómetros por ocho en lo que antes era el Golfo Pérsico. El sueño húmedo de un constructor. —Terminó el helado y se limpió las manos en los tejanos—. ¿Cree usted que a esos chicos de Alá no les gustan el trago y las mujeres? Piénselo bien. En Dubai hay de todo: el mejor *scotch*, juego, mujeres, drogas y prostitución. Si tienes dinero, compras lo que quieras. Lo que sea.»

Mientras nuestro avión despegaba de Qatar, las estrellas iluminaban el Golfo Pérsico. Era una noche como la que viví en Bandar-e Abbas; me pregunté si aquel largo embarcadero donde me reuní con Nessim estaría todavía allí, en algún lugar por debajo del avión. Mirando en la oscuridad no se veía nada. Recordé que al final de mi etapa de GE el futuro político del presidente Carter giraba en torno a Irán. El sha —un hombre al que Nessim detestaba— había caído, la embajada de Estados Unidos estaba ocupada, los cincuenta y dos rehenes estaban en el centro de la escena y el presidente había tratado de impulsar sus decaídas encuestas declarando que cualquier intento por parte de los militantes por hacerse con el control del Golfo Pérsico sería interpretado como una agresión contra Estados Unidos. Un intento así, declaró, sería repelido mediante la fuerza militar si era necesario.

La amenaza de Carter no fue en vano. Envío a la Fuerza Delta a liberar a los rehenes. La maniobra resultó un trágico fracaso, pero entonces comprendí que la política general estadounidense en Oriente Medio —especialmente su apoyo a Israel y los acuerdos que éste había impulsado

con los cruciales gobiernos árabes de Arabia Saudita, Kuwait y Egipto— había logrado algo más vital incluso para los intereses de la corporatocracia. Aunque nuestras manifiestas políticas en Irán e Irak parecían confusas, de una manera más sutil nos habíamos ganado al mundo árabe una vez más. A Dubai le habíamos vendido «el mundo». Al igual que China, también Oriente Medio había comprado nuestra forma de materialismo.

El avión se inclinó de repente. Un puñado de luces apareció al otro lado de la ventanilla. ¡Bandar-e Abbas! Busqué aquel muelle. Entonces caí en la cuenta de que ese puñado de luces se hallaba en el oscuro extremo sur del Golfo y no donde se encontraba Bandar-e Abbas. Estaba viendo Dubai, un lugar que no hubiera podido ser detectado de noche desde un avión la última vez que visité la zona. Entonces era una ciudad soñolienta. Hoy era el centro comercial más grandioso del mundo, con un complejo de esquí, un casino y salas de espectáculos.

Estiré el cuello para abarcarlo en su totalidad, tratando de comprender la paradoja de ese invento de los árabes que habían adoptado las creencias tradicionales islámicas y construido una nueva Meca que remedaba la original. Allá abajo, un monumento al exceso que hubiese complacido a Cleopatra y al rey Tut. Pero, ¿y a Osama bin Laden?

Recordé el comentario que me hizo Jack Dauber, el presidente de MAIN, aquella noche en que su esposa y él me invitaron a cenar en el Hotel Intercontinental Indonesia, relativo a considerar el petróleo como el nuevo patrón para establecer la soberanía del dólar. Tenía razón. Luego se había vuelto hacia su esposa para comentar que «Estados Unidos está iniciando un nuevo periodo en la historia del mundo...». También en eso tenía razón. Pero ahora, un cuarto de siglo después, ese periodo ya estaba desvaneciéndose y algo totalmente nuevo emergía.



## En el abismo

Durante muchos años las políticas de la corporatocracia parecieron exitosas a los ojos de ejecutivos como Jack Dauber, de MAIN. Sin embargo, los acontecimientos que han tenido lugar después en Asia y Latinoamérica han demostrado que esas políticas eran un fracaso. Ellas provocaron la crisis económica de Asia de 1997 y empujaron a China al papel de líder global, al tiempo que la abrían a una orgía de glotonería materialista similar a la nuestra y ampliaban drásticamente la brecha entre los ricos y los pobres de Asia. En Latinoamérica, nuestras acciones relegaron a millones de hombres a unas vidas de indigencia, socavaron a unas clases medias en ciernes y finalmente potenciaron las revueltas indígenas y nacionalistas que auparon al poder a una nueva hornada de líderes contrarios a la corporatocracia.

Y sin embargo Washington negó toda culpabilidad en sus fracasos. Los periódicos, las revistas y las ondas se anegaron de noticias que acusaban de todos los problemas a funcionarios corruptos de gobiernos extranjeros, al fanatismo religioso y a los dictadores de izquierdas. La corporatocracia y sus agentes eran presentados como los buenos, empeñados en promover la democracia. Apenas se mencionaba que fuimos nosotros quienes corrompimos a esos funcionarios, que nuestras políticas represivas reforzaron a los fanáticos o que muchos de los líderes del Tercer Mundo a los que clasificábamos como «dictadores» habían sido en realidad elegidos democráticamente, muchas veces con mayorías de votos superiores a las de los presidentes estadounidenses. Mediante el esfuerzo concertado de

políticos, ejecutivos de empresas y la prensa cooperadora, el derrumbamiento de la política exterior norteamericana —al menos en Asia y Latinoamérica— fue ocultado a la mayoría de los ciudadanos.

Los fallos, sin embargo, fueron muy evidentes en Oriente Medio. Incluso antes de la invasión de Irak era evidente que la corporatocracia había perdido el control y que las estrategias de los GE habían fracasado. La violencia era desenfrenada y el antiamericanismo transparente. El esquema de Kermit Roosevelt falló cuando, en 1979, militantes nacionalistas destronaron al sha. El apoyo de Estados Unidos a Israel dejó a millones de palestinos sin hogar, generó una guerra interminable e irritó a los musulmanes de todos los continentes. Transformar Arabia Saudita en una cultura occidental en miniatura enfureció a los musulmanes conservadores. Árabes educados en Oxford y Harvard aprendieron a detectar los métodos utilizados para saquear su petróleo.

El 11 de septiembre de 2001, el sueño de la corporatocracia de adquirir petróleo mediante la connivencia de islamistas aliados y un ejército financiado por Estados Unidos destacado en Israel explotó como una horrible pesadilla.

La reacción de Washington tomó una dirección que puso al país en grave peligro. La intervención militar estadounidense en Afganistán puso en nuestra contra a un mundo que nos era favorable. La invasión de Irak lanzó el mensaje de que Estados Unidos estaba más interesado en asegurarse el suministro de petróleo que en capturar a Osama bin Laden. A largo plazo, inflamó a unas poblaciones islámicas que ya estaban furiosas, animó a millones a sumarse a las células terroristas, puso de manifiesto la vulnerabilidad del ejército estadounidense y hundió a Estados Unidos en el equivalente a una bancarrota. Las políticas post 11-S de hecho tan sólo fueron las últimas y más obvias meteduras de pata. Por cada acción que la corporatocracia había reclamado como una victoria —la entronización del sha en Irán, de la Casa Saudita, de las familias gobernantes de Kuwait y Jordania y de un dictador amigo en Egipto, así como el apoyo al ejército israelí— se produjeron pérdidas que las compensaron, tales como el ascenso de los ayatollahs, la popularidad de Al-Qaeda, la sustitución de gobiernos moderados por otros radicales, la santificación como héroes de los terroristas suicidas y una escalada del fanatismo.

El Líbano volvió a verse envuelto en una guerra, tal y como había ocurrido poco después de mi visita. Los disturbios comenzaron en febrero de 2005 cuando el antiguo primer ministro Rafia Hariri murió en un atentado por

coche bomba en Beirut. Su muerte desató la histeria y masivas protestas callejeras. El nuevo gobierno, elegido mediante elecciones democráticas, se demostró impotente para controlar a la facción más poderosa del país, Hezbollah, una organización chiíta cuyos miembros estaban considerados terroristas por Washington.

En el verano de 2006 Israel lanzó masivos ataques aéreos contra el Líbano que destrozaron parte de Beirut, mataron a civiles inocentes y cortaron la principal autopista hacia Siria. Aunque numerosos líderes mundiales condenaron esa invasión como un intento irresponsable de barrer al nuevo gobierno, Washington defendió las acciones de Israel. Estados Unidos fue nuevamente criticado por situar sus intereses petroleros y comerciales por encima de la paz mundial y la estabilidad en Oriente Medio.

Los observadores políticos continúan maravillándose de la intransigencia de quienes ejecutan la política estadounidense, especialmente a la vista de errores similares durante la guerra de Vietnam. Los norvietnamitas demostraron que el ejército técnicamente más avanzado y mejor financiado del mundo no era invencible. ¿Por qué, un cuarto de siglo después, les resultaba tan difícil comprenderlo a la Casa Blanca, el Congreso y el Pentágono? ¿Por qué tantos líderes experimentados se equivocaron tan terriblemente?

Quizá la respuesta resida en el hecho de que la corporatocracia obtuvo beneficios inmensos a pesar de los errores de cálculo; o bien, dirán algunos, justamente gracias a ellos. La Máquina de Guerra fue un éxito financiero incluso cuando fracasó militarmente; los suministradores estadounidenses obtuvieron pingües beneficios en Vietnam, Afganistán e Irak, así como en otros lugares donde hubiese conflictos armados. Para las familias de los caídos y para Estados Unidos en su totalidad, el coste de esas guerras fue escandalosamente alto. Para la corporatocracia, la recompensa fue astronómica.

Las consecuencias de los errores en Irak son mucho más serias para el futuro de nuestro país que los de Vietnam. Pese a los esfuerzos de Washington por convencernos de que el efecto dominó era una amenaza global, Vietnam fue esencialmente un conflicto regional. Por el contrario, la guerra de Irak, combinada con el antagonismo en toda la zona, es un choque de ideologías. No solamente enfrenta al cristianismo y al judaísmo contra el Islam, sino que además es un referéndum sobre la verdadera significación del materialismo consumista.

Puede parecer que la corporatocracia está ganando ese referéndum en

lugares como Dubai. Pero si vemos en la televisión los canales de noticias de Irán, Irak, Egipto, Líbano, Israel y Siria, comprenderemos que Dubai es una anomalía, el espejismo de un oasis en el desierto. Cuando nos acercamos al final de la primera década del siglo XXI, la única conclusión es que la corporatocracia nos ha conducido hacia un abismo de proporciones históricas.

Y en ningún lugar ese abismo es más profundo que en África.

# África

41

## Los conquistadores modernos

«Si alguna vez piensa tener hijos, y quiere que tengan unas vidas prósperas, será mejor que se asegure de que controlamos el continente africano.»

Este consejo de George Rich me ayudó a ponerme en paz conmigo mismo y a tolerar a los demás asesores norteamericanos con los que compartí casa en Alejandría durante el verano de 1974. Su sombra me había seguido desde El Cairo hasta Gaza; ahora se cernía sobre el funcionario del gobierno egipcio sentado a la enorme mesa de cedro que acaso resultaba excesivamente elegante para el comedor de la casa que alquilamos. Una gigantesca residencia que remitía a una época pasada, pues había sido construida por un comerciante inglés que amasó una fortuna enviando a museos europeos marfil africano, momias y joyas robadas en tumbas antiguas.

—La Historia demuestra que Egipto es la cabeza de un perro cuyo cuerpo es África —dijo el funcionario con una sonrisa de suficiencia. Sus ojos dieron la vuelta a la mesa para abarcarnos a todos: diez ciudadanos estadounidenses venidos a desarrollar sistemas de alcantarillado, agua y demás infraestructuras. Dio un golpe en la mesa con un puño—. Pónganle fácil a nuestro presidente, el honorable Anuar el Sadat, el poder abrazar a América, y el resto del continente le seguirá. —Hizo una pausa y les dijo con una seña a los camareros que sirvieran el almuerzo.

—Nosotros somos la caballería —murmuró un ingeniero civil de Colorado— que llega justo a tiempo para salvar el fuerte.

—Confiemos en no ser Custer —bromeó alguien. La salida provocó una carcajada general.

Convencernos de que Egipto era la punta de lanza para el desarrollo del resto del continente africano se había convertido en un ejercicio nocturno. Los asesores norteamericanos nos enorgullecíamos de nuestra sofisticación y de nuestra habilidad para cuantificar y reducir complejos problemas que podíamos resumir en tablas y gráficos. Muchos eran doctores y el resto poseía diversos tipos de grados avanzados, excepto yo, un mero licenciado lo bastante sabio como para guardar silencio a este respecto. Todos éramos grandes cerebros pero, y esto es típico de los expertos en desarrollo, empleábamos una inusual cantidad de tiempo en convencernos a nosotros mismos de que nuestro trabajo en Alejandría generaría una nueva época en todo el continente y que al inicio del tercer milenio los peores problemas de África serían reliquias del pasado.

Para la mayor parte del equipo, como para la mayoría de los norteamericanos, ésa era una venta fácil. Siguiendo el ejemplo de imperios precedentes, esos conquistadores modernos se habían comprometido a transformar sociedades atrasadas en pálidas réplicas de las suyas. Los salvajes podían ser salvados sólo si se convertían al catolicismo, o, en términos contemporáneos, a la democracia, plegándose al liderazgo ilustrado de un César o un rey, o de un presidente de Estados Unidos.

Aunque traté de adaptarme, cada vez me volvía más cínico. Quizá debido a que ya había escuchado esos argumentos en Indonesia, Irán, Colombia o Egipto, me parecían llevar las connotaciones religiosas de mi educación calvinista; oía los sermones puritanos del reverendo Cotton Mather, de Nueva Inglaterra. Pero ¿podía creer realmente que los fuegos del infierno devorarían a quien se pusiera de parte de la Unión Soviética? ¿Estaría san Pedro esperando sonriente a las puertas del cielo para recibir con los brazos abiertos a los capitalistas? E incluso si alguien lograra convencerme para decir «sí», ¿podíamos excluirnos nosotros de esos fuegos? ¿Mediante qué acrobacia de la imaginación podría aparecer el American Way como un capitalismo de libre mercado? Todo lo que yo veía indicaba que el empresario de provincias estaba destinado a la extinción para ser reemplazado por el predador en lo alto de la cadena alimentaria, las grandes corporaciones. Parecíamos decididos a retroceder a los trusts monopolísticos de finales del siglo XIX. Y en esta ocasión estaba ocurriendo a escala global.

En cuyo caso, ¿qué estaba haciendo yo? Me hacía esta pregunta todas las

noches. Pensé en mi viaje a Oriente Medio, en aquellos pocos días en Beirut, en Marlon Brando y el tour con Smiley por los campos de refugiados, en las imágenes, olores, texturas, sabores y sonidos. Hacía menos de cuatro años de aquello y sin embargo parecía que había pasado toda una vida. Después de cenar a menudo me acercaba hasta el mar, apenas a unas manzanas de nuestra mansión. Las negras olas estrellándose contra el malecón me llevaban a épocas primitivas, a Cleopatra y Antonio, los faraones, los reyes y reinas que erigieron las pirámides, Moisés... Miraba por encima del agua hacia Italia y en dirección este hacia Grecia, y más lejos aún, hacia la tierra de los fenicios, el actual Líbano.

Aquellas reflexiones sobre los viejos imperios me proporcionaban una curiosa sensación de confort. La Historia era un decorado de conquista y brutalidad en el que los humanos se las han ido apañando. El sonido de las olas apaciguaba mi alma atormentada. George Rich se me aparecía señalando el mapa iluminado en la sala de juntas de MAIN; lo único importante era el futuro del niño que algún día saldría de mis entrañas. Por el bien de él o ella debíamos controlar África y Oriente Medio. Saber que mi progenie dependía de ello fue lo que me hizo seguir adelante. Eso y, por supuesto, el hecho de que estaba viviendo una aventura, visitando partes del globo con las que antes sólo había soñado, y todo ello a costa de una cuenta de gastos muy generosa.

A veces, durante aquellas noches ante el Mediterráneo, me volvía a mirar las luces de Alejandría y podía ver detrás de ellas la gran extensión de África. La imaginaba como la tierra de pesadilla reflejada por Conrad en *El corazón de las tinieblas*, un lugar siniestro y ominoso en el que los seres humanos eran una amenaza mutua en formas espantosas. La violencia de África era, desde mi punto de vista, más horrenda que la violencia de otros continentes, y sus horrores, más horribles.

Aunque yo había vivido en el Amazonas, sentía que el Congo era diferente, y esa diferencia definía a África en su totalidad. De joven me gustaban los libros de Tarzán; su jungla había sido mi paraíso. Más tarde, cuando viajé como GE y empecé a comprender la verdad de la historia moderna, el hogar de Tarzán se deterioró en mi mente. ¿Dónde estaba el héroe de Edgar Rice Burroughs cuando llegaron los esclavos? El Amazonas pasó a ser una selva vibrante y el Congo una malévolamente ciénaga.

Había visitado los barrios pobres de Latinoamérica, Asia y Oriente Medio; había visto el Museo de la Inquisición de Lima y las fotografías de guerreros apaches encadenados en las mazmorras del ejército de Estados

Unidos; conocía la violencia de la milicia de Suharto y de la policía secreta del sha, la SAVAK; sin embargo, en mi opinión, nada de ello era comparable a África. Lo que no había visto me lo imaginaba, y mis visiones incluían hombres inocentes, mujeres y niños cazados con redes, izados gritando a bordo de barcos esclavistas, apilados unos encima de otros, vomitando, defecando y pudriéndose, empujados hasta los barracones de subastas, sudando, sangrando o muriendo mientras en África sus tierras, sus familias y animales eran arrasados por «civilizados» europeos. Todo ello para que mis antepasados pudiesen pavonearse en sus trajes de algodón. Pensaba en esas cosas a menudo. Entonces, una tarde conocí a un hombre y a una mujer que habían huido de su casa en Sudán. Escuchar su sobrecogedora historia me obligó a admitir que yo estaba repitiendo los pecados de otros esclavistas.



## Sentado en el regazo de América

Estaba en el malecón, viendo a unos pescadores desembarcar sus capturas, cuando se me acercaron. Intercambiamos sonrisas. El hombre dijo:

—Hola, ¿cómo está? ¿Habla usted inglés? —No era un hecho infrecuente entonces. La gente entablaba a menudo una conversación informal conmigo por curiosidad, y por practicar su inglés.

—Sí —contesté—. Soy norteamericano. Mi nombre es John. ¿Cómo se llama usted?

—Mi nombre, en inglés, es Sammy. Ésta es mi hermana Samantha. Les invité a un café y hablamos durante unas horas. Me contaron que eran de Sudán.

—El norte es musulmán —me explicó Sammy—. Donde nosotros vivimos, en el sur, es muy diferente. —No quiso entrar en detalle, pero yo sabía que aquéllas eran tierras tribales.

—¿Son ustedes musulmanes? —pregunté.

—Somos practicantes —contestó.

Aunque entonces no abundé, en los días siguientes, mientras me acompañaban a visitar Alejandría, me contaron que sus paisanos adoraban a «los espíritus de la tierra». Habían venido a Alejandría después de que su padre fuese asesinado y su madre secuestrada por gente del norte para venderla en los mercados de esclavas sexuales.

—Nosotros habíamos ido a buscar agua —contó Sammy—. Oímos gritar a mi madre y nos escondimos entre unas rocas.

—Yo estaba muy asustada —dijo Samantha escondiendo silenciosamente

el rostro entre las manos.

Encontraron la pequeña suma de dinero que sus padres habían ocultado y se trasladaron a Alejandría, donde según ellos estaban más a salvo que en El Cairo y donde unos parientes lejanos les ofrecieron cobijo. Se convirtieron al islamismo, aunque reconocían que continuaban rezando a los dioses de la naturaleza de sus antepasados. A través de su tío entraron en contacto con una pareja inglesa que dirigía una pequeña escuela para huérfanos y donde les daban habitación, comida y educación a cambio de trabajos de mantenimiento de la escuela.

Tras aquel primer encuentro pasamos mucho tiempo juntos. Nos encontrábamos a última hora de la tarde, cuando ellos habían terminado su trabajo. Les invitaba a café y a veces a cenar. Ellos me enseñaron los mercados, museos y galerías mencionados en las guías, así como los restaurantes sudaneses y algunas zonas de la ciudad que los extranjeros no visitan nunca. A pesar de las penalidades que habían pasado, eran cálidos y acogedores.

Sammy y Samantha me proporcionaron un alivio frente a las bromas autocomplacientes de mis compañeros asesores. Dada la naturaleza de mi trabajo, siempre podía justificar el tiempo pasado con ellos aduciendo que estaba reuniendo información que podría usar en el informe que finalmente habría de redactar. Al cabo de un tiempo me convencí de que estaba enamorándome de Samantha. Fantaseaba imaginando que me casaba con esa belleza africana y que me los llevaba a los dos conmigo a Estados Unidos. Me divertía imaginando la reacción de mis padres cuando apareciese con una joven dama sudanesa cogida del brazo. Cuando le mencioné a Sammy la idea de vivir en Estados Unidos, esperaba que reaccionase con entusiasmo. En lugar de ello, me lanzó una mirada de angustia.

—Somos africanos —dijo—. Tenemos que volver a Sudán y ayudar a nuestra gente.

—¿Cómo? ¿Y qué vais a hacer?

—Luchar por la independencia.

—Pero Sudán se independizó en 1956.

—No existe Sudán. Somos dos países y no el que inventaron los ingleses y los egipcios.

—¿El norte musulmán y el sur?

—Sí. El norte forma parte de Oriente Medio. El sur es África.

Esto me dio una perspectiva diferente a la de George Rich. Egipto era una cosa; Sudán, otra muy diferente. Estaba asombrado de no haberlo

considerado así antes.

—¿Y qué ocurre con Egipto? —pregunté—. ¿Es Oriente Medio o África?

—Ni una cosa ni otra.

—¿Entonces?

—¿Sabe que este país no ha tenido nunca un líder nacido en Egipto desde la muerte del faraón Nectanebo, unos trescientos años antes de la era de su Cristo, hasta ahora, en este siglo?

Me confesé desconcertado.

—En ese caso, ¿dónde está Egipto?

—Egipto solía estar con Europa.

—¿Y ahora?

—Ahora está en el regazo de América.

## Ha nacido un chacal

Jack Corbin era un adolescente residente en Beirut cuando visité por vez primera esa ciudad en 1971. Cuando llegué a Alejandría unos cuatro años más tarde se había vuelto un joven inquieto; a los diecinueve años planeaba abandonar a su familia y su país. Había soñado con África la mayor parte de su vida. La decisión de cumplir su sueño le iba a cambiar la vida para siempre. Le iba a convertir en un chacal. Entre sus muchas misiones: el asesinato del presidente de uno de los países más estratégicos del continente. Ello creó una amistad entre Jack y yo que iba a durar años.

Hijo de un empresario americano, Jack creció con la violencia. Sus camaradas y él pasaron muchas tardes sentados en la tapia de un suburbio que dominaba una parte de Beirut observando las escenas de la vida diaria que tenían lugar a lo lejos. A diferencia de los hechos cotidianos de las vidas de otros muchachos, dichas escenas eran con frecuencia mortales. Una tarde contemplaron mediante unos potentes prismáticos a tres hombres golpear a un cuarto y arrojar su cuerpo exánime en la trasera de un *pickup*. En otra ocasión presenciaron la violación de una madre en presencia de su hijo pequeño; después, otro hombre surgió de entre unos arbustos e hizo entrar a los otros dos en una casa cercana.

Tuvo lugar un alto el fuego. Jack y uno de sus amigos se aventuraron a adentrarse en la ciudad para ir al cine. Al salir del local se produjo un tiroteo. El alto el fuego había terminado. Un Mercedes negro pasó a toda velocidad, frenó, retrocedió y volvió a parar. Bajaron tres hombres blandiendo fusiles AK-47.

Empujaron a Jack y su amigo con los fusiles y les insultaron en árabe. Les hicieron subir en el asiento trasero del coche negro, les acusaron de espiar para Israel, les golpearon con una pistola y les anunciaron que los asesinarían antes del anochecer. El Mercedes recorrió a toda velocidad las calles de los suburbios árabes —partes de la ciudad que estaban fuera de los límites de la gente como Jack—, y luego los entregaron a un tipo tranquilamente sentado detrás de una mesa.

«Gracias a Dios, era de la OLP y no de las milicias radicales —me contó Jack—. Le enseñé las entradas del cine. No sé por qué me las había guardado en el bolsillo. Él riñó a sus hombres, les acusó de haber quedado como unos tontos y les ordenó que nos escoltaran de vuelta.»

Esa experiencia convenció a Jack para abandonar la ciudad. Sin embargo, se precipitó a la guerra, en lugar de alejarse de ella. «Aprendí que podía controlar la violencia —me confesó—. Los secuestradores no me asustaron; me cabrearon; me dispararon la adrenalina.» Se marchó a África.

«El continente era un barril de pólvora, la clase de sitio donde un chico como yo podía ganar dinero de verdad, y divertirse un poco.» Jack y yo estábamos en un restaurante irlandés de South Florida. Era el año 2005. Aunque esas fechas y lugares parecen distantes, el hecho de que Jack acabase de regresar de Irak, donde había cumplido una misión que el ejército estadounidense tenía prohibido realizar por sí mismo, le confería a nuestra discusión una perspectiva contemporánea. «Yo estaba informado, hablaba con mercenarios que pasaban por Beirut y leía las revistas *Time* de mi padre. Sabía lo que estaba ocurriendo. En 1974 Portugal hizo algo que cambió la historia de África. Abrió una puerta enorme y yo me colé dentro.»

Yo había viajado a la vecina España poco después de que una insurrección derribase en Portugal una dictadura amiga de Estados Unidos. Las pérdidas económicas y militares que acompañaron a las guerras de independencia de las colonias africanas de Portugal, la prolongada enfermedad de Antonio Salazar, un viejo dictador colaborador de la corporatocracia, y el golpe llevado a cabo por disidentes dentro del propio ejército y que depuso al sucesor de Salazar, Marcelo Caetano, habían puesto al antiguo aliado en la senda del socialismo. Fue un fallo de los gánsteres económicos que provocó una gran preocupación y que me obligó a hacer un viaje para recoger datos.

«Después de la Revolución de los Claveles —dijo Jack con una mueca—, Lisboa liberó de inmediato sus colonias africanas. Todas. De repente y sin

previo aviso. Se llevó a casa las tropas. Centenares de miles de ciudadanos portugueses que habían vivido durante generaciones en esas colonias perdieron sus tierras, negocios, todo. Tuvieron que huir para salvar sus vidas, la mayoría a Sudáfrica, Rodesia, Brasil o de vuelta a Portugal. Las antiguas colonias habían obtenido lo que querían, la libertad, pero fueron dejadas a la deriva. Por desgracia que los soviéticos dieron un paso adelante para tapar la brecha. Era sólo cuestión de días que los preciosos recursos de gas y petróleo cayeran del lado comunista. Después, la guerra de liberación contra la Rodesia de Ian Smith estalló con fuerza.»

Al igual que Jack, yo vi esa época como una oportunidad para avanzar en mi profesión. Él, por la senda del chacal; yo, por la del GE. Recordé cómo la marcha hacia el imperio redoblaba el paso en lugares como Indonesia, Irán y la mayor parte de Latinoamérica, pero encontraba graves obstáculos en Vietnam, donde las fuerzas estadounidenses y survietnamitas se batían en retirada, y en Camboya y Laos, donde los Jémeres Rojos y el Pathet Lao estaban ganando el control. Hasta 1974 África había sido la gran desconocida. Los movimientos independentistas estaban en ascenso; sin embargo, muchas veces estaban divididos respecto a dónde ir en busca de ayuda. Muchos de sus líderes eran reticentes a abrazar el comunismo y enfrentarse a Occidente. Los GE estaban evaluando nuestras opciones y maniobrando para ganar posiciones. MAIN tenía cabezas de puente en Zaire, Liberia, Chad, Egipto y Sudáfrica (aunque en esta última manteníamos un perfil bajo debido al crecimiento de los sentimientos anti apartheid). Nuestros agentes trabajaban diligentemente en Nigeria y Kenia. Yo acababa de completar un estudio acerca de la viabilidad de erigir una gran presa en el Congo y utilizarla para producir electricidad que potenciara las operaciones mineras y los parques industriales en toda África central.

La precipitada decisión de Portugal de liberar sus colonias lo cambió todo. Desequilibró la balanza de poder y puso en ebullición al Pentágono y al Departamento de Estado. Los acalorados debates sobre las posibles vías de acción provocaron conflictos entre sus líderes, especialmente los secretarios de Estado, William Rogers (1969-1973) y Henry Kissinger (1974-1977), y de Defensa, Melvin Laird (1969-1973), Elliot Richardson (1973), James Schlesinger (1973-1975) y Donald Rumsfeld (1975-1977). Las débiles presidencias de Nixon, ésta atascada en el escándalo Watergate, y de Ford, que heredó el cargo por defecto y no mediante elección, aumentaron el caos. Washington fue incapaz de alcanzar un consenso acerca

de cómo responder.

Para los africanos la situación carecía de precedentes y era caótica. Siglos de enfrentamientos entre europeos por el poder les habían dejado con países artificiales y unas fronteras que convenían a los poderes extranjeros en lugar de marcar las diferencias culturales. Sus dirigentes coloniales no habían hecho nada para ayudarles a institucionalizar el gobierno y los sectores comerciales. No estaban apenas preparados para asumir las responsabilidades de la independencia pero sí maduros para ser explotados por cualquiera que pudiese moverse con rapidez para llenar el vacío.

«Permitimos que viniesen los soviéticos con gran éxito —dijo Jack mirándome con disgusto—. Incluso China se nos adelantó. Moscú apoyó a Mozambique, un semillero de terrorismo marxista; entrenó a millares de activistas del Ejército de Liberación Nacional Africano de Zimbabwe y los envió a montones a asesinar granjeros de Rodesia, lo mismo blancos que negros. Zambia se subió al tren de Mao y se convirtió en una base para los raids contra Rodesia. En mi opinión, ese pequeño país estaba desamparado y necesitaba ayuda. Aterricé en Rodesia e ingresé en su ejército.»

Jack siempre había sostenido que Rodesia, a diferencia de Sudáfrica, «nunca había sido un propagador del maldito apartheid». La guerra a la que se sumó no era, argüía, de blancos contra negros; era una guerra de supervivencia, emprendida contra los vecinos que habían caído bajo la influencia soviética.

Una vez allí las conclusiones que había sacado de sí mismo al ser secuestrado por la OLP en Beirut se confirmaron. «Descubrí que tenía un talento natural para ser soldado. Entré en los Comandos de la Infantería Ligera de Rodesia y más tarde pasé la selección para el Servicio Especial Aéreo, una fuerza de elite. El entrenamiento fue riguroso; y los cometidos, aún más. Una vez, después de volar unos puentes tuvimos que correr durante tres semanas para salvar la vida, eludiendo a miles de tropas enemigas. Hacíamos veinticinco kilómetros diarios por las montañas, tendiéndoles trampas para luego seguir moviéndonos. En ningún momento tuvimos cobertura y casi nos morimos de sed.»

Recordaba su primer muerto. «Un asiático surgió de unos matorrales disparando contra mí. Disparé un solo tiro que le voló la cara. Aquella noche me preocupé por su familia. Pero a la vez siguiente sólo vi un enemigo, un hombre que quería matarme a mí. Como cualquier otra cosa, matar se vuelve más fácil cuanto más lo haces.»

Cuando se acabó su tiempo en el ejército de Rodesia, Jack se hizo

mercenario. «Había oportunidades por todas partes. En 1979, al menos seis países africanos estaban inmersos en “luchas de liberación”. Sudáfrica, Angola, África Occidental, Zambia, Mozambique y Rodesia.»

Se dirigió a Sudáfrica y fue contratado por otro compañero chacal para una de las más peligrosas operaciones de su vida: una misión que dice mucho acerca de las actividades ilícitas del gobierno de Estados Unidos y que pocos de sus ciudadanos comprenden. Fue enviado a asesinar a un hombre que se había ganado poderosos enemigos en Washington y Londres.



## La «no gente» de Diego García

La determinación de controlar los recursos africanos se hizo más urgente debido al embargo de petróleo de la OPEP de principios de la década de 1970 y las debacles militares en el Sudeste asiático. Los ejecutivos corporativos y sus *lobbies* acudieron en tropel a Washington. Se aprovecharon de la confusión de las administraciones de Nixon y Ford, y de la preocupación de Carter con Irán, para exigir leyes internacionales que les garantizaran lo que ya era una explotación sin trabas de las reservas, especialmente de petróleo. Los ejecutivos insistían asimismo en una presencia militar extremadamente potente, que dejase establecida la hegemonía norteamericana, protegiese las autopistas navales y pudiese ser utilizada para reforzar a los líderes africanos que colaborasen con la corporatocracia contra los deseos de sus pueblos.

Los éxitos de chinos y soviéticos en África reforzaron los argumentos a favor de una poderosa respuesta militar estadounidense. La prensa inflamaba al público con artículos acerca de las nefastas consecuencias de las incursiones comunistas en África y de los planes de Moscú y Pekín para acumular tropas secretas con las que invadir países aliados de Washington. Las cadenas de televisión lanzaban imágenes de guerrillas cubanas endurecidas en la selva y entrenando a «terroristas» africanos. Corrieron rumores de que Castro había enviado al infame Che Guevara para lanzar ataques masivos contra operaciones mineras norteamericanas.

La presión sobre Washington era inmensa. El cierre del canal de Suez y la introducción de superpetroleros reforzó la necesidad de una «fortaleza»

para proteger las autopistas navales que recorrían los puertos del mar Rojo, el Golfo Pérsico y el mar Árabe hasta el océano Índico, rodeando África por el sur en torno al cabo de Buena Esperanza camino del Atlántico. Los políticos se subieron al carro. Los programas sociales entraron en vía muerta y el dinero fue desviado hacia el Pentágono. Se tomó la decisión de construir una fortaleza —una base aérea equipada con cabezas nucleares— en la isla de Aldabra, en la costa este de África.

«Vendría a reforzar Simon's Town, la instalación naval sudafricana cercana al cabo de Buena Esperanza —explicó Jack—. Los submarinos nucleares americanos utilizaban Simon's, lejos de miradas indiscretas, para reponerse antes de regresar a sus largas y solitarias patrullas en el Atlántico Sur y el océano Índico. Una base aérea al norte de Madagascar era el complemento perfecto para Simon's.»

No obstante, una vez que el proyecto empezó a cobrar forma, los planificadores descubrieron que Aldabra era el lugar de reproducción de unas raras tortugas gigantes. Temiendo una publicidad adversa por parte del creciente movimiento ecologista, Washington reorientó sus esfuerzos hacia la cercana Diego García, el atolón más grande de la cadena de las Chagos y perteneciente a la isla Mauricio, que entonces era territorio británico. Aunque no había tortugas amenazadas en Diego García, allí vivían 1.800 personas, en su mayoría descendientes de esclavos africanos.

«Era inaceptable —me dijo Jack— que hubiese habitantes en un atolón llamado a ser una base militar estadounidense de última generación.»

Según un acuerdo negociado en 1970 por gánsteres económicos y con la intervención de agentes de inteligencia estadounidenses y británicos, Londres obligó a los residentes de Diego García a abandonar sus hogares. Se hizo todo lo posible por mantener el secreto. De acuerdo con la BBC:

Políticos, diplomáticos y funcionarios británicos empezaron una campaña —según sus propias palabras— «para mantener la pretensión de que no había habitantes permanentes» en las islas. Esto era vital porque los residentes auténticos tendrían que ser reconocidos como gente «cuyos derechos democráticos debían ser salvaguardados» [...] Por lo tanto, los habitantes se convirtieron en no personas.<sup>35</sup>

Muchos isleños fueron trasladados a las cercanas Seychelles. Inglaterra alquiló la «deshabitada» isla de Diego García al gobierno estadounidense. A cambio, Washington ofreció a los británicos una ayuda de 11 millones de

dólares en tecnología para los submarinos nucleares Polaris. Las vidas de los habitantes de las islas y sus hogares fueron evaluados en 600 dólares por cabeza.

El Pentágono se apresuró a construir la base militar. Desarrollada para albergar a los B-52 y más tarde a los B-2 (Stealth), los bombarderos pesados indetectables por el radar, iba a desempeñar un papel clave en la construcción del imperio norteamericano al servir como escala durante las incursiones contra Oriente Medio, India y Afganistán, así como África.

Pese a su importancia estratégica, Diego García mantuvo un perfil bajo, con una presencia estadounidense relativamente desconocida en la costa de África. Poca gente es consciente de que la protección fue la justificación para uno de los intentos de asesinato más escandalosos de los perpetrados por los chacales amparados por la CIA.

El 29 de junio de 1976 James Mancham se convirtió en el primer presidente de las Seychelles democráticamente elegido tras la independencia. Su primer contacto con Washington y Londres tuvo lugar por medio de Sudáfrica, un fiel aliado de la corporatocracia. Gracias a los sudafricanos, Mancham dejó claro su apoyo al acuerdo sobre Diego García; ofreció absorber discretamente a los isleños desplazados y dio por descontado que él y sus compinches obtendrían beneficios personales de la cercana base militar. De paso, también suscitó la ira de muchos de sus compatriotas.

Los ciudadanos de las Seychelles concedían un gran valor a su nacionalismo de nuevo cuño. Ese sentimiento de orgullo provocó una reacción en contra de Mancham. Además de ofenderles su deferencia hacia Estados Unidos y Reino Unido, a los isleños les repugnaba el papel desempeñado por su gobierno al obligar a sus vecinos a abandonar sus tierras, y además no veían bien la llegada de gente que amenazaba con disputarles el trabajo y perturbar los modelos sociales establecidos. Mientras Mancham estaba de visita en Londres en 1977, el primer ministro France-Albert René decidió pasar a la acción. Su golpe de Estado incruento derribó al presidente. A continuación se embarcó en un programa descrito por la BBC como «dirigido a ofrecer a los pobres un mayor porcentaje de la riqueza del país».<sup>36</sup> También defendió que a los habitantes de Diego García les fuese permitido regresar a sus tierras y manifestó sus objeciones a una base militar norteamericana en el patio trasero de África.

En Washington se desató un frenesí que se mantuvo oculto a los votantes. Mientras Jack Corbin seguía afilando sus garras en Rodesia, la corporatocracia conspiraba contra René.

Fui incorporado al plan como el equivalente de Jack pero en GE, listo para entrar en acción una vez que nuestros jefes decidieran qué camino tomar: subterfugio o asesinato. Aunque al final, y a diferencia de Jack, no se me pidió que actuara contra René, mantuve unas conversaciones que revelan hasta qué punto estaba dispuesto a degradarse el gobierno estadounidense para mantener su base de poder.

## Asesinar a un presidente

Jack Corbin seguía el trastorno desde Rodesia. El general Chuck Noble y sus amigos, en lo que Eisenhower definió como el complejo militar-industrial, lo contemplaban desde Washington.

«Esa cháchara de René acerca de ayudar a los indigentes es una sandez», dijo Chuck. El antiguo general en jefe del Comando de Ingenieros Militares de los Estados Unidos en Vietnam había disfrutado de un ascenso meteórico en MAIN —de director de proyectos a vicepresidente y aparente heredero del director ejecutivo, Mac Hall— en dos fulgurantes años. Pese a mis antecedentes de haberme librado del ejército ingresando en los Cuerpos de Paz, me había puesto bajo su protección. Yo estaba seguro de que él había visto mi ficha de reclutamiento en la Agencia de Seguridad Nacional, pero me tenía por un GE leal. Siempre que viajábamos juntos a Washington me invitaba a alojarme en el elegante Army & Navy Club. Y aquélla fue una de esas veces. Estábamos cenando en el comedor con otros dos generales y un almirante retirados, todos ellos empleados en firmas que realizaban operaciones para la corporatocracia.

«René es un pelele de los soviéticos —prosiguió Chuck—. Tiene una misión. Echarnos a patadas de Diego García y entregársela a los rusos. Después invitará a los cubanos y muy pronto el maldito continente entero se habrá vuelto rojo.»

Los cuatro militares me interrogaron extensamente acerca de mis éxitos no violentos en lugares como Indonesia y Arabia Saudita. Yo estaba impresionado por el pragmatismo de aquellos militares. A diferencia de

muchos políticos, parecían desear evitar la guerra si era posible. Aunque el final de la década de 1970 fue una época en que los golpes políticos y los asesinatos parecían armas de la Guerra Fría aceptadas, los altos mandos de las fuerzas armadas parecían más inclinados a aceptar la ley que sus homólogos en el Congreso y la Casa Blanca. Quizá sabían por experiencia que la violencia engendra violencia; posiblemente temieran que tolerar esos actos en otros países pudiese conducir a estrategias similares en el suyo que pudieran volverse contra ellos; o quizá en lo profundo de sus conciencias recordasen su voto de defender la democracia.

El almirante observó que René parecía decidido a «seguir los pasos de Allende y Prat». \*[2]<sup>37</sup>

Los tres militares le miraron con dureza. «No vayamos por ahí», murmuró uno de ellos. La conversación volvió a los planteamientos que podrían adoptarse para atraer a René a nuestro bando. Se me dijo que estuviera preparado para viajar a las Seychelles en cuanto me avisaran.

Uno de los generales asignó a un protegido, joven y atractivo, la tarea de entablar una relación con la esposa de un alto diplomático de las Seychelles. El general había observado durante los cócteles que ella, en la mitad de la treintena, parecía aburrirse con un marido que casi la doblaba en edad. El sexo como instrumento de espionaje no se limita a profesionales como las geishas que yo había conocido en Yakarta. Según mi experiencia se utiliza con asombrosos resultados por una gran variedad de hombres y mujeres que trabajan para la construcción del imperio. Al calor de la pasión se hacen confidencias. Un truco utilizado por los GE es apelar al amor (o al sexo) como excusa para suplicar una información confidencial que impulsará su carrera «oficial». «Sólo necesito un poco de información para ser ascendido», dice el guión, o bien, más desesperado: «Temo que voy a perder mi empleo si no encuentro la manera de ayudar a que mi jefe se entere de algo, aunque sea un cotilleo acerca de...». Cuando falla todo lo demás, el chantaje suele dar resultados; aunque las esposas quizá no tengan acceso a las cantidades de dinero que se consideran necesarias para pagar una extorsión, casi siempre pueden ofrecer información.

Mi primera reunión con los generales y el almirante fue seguida de otras en Washington y Boston. Aunque las personas cambiaban a veces, el perfil de los asistentes era el mismo: influyentes militares retirados ocupando o supliendo a altos cargos en las corporaciones. Chuck asistió a varias de ellas, pero siempre dispuesto a delegar, muchas veces me dejaba que actuara por mí mismo.

El general con aquel atractivo protegido mantenía una vieja relación con Diego García y abría muchas de las reuniones. Informaba de que su protegido estaba haciendo progresos, aunque no tan rápidos como se esperaba. «Dice que ella está caliente como una gata en celo, pero que quiere estar segura de que él la ama.» El general me sonrió satisfecho. «Creo que vuestras compañeras lo tienen mejor que vosotros, muchachos. Al menos así era en mi caso. Yo nunca pedí amor, lo único que deseaba era meterme en las bragas de la dama. Sospecho que es la diferencia entre hombres y mujeres. Qué demonios, yo entregaría las llaves del Pentágono por un trasero como Dios manda.»

Finalmente el protegido logró lo que el general describió como «el avance que estábamos esperando». La mujer empezó a confiar en él. Pero finalmente su información fue lo contrario de lo que deseábamos oír: René no podría ser comprado. Y lo que era peor, planeaba hacer público el traslado clandestino de los habitantes de Diego García. «Según la dama, es un hombre muy decidido, quizá incluso un idealista.» El general suspiró. «René habla de “conjura” —al parecer, ésa es la palabra que usa, “conjura”— para referirse al juegucito que se han traído Londres y Washington para hacer creer que ese lugar nunca ha sido habitado por esos dos mil ex esclavos. Nos está llevando al límite.»

Nunca supe hasta qué nivel de la cadena de mando ascendió esta información o cuánta gente estuvo envuelta en el intento de corromper al presidente de las Seychelles. En aquella época, aparte de estar implicado en el caso de las Seychelles, yo estaba inmerso en mis propios esfuerzos por hacer entrar en razón a Torrijos, de Panamá, y a Roldós, de Ecuador. Puesto que se negaron a obedecer, esos dos líderes latinoamericanos murieron en accidentes de avión, unos asesinatos orquestados por la CIA a mediados de 1981. En noviembre de ese año los GE fueron retirados del caso Seychelles. La orden que ninguno de nosotros quería escuchar fue dada. Jack Corbin y un grupo de mercenarios de elite fueron enviados a asesinar al presidente René.

---

\*El asesinato del general Carlos Prat, comandante en jefe del ejército chileno, poco después de la muerte del presidente Allende puso en marcha la Operación Cóndor, una acción coordinada de seis gobiernos militares latinoamericanos y chacales estadounidenses para cazar y asesinar a quienes se oponían a la derecha. (*N. del A.*)

---

## El secuestro de un 707 de Air India

«Nos reunimos un equipo de unos cuarenta chacales de máxima categoría en Durban, en Sudáfrica —contó Jack—. Nuestra cobertura era el “Ancient Order of the Froth Blowers”, un equipo de jugadores de rugby y bebedores de cerveza que en Navidad llevaban juguetes a los niños de las Seychelles, que casualmente son unas islas mayoritariamente católicas. El plan era muy sencillo. Debíamos dividirnos y reunirnos en Swazilandia, volar en un jet de la Royal Swazi hasta Victoria, la capital de la isla de Mahe, y dirigirnos a los hoteles, donde nos reuniríamos con el equipo de avanzadilla, que incluía a varias mujeres especialmente seleccionadas para sacar información importante a los mandamases.

»Las armas y el equipo estaban escondidos en las islas, por lo que no debía preocuparnos ser detenidos en las aduanas, ya fuera en Swazilandia o en Mahe. Esto era muy importante para los chicos. Nos habían dicho que había un movimiento en las Seychelles, formado en su mayoría por policías locales, listo para ayudarnos y servirnos de guías. Pero la lucha era cosa nuestra.

»La principal oposición vendría de parte de unos pocos centenares de soldados tanzanos traídos por René y estacionados cerca del aeropuerto. La experiencia de Rodesia nos había enseñado que los tanzanos eran buenos luchadores, duros y tenaces, una auténtica amenaza, sobre todo porque nos superaban en una proporción de seis a uno. La noche señalada, ya de madrugada, cuatro de nosotros debíamos deslizarnos en sus barracones mientras dormían y ametrallarlos a todos. Ello sería la señal para el



levantamiento. Debíamos tomar simultáneamente la emisora de radio y el palacio presidencial y emitir a través de las ondas un mensaje pregrabado de Mancham anunciando su regreso al poder y haciendo un llamamiento para que el pueblo permaneciese en sus casas y mantuviese la calma.

»El ejército keniano tendría en Nairobi un avión cargado de paracaidistas. En cuanto la radio diese el aviso, el avión despegaría para llegar poco después de las primeras luces y ponerle al golpe un rostro africano, y atribuirse el mérito de toda la travesura. Nosotros desapareceríamos discretamente antes de la llegada de la prensa, volando hacia Sudáfrica en aerolíneas comerciales.»

El equipo de chacales no llegó a tener a la vista el palacio presidencial. El plan fracasó en el aeropuerto de Mahe cuando un guarda de seguridad descubrió un rifle de asalto que uno de los miembros del equipo llevaba oculto en el equipaje. A algunos de ellos se les había ordenado en el último momento que llevaran armamento, pero por qué lo empaquetaron con tan poco cuidado iba a ser un tema de intensa especulación durante los años venideros.

En consecuencia, se entabló una furiosa batalla armada. Jack la describió como una de las raras ocasiones en su carrera en que comprendió que podría no salir con vida; y tuvo tiempo para pensar en ello. «Nos rodearon en el aeropuerto. Sólo teníamos unos pocos cargadores para nuestras armas, procedentes de los cómplices que nos esperaban y un par capturados a los de seguridad del aeropuerto. También requisamos armas y municiones a las tropas a las que emboscamos mientras corrían hacia sus barracones del otro lado del aeropuerto. Algunos muchachos atacaron los barracones de los tanzanos, pero el intento falló. Y la cosa se estaba poniendo desesperada a medida que llegaban nuevos tanzanos.»

Entonces alguien del equipo que estaba en la torre de control oyó a un avión comercial de Air India pedir permiso para aterrizar y preguntar por qué estaban apagadas las luces de aterrizaje. Los mercenarios encendieron inmediatamente las luces y concedieron al piloto permiso para aterrizar, explicándole que las luces habían sido apagadas «debido a problemas técnicos ya resueltos».

«Mantuvimos una discusión telefónica con las autoridades de las Seychelles. Acordaron un alto el fuego si lográbamos embarcar en el avión y abandonar la isla. La mayoría de nosotros estaba a favor de subir a ese maldito avión; con el amanecer a sólo una hora, rodeados y habiendo escuchado que unos barcos de guerra rusos habían llegado a la bahía o

estaban de camino, yo no veía ninguna otra opción. Tomamos la decisión de marcharnos. Repostamos el avión, un Boeing 707, y cargamos en la bodega el cadáver de uno de nuestros hombres así como gran parte de la impedimenta. Algunos prefirieron quedarse antes que convertirse en un blanco facilísimo en un avión. El resto embarcamos; mientras despegábamos, los tanzanos y las tropas de las Seychelles hicieron cuanto pudieron para derribarnos, llenando el cielo de trazadoras en una salvaje andanada. La siguiente parada sería Durban, en Sudáfrica. Cuando se posó la polvareda, el balance era de una baja y siete desaparecidos, capturados o tomados prisioneros, incluida una de las cómplices.»

Al aterrizar en Durban el avión de Air India fue rodeado por fuerzas de seguridad sudafricanas. Se estableció contacto radiofónico y el jefe de seguridad no tardó en descubrir que el avión estaba bajo el mando de sus camaradas. Jack se rindió junto con el resto del equipo. Tras una breve estancia en la cárcel fue discretamente liberado. El gobierno de las Seychelles arrestó a los siete capturados en el aeropuerto. Se retiraron los cargos contra la mujer; cuatro de los hombres fueron condenados a muerte; los otros dos, a penas de prisión de diez y veinte años. El gobierno de Sudáfrica entabló de inmediato negociaciones para su liberación. Según se informó, finalmente el gobierno de Pretoria pagó a las Seychelles tres millones de dólares por la liberación, o sea, quinientos mil por cabeza.

Aunque fue un fracaso ostensible, el Caso de las Seychelles se contabilizó como un éxito de la corporatocracia. Pese a la intensa cobertura periodística del secuestro y los subsiguientes juicios, Estados Unidos y Gran Bretaña se las arreglaron para esquivar gran parte de la controversia; Sudáfrica asumió la responsabilidad. René, que había supuesto una gran amenaza, se avino a cooperar, suavizando sus políticas respecto a Diego García, Washington, Londres y Pretoria; permaneció en el poder durante tres décadas, hasta que en 2004 su antiguo vicepresidente, James Michel, obtuvo un mandato de cinco años en las elecciones nacionales. La base estadounidense continúa desempeñando un importante papel en África, Asia y Oriente Medio.

Ya es una broma habitual entre los chacales que su valor está claramente establecido: más o menos diez veces el del habitante medio de Diego García.

## Ejecución de un ecologista

El episodio de las Seychelles es un caso dramático de intento de asesinato de un jefe de Estado, notable porque estuvo involucrada una masiva fuerza de mercenarios y provocó el secuestro de un avión de líneas comerciales. Y también pone de manifiesto el hecho de que ese tipo de iniciativas generalmente se toman cuando han fallado los gánsteres económicos.

En África, los fallos de los GE son numerosos; en consecuencia, los asesinatos han tenido un importante papel en las políticas de ese continente. Aunque la mayoría se ha llevado en secreto, algunos han sido disfrazados de ejecuciones legales. Quizá la más famosa en este apartado fue la de Ken Saro-Wiwa.

Saro-Wiwa fue un ecologista nigeriano miembro de la tribu de Ogoni que encabezó un movimiento en contra de la explotación de su tierra natal por parte de las petroleras. En 1994 fue entrevistado por Amy Goodman para la emisora Pacífica WBAI de Nueva York:

*Ken Saro-Wiwa:* [La Shell Oil Company] decidió que iba a vigilarme y seguirme a donde quiera que fuese. A seguirme para asegurarse de que no molestaba a la Shell. Por lo tanto, soy un hombre marcado [...] A principios de este año, el 2 de enero para ser preciso, fui puesto bajo arresto domiciliario junto con toda mi familia durante tres días. Fue para detener una protesta prevista contra la Shell: 300.000 ogoni iban a movilizarse contra la devastación del medio ambiente por parte de la Shell y otras

petroleras multinacionales [...] Lo único que hicieron fue mandar a las autoridades militares a mi casa. Ellos me desconectaron los teléfonos, me confiscaron los aparatos y me retuvieron durante tres días sin comida.

Ken Saro-Wiwa volvió a ser arrestado más adelante ese mismo año y juzgado por el gobierno de Sani Abacha —un dictador pro corporatocracia— en lo que muchos observadores describieron como «un tribunal sin jurisdicción». El 10 de noviembre de 1995, Ken Saro-Wiwa y diez de sus seguidores ecologistas fueron ahorcados.

En 2005 el hijo del líder ejecutado, Ken Wiwa, apareció en *Democracy Now!*, de Amy Goodman:

*Ken Wiwa:* Mi padre no guardaba resentimiento, no es propio de mi familia ni de mi pueblo guardar resentimiento. Creemos que Shell fue parte del problema y que debe ser parte de la solución. Todavía creemos que con un poco de dignidad y de compromiso con la justicia social la situación aún podría salvarse. Pero han pasado casi diez años desde que mi padre fue ejecutado [...] Ni un solo miembro del ejército nigeriano que invadió Ogoni y realizó asesinatos extrajudiciales y violó a muchachas y mujeres, todo ello con la intención de ahogar las protestas de nuestra organización y poder reasumir el petróleo, ni uno solo de esos militares ha sido arrestado [...] <sup>38</sup>

Los asesinatos, ya fueran ejecutados por chacales como Jack Corbin o por los tribunales de gobiernos dictatoriales, tienen un enorme efecto negativo en los movimientos sociales y medioambientales. El miedo al arresto, la tortura y la muerte —y sus repercusiones en las familias y comunidades— han impulsado a muchos reformistas a abandonar sus campañas. Un hecho, por supuesto, que no se le ha escapado a la corporatocracia.

Hoy, mientras escribo estas líneas, Jack y otros miembros del equipo de las Seychelles realizan su trabajo en Irak. Bajo el supuesto de «defender la democracia» llevan a cabo operaciones cuyo fin es defender las instalaciones de las corporaciones estadounidenses, que están obteniendo unos beneficios inimaginables. Al igual que los GE, ellos trabajan para firmas contratadas por el Departamento de Estado, el Pentágono o por medio de alguna cuenta escondida entre las «listas negras» de la inteligencia. De acuerdo con sus contratos, ellos ofrecen «servicios de

seguridad» y «asesoría empresarial».<sup>39</sup>

La triste historia de los habitantes de Diego García desplazados continúa. En los últimos años del siglo XX lanzaron una campaña para volver a sus hogares. Alegando sufrimientos físicos y emocionales debidos a los treinta años de pobreza, expropiación y exilio, aspiraban a una compensación y a la titularidad de sus tierras.

Uno de sus abogados, Sir Sydney Kentridge, se refirió al acuerdo original como «un episodio muy triste y en modo alguno loable en la historia británica». La BBC lo calificó de escándalo que incluía «sobornos por parte de Estados Unidos, racismo entre los funcionarios y engaño al Parlamento y a las Naciones Unidas por parte del gobierno británico».<sup>40</sup>

En el año 2000, un tribunal de Londres «dictaminó que la deportación fue ilegal... Pero el gobierno no desea que los isleños regresen a Diego García, que podría ser usada como una base estadounidense durante un ataque contra Irak».<sup>41</sup>

Las historias del intento de golpe en las Seychelles y el expolio de Diego García son especialmente perturbadoras, especialmente si se tiene en cuenta que fueron llevadas a cabo bajo el pretexto de defender la democracia. Sin embargo, y pese a que fueron trágicas, palidecen ante los crímenes que fueron perpetrados en todo el continente, y que continúan en la actualidad.

## El continente menos comprendido

Jack fue uno de los muchos chacales y gánsteres económicos con los que pasé algún tiempo después de la publicación de *Confesiones*. Teniendo en cuenta los abusos cometidos por la corporatocracia en todos los continentes, me preguntaba por qué mis conversaciones con ellos versaban con tanta frecuencia sobre África.

Los hombres y mujeres que tan íntimamente se habían involucrado en dar forma a las cuatro últimas décadas de la historia del mundo parecían haber sido adsorbidos por actividades en ese continente: el papel de Estados Unidos en el asesinato de Patrice Lumumba en el Congo, nuestro apoyo a dictadores como Jonas Savimbi en Angola o Mobutu Sese Seko y Laurent Kabila en el Congo, Abacha y Olesegun Obasanjo en Nigeria o Samuel Doe en Liberia, así como las recientes atrocidades en Ruanda, Sudán y Liberia. Algunos estaban frustrados por el fracaso del «renacimiento africano» de la administración Clinton, que muchos coincidían en señalar como un truco no muy sutil para apoyar a un cruel dictador detrás de otro. Hablaban extensamente acerca de los intentos recientes de condonar la deuda de numerosos países y de la determinación por parte de la administración Bush de convertir este aparente gesto de generosidad en el último y más sutil truco de los gánsteres económicos para impulsar el papel de la corporatocracia.

Venían a verme después de leer mi libro porque también a ellos les habían enseñado en las carreras de empresariales y leyes que el progreso exige enfoques que a veces parecen contradictorios con la democracia pero que

son necesarios como medios para un fin, y porque ellos eran luchadores especializados y necesitaban trabajo. Habían asumido la filosofía de la empresa, ya fuera porque les reconfortaba creer en ella o porque aceptarla servía a sus intereses, o por ambas cosas. Y ahora, como me pasaba a mí, se sentían angustiados y obsesionados por la culpa. Deseaban hablar, confesarse, compartir sus experiencias con un oyente comprensivo y a lo mejor hacer algo para redimirse.

Aquellos hombres y mujeres sabían perfectamente que los estadounidenses habían sido engañados y que ellos mismos habían sido el instrumento del engaño. Pese a la retórica política, hoy en día el continente africano es más pobre que cuando yo vivía en Alejandría, Jack se dirigía a Rodesia y muchos otros estaban iniciando sus carreras, treinta años atrás. Cuarenta y tres de las cuarenta y cinco naciones africanas sufren hambre crónica; el hambre y la sequía azotan periódicamente vastas zonas; los recursos mineros son explotados por compañías extranjeras que se amparan en una legislación laxa y en funcionarios corruptos para evitar invertir localmente sus beneficios, con lo que se perpetúan las economías débiles y los gobiernos incompetentes; los pueblos se ven abocados a la violencia, los conflictos étnicos y la guerra civil; tres millones de niños mueren cada año de hambre y enfermedades relacionadas con el hambre; la esperanza media de vida para el continente es de cuarenta y seis años, aproximadamente la misma que en Estados Unidos en 1900; y el 45 por ciento de la población tiene menos de quince años pero nunca realizará sus potencialidades debido al hambre, el cólera, la fiebre amarilla, la malaria, la tuberculosis, la polio, el sida y la guerra. Cerca de treinta millones de africanos padecen el sida y un millón de niños han quedado huérfanos debido a esa enfermedad.

El problema que aqueja a África no es en absoluto nuevo; sus raíces se hunden en el colonialismo que empezó con la era de la exploración y continuó durante la primera mitad del siglo XX.

«No tengo ni idea de dónde procedo», me dijo en 2005 James, un afroamericano que ostentaba un cargo medio en el Banco Mundial, resumiendo un dilema que según él simbolizaba la situación del continente entero. «Mis tatarabuelos fueron arrancados de sus casas y traídos aquí como esclavos. A diferencia de los latinos, los asiáticos y los de Oriente Medio que viven en Estados Unidos, a mí me resulta difícil relacionarme con mi pasado. Ni siquiera sé qué lengua hablaban mis antepasados.»

El tráfico de esclavos fue sin duda el acto más terrible y destructivo de los hombres contra los hombres en la larga historia de la brutalidad humana.

Añádase a ello la implacable represión de culturas indígenas; la influencia del arte, la literatura y el cine, que con frecuencia representaban a los pueblos indígenas como salvajes infrahumanos; o los poderes coloniales que llegaron en tropel a África y sus descarados intentos de dividir, conquistar y explotar, y uno tiende a concluir que África es la región del planeta más total y absolutamente maltratada.

Hay países de Asia, Latinoamérica y Oriente Medio que están entretejidos con hilos comunes. África es un nudo enmarañado. Su historia, geografía, culturas, religiones, políticas, cultivos y recursos naturales son dispares. Ello engendra un sentido de separación —e incluso de aislamiento— que a su vez facilita la explotación, tanto desde dentro como desde fuera. En muchos países los amos coloniales del pasado, las elites europeas, han sido reemplazados sin más por elites africanas nativas. Éstas siguen normas establecidas por sus predecesores y colaboran abiertamente con ejecutivos extranjeros que saquean impunemente la tierra y sus pueblos.

Así como identificar las tendencias históricas puede ayudar a definir futuras opciones, echar la culpa de las actuales desigualdades a tiempos pasados puede posponer los intentos por alcanzar soluciones. Los gánsteres económicos y los chacales masculinos y femeninos con los que me he entrevistado saben más allá de toda duda que la responsabilidad de la actual pobreza endémica recae íntegramente en los constructores de los imperios posteriores a la Segunda Guerra Mundial. También comprenden la importancia de hablar y escribir sobre África. Aceptan que ahora debemos asumir la tarea de hacer que se sepa e insistir en el cambio.

Puesto que África es el menos comprendido de los continentes, también es el más fácilmente ignorado y por lo tanto el más vulnerable al pillaje. La mayoría de quienes participan en mis conferencias levantan la mano cuando pregunto si tienen información acerca de Bolivia, Venezuela, Vietnam, Indonesia o cualquier país de Oriente Medio que yo cite. Pero veo alzarse pocas manos cuando pregunto acerca de Angola, Gabón o Nigeria. Y ello no se debe a que los países africanos carezcan de importancia para nosotros. Nigeria es el quinto mayor suministrador de petróleo a Estados Unidos, Angola el quinto y Gabón el décimo. Nigeria posee la novena mayor población del mundo, por delante de Japón (décimo) y México (undécimo).

La ignorancia de los estadounidenses acerca de África reside en nuestro sistema educativo, incluyendo los medios de comunicación de masas. Y es algo calculado. Puesto que no conocemos, no nos interesa. Y puesto que no



nos interesa, esos territorios están abiertos a los malos tratos, más incluso que los que quedan al alcance de nuestro radar. Sabemos acerca de Bolivia y por lo tanto resulta difícil convencernos de que Evo Morales es un socialista radical y un cultivador de cocaína en vez del campesino nacionalista al que los bolivianos votaron masivamente para la presidencia. Sin embargo, nadie tiene que convencernos de nada respecto a los líderes africanos; son esencialmente invisibles para nosotros, no-personas como los habitantes de Diego García. La gente invisible puede ser expulsada de sus islas, encarcelada y ejecutada.

«Me avergüenza ser norteamericano allí donde vaya de África —me confesó James—. Los africanos me preguntan si en Estados Unidos saben acerca de ellos. ¿Nos hemos enterado de los millones de niños muertos en las guerras? ¿De los huérfanos y los heridos? ¿De las plagas de langosta? ¿De las inundaciones y las sequías? No podemos soportar conocer la verdad. No sabemos. A la mayoría de los norteamericanos, sencillamente, no les importa. Ni siquiera a los afroamericanos. —Se frotó los ojos con las manos—. ¿Y sabe qué es, quizá, lo peor de todo? Que las agencias que supuestamente representan el papel de los buenos forman parte del juego. Y no me refiero únicamente al Banco Mundial. El engaño es extensivo a algunas de las organizaciones no lucrativas, las ONG.»

## Las ONG: una manera de mantener a África en la pobreza

«¿Estamos siendo utilizados? —me preguntó Jenny Williams refiriéndose a su trabajo con las ONG en África—. Los conceptos de ayuda y desarrollo, ¿son meras herramientas del arsenal de Occidente utilizadas no para ejercer la caridad sino en beneficio del control?»

Conocí a Jenny mientras se editaba *Confesiones*. Empleada de Berrett-Koehler, la editora de mis libros de tapa dura, aportó algunas ideas brillantes y a continuación se dedicó a viajar por África trabajando para organizaciones no lucrativas que se ocupaban de ayudas de emergencia y programas de desarrollo en Uganda y Sudán.

«Estaba harta de la hipocresía occidental y cansada de criticar desde un sofá —me dijo—. Quería estar sobre el terreno y hacer algo, ver por mí misma qué estaba pasando con todo ese dinero para ayuda.»

Encontré que su enfoque era especialmente interesante, porque al haber crecido en San Diego y haberse graduado en Berkeley en 2004, ella había estado sometida toda su vida a la campaña orquestada por los medios de comunicación que fomenta el hábito consumista y la idea de que la ayuda exterior beneficia a los pobres. Ella, al igual que mi hija Jessica, representa a la generación que ha de conducirnos al futuro.

El mensaje electrónico que mandó desde Uganda en 2006 decía:

*Los signos de occidentalización en África son continuos e inequívocos: «Coca-Cola» atestando los quioscos del norte de Kenia abrasado por la sequía; proliferación de la parafernalia americana del rap y el hip-hop entre la empobrecida juventud africana; gente bebiendo café instantáneo de importación en lugar del grano cultivado localmente porque «sabe mejor», aunque en realidad se debe a que sus propios productos son más caros debido a las tarifas y las tasas impuestas por la corporatocracia.*

*Estoy segura de que las corporaciones hubieran considerado de todas formas que África estaba lista para el consumismo, pero las ONG son parte de la maquinaria que sostiene la occidentalización. Desde los estilos de liderazgo hasta los salarios de los trabajadores en el extranjero las ONG refuerzan los estándares culturales, sociales y económicos occidentales que marcan la brecha entre los cooperantes y la gente a la que tratan de ayudar, una brecha que los africanos tratan continuamente de estrechar emulando a los extranjeros. Los valores occidentales anulan las creencias culturales y perturban los sistemas económicos locales.*

*Otro dilema: en el norte de Uganda, una región devastada por veinte años de guerra que ha causado millares de muertos y casi un millón de desplazados, las ONG han sido acusadas de prolongar el conflicto por su sola presencia allí. Mientras la situación se siga considerando «de emergencia», los donantes seguirán financiando las actividades y las ONG continuarán acudiendo en tropel para ocuparse de gente que vive en horribles condiciones en unos campos miserables. (Una emisora de radio hizo la broma de que había más ONG que «boda-bodas», los triciclos-taxi que atestan las calles de estas ciudades).*

*Es indudable que los ugandeses que viven en esos campos —algunos desde hace diez años o más— morirían en número todavía mayor si no se perforasen pozos y sin las instalaciones sanitarias y de enseñanza o las ayudas alimentarias de las ONG. Pero debido a la presencia de las ONG, tanto el gobierno de Uganda como Occidente han podido esquivar la responsabilidad de poner fin a los combates que han parado el desarrollo de toda una región. Las conversaciones de paz que están teniendo lugar ahora, en 2006, hace tiempo que debieran haber comenzado.*

*«Somos como una gran página que los gobiernos occidentales esconden cuando no tienen —o quieren— una solución política o diplomática», me dijo un compañero. «En cualquier crisis o conflicto, ¿quién llega primero? Las organizaciones de ayuda, por supuesto, porque así*

*Occidente puede decir “Vean, estamos haciendo algo”, aunque en el fondo no quiera solventar el problema.»*

*En definitiva, no es que Occidente se muestre apático o no tenga intención de resolver los conflictos, es que Occidente ha hecho una auténtica apuesta por mantener a África en la pobreza. La gente occidental tiene sinceros sentimientos caritativos y confían en que la ayuda funciona; pero los gobiernos occidentales y las corporaciones multinacionales obtienen enormes beneficios de la prolongada inestabilidad y la indigencia de las naciones africanas. La exitosa manipulación de la mano de obra barata y los productos agrícolas, los recursos robados y el tráfico de armas descansan en políticos corruptos, en las guerras prolongadas y en una sociedad civil sin desarrollar y que no tiene capacidad de exigir sus derechos. Si en el Congo hubiera paz y transparencia sería mucho más difícil —si no imposible— para las corporaciones extranjeras explotar los recursos mineros; si no hubiera grupos rebeldes o conflictos tribales, no habría mercado para las armas ligeras.*

*No todas las causas de la pobreza o la violencia son achacables a los occidentales. La corrupción entre los líderes africanos y las latentes tensiones tribales desempeñan un papel relevante en la mala gobernanza y la desunión del pueblo africano. Pero creo que si Occidente deseara una África estable y desarrollada, el continente encontraría su camino. En lugar de ello, tras varias décadas de implicación de Occidente y miles de millones de dólares invertidos en ayuda, la situación está peor.*

*Creo sin reservas que la mayoría de los cooperantes son gente honesta y trabajadora que desea ayudar a la gente vulnerable y marginada de los países en desarrollo. Ellos —nosotros— están contra un sistema difícil de comprender y más difícil aún de combatir. Y si embargo, ésa es justamente la cuestión. Hemos de cambiar el sistema.*

Jenny no está sola en su empeño de entender la situación y trabajar para cambiarla. Los estudiantes universitarios y los graduados recientes de todo Estados Unidos parecen comprender mejor que sus padres los problemas a los que se enfrenta su generación. Cuando viajan al extranjero, suelen elegir África, Asia y Latinoamérica en vez de los viejos destinos —París, Roma, Atenas—. Asisten a manifestaciones y conferencias como las de los Foros Sociales Mundiales y se mezclan con las poblaciones locales. Cantan, bailan, beben cerveza y se enamoran. Pero, por encima de todo, discuten la

política internacional, comparan ideas y hacen planes.

Sin embargo, algo que incluso los miembros ecológica y socialmente más concienciados de esta generación puede que no tengan en cuenta es que otro rasgo ampliamente aceptado de su generación, la dependencia en la tecnología celular e informática, está destruyendo las vidas de millones de personas.

## Ordenadores portátiles, teléfonos móviles y automóviles

Cuatro millones de personas han muerto desde 1998 en la eufemísticamente llamada República Democrática del Congo (antes Zaire). Han muerto para que gente más rica pueda comprar ordenadores y teléfonos móviles baratos. Aunque el país obtuvo la independencia de Bélgica en 1960, no tardó en caer bajo la influencia de Washington. Un reportaje de portada de un número de *Time* de 2006 titulado LA GUERRA MÁS MORTÍFERA DEL MUNDO afirmaba sin rodeos que el recién elegido «primer ministro del Congo (Lumumba) había sido asesinado por opositores belgas apoyados por Estados Unidos debido a sus crecientes lazos con la Unión Soviética».<sup>42</sup> Tras el asesinato de Lumumba, el general Mobutu Sese Seko tomó finalmente el control. En palabras de *Time*, «favorito de Estados Unidos durante la Guerra Fría, Mobutu presidió uno de los regímenes más corruptos de la historia de África».

El prolongado mandato de Mobutu fue tan despiadado como corrupto, y profundamente perturbador para los países vecinos. En 1996 y 1997 Ruanda y Uganda enviaron tropas al Congo, depusieron a Mobutu e instalaron como nuevo presidente al líder rebelde Laurent Kabila. Sin embargo, las condiciones sociales y económicas se deterioraron rápidamente bajo el gobierno de Kabila. Ruanda y Uganda invadieron de nuevo en 1998. Viendo la oportunidad de apoderarse de los ricos recursos del Congo, otros seis países se sumaron a la que se conoció como la

primera guerra mundial de África.

Conflictos étnicos, culturales y tribales tuvieron un papel en la guerra; pero fundamentalmente fue una guerra por los recursos. Según *Time*: «El suelo del Congo está empedrado de diamantes, cobre, oro, tántalo (localmente conocido como coltan y usado en aparatos electrónicos como los teléfonos celulares y los ordenadores portátiles) y uranio». El país es grande —una vez y media el tamaño de Alaska—, y muchas zonas están cubiertas de exuberantes bosques tropicales y fértiles tierras de labor. Como descubrí al llevar a cabo mis estudios sobre esta región, las aguas del río Congo poseen el potencial suficiente para proporcionar energía hidroeléctrica a gran parte del continente.<sup>43</sup>

Sin el tántalo o coltan del Congo careceríamos de muchos de nuestros productos relacionados con los ordenadores (durante las navidades de 2000, por ejemplo, se produjo una escasez de tántalo debido a la demanda de la Sony PlayStation 2). Las milicias de Ruanda y Uganda pueden justificar sus invasiones aduciendo que están defendiendo a sus poblaciones contra los rebeldes, pero ganan millones de dólares con el tántalo que acumulan y pasan por la frontera durante esos raids.

Gánsteres económicos, chacales y agentes gubernamentales de Estados Unidos, Reino Unido y Sudáfrica inflaman continuamente los fuegos del conflicto. Se hacen fortunas con la venta de armas a todos los bandos. Las guerras permiten a las corporaciones esquivar el control de los grupos de derechos humanos y ecologistas y se evitan pagar impuestos y tarifas.

El Congo es sólo uno de los lugares donde están ocurriendo cosas similares. La congresista norteamericana Cynthia McKinney, demócrata por Georgia, expuso muchos aspectos de esta «conspiración anglófona» durante las sesiones que presidió el 16 de abril de 2001. Su declaración inicial incluía la siguiente acusación:

Mucho de lo que ustedes van a escuchar hoy no ha sido debidamente transmitido por los medios de comunicación. Fuerzas poderosas han luchado para evitar que estos acontecimientos fuesen de dominio público.

Las investigaciones acerca de las actividades de los gobiernos y hombres de negocios occidentales en el África postcolonial aportan inequívoca evidencia de la ya vieja tendencia de Occidente a la crueldad, la avaricia y la traición. La mala conducta de las naciones occidentales en África no es debida a lapsus momentáneos, defectos

individuales o errores de la común debilidad humana. Más bien forma parte de una política a largo plazo destinada a acceder y saquear las riquezas de África a expensas de su población.

[...] en el corazón del sufrimiento de África se encuentra Occidente, y principalmente el deseo de Estados Unidos de acceder a los diamantes, el petróleo, el gas natural y otros recursos preciosos de África [...] Occidente, y fundamentalmente Estados Unidos, ha puesto en práctica una política de opresión y desestabilización, no por un principio moral sino por el implacable deseo de enriquecerse con la fabulosa riqueza de África [...] Los países occidentales han alentado rebeliones contra gobiernos africanos estables [...] han participado activamente en el asesinato de jefes de Estado africanos debidamente elegidos y los han reemplazado por funcionarios corruptos y maleables.<sup>44</sup>

Aunque la ONU se ha comprometido a poner fin al baño de sangre en el Congo (en el año 2006 fue estacionada allí la fuerza más numerosa de la ONU), Estados Unidos y otros países del G-8 no han cooperado. En palabras de *Time*:

El mundo ha dejado voluntariamente desangrarse al Congo. Desde 2000, la ONU ha gastado miles de millones en su misión de paz en el Congo [...] En febrero, la ONU y grupos de cooperación que trabajaban en el Congo solicitaron 682 millones de dólares en ayuda humanitaria. Hasta el momento han recibido apenas 94 millones, es decir, 9,40 dólares por cada persona necesitada.<sup>45</sup>

La violencia no queda circunscrita a sus fronteras. Darfur, una región vecina del Congo, está sufriendo una pesadilla similar. Dos millones de personas han muerto en una guerra que dura desde hace veinte años. En este caso está alimentada por el más codiciado de los recursos, el petróleo. Aunque el conflicto está enraizado en viejos antagonismos étnicos y religiosos que alcanzaron altos niveles en las décadas de 1980 y 1990, la violencia ha sido exacerbada por GE y chacales para enmascarar actividades encaminadas a tomar el control de los campos de petróleo. Los combates y las convulsiones sociales facilitan asimismo el tráfico de seres humanos. En los últimos años, aproximadamente un cuarto de millón de sudaneses han sido raptados como esclavos, muchos de ellos, como la madre de Sammy y Samantha, mis amigos de Alejandría, para ser vendidos



en el mercado del sexo. La mayoría de las personas del mundo «civilizado» cree que tales prácticas terminaron en el siglo XIX; no fue así.

Una justificación para hacer tan poco por ayudar a los sudaneses es la reputación del país como campo de entrenamiento para terroristas. Sudán fue el refugio de Osama bin Laden tras ser expulsado de Arabia Saudita en 1992 y está considerado el lugar de nacimiento de Al-Qaeda. Es fácil para los medios de comunicación presentarlo como un aliado del «eje del mal».

Congo y Sudán son ejemplos de países atrapados en la clásica rapiña de recursos. Guerra y pobreza facilitan la perpetuación de sistemas que explotan los recursos y la mano de obra barata mientras corrompen a los políticos locales.

Otro país africano ofrece un modelo de construcción del imperio más sutil que el presenciado por Jenny Williams en Kenia y Uganda, el de las ONG. En cierto modo, la historia de dos jóvenes estadounidenses que se unieron a los Cuerpos de Paz porque deseaban ayudar a los africanos resulta más sorprendente aún que la de la propia Jenny. Y pone de manifiesto lo que algunos consideran una confabulación de los políticos estadounidenses, los gobiernos extranjeros, las ONG y la gigantesca industria agrícola.

## **Ex voluntarios de los Cuerpos de Paz ofrecen esperanza**

Mali, un país situado en el noroeste de África y sin acceso al mar, a primera vista parece benigno, uno de esos países a los que nadie hace caso y que son ignorados incluso por los constructores del imperio. Pero esa apariencia es engañosa; en el engaño reside la clave de las estrategias de la corporatocracia en el continente africano.

Mali logró la independencia de Francia en 1960 y actualmente es una república; aproximadamente un tercio de su población (doce millones) vive en la capital, Bamako; el 80 por ciento de la mano de obra está empleada en el sector agrícola; el 90 por ciento son musulmanes, el 9 por ciento animistas y el 1 por ciento cristianos; posee depósitos de oro, uranio, bauxita y otros minerales. Su antiguo presidente, Alpha Konaré, adoptó el plan del Banco Mundial y aplicó medidas que reactivaron la economía, fundamentalmente a través de la producción de algodón y oro. Asimismo acató una disposición constitucional prohibiendo terceros mandatos. En 2002 Amadou Touré fue elegido presidente con el 65 por ciento de los votos.

Si pregunto a mis audiencias cuántos saben acerca de Mali, casi nunca veo alzarse una mano. Sin embargo, mientras intervenía en una colecta de fondos para una librería de Dover (Vermont), una ciudad cercana a mi casa en Nueva Inglaterra, conocí a una pareja joven que había vivido en Mali y amaba profundamente a esa tierra y su gente.

Después intercambiamos correspondencia y nos vimos en la terraza de mi casa con vistas a las montañas de Berkshire. La historia que Greg y Cindy me contaron no sólo era conmovedora sino que ponía en evidencia cuánto hay de bello, trágico y estimulante en la África moderna. La suya fue una voz americana en un país y un continente que para la mayoría de los americanos son un borrón de imágenes confusas. Su compromiso con el futuro —el propio y el de sus amigos de Mali— resulta inspirador.

Greg Flatt estuvo destinado en Mali como voluntario de los Cuerpos de Paz entre 1997 y 1999. Regresó por su cuenta en 2000 para grabar un álbum con intérpretes malienses. «La Sauce», una canción de dicho álbum, titulado *Zou et Moctar*, alcanzó el n.º 1 en las listas de Mali, y Greg se dio a conocer en todo el país. Cindy Hellmann fue voluntaria de los Cuerpos de Paz entre 1999 y 2001. Conoció a Greg mientras éste se encontraba allí grabando su disco.

«¿Cómo podría no haberle conocido? —decía ella riendo—. La gente lo reconocía en todas partes. Lo paraban por la calle y se ponían a bailar o tocaban una de sus melodías con la guitarra. Los niños le seguían como al flautista de Hamelin.» Ella y Greg se casaron tres años más tarde.

Ingresaron en los Cuerpos de Paz en diferentes años pero por las mismas razones. Antes de empezar sus carreras en Estados Unidos deseaban conocer otros países y culturas. Deseaban contribuir al ideal de cambiar el mundo, un ideal expresado por John F. Kennedy cuando creó los Cuerpos de Paz antes de que ninguno de ellos hubiese nacido. Cada uno tenía su visión de un futuro mejor para la familia que confiaban crear algún día, y ambos entendían que tal futuro debía comprender el mundo entero.

Pero también tenían un antiguo interés por la agricultura. Cindy creció en una familia numerosa de granjeros de Indiana, y a Greg le encantaba cuidar el jardín de su madre. Me contaron que ambos creyeron que los Cuerpos de Paz hacían que sonase apropiado aceptar un sueldo por enseñar agricultura a los malienses. «Fuimos lo bastante ingenuos como para creerles», me dijo Greg frunciendo el ceño.

Sentí una inmediata afinidad con esa pareja. A través de sus ojos era fácil entender por qué el imperio moderno se había extendido tan rápida y subrepticamente. Greg y Cindy habían ingresado en los Cuerpos de Paz con las mejores intenciones. Pensaban tener conocimientos que ofrecer y creían que trabajando con agencias del gobierno estadounidense y organizaciones internacionales tales como el Banco Mundial podrían contribuir a la prosperidad de África. Lejos de ello, descubrieron que estaban

desempeñando un papel muy diferente; que estaban siendo utilizados para allanar el camino para un nuevo tipo de imperio y establecer los fundamentos para una nueva oleada de explotación. Los primeros atisbos de la decepción les llegaron cuando vieron que su misión consistía en enseñar a la gente cosas que ya sabían hacer mejor que ellos mismos.

«Los malienses con los que trabajamos eran campesinos —me dijo Greg—. ¿Te das cuenta de la caradura que necesita una agencia norteamericana como los Cuerpos de Paz para enviar a unos críos a decirles a unos experimentados campesinos cómo trabajar su propia tierra? ¿Qué debe parecerles a los malienses?»

Pese a los sentimientos de culpabilidad y confusión, ambos admiten que se beneficiaron inmensamente de sus viajes con los Cuerpos de Paz. Aprendieron acerca de costumbres, lenguas y música, y también acerca del asunto que habían ido a enseñar: agricultura.

«Cindy y yo decidimos regresar a Mali en 2005 con otra organización de desarrollo, Opportunities Industrialization Centres International (OICI), como asesores en su programa de ayuda a los campesinos de África. Esta organización financiada por USAID envía a agricultores norteamericanos que prestan voluntariamente su tiempo y sus conocimientos para enseñar a los campesinos africanos a mejorar sus técnicas agrícolas.»

«Creí —me dijo Cindy— que esta vez sería distinto que con los Cuerpos de Paz, porque ahora yo había aprendido agricultura. Tenía experiencia. Y conocía Mali. Pero para mi consternación descubrí que seguía participando en un sistema vertical. Me sentí como si les hubiese robado dinero a los malienses, pues éstos podrían haber ganado unos sueldos decentes enseñando las mismas cosas con mayor eficacia. ¿Quién era yo? Ellos conocían el mercado, para empezar. Ayuda a la Agricultura se gastaba un montón de dinero para enviarnos allí: billetes de avión, transportes, seguro médico y dinero para gastos. Se suponía que éramos expertos en agricultura, asesores. Pero yo me sentía frustrada en el pueblo al que me enviaron, y me preguntaba qué estaba haciendo. El dinero gastado para mantenerme allí haciendo ese papel hubiese dado de comer a una familia maliense durante años.»

Sus sospechas aumentaron cuando fueron conscientes del daño que hacían los Organismos Genéticamente Modificados (OGM) y de la connivencia de las agencias estadounidenses y las grandes firmas que producían y comercializaban los OGM. Familias campesinas que habían vivido de la tierra durante centenares de años reservando simientes para volver a

sembrar sus cultivos, pasaban a depender ahora de los fertilizantes, pesticidas y simientes que debían comprarles a las empresas extranjeras.

«Una noche un numeroso grupo de vecinos nos invitó a Greg y a mí a unirnos a ellos para mirar el único televisor del pueblo. El anuncio de un congreso contra los OGM mostraba imágenes de agricultores de Mali echándose a las calles en protesta por la introducción de cultivos de OGM, fundamentalmente algodón. Nos miramos y supimos que debíamos participar en ese congreso. Salimos al día siguiente. Fue extraordinario: un congreso de una semana de duración sobre cultivos de OGM, subsidios al algodón y el patrimonio agrícola africano. Asistieron agricultores de Mali, Guinea, Burkina Faso, Togo, Benín y Gambia, así como profesores, científicos, activistas y políticos. Hubo incontables testimonios de granjeros privados de voto que sufrían las consecuencias de políticas comerciales injustas. También se dio mucha importancia a los peligros económicos, ambientales, culturales y políticos planteados por los cultivos de OGM.<sup>46</sup> Y hubo muchas discusiones acerca del hecho de que USAID y Monsanto trabajasen juntas para redactar una nueva legislación para Mali. Por boca de alguien que trabajaba para USAID-Mali supimos que la agencia gubernamental norteamericana estaba colaborando con Monsanto para escribir en la lengua de la constitución de Mali el permiso para la introducción, venta y derechos de patente de cultivos de OGM.

«En aquel congreso —prosiguió Cindy— conocimos más acerca de los desastrosos efectos que tienen los subsidios estadounidenses al algodón para los campesinos de Mali. Al permitir que los agricultores norteamericanos vendan su algodón a precios artificialmente bajos, nuestro gobierno lastra a los productores africanos en los mercados mundiales. Muchas veces los granjeros africanos tienen que almacenar su algodón durante un año o más, y entonces pueden verse forzados a vender a precios tirados, o no vender. Para empeorar las cosas, nuestros “expertos” están persuadiendo a los agricultores para que cambien de los cultivos alimenticios al algodón como cultivo comercial. Tratando de incrementar la producción, los campesinos compran a crédito semillas, pesticidas, herbicidas, arados nuevos y fertilizantes, lo cual incrementa su deuda con la CMDT (Compañía de Mali para el Desarrollo de los Textiles), que tiene el monopolio virtual de la producción y comercialización de algodón en Mali. La CMDT es una “sociedad” entre el gobierno de Mali y la compañía francesa CFDT (Compagnie Française pour le Développement des Textiles). Los socios franceses poseen el 60 por ciento de la compañía.»

«O sea que los norteamericanos no están solos —dijo Greg esbozando una sonrisa—. Al fin y al cabo, los franceses entraron en este negocio cuando nosotros todavía éramos parte de Inglaterra. Pero actualmente, y me avergüenza decirlo, nuestro país es el líder. Los participantes en el congreso manifestaron apasionadamente su ira contra el gobierno de Estados Unidos y las corporaciones transnacionales por sus políticas manipuladoras. Un dolor agudo que partía el corazón. Casi podías sentirlo en el aire. Hacía que se me erizase el cabello.

»Cindy y yo llegamos a la conclusión de que el desarrollo económico de Mali está dirigido por intereses corporativos. La faz de las organizaciones de desarrollo parece benévola. Se presentan a sí mismas como organizaciones que trabajan para mejorar la vida de esas gentes. Sin embargo, las campañas publicitarias sirven para enmascarar sus verdaderas intenciones, el control de los recursos humanos y naturales y el dominio de los mercados. Puesto que el desarrollo económico de Mali está dirigido por las corporaciones, el proceso no es democrático. La gran mayoría de los programas no han sido requeridos, iniciados, gestionados ni dirigidos por gente de Mali. Los resultados son muchas veces desastrosos y dejan a Mali en una situación social y económica peor que la anterior. Por si fuera poco, la industria del desarrollo ha creado un poblado sector de extranjeros altamente pagados que llevan vidas de lujo y que no están en contacto con la gente a la que se supone que están sirviendo.»

«Por otra parte —añadió Cindy—, el mito del desarrollo está vivo y coleando en Estados Unidos. Ese mito presenta una imagen de la gente de África y otros países del Tercer Mundo como ignorante, atrasada, indefensa, estúpida e incapaz de manejar sus propios asuntos. Esa creencia genera un sentimiento de superioridad y poder. Genera sentimientos de alteridad, de nosotros frente a ellos.»

Greg y Cindy me contaron que trataban de crear en Mali una fundación dedicada a un desarrollo realmente participativo, democrático y sostenible, y centrada en la agricultura orgánica, las cooperativas y el comercio justo. Pero que sólo lo harían si estaban seguros de que ello haría justicia al conocimiento y la sabiduría de Mali.

«Una organización así —dijo Cindy con énfasis— pagaría a africanos para que enseñasen a su propia gente. El ingreso medio anual de un maliense es de unos 400 dólares. Calculamos que con el coste de un solo voluntario de los Cuerpos de Paz en formación, gastos de viaje, cobertura médica y sueldo, podríamos pagar a varias docenas de nativos un buen sueldo de

acuerdo con los estándares locales. Y harían una labor mejor.»

Comentamos la importancia de distinguir entre las ONG que perpetúan el esquema existente y aquellas que están genuinamente comprometidas con cambiarlo. «En general —dijo Greg—, las buenas trabajan directamente con la gente local. Sus empleados hablan la misma lengua y viven como sus beneficiarios.»

Yo apunté que las mejores ONG —incluidas las que tratamos en el capítulo siguiente de este libro— se dedican a menudo a convertir a las corporaciones en buenos ciudadanos mediante el cambio de las leyes y las políticas operativas. También nos ayudan a los demás a comprender las implicaciones de nuestros estilos de vida y la responsabilidad que tenemos de realizar acciones positivas.

Estuvimos de acuerdo en que mientras que las ONG «malas» son servidoras del imperio, las ONG «buenas» ofrecen la promesa de un mundo mejor para las generaciones futuras.

## Objetivo: cambiar las cosas

Cualquier historia sobre África gira en torno a la decepción. Desde Egipto a Mali o Diego García, el subterfugio y el desmentido son las claves de la política del imperio americano. El cual es tan despiadado como cualquier otro. Ha esclavizado a más personas y sus políticas y acciones han causado más muertes que los regímenes imperiales de Roma, España, Portugal, Francia, Inglaterra y Holanda, o que Stalin y Hitler, a pesar de lo cual sus crímenes han pasado casi inadvertidos bajo el disfraz de una elocuente retórica. Nuestros sistemas educativos y de comunicación participan activamente en esta conspiración para mentir. Así que mientras Asia nos enseña acerca de los peligros del FMI y el Banco Mundial, Latinoamérica camina hacia la democracia y Oriente Medio expone hasta qué extremo ha fracasado el neocolonialismo, África nos ofrece la que puede ser la lección más importante de todas. Volviéndose al oeste de cara a América, África hace bocina con las manos en torno a la boca —allí donde el Níger desemboca en el golfo de Guinea— y nos grita: ¡Cuidado! Mantente alerta y diligente. Pasa a la acción.

África es el tema adecuado para cerrar las partes de este libro que tratan de la historia del imperio moderno y lanzarnos a un plan con vistas a arreglar las cosas. Más que ningún otro lugar, África pone de relieve la urgencia. Es el canario que muere en la mina.

La mina es una trampa mortal. Necesitamos salvarnos a nosotros mismos y necesitamos allanar el camino para la supervivencia de nuestros hijos en un mundo sostenible y estable. Y para hacerlo debemos escuchar a África. Es



imperativo que escuchemos esa voz que nos grita a través del Atlántico. Vivís en un planeta pequeño, nos dice, en una minúscula comunidad. Para salvar a vuestros hijos debéis ayudarme a salvar a los míos; todos son uno y el mismo; somos una familia.

África nos dice que enriquecer a los granjeros de Indiana a costa de empobrecer a los de Mali no funcionará. Puede que haya funcionado un día, para los de Indiana. Pero ya no. Lo mismo cabe decir de tantas otras cosas que parecen hacer confortables nuestras vidas. Los días del «interés nacional» han pasado. El éxito de las generaciones futuras reside en los «intereses globales», de la comunidad humana en su conjunto, es más, de la comunidad de todos los seres vivos. Somos un solo pueblo y un solo planeta. No hay sitio en esta familia para un Idi Amin Dadá, «el carnicero de Uganda», o para Savimbi de Angola, Mobutu y Kabila del Congo, Abacha y Obasanjo de Nigeria, o Doe de Liberia, de la misma forma que no hay lugar para Hitler. Y no puede haber tolerancia para el despilfarro de petróleo en Nigeria ni tampoco en California. Ni esclavos en Sudán como tampoco en las plantaciones de Virginia. Este mensaje está llegando poco a poco al mundo entero.

África plantea todas las cuestiones al mismo tiempo. En cierto modo constituye la última frontera de una desvergonzada explotación, y tiene ese dudoso honor porque nos hemos dejado drogar en el estupor del autoengaño. Sucumbimos ante los anuncios de televisión ofreciendo diamantes y oro a precios tirados. Alardeamos de los precios en descenso de los portátiles y los teléfonos móviles. Malgastamos la gasolina y nos quejamos cuando suben los precios. Ocultamos los rostros de los mineros del oro y los diamantes y de los niños envenenados por los vertidos de petróleo bajo la alfombra de la codicia materialista. Olvidamos que nuestros propios hijos van a heredar esa alfombra. Y se verán obligados a cambiarla. Van a tener que limpiar los terribles desastres que dejamos detrás.

África hace bocina con sus manos y nos grita. Ha llegado el tiempo de cambiar. Por fortuna, disponemos de todas las herramientas necesarias para cambiar el mundo que hemos creado. Entre todos podemos levantar la alfombra, sacar los desperdicios y limpiar literalmente la casa que estamos a punto de ceder a nuestros hijos.

# Cambiar el mundo

53

## Cuatro cuestiones esenciales

El 17 de octubre de 2006 el despertador sonó muy temprano en mi casa del este de Massachusetts. Tenía que coger un vuelo matutino a San Francisco, donde tenía programada una charla en un acto de recaudación de fondos para la Rainforest Action Network (RAN), una organización sin ánimo de lucro que había convencido a algunas de las corporaciones más poderosas del mundo para que cambiasen sus políticas sobre la tala de árboles. Salté de la cama, bajé a saltos las escaleras y llené de agua la cafetera para hacerme un café. A través de la ventanita sobre el fregadero eché una ojeada al sol que surgía sobre las lejanas montañas alumbrando un magnífico día de otoño en Nueva Inglaterra, uno de los más brillantes que yo había visto nunca. Puse la cafetera al fuego y, quitándome de encima la modorra, me dirigí al comedor para contemplar a través del ventanal los ondulados campos, las vibrantes montañas, el sol carmesí y el follaje encendido. Atrajo mi atención un movimiento en un montículo cubierto de escarcha. Una bandada de patos salvajes se deslizaba sobre la elevación. Habría al menos un centenar. Sus siluetas sufrieron una lenta y extraña sacudida, casi antinatural, como una parodia de cómic de pájaros prehistóricos.

Eché un vistazo al reloj de la librería y, consciente de que me había entretenido en exceso, me encaminé a la ducha. Al pasar junto a la radio puse la emisora local de la NPR. Mientras ajustaba la temperatura del agua pensé en la charla que daría en la reunión de la RAN. Quería poner el

énfasis en un punto en el que el presidente de la organización, Jim Gollin, siempre insiste: que debemos trabajar con las corporaciones, no contra ellas, porque el objetivo no es poner fin al capitalismo sino llevarlo a un grado superior. En ese momento la voz de la locutora radiofónica captó mi atención.

«En menos de cien años —decía— todos los arces y árboles de hoja caduca habrán desaparecido de Massachusetts. De acuerdo con un reciente estudio científico, el calentamiento global hará que nuestro clima sea similar al de Carolina del Norte. Así que —añadió con un suspiro— disfrute del espectáculo de este año. Puede que no tengamos muchos como éste.»

Estuve mirando un rato a través de la ventana del cuarto de baño. Allí fuera, el viejo arce cercano a la casa se inclinaba por el viento, con las ramas rascando contra la pared. Ese sonido familiar parecía ahora un presentimiento, un estertor de muerte. Me sentí totalmente desolado.

Más tarde, mientras cruzaba el país volando, seguí meditando sobre la posibilidad de que el otoño en Nueva Inglaterra quedase relegado a la historia. Caí en la cuenta de que la desaparición del follaje otoñal no era una «posibilidad» sino un suceso científicamente predecible. Por vez primera sentí empatía con los esquimales que observan en silencio cómo se derrite el Ártico. Y con aquellos nómadas del Himalaya a los que conocí en el Tíbet y que se lamentaban del retroceso de sus glaciares. Durante años había aceptado intelectualmente el concepto del calentamiento global. Pero la idea de que el follaje caducifolio, algo con lo que yo crecí, el símbolo de mi estación del año favorita, estaba en vías de extinción me impactó fuertemente.

Entonces se me ocurrió otra cosa: los sucesos científicamente predecibles no deben ocurrir necesariamente. Al menos no aquellos que causamos los humanos. Podemos detenerlos. Algo que había dicho muchas veces en mis conferencias me vino a la mente: que para cambiar el mundo necesitamos cambiar la corporatocracia; debemos impedir que ese puñado de hombres continúen moldeando el destino de nuestro planeta. Debemos parar sus ataques contra los casquetes polares, los glaciares, los espectáculos otoñales y contra nuestra progenie.

Contemplando Estados Unidos a través de la ventanilla del avión, una tierra por la que han trabajado y luchado durante generaciones mis antepasados, caí en la cuenta de que todas las historias acerca de gánsteres económicos y chacales en Asia, Latinoamérica, Oriente Medio y África no eran más que

eso, historias. Pueden suscitar orgullo, ira, alegría o tristeza, pero en definitiva son sólo historias acerca de nuestro pasado. A menos que decidamos convertirlas en algo más interesante. A menos que se conviertan en lecciones que nos motiven para pasar a la acción.

Aquel día fue fundamental para mí. Me había comprometido a escribir un libro que incitase a la gente a cambiar el mundo. De ese libro tenía terminados los borradores de todas las secciones salvo la última, la más crucial. Hasta ese momento mis esfuerzos se habían visto obstaculizados por las dudas. Tenía una idea precisa de lo que deseaba decir, pero no de la manera de expresarlo. ¿Cómo convences, me preguntaba a mí mismo, a unas personas que viven confortablemente para que cambien el sistema que les proporciona el confort, incluso si conocen algo acerca de los GE y los chacales, y saben que junto con su confort viene la etiqueta de un terrible coste? ¿Cómo encontrar las palabras que les fortalezcan para oponerse a una fuerza como la de la corporatocracia? ¿Cómo moverles a realizar actos que dobleguen a las corporaciones a la voluntad de la gente?

Aquel día, mientras volaba de este a oeste y leía los artículos y revistas que llevaba, caí en la cuenta de que aquéllas no eran cuestiones nuevas. Otras similares han sido planteadas a lo largo de la historia por todos cuantos se han alzado contra la opresión y por la justicia. En los días siguientes, al reunirme con viejos amigos y hacer otros nuevos entre la gente que apoyaba a la RAN y sus organizaciones hermanas, llegué a comprender que la clave para responder a tales cuestiones pueden proporcionarlas las respuestas a otras cuatro cuestiones.

La primera que debemos plantear está relacionada con el optimismo y la posibilidad de alcanzar nuestro objetivo. ¿Estamos en situación de esperar de verdad poder hacer efectivo el cambio? Suponiendo que nos convencemos de que hay razones para el optimismo, pasamos a la segunda cuestión: ¿Estamos seguros de querer el cambio? Las historias acerca de GE, chacales y sufrimientos en todo el mundo tocan directamente la carne viva, pero ahora exigimos pruebas irrefutables de que nuestras reivindicaciones justifican los esfuerzos que exigirá el cambio. Tercera: ¿Hay un principio unificador que vaya a dar validez a nuestros esfuerzos? Buscamos la seguridad de que no estamos tratando simplemente de imponer a otros nuestros valores morales, religiosos o filosóficos, sino que nuestra intención es crear algo que sea un auténtico y duradero beneficio universal. Y finalmente: ¿Qué podemos hacer cada uno de nosotros? Usted y yo necesitamos evaluar personalmente nuestras virtudes y pasiones. ¿Cuáles

son nuestras opciones y deseos personales? ¿Cómo se integran en un marco más general?

En los capítulos siguientes vamos a explorar esas cuestiones en profundidad. Y para contestarlas nos vamos a basar en respuestas reales, tanto históricas como actuales. Hablaremos con pioneros de hoy en día, hombres y mujeres que se han planteado a sí mismos las mismas preguntas y han encontrado respuestas y ahora están desarrollando acciones que nos ayudarán a cada uno de nosotros a tomar nuestras propias decisiones. Examinaremos enfoques que han funcionado en el pasado y otros que continúan teniendo éxito en la actualidad. En tiempos como éstos, es importante ser filosófico e investigar las implicaciones éticas de lo que hacemos; sin embargo, es asimismo esencial que adoptemos vías realistas, aquellas que den como resultado un cambio concreto y duradero.

## El cambio es posible

Para comprometernos activamente y asumir riesgos debemos estar convencidos de que el cambio es posible. ¿Tenemos base para el optimismo?

En estas páginas he mencionado la Revolución Americana una serie de veces. No es una comparación casual. Hay muchos paralelismos entre la situación en que actualmente nos encontramos, viviendo bajo la mano desencaminada de la corporatocracia, y los retos a los que hicieron frente aquellos primitivos colonos. Igual que entonces, actualmente se está formando una tormenta de convicción que lleva camino de cambiar la corporatocracia. Pero la Revolución Americana no se materializó hasta que los colonos se persuadieron de que la victoria era posible.

Los súbditos británicos vieron por vez primera que el imperio era vulnerable en 1755, en la batalla de Monongahela («Batalla de las Tierras Vírgenes»), durante la guerra contra Francia y los indios. Estando al servicio del general británico Edward Braddock, George Washington presencié personalmente una de las peores derrotas de la historia de Inglaterra; le produjo un enorme impacto. Braddock resultó muerto. Washington surgió como un héroe y las colonias adquirieron un respeto nuevo por sus líderes locales, así como una visión peyorativa de un ejército que hasta entonces había sido considerado invencible. Sin embargo, y aparte de los Tories leales a Gran Bretaña, un gran número de americanos aplazaron cualquier decisión.

Hasta que, en plena Revolución, durante la batalla de Bunker Hill, en 1775,

las fuerzas americanas se impusieron a las británicas en un combate feroz. Aunque los americanos se quedaron sin pólvora y los británicos se proclamaron vencedores, casi la mitad de las fuerzas inglesas resultaron muertas o heridas. Los colonos alcanzaron nuevos niveles de confianza. El cruce del Delaware por parte del general Washington el día de Navidad de 1776, y su espectacular derrota en Trenton al día siguiente ante los temidos mercenarios Hessian, convencieron aproximadamente a ocho mil nuevos reclutas a unirse al Ejército Continental. Menos de un año más tarde, la victoria de los colonos en Saratoga dejó establecida la superioridad americana en el campo de batalla y convenció a los ingleses de que sus propios intereses quedarían mejor salvaguardados si aceptaban el cambio; fue un momento decisivo que movió a los franceses a convertirse en aliados de los americanos.

Mi equivalente personal de Monongahela tuvo lugar entre los últimos años de la década de 1990 y el inicio del nuevo milenio, cuando estuve al frente de una serie de viajes para Dream Change en la Amazonia profunda. Cada vez que volé sobre la jungla pude presenciar nuevas devastaciones. Los shuar me recordaban de continuo que ello era un síntoma de fracaso, de falta de capacidad de previsión, y una indicación de que la corporatocracia era falible, como los británicos durante la guerra contra los franceses y los indios. Comprendí que un cambio de curso no era simplemente algo deseable; era el prerrequisito para la supervivencia de nuestras especies.

Hemos aprendido de la Historia que el colapso de un imperio conduce al caos, a las guerras y a un nuevo imperio. En un contexto moderno, el caos y las guerras podrían provocar la aniquilación de la vida tal y como la conocemos. Para mí, fue preciso ver las junglas de América del Sur para comprenderlo. Salí de ellas sabiendo que debemos encontrar una alternativa. Pero, me pregunté, ¿es posible? Necesitaba una prueba.

Además de los viajes a la Amazonia, yo estaba dirigiendo unos talleres para ayudar a los ejecutivos a encontrar enfoques creativos para resolver los problemas. Mis «estudiantes» eran una muestra representativa de las empresas más poderosas del mundo: Exxon, General Motors, Ford, Harley-Davidson, Shell, Nike, Hewlett-Packard e incluso el Banco Mundial.

Algunos libros y películas populares en aquel momento reflejaban el hecho de que, según la Decimocuarta Enmienda de la Constitución, las corporaciones disfrutaban de los mismos derechos que las personas físicas. Este argumento fue confirmado en 1886 por la Corte Suprema en el caso del Condado de Santa Clara contra la Compañía de Ferrocarriles del Pacífico

Sur, y ha sido desde entonces un hecho de ley.<sup>47</sup> Insistía a aquellos ejecutivos en que a las corporaciones también deberían requerírseles las mismas responsabilidades que a las personas físicas; y que debían ser buenos ciudadanos, miembros éticos y honorables de la comunidad. En el caso de las corporaciones transnacionales, dicha comunidad debía ser definida como el mundo.

En la práctica, las corporaciones son justamente lo opuesto a buenos ciudadanos. Sobornan a los políticos para que dicten leyes que engañan a la sociedad a una escala gigantesca, fundamentalmente al permitirles que no paguen muchos de los costes reales en que incurren al realizar sus actividades. Lo que los economistas llaman «aspectos externos» quedan fuera de los cálculos de precios. Aquéllos incluyen los costes sociales y medioambientales por la destrucción de recursos valiosos y la polución; las cargas sociales sobre los trabajadores que resultan heridos o enfermos y reciben escasa o nula atención médica; la financiación indirecta que reciben cuando se permite a las empresas comercializar productos peligrosos o arrojar desperdicios a los ríos y océanos, pagar a sus empleados un salario inferior al de supervivencia e imponer unas condiciones de trabajo poco satisfactorias, o extraer recursos naturales de terrenos públicos a precios inferiores a los del mercado. Además, muchas corporaciones dependen de subsidios públicos, exenciones, publicidad masiva y campañas mediante *lobbies*, y complejos sistemas de transportes y comunicaciones que son financiados por los contribuyentes; sus ejecutivos perciben salarios hinchados, beneficios adicionales y el paracaídas de unos «retiros dorados» que se suscriben como deducciones de impuestos.

Bajo una contabilidad real, todos esos «aspectos externos» deberían computarse como costes de los productos. Aquellos bienes y servicios que son inherentemente «limpios» también serían los más baratos. Los consumidores pagarían un extra por aquellos productos que suponen una carga para el medio ambiente y la sociedad; los precios incluirían fondos para reparar los daños. En una economía de auténtico «mercado libre», esos costes tan reales serían «internalizados», incluidos. Pero no es así. ¿Por qué? Porque las empresas contables no están obligadas a cumplir unos principios contables bien fundados; sólo necesitan adherirse a los que requiere la ley, que han sido redactados por políticos que dependen de la corporatocracia.

Las corporaciones modernas tienen todos los derechos de los individuos pero ninguna de sus responsabilidades. De hecho, tienen licencia para



robar. Desde el punto de vista económico, no existe ninguna otra palabra para ello. Saquean a los pobres y a las generaciones con tal de enriquecer a los ricos.

Mientras dirigía aquellos talleres y pensaba más en estos asuntos caí en la cuenta de que una cosa es comprender que debemos insistir en que hay que realizar cambios fundamentales en nuestras corporaciones, y otra muy distinta convencer a la gente de que podemos lograr que ello ocurra. ¿Cuáles son los equivalentes contemporáneos de Bunker Hill, Trenton y Saratoga? ¿Cuáles son los puntos de apoyo que nos dan esperanza?

Encontré la respuesta en una serie de artículos que me llevé para leer durante el vuelo a San Francisco aquel día de octubre en que supe que el follaje caducifolio de Nueva Inglaterra estaba amenazado de extinción. Fue un día crucial por muchas razones.

## Los modernos Minutemen

«Guerreros medioambientales.» «Minutemen en Concord Bridge.»  
«Guerrillas verdes.»

Estas expresiones se referían a la Rainforest Action Network, la organización sin ánimo de lucro en la que iba a dar una conferencia. Aunque RAN es famosa por salvar bosques amenazados, los artículos que leí en aquel viaje me hicieron recordar algo que había pensado unos cinco años atrás y casi había olvidado. Los artículos sugerían que RAN podía servir de modelo para algo mayor. Pertenecían a revistas que iban desde *Fortune*, la biblia corporativa, hasta *Tricycle: The Buddhist Review*, y explicaban en detalle cómo practicaban los voluntarios la libertad de expresión mediante la desobediencia civil, el teatro en la calle y las protestas no violentas. Los afiliados de RAN se manifiestan ante las oficinas centrales de las corporaciones, exhiben pancartas e incluso escalan edificios para cubrirlos con pancartas que enumeran las transgresiones más flagrantes de la compañía. Compran anuncios a toda página en periódicos y escriben cartas a los directores. Sin embargo, tienen mucho cuidado de no hacer daño a la gente y las propiedades. Y ofrecen ayuda a los ejecutivos para diseñar enfoques que beneficien a todos. Tales éxitos demuestran que «nosotros, el pueblo» podemos motivar a las corporaciones para que cambien. RAN demuestra que podemos doblegar la voluntad del más poderoso de los poderosos. El cambio puede servir a los intereses corporativos así como a los de la comunidad en su conjunto.

Aquellos artículos despertaron mis recuerdos de la campaña de RAN a

mediados de la década de 1990 para convencer a los miembros de la familia corporativa de Mitsubishi, considerada en su momento la compañía maderera más destructora del mundo, para que cambiase su política. Cuando los gerentes de Mitsubishi rechazaron las aproximaciones iniciales de RAN y se negaron a negociar, la cuestión adquirió un tinte personal. Los dirigentes de Mitsubishi se enfrentaron al fundador y director ejecutivo de RAN. Los enfrentamientos fueron vehementes y a veces personales.

Finalmente RAN resultó victoriosa. El 12 de noviembre de 1997, Mitsubishi Motor Sales of America y Mitsubishi Electric America firmaron un acuerdo histórico con RAN mediante el cual las compañías se comprometían a «la sostenibilidad ecológica y la responsabilidad social»; además prometieron implementar catorce medidas específicas destinadas a llevar a cabo ese compromiso.

Unos meses después de alcanzado el acuerdo asistí a una conferencia en la costa de California. Tenía entendido que el fundador y director ejecutivo de RAN, Randy Hayes, estaría entre las casi tres docenas de participantes. Confiaba en reunirme con ese hombre que había asumido un reto monumental y lo había ganado. En mi opinión, era un héroe moderno que seguía los pasos de Tom Paine, Harriet Tubman, Martin Luther King Jr., César Chávez, Rachel Carson y otros que nos incitaron a cambiar la forma en que nos veíamos y nos comportábamos respecto al mundo.

El centro de conferencias estaba situado en lo alto de una colina sobre el Pacífico. Había decidido alojarme en una tienda durante aquel fin de semana en lugar de aceptar una de las habitaciones reservadas a los asistentes. Planté mi tienda en una inclinada campa justo encima de un bosquecillo de abetos situado casi en lo alto de la colina, mirando al océano. Aunque tendría que dormir en pendiente, podía descorrer la cremallera y disfrutar de unas vistas espectaculares sobre la escarpada costa. Dado que era un día claro y templado, no tuve que preocuparme mucho de los preparativos. La tienda quedó lista rápidamente y me tumbé a contemplar el sol deslizándose hacia el horizonte. La fragancia de los abetos mezclada con la del océano era embriagadora...

De pronto me incorporé para consultar el reloj. Me había dormido durante casi media hora. Me levanté para dirigirme al cóctel de bienvenida; mi reluctancia a dejar aquel escenario idílico fue sustituida por la impaciencia por conocer al director ejecutivo de RAN.

No tenía ni idea de que el archirrival de Randy, un ejecutivo de Mitsubishi, se dirigía en aquel momento hacia la misma recepción.

Reconocí a Randy de inmediato por las fotografías de los periódicos. Me presenté, le manifesté mi aprecio por su labor y le felicité por su reciente victoria. Charlamos acerca de mis experiencias en el Amazonas. Entonces miró hacia la puerta y en su rostro se reflejó la sorpresa; se excusó para dirigirse hacia el hombre que acababa de llegar. Se estrecharon las manos, intercambiaron unas palabras y en ese momento fuimos requeridos a ocupar nuestros asientos para que pudiese empezar la conferencia. La mujer sentada a mi lado susurró que el recién llegado era un ejecutivo de Mitsubishi. Tras el encuentro inicial, Randy y él parecían evitarse mutuamente.

El día siguiente hubo una intensa actividad de reuniones de grupo. A la hora del almuerzo invité a Randy a una cerveza en el jacuzzi para proseguir la conversación iniciada el día anterior. Llegamos a lo alto del acantilado cortado sobre el Pacífico y nos dirigimos a un estrecho sendero. Mientras nos acercábamos a la sala de baño vimos que ya había alguien dentro. El ejecutivo de Mitsubishi pareció tan sorprendido de vernos como nosotros. Pero reaccionó rápidamente, sonrió entre las burbujas y alzó su propia lata de cerveza. «Precioso atardecer —observó—. Por favor, únense a mí.»

Sentí una cierta ansiedad mientras nos desnudábamos para meternos en el agua. Allí estaba yo, solo en aquella montaña y entre esos dos hombres que hasta hacía poco habían sido archirrivaes. Charlamos acerca de los sucesos de la tarde, repasamos los temas de las conferencias y hablamos de otros participantes que eran amigos mutuos. Omitimos estudiadamente cualquier referencia al reciente conflicto.

El sol se ocultó en el océano. El cielo pasó del rosa al magenta y al púrpura. Abrimos una nueva ronda de cervezas y entrechocamos las latas. Randy y yo bebimos de las nuestras, pero nuestro compañero mantuvo alzada la suya.

—Tengo algo importante que decirle, Randy.

Randy le miró. Tuve la sensación de que él, como yo, no sabía qué cabía esperar.

—Necesitaba darle las gracias —prosiguió el otro—. Unos cuantos directivos de Mitsubishi y yo deseábamos cambiar nuestra política mucho antes de que RAN lo solicitase. Pero no nos atrevíamos a enfrentarnos a nuestro consejo de dirección. Temíamos ser despedidos. Sus manifestantes y los anuncios forzaron la cuestión. Fue duro. Ustedes nos hicieron sentir muy incómodos. Pero, al final, nos puso de acuerdo. Alguien apuntó que

nuestras responsabilidades no deberían limitarse a nuestros accionistas de hoy; deberían incluir a los hijos de los accionistas y a nuestros hijos. RAN nos dio la oportunidad. Nos convencimos a nosotros mismos y a nuestra empresa para hacer lo que se debía. —Se inclinó hacia Randy y sus latas entrechocaron de nuevo; la mía se les unió—. Gracias —dijo.

Más tarde se desató una tormenta procedente del Pacífico. Me desperté escuchando el golpear de la lluvia contra mi tienda y pensé acerca de esa tarde. Las palabras del directivo de Mitsubishi ofrecían esperanza. Lo mismo que yo en mis tiempos de GE, él y los demás ejecutivos sabían qué debían hacer para mejorar el mundo, pero se sentían atrapados dentro de un sistema que les exigía no escuchar sus conciencias.

Recordé cómo había sabido de corazón que mis actos estaban mal, pero las cosas conspiraban para convencerme de lo contrario. Las escuelas de negocios, las organizaciones internacionales y los venerados economistas enseñaban que planificar grandes proyectos de infraestructuras era esencial para el desarrollo y la solución de la pobreza. Fui elogiado por seguir la fórmula; me ascendieron, me subieron el sueldo, ampliaron el número de mis subordinados, tuve poder, sexo, acciones, una sociedad anónima, seguros... todo aquello que define el éxito en nuestra sociedad. Fui invitado a dar conferencias en las facultades más famosas del mundo y compartí mesa y mantel con jefes de Estado.

El ejecutivo de Mitsubishi había tenido una experiencia similar; él y todos aquellos otros hombres y mujeres que le rodeaban. Sus carreras estaban encaminadas a la cuenta de resultados: beneficios en dólares a corto plazo. Ascensos, beneficios y asistencia sanitaria para sus hijos dependían de la declaración de impuestos trimestral. Habían sido entrenados para mirar el mundo a través de los cristales color vino de las salas de juntas. Y entonces apareció RAN...

Aumentó el viento. Ululando contra mi tienda parecía proclamar la determinación de la naturaleza a poner las cosas en su sitio. Me vinieron a la mente las palabras de un chamán de los Andes: «El mundo no necesita que lo salven —me dijo—. El mundo no está en peligro. Nosotros sí. Los seres humanos. Si no cambiamos nuestra conducta, la Madre Tierra se nos sacudirá como a moscas». Ahora las sacudidas habían empezado. Aquella noche parecía un símbolo de las grandes sacudidas expresadas mediante inundaciones, sequías, epidemias devastadoras y glaciares fundidos.

De pronto oí un desgarró. El agua empezó a entrar en cascada por el techo de la tienda. El doble techo se había soltado. Mientras recogía mis

pertenencias me maldije por no prestar más atención a los detalles cuando monté la tienda, y tras encender la linterna bajé como un loco bajo la lluvia torrencial hasta el edificio donde tenían lugar las conferencias.

Por fortuna encontré un colchón con una manta y un cojín, como si alguien los hubiera dejado allí para mí. Me quité la ropa empapada, me acomodé y me quedé dormido bajo el sonido de la tormenta arremetiendo contra los acantilados.

## Cambiar el mito

Me desperté temprano por la mañana y miré a través de la ventana. El sol estaba saliendo. No se veía una sola nube. Pese a lo glorioso del día, tuve un sentimiento inquietante, avergonzado por el hecho de que un aventurero del Amazonas hubiera hecho un trabajo tan chapucero al levantar la tienda. Me puse la ropa empapada y me dirigí a la puerta.

Una brisa, único resto de la tormenta nocturna, enfriaba el aire mientras me dirigía a la pequeña campa. Al llegar allí me quedé helado. La tienda había desaparecido.

Permanecí boquiabierto, preguntándome si no me habría equivocado. Pero el círculo de hierba amarillenta en el mar de verdor aplastado por la tormenta me convenció de lo contrario. Quizá había estado alguien allí y la había desmontado. Pero ¿quién? Mis ojos fueron atraídos por la línea de la costa, allá lejos. La tormenta había levantado olas gigantes. Un par de ambiciosos surfers se balanceaban en las rompientes. Entonces vi algo en los árboles cercanos al borde del acantilado. Un globo de nailon del tamaño de mi tienda.

Corrí hacia allí. Curiosamente, estaba intacta, de medio lado pero todavía sujeta a la estructura. La recogí con cuidado y la llevé a la campa. Aparte de una barra de aluminio ligeramente doblada y de un montón de barro, la tienda no parecía haber sufrido en sus correrías. Me puse a montarla de nuevo. Esta vez puse mucho más cuidado, dedicando una atención especial a los vientos del sobretecho. Volví a la casa y encontré un cubo. Feliz de no encontrar a otros asistentes, lo llené de agua, lo transporté a mi tienda y

limpié el barro.

Al terminar me di un paseo por el sendero del acantilado. La lluvia había acentuado la fragancia de los abetos. Llegué a un banco de madera. Tomé asiento con el sol a la espalda y de cara al océano pensé acerca de la fragilidad. En primer lugar, la mía. Había ignorado un principio clave del camping: anticipáte siempre a lo peor y prevé una tormenta. En tanto que GE había encontrado igual de sencillo ignorar los hechos detrás del mito de mi trabajo. Estaba creando un imperio y no un mundo más saludable y seguro, un lugar más compasivo, y servía a la corporatocracia en lugar de solventar el problema de la pobreza.

Después pensé en la fragilidad del ejecutivo de Mitsubishi. Como tantos otros, había rehusado prever una tormenta, anticipar que destruyendo las selvas estaba destruyendo el futuro de sus hijos. Sospeché que se habría autoconvencido de que alguna mente inventiva descubriría la forma de posponer el sufrimiento: energía solar y eólica, automóviles híbridos, cultivos hidropónicos. Él, como tantos de nosotros, podía encontrar excusas.

Contemplando las olas romper allá abajo en la distancia pensé en cómo la mayoría de la gente que asiste a los talleres de Dream Change o viene a nuestros viajes a la Amazonia parece dar por hecho que en el mejor de los casos los ejecutivos de las corporaciones son amoraless y, en el peor, demonios, y que las corporaciones son tan poderosas que nadie las puede cambiar. También esto era una distorsión, una forma de negación que nos quitaba la responsabilidad a nosotros, el pueblo; si las corporaciones son omnipotentes y sus directivos diabólicos, el resto de nosotros no podemos hacer nada salvo aceptar su propaganda y convencernos de que necesitamos más productos suyos.

RAN y sus voluntarios estaban cambiando el mito. Estaban diciendo a los ejecutivos de las corporaciones que utilizasen sus inventivas mentes sabiamente y al mismo tiempo nos decían a los demás que esos ejecutivos no eran amoraless ni diabólicos, que las corporaciones no eran omnipotentes y que nosotros no éramos impotentes. Nos estaban diciendo que debíamos aceptar la responsabilidad de nuestras vidas y del mundo que entregaríamos a nuestra progenie.

Al levantarme de aquel banco me sentí inspirado. La reunión en el jacuzzi había abierto mis ojos a nuevas posibilidades. Ese día y el siguiente me concentré en hablar con los asistentes que trabajaban para grandes corporaciones. Como gánster económico había conocido a esa clase de



gente —había sido uno de ellos—, y había dado talleres para ellos y me había relacionado con ellos en seminarios y cócteles. El hecho de que estuvieran allí indicaba que estaban abiertos a vías alternativas de hacer negocios, pero yo tenía en mente una serie de preguntas todavía más específicas. Deseaba estudiarlos de manera distinta y poner a prueba una hipótesis. Si ésta era cierta —que la mayoría es gente decente, que desea dejar en herencia un mundo mejor para sus descendientes y que da la bienvenida a «interferencias» de organizaciones como RAN—, en ese caso las implicaciones serían asombrosas.

Continué poniendo a prueba mi hipótesis. Además de hablar con gerentes de corporaciones leí estudios realizados por otros. Llegué a la conclusión de que si bien entre los ejecutivos se dan personalidades patológicas —gente que sólo tiene respeto por la vida y el bienestar propios—, su número es pequeño, reflejando probablemente el de la sociedad en su conjunto. A muchos gerentes les preocupaban apasionadamente las consecuencias de sus actos y la clase de mundo que les iban a dejar a sus hijos y nietos. Mientras que temer a los Randy Hayes de este mundo puede formar parte de su cultura corporativa, en lo más profundo de sus corazones les dan la bienvenida. Cuando una organización como RAN cuelga pancartas en sus oficinas centrales, esos ejecutivos dejan escapar un silencioso suspiro de alivio.

Poco después de llegar a esas conclusiones, me vi afectado por una serie de crisis personales: enfermedades familiares y la muerte de mi padre. Reduje mis actividades a lo esencial —viajes a la Amazonia y talleres programados con mucha antelación— y dejé de lado todos los demás proyectos. Entonces tuvo lugar el 11-S. Tras visitar la Zona Cero me centré en escribir *Confesiones* y, tras su éxito, en la gira de conferencias. Hasta que en 2006 realicé aquel vuelo para asistir a la recolecta de dinero de RAN no volví a considerar las profundas implicaciones de su campaña contra Mitsubishi y tantos otros bastiones de la corporatocracia.

Durante aquel vuelo comprendí que si debemos cambiar el mundo gobernado por la corporatocracia debemos cambiar las corporaciones. Cuanto más pensaba en ello más me convencía de que Randy, sus colaboradores y sus voluntarios habían acertado con algo grande. Aquellos piquetes y pancartas eran el equivalente contemporáneo de los fardos de té arrojados a la bahía de Boston. Había que tirar el té si querías ganar en Saratoga.

## El nuevo capitalismo

RAN no se acomoda al perfil de organización que intimida a las corporaciones más poderosas del mundo. En 2006 su personal y su presupuesto no llegaban a cuarenta personas y cuatro millones de dólares, una entidad asombrosamente pequeña para el trabajo que realiza. Viajé varias veces a San Francisco y me entrevisté con muchos de ellos después de la conferencia inicial.

«Susceptible de ser presionada —me respondió Jim Gollin, presidente del consejo, cuando le pregunté acerca del punto flaco de la corporatocracia—. Vemos una y otra vez que pueden ser persuadidos de realizar importantes cambios de política.» Hablaba japonés con soltura y había sido uno de los primeros occidentales en trabajar en las oficinas centrales de Nomura en Tokio (en aquella época Nomura era una de las mayores aseguradoras del mundo); después viajó por todo el globo por cuenta de Morgan Stanley y abrió su propia compañía de inversiones. Conoce el mundo corporativo.

«Para persuadirles de que cambien tienes que ser flexible, ajustarte a la situación.» Jim puso a Home Depot como ejemplo. «Eran los vendedores de madera al por menor más importantes del mundo y no estaban interesados en negociar con nosotros. De manera que nosotros fuimos aumentando la presión con manifestaciones ante las tiendas y durante las juntas de accionistas. Un amigo nos filtró desde dentro el código de seguridad del sistema de comunicación interna de su tienda, y resultó que todas las tiendas usaban el mismo código. Un día, nuestros voluntarios hicieron uso del código y anunciaron: “A los clientes de Home Depot. Venta

de madera en Aisle 10. Esa madera fue robada en el Amazonas. Puede que haya sangre derramada en el suelo; por favor, tengan cuidado. La tala de esos bosques está provocando trastornos a las poblaciones indígenas, la degradación del suelo y la destrucción de la Tierra”. Una vez que logramos organizar a nuestros aliados estudiantes pudimos intervenir en 162 tiendas en un día. Como puede imaginar, los teléfonos enloquecieron en las oficinas centrales de Atlanta. Entonces aceptaron hablar. Cuando aceptaron dejar de vender madera de bosques antiguos y de bosques en peligro, los restantes detallistas de madera, como por ejemplo Lowe’s, decidieron sumarse a ellos.

»Soy capitalista —admitió Jim—. Las corporaciones son las fuerzas más dinámicas en el mundo de hoy. Poseen el poder y la energía para provocar el cambio. Nos corresponde a nosotros hacer que ello ocurra. Creo en el activismo.»

La revista *Fortune* calificó a RAN de «mosca cojonera» porque la organización nunca se había permitido a sí misma dejarse intimidar por el tamaño de sus objetivos. Entre las diferentes corporaciones que han capitulado a las exigencias de RAN se encuentran Kinko’s, Staples, Boise Cascade, Citigroup, Bank of America, JP Morgan Chase, McDonald’s y Goldman Sachs.

En 2003, Randy Hayes le cedió a Mike Brune la responsabilidad del día a día, aunque el fundador continuó ejerciendo activamente como presidente del consejo. El nuevo director ejecutivo había sido previamente director de campaña y había demostrado su capacidad para trazar una estrategia. Me contó que la gente no logra entender cómo una organización de cuatro millones de dólares consigue convencer a una corporación de cien millones para que cambie de política. «Formamos parte de un movimiento global de justicia mucho más amplio —dijo Mike—, las tropas de choque pacíficas de una libremente organizada red de organizaciones medioambientales, inversores socialmente responsables, filántropos ilustrados y simpatizantes empleados de empresas. Entre las organizaciones con las que estamos “asociados” se encuentran Forest Ethics, BankTrack, World Wildlife Fund, Friends of the Earth, Amazon Watch, The Pachamama Alliance, la Ruckus Society, Greenpeace, Global Exchange, la Sierra Student Coalition, la Student Environmental Action Coalition, Rainforest Action Group y otras. Tenemos mucha confianza en poder cambiar la América corporativa.» Y sonrió.

Le pregunté por qué tenía tanta confianza.

«Por cuatro razones. La primera es que tenemos la verdad de nuestra parte. La economía global y la calidad de vida dependen de un clima estable, una biodiversidad floreciente y un agua y un aire limpios. En realidad, todos ellos son derechos humanos básicos. Como dicen las pegatinas de los parachoques: NO HAY TRABAJO EN UN PLANETA MUERTO. La segunda es que los ejecutivos corporativos aceptan esto como verdad. Muchos de ellos están empezando a comprender —lentamente— que ellos pueden ser parte de la solución y no parte del problema. En tercer lugar, consideramos a las corporaciones aliados potenciales; trabajamos con ellas identificando soluciones beneficiosas para todos; les aconsejamos soluciones políticas y celebramos el liderazgo responsable. Finalmente, no vamos a rendirnos. La inmensa mayoría de la opinión pública apoya la protección medioambiental y grupos como RAN mantendrán a esas compañías responsables.»

Es clave entender la actitud de los ejecutivos. Ilyse Hogue, directora de la Campaña Global de Financiación de RAN, fue educada por un padre que era corredor de bolsa. «La gente olvida —me dijo— que las corporaciones las conforman seres humanos, muchos de ellos con hijos. Y les preocupa el futuro de éstos.»

La propuesta de RAN adquirió una nueva significación con un programa de 2006 llamado Jumpstart Ford;\* [\[3\]](#)su objetivo es cambiar una corporación a la que generalmente no se asocia con la destrucción de los bosques. La directora de campaña, Jennifer Krill, observa: «Los automóviles consumen gasolina. Un montón de gasolina sale de la selva tropical. Además, la gasolina es la causa principal del cambio climático, que afecta a los bosques y a todos nosotros». Esta campaña es un aviso de que el objetivo de RAN va más allá de lo que sugiere su nombre.

Krill no abrigaba la menor duda acerca del resultado del proyecto Jumpstart Ford. Todas las campañas de RAN han logrado apreciables resultados. «La cuestión no es si tendremos éxito —dice—. La cuestión estriba en si llegaremos a tiempo.»

No si la corporatocracia se sale con la suya. El comité senatorial estadounidense House Ways and Means Committee obligó a RAN a facilitar información acerca de todas las campañas emprendidas desde 1993. En una iniciativa que demuestra la estrecha relación entre las grandes empresas y el Congreso de Estados Unidos, la investigación trata de retirarle a RAN su estatus de organización exenta de pago de impuestos. Según Mike Brune, su organización está cooperando a fondo; el 31 de mayo de 2005 hizo entrega

de centenares de documentos y grabaciones de vídeo. «Nos está costando tiempo y dinero —confirmó Mike moviendo tristemente la cabeza—. Estamos decididos a proteger a nuestros donantes de una posible caza de brujas; por eso borramos todos los rostros y nombres del material que entregamos. Menudo trabajo. Pero queremos demostrar que creemos en el sistema y de paso tratamos de no ser acosados.»

Le pregunté cómo se sentía después de la iniciativa del House Ways and Means Committee.

Hizo una pausa. «¿Que cómo me siento? De un lado me revienta, pues deberían perseguir a las empresas que abusan de su poder y no a grupos como el nuestro que tratan de proteger la herencia de nuestros hijos. Y de otro lado, confío en que esto alertará al público americano acerca del poder que todos nosotros tenemos, sobre todo cuando nos juntamos y nos organizamos. El Congreso no va contra una pequeña entidad sin ánimo de lucro a menos que gente muy importante se sienta terriblemente amenazada.»

En los días y semanas posteriores a aquellas reuniones en San Francisco caí en la cuenta de que un montón de gente importante se siente amenazada por muchas ONG. Las corporaciones continúan teniendo oficialmente el control, pero empiezan a comprender que tienen los días contados.

---

\**Jumpstart* es la acción de poner en marcha un automóvil empujando; de ahí que se utilizase como lema en la campaña contra la Ford Motor Corporation. (*N. del T.*)

---

## Una lista de quejas

RAN es sólo una de las organizaciones que demuestran que las corporaciones son vulnerables, que pueden cambiar y que cambiarán. En los siguientes capítulos describiré los métodos que una serie de ONG han aplicado con éxito. Éstas han obligado a los gigantes de la industria a limpiar ríos contaminados, retirar aerosoles que destruyen la capa de ozono, proteger especies en peligro, abrir las puertas a las minorías, acabar con la discriminación de género y poner en práctica una amplia gama de otras políticas que contemplan los derechos civiles, sociales y ambientales, así como cuestiones humanitarias. Métodos similares pueden aplicarse a cambiar los objetivos fundamentales de las corporaciones, para transformarlas en buenas ciudadanas del mundo que sirvan a los intereses de las sociedades y del medio ambiente en lugar de a una pequeña aristocracia local.

Después de muchas investigaciones y conversaciones, llegué a la conclusión de que el cambio es posible; se está produciendo ya de muchas maneras importantes. Las corporaciones se están doblegando a nuestra voluntad. Tenemos el poder de lograr cambios monumentales en la manera en que está estructurada nuestra sociedad.

La segunda cuestión es ésta: ¿Estamos seguros de que queremos cambiar? En Asia, Latinoamérica, Oriente Medio y África, hemos visto las terribles consecuencias de los GE, de los chacales y de la «solución final» de los militares, al igual que los colonizadores de Norteamérica fueron testigos de las desigualdades y sufrimientos causados por la política británica. Nos

preguntamos a nosotros mismos si estamos lo suficientemente motivados para tomar las medidas necesarias.

Antes de la Revolución, periodistas como Benjamin Franklin, oradores como Patrick Henry y panfletistas como Tom Paine comprendieron la importancia de definir sucintamente las injusticias perpetradas por la Corona. Sencillamente, no había nada mejor que la presentación de razones, datos y estadísticas irrefutables. Sus argumentos tuvieron como resultado una larga lista de quejas contra la monarquía británica que en última instancia fue resumida en la Declaración de Independencia. Sirvió como motivación y como fundamento para pasar a la acción. Hoy contamos con una lista aún más larga de quejas contra la corporatocracia. Son presentadas regularmente por la prensa (a menudo sin darse cuenta), en Internet, en películas y libros. Hagamos un resumen de los puntos más destacados:

*Debido a la política y acciones de la corporatocracia...*

- Más de la mitad de la población mundial sobrevive con menos de 2 dólares al día, aproximadamente los mismos ingresos reales que tenían hace treinta años.
- Más de 2.000 millones de personas carecen de acceso a los servicios básicos, como electricidad, agua potable, instalaciones sanitarias, vivienda, teléfono, policía y protección contra incendios.
- Según un estudio del Comité Económico Conjunto del Congreso de Estados Unidos, los proyectos patrocinados por el Banco Mundial presentan un porcentaje de fracaso del 55 al 60 por ciento.
- El coste del pago del interés de la deuda del Tercer Mundo es mayor que todo el gasto del Tercer Mundo en educación y casi el doble de la cantidad que reciben esos países cada año en ayuda extranjera. A pesar de todo lo que se dice sobre que debe ser condonada, la deuda del Tercer Mundo crece cada año, y actualmente se aproxima a los 3 billones de dólares. El récord no es alentador. Durante la ronda de conversaciones de 1996 sobre la «condonación de la deuda», los países del G7, el FMI y el Banco Mundial anunciaron una cancelación de hasta el 80 por ciento de la deuda para los Países Pobres Altamente Endeudados (HIPC por sus siglas en inglés), pero entre 1996 y 1999 la cantidad total de pagos de intereses por la deuda de los HIPC aumentó en un 25 por ciento, de 88,6 billones a 114,4 billones de dólares.
- El superávit comercial de los países en vías de desarrollo en la década de

1970, de 1.000 millones de dólares, se convirtió en 11.000 millones de déficit al comienzo del nuevo milenio y continúa creciendo.

- La propiedad de la riqueza del Tercer Mundo está hoy más concentrada que antes del desarrollo de infraestructuras masivas de la década de 1970 y la oleada de privatización de 1990. En muchos países, el 1 por ciento de los hogares posee más del 90 por ciento de toda la riqueza privada.

- Las compañías transnacionales se han hecho con el control de la mayor parte de la producción y el comercio en los países en vías de desarrollo. Por ejemplo, el 40 por ciento del café mundial es comercializado por cuatro empresas, y 30 cadenas de supermercados representan casi un tercio de las ventas mundiales de comestibles. Un puñado de empresas petrolíferas y extractoras de otros recursos controlan no sólo los mercados sino también los gobiernos de los países que poseen los recursos.

- La codicia corporativa fue puesta de manifiesto cuando Exxon Mobil anunció otra cifra récord de beneficios en el segundo trimestre de 2006, 10.400 millones de dólares, la segunda cifra de beneficios más alta obtenida por una empresa norteamericana, sobrepasada únicamente por los 10.700 millones de dólares obtenidos por Exxon en el cuarto trimestre de 2005; ambos fueron años en que el aumento del precio del petróleo provocó un intenso sufrimiento entre los pobres del mundo. Las empresas petrolíferas están altamente subvencionadas mediante reducciones de impuestos y acuerdos comerciales, y por leyes laborales y medioambientales internacionales que les favorecen.

- La cuota global de impuestos federales pagada por compañías norteamericanas es menor ahora al 10 por ciento, mientras que en 2001 era del 21 por ciento y de más del 50 por ciento durante la Segunda Guerra Mundial. Un tercio de las mayores y más rentables compañías de Norteamérica pagaron cero impuestos en al menos uno de los tres primeros años del nuevo milenio. En 2002, empresas norteamericanas ocultaron 149.000 millones de dólares en paraísos fiscales como Irlanda, Bermudas, Luxemburgo y Singapur.

- De las cien mayores economías mundiales, 51 corresponden a compañías, de las cuales 47 son norteamericanas.

- Al menos 34 niños de menos de cinco años de edad mueren cada día de hambre o enfermedades evitables.

- Estados Unidos y muchos de los países que Washington pregona como democracias muestran las siguientes características antidemocráticas: los medios son manipulados por las grandes empresas y el gobierno; los



políticos están vendidos a poderosos contribuyentes y la política realizada «a puertas cerradas» garantiza que los votantes no sean informados de las cuestiones clave.

- Cuando en 1997 se aprobó el tratado internacional en la ONU para prohibir las minas terrestres por 142 votos y ninguno en contra, Estados Unidos se abstuvo; Estados Unidos se negó a ratificar la Convención sobre los Derechos del Niño de 1989, la Convención Internacional sobre Armas Biológicas, el Protocolo de Kyoto y el Tribunal Penal Internacional.

- El gasto militar global alcanzó un nuevo récord de 1,1 billones de dólares en 2006; el de Estados Unidos representaba la mitad del mismo (un promedio de 1.600 dólares por cada hombre, mujer y niño norteamericanos).

- Estados Unidos ocupó el puesto 53 en la lista World Press Freedom de 2006 (en comparación con el puesto 17 de 2002) y ha sido severamente criticado por Reporteros sin Fronteras y otras ONG por encarcelar e intimidar a periodistas.

- La deuda nacional de Estados Unidos (la cantidad de dinero debida por el gobierno federal a acreedores que poseen instrumentos de deuda norteamericanos), la mayor del mundo, alcanzó los 8,5 billones de dólares en agosto de 2006, el equivalente a 28.500 dólares por ciudadano norteamericano; estaba creciendo en 1.700 millones al día. Un gran porcentaje de esta deuda es propiedad de los bancos centrales de Japón y China y de miembros de la UE, lo que nos coloca en una posición extremadamente vulnerable ante ellos.

- La deuda externa norteamericana (la deuda total pública y privada de no residentes reembolsable en moneda extranjera, bienes o servicios) es también la mayor del mundo, estimada en 9 billones de dólares en 2005. (Es de notar que Washington utiliza las deudas externa y nacional de otros países como armas, obligando a sus gobiernos a cumplir con las exigencias de la corporatocracia o hacer frente a la quiebra, a sanciones económicas y a severos condicionantes impuestos por el FMI; sin embargo, Estados Unidos es la mayor nación deudora del mundo.)

Esta lista parcial no deja dudas de que debemos utilizar las herramientas a nuestra disposición para impulsar el cambio. Estas quejas son nuestro motivador así como nuestro fundamento para alterar la abominable realidad que la corporatocracia ha creado en el mundo. En el interior de cada una de las injusticias están las grandes corporaciones. Cambiándolas,

cambiaremos el mundo.

Debemos insistir en que las corporaciones se vuelvan democráticas y transparentes. Debemos dejar de aceptar el capitalismo imperialista en el que unos pocos toman todas las decisiones y se apoderan de la mayor parte del dinero y lo hacen en secreto. Exijamos que cumplan aquellos principios que nosotros consideramos manifiestos, tal como están expresados en nuestros documentos más sagrados, los principios de justicia, igualdad, compasión y gobierno, teniendo en mente la consecución de la paz y la estabilidad para las generaciones futuras. Reconozcamos que vivimos en una pequeña comunidad global y que las corporaciones deben establecer nuevas metas que reflejen esta realidad. En lugar de acumular riqueza para unos pocos, deben cuidar a sus empleados, incluso cuando se jubilan; atender a sus clientes; cuidar a quienes les suministran los recursos que utilizan, a quienes los extraen de las minas, los plantan, seleccionan, tejen, funden, procesan, moldean, conforman y ensamblan, y proteger las comunidades y los entornos en los que viven esas personas.

Este proceso también requiere que cultivemos los aspectos que nos enriquecen, aquellos asociados con lo femenino, y rechacemos la idea de que vivimos en un «mundo de hombres» en el que la fuerza es la que triunfa. Riane Eisler, autora del best-seller *El cáliz y la espada*, analizó junto a otros investigadores las medidas que comparaban la situación de las mujeres con las relacionadas con la calidad de vida. Basándose en estadísticas recogidas en ochenta y nueve países, su estudio llegó a la conclusión de que el estatus de las mujeres sirve mejor para predecir la calidad de vida que el Producto Interior Bruto.

«En las sociedades en las que las mujeres tienen un estatus superior y constituyen casi la mitad del gobierno, como en los países nórdicos, se da mayor prioridad fiscal a la política social, como la atención sanitaria universal, las prestaciones para el cuidado infantil de alta calidad, la educación de los padres y una baja parental generosamente pagada [...] Cuando el estatus y el poder de las mujeres es más alto, también lo es la calidad de vida general, y cuando es bajo, también lo es la calidad de vida para todos»,<sup>48</sup> escribe en su nuevo libro *The Real Wealth of Nations* la doctora Eisler. Debemos comprender que nuestra supervivencia depende de nuestra capacidad de ser compasivos. Debemos nutrir. Debemos abrazar y amar.

Nuestro pequeño planeta está, como el Titanic, hundiéndose rápidamente. A diferencia del gran buque, no es que tenga pocas lanchas salvavidas; no

tiene ninguna. Nuestras instituciones más poderosas, nuestras corporaciones, necesitan accionar las bombas de achique. Están llevando el buque contra el iceberg; ahora tienen que sortearlo y establecer un nuevo rumbo.

Y nosotros tenemos que hacer lo correcto, lo que es racional y pragmático. Debemos hacernos oír. Debemos exigir que las corporaciones se vuelvan democráticas y transparentes.

Antes de abordar las cuestiones que tratan de los principios unificadores y de lo que podemos hacer cada uno, las acciones que podemos realizar individualmente y comunitariamente, es importante superar un obstáculo que a muchos de nosotros nos impide plantearnos siquiera esas cuestiones. Me encontré cara a cara con este obstáculo cuando asistía a una conferencia en una isla del Atlántico. Descubrí lo eficaz que ha sido la corporatocracia para silenciar su oposición, para difundir el miedo en algunas de las organizaciones que están mejor situadas para cambiarla.

## Enfrentarnos a nuestros miedos

Durante el periodo de 2006 en que me dedicaba a explorar los efectos de las ONG sobre las corporaciones, me reuní con un grupo de veintitrés hombres y mujeres en la isla de Martha's Vineyard durante varios días. Las conversaciones eran un eco, creo, de los debates que se propagaban por las colonias durante los años anteriores a la Revolución. Muchos colonos tenían miedo de los británicos y, junto a los «lealistas» o Tories, se negaban a tomar medidas. «El Imperio Británico es demasiado grande, demasiado poderoso —argumentaban—. Perderemos y nos perseguirán por desafiarlo.» El escenario de estas reuniones de 2006, frente a la costa de Massachusetts, constituía una especie de microcosmos del mundo de hoy. Martha's Vineyard albergó en otros tiempos una gran flota ballenera y se convirtió en el equivalente del siglo XVIII de los actuales Oriente Medio y Amazonas: una fuente primaria de aceite para las industrias americanas y los hogares. Como los desiertos y las selvas de hoy, las poblaciones de ballenas de entonces fueron devastadas. El descubrimiento de petróleo en la cercana Pennsylvania ofreció una alternativa barata y supuso el colapso de la industria del aceite de ballena. En años más recientes, esta isla se hizo famosa por servir de refugio a los famosos: los Kennedy y los Clinton, actores, escritores y músicos. Aquí se rodó la película *Tiburón*. Cuando yo llegué en 2006, también reflejaba el desequilibrio ecológico tan común en nuestro mundo. Con una gran sobrepoblación de ciervos, estaba invadida por la temida enfermedad de Lyme transmitida por las garrapatas de los ciervos. Me dijeron que muchos residentes habían contraído la enfermedad.

También nos aconsejaron que evitáramos pasear por las hermosas praderas o los encantadores bosques. «Es mejor verlos desde la seguridad de un coche con aire acondicionado», nos dijeron.

La mayoría de aquellas veintitrés personas representaban a ONG que recibían donaciones de nuestro anfitrión, un rico filántropo. Se dedicaban a proteger el medio ambiente, las especies amenazadas, los derechos humanos y cuestiones de género y salud.

En una serie de ocasiones traté de que los participantes dedicaran su atención a las corporaciones, poniendo a RAN como ejemplo. Me quedé sorprendido por sus respuestas.

«No se puede confiar en los ejecutivos.»

«Permanecemos al margen del mundo corporativo. Demasiado corrupto.»

«Demasiado poderoso. Perderemos y seremos castigados.»

«Extremadamente peligroso. Mejor no arriesgarse.»

«Miren —dije—. Cada uno de ustedes está realizando un importante trabajo. Pero en cierta manera están aplicando tiritas. Estamos sangrando gravemente, así que necesitamos tiritas, pero a menos que comencemos a curar la enfermedad, la causa subyacente, todas las tiritas del mundo no nos salvarán. Tienen razón al protegerse de la corrupción de las grandes empresas, pero, por Dios, ocúpense de ellas, diseñen una estrategia.»

Mona Cadena, subdirectora de Amnistía Internacional, respondió: «En Amnistía estamos de acuerdo. Con más de 1,8 millones de miembros en casi 150 países, conocemos el poder de las corporaciones. De hecho, compramos suficientes acciones de algunos de los mayores transgresores para poder asistir a sus reuniones y presentar resoluciones como accionistas que exigen a las empresas adoptar políticas de derechos humanos en todos los países en los que trabajan».

La disposición de Mona a hablar me dio ánimos.

Más tarde, mientras estábamos sentados frente a un gran ventanal desde el que se divisaba un enorme lago salobre separado del océano Atlántico por una delgada barra de arena, Mona habló sobre Tony Cruz. Coordinador de la Red de Acción Corporativa de Amnistía, Cruz había logrado hablar con los cofundadores de Google, Sergey Brin y Larry Page, y con el director ejecutivo de Yahoo, Terry Semel, y su fundador, Jerry Yang, durante reuniones de accionistas, insistiendo en que esas empresas dejaran de ayudar a la represión de la libertad de expresión en China. Además, más de cuarenta mil activistas participaron en acciones online teniendo como objetivos esas compañías. «Todavía no hemos conseguido que ninguna de

ellas tome medidas proactivas —suspiró Mona—, pero colamos un artículo en el *Business Week* y dispusimos de tiempo en antena en varias cadenas de ABC. Sabemos que el esfuerzo ha merecido la pena. La presión aporta resultados.»

«RAN ha hecho un buen trabajo —me dijo por teléfono Mila Rosenthal, directora del programa de Negocios y Derechos Humanos de Amnistía, cuando la llamé varios días más tarde—. Su trabajo es muy estimulante. Tienen que obligar a la dirección a aceptar restricciones específicas sobre la explotación forestal. Podría pensar que nuestro método, el de utilizar resoluciones de accionistas, resultaría más fácil y que las empresas verían que el compromiso de respetar los derechos humanos beneficiaría a todo el mundo. Pero con todo, encontramos un montón de resistencia. ExxonMobil es un caso destacado...»

El gigante del petróleo, la mayor compañía energética del planeta, ha acumulado un récord de abusos de derechos humanos en muchos países. Amnistía la tuvo en el punto de mira en Camerún, Chad, Nigeria e Indonesia. «Pudimos ver cómo ExxonMobil se resistía firmemente a comportarse de una manera más aceptable —continuó Mila—. Hicimos que nuestros miembros inundaran a su director ejecutivo con postales; organizamos vigiliadas, sentadas y protestas. El día de San Valentín, les enviamos postales pidiéndoles que tuvieran un poco de compasión por los derechos humanos. Formamos coaliciones con otros accionistas que pensaban de modo similar.»

Junto con el AFL-CIO, el Teachers' Retirement System of New York City, Boston Common Asset Management, Allied Industrial, Chemical and Energy Workers International Union (PACE), el Interfaith Center on Corporate Responsibility y Walden Asset Management, pidieron a ExxonMobil que «adoptara y pusiera en práctica una política de derechos humanos en el trabajo a nivel de toda la empresa basada en la Declaración de los Principios Fundamentales de los Derechos Laborales (Declaración ILO) de la Organización Internacional del Trabajo de 1998, y preparara un informe para los accionistas sobre el cumplimiento de dicha política». Después de presentar esta resolución, la coalición se reunió con ejecutivos de la empresa. ExxonMobil acordó incluir una declaración de apoyo a la Declaración ILO en su Informe sobre Responsabilidad Corporativa. En la asamblea anual de accionistas de 2004, Chip Pitts, entonces presidente del consejo de Amnistía Internacional, alertó de que los miembros de la coalición exigirían a la empresa el cumplimiento de sus promesas.<sup>49</sup>

«No obtuvimos todo lo que queríamos —admitió Mila—. Pero hemos empezado bien. Nuestras organizaciones aprendieron mucho. Cambiaremos a esos tipos, a toda una empresa de una vez.»

Al principio, la reunión de Martha's Vineyard me decepcionó, porque muchos de los asistentes habían sucumbido a la intimidación de las grandes corporaciones. Sin embargo, también desarrollé un mayor aprecio por Amnistía y otras organizaciones que, como aquellos americanos de Bunker Hill, se están enfrentando a sus miedos. Al hacer frente a las corporaciones, nos están dando valor a todos. Sabía que las palabras de Mona habrían convencido a alguno de los Tories a enfrentarse a sus miedos.

## Cambiar Wall Stret a través del apalancamiento financiero

La familia de organizaciones MoveOn hace que los americanos se interesen de nuevo por el proceso político. Con más de 3,3 millones de miembros en toda Norteamérica, desde carpinteros y amas de casa hasta líderes de empresas, trabajamos juntos para alcanzar las metas de los fundadores de nuestro país. MoveOn es un servicio, una manera de que los ciudadanos ocupados pero concienciados puedan expresarse políticamente en un sistema dominado por el dinero y los medios.<sup>50</sup>

—De la página web de MoveOn

Como respuesta a «la ridícula manera de desviarse de lo realmente interesante para la nación» del *impeachment* al presidente Clinton en septiembre de 1998, los fundadores de MoveOn Joan Blades y Wes Boyd organizaron una campaña online para «censurar al presidente Clinton y pasar a cuestiones más relevantes...». Cientos de miles de personas firmaron la petición en pocos días. Desde entonces, MoveOn ha utilizado Internet como un foro de libre expresión. Entre las campañas de MoveOn se pueden citar las siguientes:

- Poner fin al genocidio en Darfur (Sudán).
- Aprobar leyes que exijan que los votos queden registrados en las



máquinas de votación.

- Financiar públicamente las campañas políticas y acabar con la dependencia de los candidatos de los donantes corporativos.
- Prohibir la tortura en las instalaciones controladas por Estados Unidos.
- Hacer que los paneles solares formen parte de la política de la Comisión de Servicios Públicos.
- Incrementar la conciencia pública sobre los peligros de las amenazas norteamericanas de utilizar la «opción nuclear».
- Proteger la seguridad social.
- Prohibir que los medios sigan concentrándose en unas pocas corporaciones.

«No es que la gente sea apática; simplemente piensa que sola no podrá conseguir nada —me dijo el director ejecutivo de MoveOn, Eli Pariser—. Eso es precisamente lo que trata de conseguir MoveOn: que en Washington se escuchen las voces de la gente. Juntos podemos luchar contra las compañías petrolíferas y farmacéuticas y sus aliados en Washington, estableciendo políticas que sirvan a los intereses de todos y no a los de unas pocas cuentas de resultados.»

RAN, Amnistía y MoveOn generan cambio a través de protestas, mítines, teatro callejero, pancartas, anuncios en la prensa, postales a los directores, resoluciones de accionistas, discursos, cartas a editores, llamamientos a representantes políticos, peticiones masivas por Internet y otros medios para llamar la atención sobre sus causas y para que la corporatocracia sepa cuándo sus acciones son inaceptables. En muchos sentidos, deben su éxito al liderazgo de la comunidad afroamericana.

Más que ningún otro grupo, los afroamericanos han dirigido el cambio pacífico. Esta campaña comenzó mucho antes de la Guerra Civil y continuó en los tiempos modernos a través de la Southern Christian Leadership Conference (SCLC), la National Association for the Advancement of Colored People (NAACP) y muchos otros movimientos pro derechos civiles. La historia de la esclavitud en Estados Unidos y la lucha para terminar con ella y obtener la igualdad de derechos y de trato para los descendientes de aquellos esclavos es vasta, inolvidable, desalentadora y estimulante al mismo tiempo. Aunque la mayoría de nosotros sabemos que este movimiento fue el primero en utilizar la «desobediencia civil», son pocos los familiarizados con su liderazgo en el empleo de Wall Street como

una herramienta para transformar la corporatocracia. Los afroamericanos tienen mérito no sólo por el ejemplo que han impuesto en el uso de protestas y concentraciones, sino por su papel en reconocer el poder del apalancamiento financiero. Trazaron un rumbo que ha sido seguido por otras ONG.

En 1996 hubo pruebas de que empleados de Texaco estaban haciendo comentarios racistas. El reverendo Jesse Jackson anunció un boicot inmediato de la empresa. Llamó a su amigo H. Carl McCall, interventor del estado de Nueva York, y le pidió que se uniera a los piquetes. McCall respondió: «Jesse, cuando eres propietario de un millón de acciones no tienes que hacer piquetes». Como McCall controlaba las inversiones de Nueva York, se dio cuenta de que estaba en situación de presionar. Envío una carta al presidente de Texaco, Peter Bijur, exponiendo su preocupación por la política de la empresa con respecto a las minorías. Finalmente, Texaco llegó a un acuerdo extrajudicial y pagó 176 millones de dólares al tiempo que se comprometía a aplicar generosos aumentos a cientos de empleados afroamericanos.

El éxito de esa campaña convenció a Jackson de la necesidad de crear el Proyecto Wall Street, un vehículo financiero para utilizar la propiedad de acciones de manera creativa y activista y también para concienciar a los accionistas afroamericanos. Mediante estas estrategias, Jackson y sus socios han convencido a Coca-Cola, 7-Eleven, Shoney's, Coors y otros gigantes corporativos a cambiar sus políticas.

«Cuando asistes a una asamblea como accionista, tienes derecho a expresar tu opinión —explica Jackson—. Hemos pasado de ser aparceros a ser accionistas.»<sup>51</sup>

Esta filosofía ha sido adoptada por otros inversores. Grupos de accionistas socialmente responsables suelen presionar a menudo a los fondos mutuos y de pensiones para que adopten actitudes críticas contra las corporaciones que se han negado a adoptar políticas a favor del medio ambiente y los derechos humanos. Cuando viajaba por Estados Unidos, entre los estudiantes universitarios solía encontrar oposición contra diversas empresas; en muchos campus escuché alegatos de que Coca-Cola maltrata a los empleados en otros países, incluyendo acusaciones de que contrató chacales para intimidar y matar a organizadores del sindicato en Colombia. En julio de 2006, el gigante de las pensiones TIAA-CREF Social Choice Account echó a Coca-Cola de su fondo. Herbert Allison, director ejecutivo de TIAA-CREF, empresa que suministra planes de pensiones en los campos

académico, médico y cultural, lo anunció en la asamblea anual del College Retirement Equities Fund (CREF). La operación consistió en la desinversión de 1,2 millones de acciones de Coca-Cola. Las razones de TIAA-CREF se centran en las deficiencias de dicha empresa en la protección de los derechos de los trabajadores en las plantas embotelladoras del extranjero, la comercialización de refrescos para niños y cuestiones medioambientales sobre el uso del agua.<sup>52</sup>

Un método totalmente diferente que también implica el apalancamiento financiero ha sido introducido por una ONG que trabaja con tribus en el Amazonas.

## Comprar la deuda del Tercer Mundo

The Pachamama Alliance (TPA) fue creada como resultado de una expedición que dirigí al Amazonas. El último día de ese viaje, los participantes donaron 118.000 dólares para ayudar a las tribus amazónicas a defender sus tierras contra las compañías petrolíferas. Bill Twist, el marido de Lynne Twist, la recaudadora de fondos que me había acompañado a Guatemala, se ofreció para dirigir esa campaña y se convirtió en un muy activo presidente del consejo de administración. En 2006, Pachamama estaba recaudando casi 1,5 millones de dólares al año. Compró radios para comunicaciones bilaterales y un avión para que las comunidades indígenas pudieran superar los obstáculos que les habían impedido comunicarse y reunirse. Contrató abogados para entablar procedimientos jurídicos contra las compañías petrolíferas que invadieran las tierras indígenas. Montó talleres y produjo películas para que la gente de Estados Unidos pudiera convertirse a su vez en agente del cambio. Luego ideó un plan realmente revolucionario.

«¿Qué pasaría si apalancáramos estos bosques —sin cortar los árboles— para comprar los préstamos extranjeros de Ecuador?», preguntó un día Bill Twist mientras recorríamos la selva amazónica de Ecuador.

Nos sentamos sobre un tronco en un soleado claro junto a un gigantesco árbol kapok, cuyas mastodónticas raíces se desparramaban por el suelo como los contrafuertes de una catedral medieval europea, y hablamos sobre

el hecho de que los bosques tropicales son esenciales para todos nosotros; absorben dióxido de carbono, producen oxígeno, afectan al clima global, generan agua potable, contienen millones de especies de plantas, animales, insectos, pájaros y peces y su flora puede ofrecer curación a enfermedades como el cáncer, el sida y otras. Hablamos sobre la deuda externa de Ecuador, una de las más altas de América Latina, estimada en más de 18.000 millones de dólares, el doble del presupuesto nacional. El pago de esa deuda deja al país sin fondos fundamentales para la salud, la educación, la vivienda y otros programas medioambientales y sociales.<sup>53</sup>

Indiqué que la mayor parte de la deuda de Ecuador era contraída mediante las artimañas de los GE para enriquecer a las compañías petrolíferas de Estados Unidos y otras empresas, así como a unos cuantos funcionarios del Estado corruptos. Una vez más la política del FMI y del Banco Mundial había servido a los intereses de la corporatocracia, a expensas del pueblo de Ecuador.

—Ahora mismo —observó Bill—, la única manera que tiene Ecuador de devolver su deuda es vendiendo su crudo a nuestras compañías petrolíferas. En el proceso, las selvas tropicales son esquilmas. —Hizo una pausa mientras una brillante mariposa azul, del tamaño de una tortita de maíz, voló hasta el claro en el que nos encontrábamos. Planeó junto al hombro de Bill y luego voló hasta un grupo de bromelias de color carmesí—. Mi idea es utilizar los bosques íntegros como un recurso, enviar el mensaje de que son mucho más valiosos para el mundo que el petróleo, una especie de conversión de deudas en inversión ecológica. Ecuador protegerá un recurso que es vital para todos nosotros a cambio de la exoneración de la deuda.

—Es una gran idea —dije—. Pero se trata de una enorme cantidad de dinero.

—Desde luego. —Bill me dirigió una sonrisa de complicidad que con el tiempo he llegado a interpretar como que está hablando terriblemente en serio. Licenciado en la Universidad de Stanford, sus antecedentes en la gestión empresarial, el arrendamiento de equipos y las empresas de servicios financieros le habían preparado para planear a lo grande.

Esa conversación tuvo lugar en 2001. En los años siguientes, Bill dedicó su energía personal a convertir en realidad esa idea. En agosto de 2006, representantes de TPA firmaron un acuerdo con el Ministerio de Medio Ambiente y con el Ministerio de Economía y Finanzas de Ecuador para realizar un estudio de viabilidad para un «Plan Verde» del Amazonas. El acuerdo contempla la financiación para el desarrollo sostenible de la

región, incluyendo el análisis de los impactos negativos de la prospección petrolífera, la redefinición del valor de las selvas y la evaluación de los beneficios potenciales de futuros avances científicos que podrían incrementar la demanda de plantas. Cuantificar estos valores permitirá a Ecuador negociar la conservación. Por ejemplo, si una sección de una selva tropical es valorada en 1.000 millones de dólares, Ecuador se podría comprometer a proteger esa sección, permitiendo a investigadores médicos y de otro tipo utilizarlo de manera sostenible, a cambio de una reducción del mismo importe de su deuda extranjera. Un sistema de contrapoderes institucionales incluiría la obligación por parte de los acreedores y organizaciones protectoras de no permitir a las compañías petrolíferas —u otras que desarrollen actividades amenazadoras— entrar en esa sección del bosque.

Como miembro del consejo de TPA, he visto crecer esta organización desde aquel desayuno de 1994 hasta convertirse en una fuerza que afecta de manera significativa al gobierno ecuatoriano y a los gigantes del petróleo. «El Plan Verde es el primer paso —me dijo Bill recientemente—. Al desarrollar nuevos métodos para resolver el problema de la deuda, estamos creando un modelo que pueden utilizar otros países para proteger sus tierras de la explotación. Lo consideramos un método innovador para financiar el desarrollo sostenible y equitativo.»

Además, TPA ha formado a casi trescientos facilitadores en cinco países para celebrar los simposios «Despertar al dormido», destinados a hacer que la gente intervenga en el mundo mediante sus acciones y opciones cotidianas. La meta de los próximos años es llegar a contar con varios miles de facilitadores que lleguen a millones de personas. Forma parte de la visión del futuro de Lynne Twist. «Queremos curar los síntomas —la destrucción de las selvas tropicales y la deuda injusta—, pero nos damos cuenta de que también debemos curar la enfermedad: nuestra forma materialista y miope de ver el mundo», me dijo.

Lynne, Bill y yo hemos hablado a menudo de la idea de atacar la causa primordial de la crisis a la que nos enfrentamos. Pero hacerlo exige que contestemos a esa tercera pregunta planteada al principio de esta parte del libro: ¿Qué principio valida nuestras acciones?

Los colonos americanos tenían un principio unificador. Se oponían a la tiranía y estaban decididos a obtener la libertad. En nuestro tiempo, ésta sigue siendo una luz que nos guía. Pero dada la diversidad de opiniones y costumbres del mundo de hoy, parece que necesitamos una meta más

universal. Palabras como tiranía, liberación o libertad están sujetas a interpretación. Como vimos en partes anteriores de este libro, hay gente en África que considera a Estados Unidos un tirano; hay gente en Latinoamérica, Asia y Oriente Medio que cree que apoyamos regímenes que suprimen la libertad. ¿Cómo podemos contestar a esta tercera pregunta? ¿Cómo establecemos que en lugar de tratar de imponer a otros nuestros valores morales, religiosos o filosóficos, lo que tratamos de producir es un beneficio auténtico y duradero?

## Cinco puntos comunes

En un soleado día de 2006, la mañana después de mi conferencia en la Universidad de Colorado, Sarah McCune y Joseph Peha me recogieron en el Hotel Boulder. Como estudiantes de la Universidad de Denver, su intervención había sido decisiva para que yo diera la conferencia en su facultad. Sarah, estudiante de ciencias políticas y estudios internacionales, había pasado tiempo en Latinoamérica, África y el sur de Asia. Joseph se estaba centrando en estudios internacionales, español y arte. Había vivido seis meses en Argentina, donde asistió a la Universidad de Cuyo en Mendoza.

Me senté junto a Joseph en la parte delantera. Sarah iba sentada detrás de él. Con las Montañas Rocosas al fondo, esperaba un relajante viaje en coche hasta Denver. Pero no. Me acosaron con preguntas sobre mi vida como gánster económico y mi actitud actual con respecto a las cosas que había hecho. Luego les pregunté sobre lo que pensaban del mundo que mi generación les estaba legando.

—Aprensión —respondió Sarah—. Miedo. La nuestra es una edad influenciada. La gente de su edad dice que aquello en lo que te conviertes a los veinte determina lo que harás el resto de tu vida. Ese tipo de palabras nos aterrorizan. Nos preguntamos qué va a pasar a continuación.

—No se trata de que no queramos cambiar nuestras vidas o crecer —añadió Joseph—. Sencillamente, no queremos embarcarnos en esa carrera de ratas y pasar los próximos cuarenta años peleando en el mundo empresarial, cambiando de profesión, y terminar con una crisis vital.



Más tarde, esa noche, fuimos en coche a un restaurante de Denver donde se nos unieron otros estudiantes y Robert Prince, profesor de la Universidad de Denver, que, como yo, había sido voluntario de los Cuerpos de Paz en la década de 1960; para los estudiantes, no sólo era un profesor estimulante sino también un ejemplo de persona que enseña con el ejemplo, alguien a quien podían tomar como modelo.

«Estos chicos son increíbles —me dijo el profesor Rob—. Ven lo que está pasando en el mundo y están decididos a cambiarlo. Me temo que en su mayor parte nuestro sistema educativo está pensado para estropearlos, convertirlos en piezas del mecanismo. Tipos como tú y como yo debemos echarles una mano, ayudarles a ver que pueden canalizar su energía en acciones positivas. ¡Hay tantas mentes brillantes esperando ser aprovechadas!»

Durante esa noche seguí escuchando a los estudiantes hablar del sistema averiado que estaban heredando. También expresaban la esperanza de que RAN, Amnistía, MoveOn, The Pachamama Alliance y otras ONG resultaran una inspiración para ellos. Me quedé profundamente impresionado por su determinación y espíritu.

Sarah, Joseph y otro amigo, Eric Kornacki, me devolvieron a mi hotel después de cenar. Eric habló sobre la investigación que estaba realizando en una empresa local, la New Belgium Brewing Company, en Ft. Collins (Colorado).

—No sólo me gusta su cerveza —bromeó—. Me gusta la manera en que tratan a la gente. Están a la vanguardia de cómo deberían realizarse los negocios. —Eché una mirada a sus compañeros—. Puntos comunes. —Luego a mí—. Hemos identificado unos cuantos factores comunes a las buenas organizaciones.

—Cinco —añadió Sarah—. Equidad, transparencia, confianza, cooperación y prosperidad para todas las personas involucradas. En esencia, los ingredientes básicos de la democracia.

Me hablaron sobre las empresas que están incorporando esos principios a sus planes de negocio. Habían encontrado modelos que iban desde una fábrica de tejas en Argentina a cooperativas de comida orgánica en el Medio Oeste.

Estos estudiantes de la Universidad de Denver estaban formulando la respuesta a esa tercera cuestión sobre el principio unificador. Luego, se me acercó una pareja de estudiantes de enseñanza secundaria y me dieron una información que me dejó sin respuesta.

## El tiempo de las oportunidades

Fui invitado para dar la conferencia inaugural de la convención nacional de Veteranos por la Paz de Seattle. La idea de encontrarme con hombres y mujeres que habían arriesgado sus vidas por su país y ahora clamaban por la paz era intrigante. Sabía que muchos habían perdido miembros y sufrido otras graves heridas, tanto emocionales como físicas. ¿Qué era lo que pensaban ahora?

Mientras recorría el país en avión, leí las galeradas de *The Good Remembering* de mi amiga Llyn Roberts, un libro que refleja la sabiduría nativa de todo el mundo. Me llamó la atención en particular el siguiente párrafo:

Vivimos en un tiempo lleno de oportunidades. Cuando leemos los periódicos nos podemos sentir abrumados por las crisis cotidianas que parecen saltar de los titulares. Sin embargo, sabemos que la crisis y el caos pueden ser ingredientes fundamentales para la sabiduría y el cambio, ya que a menudo nos fuerzan a tomar decisiones para las que antes nos mostrábamos ciegos. Tiempos como éstos nos obligan a escuchar y tener en cuenta los mensajes que recibimos.

Este párrafo resumía lo que yo pensaba de las ONG que están convenciendo a las corporaciones de la necesidad de ser buenos ciudadanos y de los ejecutivos que responden tomando medidas positivas.

Es realmente un tiempo de grandes oportunidades. Tuve la sensación de que los veteranos necesitaban oír esas buenas noticias.

Una vez en Seattle, me mezclé con los veteranos mientras asistíamos a una recepción nocturna, a una lectura de poesía «a micro abierto» y a varios de sus talleres. Tomé una cerveza con una mujer que había pasado veintiún años en el ejército y lo abandonó disgustada cuando invadimos Irak por segunda vez. Escuché a un hombre sin piernas cantar un lamento que suscitó grandes aplausos entre sus camaradas combatientes: «He sacrificado mis piernas para que Georgie Bushie y Dickie Cheney puedan verter petróleo sobre sus helados de caviar».

Sentí su frustración, su ira y su determinación a reparar un daño que ellos habían contribuido a perpetrar. No escribí un discurso, ni siquiera lo esboqué. Quería hablar libremente. Sabía que mi presentación era abierta al público, pero quería por encima de todo hablar directamente a esos veteranos.

Una vez que me coloqué frente a ellos en aquel enorme vestíbulo y miré sus rostros, sentí una profunda afinidad con ellos. Había desaparecido la rabia que sentía siendo estudiante de la Universidad de Boston ante la guerra de Vietnam, cuando traté de impedir que pudieran embarcar en los astilleros navales de Boston. También había desaparecido mi furia por el bombardeo con bombas incendiarias de la ciudad de Panamá. Todo lo que sentí mientras estaba en el estrado era compasión por otros seres humanos que habían sido explotados por la corporatocracia. A pesar de cualquier desacuerdo que pudiéramos haber tenido en el pasado, ellos eran mis hermanas y mis hermanos. Ellos también habían visto la locura y ahora se habían reunido como Veteranos por la Paz. La novedad y el poder de este concepto —soldados por la paz— me conmovieron profundamente.

No puedo recordar los detalles de lo que dije esa noche. Sé que les animé a comprender el mensaje del libro de Llyn Roberts, de que las crisis pueden preparar el camino para el cambio. Les imploré que no culparan sólo a la administración Bush, sino que se dieran cuenta de que la corporatocracia es mucho mayor que cualquier presidente. Hablé de las ONG que tan valientemente luchan por el cambio, y alabé los ejércitos de voluntarios de RAN que dirigieron el sistema de megafonía en los Home Depots de todo el país. Supliqué a aquellos veteranos que creyeran en sí mismos y en su organización, y en que podían crear el tipo de mundo que querían cuando aceptaron sus uniformes y juraron defender la democracia. Y luego me oí a mí mismo repetir un pensamiento que he expresado ante numerosas

audiencias.

«Para que mis nietos puedan crecer en un mundo pacífico, sostenible y estable, todos los niños de África, Latinoamérica, Oriente Medio y Asia deben crecer en un mundo pacífico, sostenible y estable.» Esta vez, cuando dije estas palabras me di cuenta de que estaba definiendo otra parte de ese principio unificador.

Cuando abandoné el podio y me dirigía a la mesa a firmar libros, dos jóvenes se me aproximaron.

Uno de los organizadores trató de quitármelos de encima. «¿No se dan cuenta de que hay una larga cola esperándole?»

Pero no se desanimaron. Se presentaron como Joel Bray y Tyler Thompson, estudiantes de segundo grado en la Olympia High School de Olympia (Washington) y la University Preparatory School de Seattle, respectivamente. Me dijeron que leyendo *Confesiones* habían decidido pasar a la acción. Mientras nos abríamos camino entre la multitud, uno de ellos me dijo que le había conmovido mucho mi frase sobre los nietos.

—Ésos son mis hijos —me dijo—. No mis nietos. Eso es lo más importante que tenemos que entender. Nuestros hijos no tendrán futuro a menos que todos los niños lo tengan.

Se pusieron detrás de la mesa y esperaron a que terminara de firmar todos los libros. Por fin pude dedicarles toda mi atención.

—Hemos creado un club llamado Global Awareness and Change (GAC) —explicó Joel.

—Al establecerlo como dos clubes gemelos, esperábamos poder organizar eventos más importantes entre nuestras escuelas y nuestras ciudades y llegar a más gente de esa manera —intervino Tyler—. Después de unas semanas de planificación, ya hemos contactado con cientos de personas y organizaciones cuyas metas son similares a las nuestras, y estamos obteniendo apoyo de más estudiantes y profesores en nuestras escuelas.

—Hasta ahora —añadió Joel—, todo el mundo con quien hemos hablado ha respondido positivamente, con gran entusiasmo. Parece que todos quieren participar. Decidimos cubrir muchas cuestiones diferentes, en el área de la política, la ecología, la sociología y la economía. Pero después de leer su libro y ver la película de Al Gore, *Una verdad incómoda*, pensamos que deberíamos centrarnos en la economía y el medio ambiente y en cómo se relacionan entre sí.

—Sabemos que está muy ocupado, pero nos gustaría mandarle un e-mail

para mostrarle lo que estamos haciendo. —Tyler me deslizó una hoja de papel para que pudiera escribir mi dirección de correo.

Varios días después, cuando regresé a casa desde Seattle, recibí un e-mail de Joel y Tyler. Incluía lo siguiente:

**Declaración de objetivos:**

Global Awareness and Change (GAC) es un club que pretende promover la información, el cambio y la posible solución de cuestiones globales. El mundo en que vivimos se enfrenta actualmente a muchos problemas sociales, políticos, económicos y ambientales, y veremos los efectos de cada uno de ellos durante nuestras vidas. Además, para encontrar una solución, así como para llevarla a la práctica, es necesario reunir la ayuda y el apoyo activo de toda la comunidad. La meta de GAC es informar a la gente sobre estas cuestiones tomando al mismo tiempo un papel activo en su solución. Juntos, y sólo de esa manera, podremos invertir los efectos que nosotros mismos hemos puesto en movimiento. Nuestra capacidad de vivir está en juego.

Me sentí gratificado por la urgencia de estos estudiantes de secundaria. No se habían quedado adormecidos por un sistema educativo que trata de desviarles de las cuestiones críticas para centrarles en hacer los deberes, pasar de curso, ser admitidos en facultades, buscar trabajo y otras formas de adaptaciones al medio. No han sido anestesiados por la televisión. O inmovilizados por el miedo. Estos dos jóvenes habían alcanzado un profundo conocimiento. Sabían que «nuestra capacidad de vivir está en juego». Ellos, no sólo sus hijos o sus nietos, se verían afectados por el horrible estado de los asuntos que mi generación estaba dejando tras de sí. También eran conscientes de que ninguna solución funcionaría a menos que incluyera al mundo entero. Y creían que podían tener éxito y que lo tendrían.

A medida que releía su e-mail, me di cuenta de que el principio unificador debe incluir el compromiso de incluir a toda la comunidad. Debe abarcar los principios defendidos por las ONG de justicia social, económica y medioambiental. Tiene que tener en cuenta aquellos cinco puntos comunes expresados por los estudiantes de la Universidad de Denver. Tiene que contemplar la insistencia femenina en que los niños crezcan sintiéndose seguros y protegidos. En lugar de apelar a la religión o a la moral, debe hacer hincapié en lo pragmático, articulando un auténtico deseo universal,

compartido por todos los hombres y mujeres y por todos los seres vivos. Y tiene que ser sencillo, algo que todo el mundo pueda recordar de memoria. Anoté unas palabras en el dorso de ese papel:

*El principio unificador es un compromiso de crear un mundo estable, sostenible y pacífico para todas las personas.*

Estuve tentado de añadir algo sobre reconocer que ningún niño podrá heredar un mundo así, a menos que todos lo hagan. Sin embargo, me parecía evidente. Lo mismo me parecía la idea de «equitativo». Luego pensé en incluir las plantas, los animales y el medio ambiente, pero decidí que las palabras «estable» y «sostenible» los incluyen. Era mejor que fuera corto y sin complicaciones.

*Nos comprometemos a crear un mundo estable, sostenible y pacífico para todas las personas.*

Hasta Denver y Seattle, había considerado que nuestro tiempo era importante para la Historia. Ahora me daba cuenta de que los estudiantes universitarios y de secundaria y los veteranos de guerra que exigían el final de la guerra —así como mis conversaciones con gente de las ONG y las ideas sobre la conversión del capitalismo imperialista en un capitalismo democrático— me habían convencido de que éste era el momento más importante de la Historia.

Sabemos que nuestra sociedad está vacilante, que somos explotados, que nuestros líderes prosperan en la inestabilidad y la desigualdad, y sin embargo nos han enseñado a dudar de que realmente sabemos estas cosas. Nuestra vacilación está resumida en una pregunta que siempre me hace alguien en mis conferencias. Es la pregunta más importante a la que nos enfrentamos hoy.

## La pregunta más importante de nuestro tiempo

—Antes de hacerle mi pregunta, quiero decirle que estoy de acuerdo con usted. —La mujer que sujetaba el micrófono de pie en el pasillo central se encontraba al final de la treintena o al comienzo de los cuarenta. Tenía una melena castaño rojiza y una sonrisa agradable que me recordaba a Meryl Streep. Con su blusa azul cielo y sus pantalones de color beige, podría ser profesora, abogada, artista o ama de casa—. Para cambiar el mundo, debemos convencer a las corporaciones de que cambien sus objetivos; tienen que dejar de servir a unos pocos ricos para centrarse en mejorar la vida del resto de la gente, así como proteger el medio ambiente y las comunidades en las que vivimos. —Sonrió dulcemente—. Estoy totalmente de acuerdo.

Para entonces ya estaba completamente seguro de lo que iba a pasar; estaba a punto de hacer la pregunta que siempre se hace, la cuestión que ronda a todos. Era la última pregunta de las cuatro de mi lista que todos debemos hacernos.

Colocó ambas manos en sus caderas y me lanzó una mirada bastante desafiante.

—Pero, ¿qué puedo hacer yo, yo personalmente, para hacer que eso suceda?

«Ya está», me dije a mí mismo. Me aclaré la garganta.

—Gracias.

Cuando comencé mi gira de conferencias, me preguntaba si la gente siempre se había planteado esta pregunta. O si se trataba más bien de una característica única de la era post-hitleriana, post-bomba atómica-Vietnam-Watergate-11-S-Irak. ¿Nos habíamos sentido siempre tan pequeños e indefensos, o sólo ahora?

Tratando de averiguar la respuesta, solía pensar en mi abuelo. Durante la Depresión tenía un pequeño negocio de muebles en un pueblo de New Hampshire. Murió antes de que yo naciera, pero crecí bajo el halo de su reputación. Se decía que nunca tomaba una decisión importante sin el acuerdo de sus empleados. Pensaba que sus hijos no podían llevar una buena vida a menos que los miembros más pobres de la comunidad también prosperaran. Por consiguiente, se dedicó a sacar a la comunidad de la Depresión. Él y otros hombres de negocios decidieron utilizar sus ahorros no para explotar a los indigentes comprando sus hogares y granjas por unos cuantos centavos, sino para construir una economía que ofrecía trabajo a los desempleados: a leñadores, carpinteros, barrenderos, fontaneros y tapiceros. Nunca me hablaron de mi abuelo como un Buen Samaritano; la leyenda decía que era un hombre sabio que comprendía que el futuro de su nieto todavía no nacido sería seguro solamente si los futuros de los nietos de esos granjeros y trabajadores empobrecidos también eran seguros.

También pensé en mi padre. Supongo que podría haber rechazado a Hitler como un déspota europeo. «Mató a unos cuantos millones, ¿y qué? Yo no soy judío. Vivo al otro lado del Atlántico. Aquí estoy seguro.» Podría haberlo racionalizado de ese modo. Y, como profesor de lenguas, podría haber aceptado un trabajo seguro como formador de traductores. En cambio, se presentó voluntario a la Marina y dirigió tripulaciones de escolta armadas que manejaban los cañones de los petroleros de la marina mercante que cruzaban el Atlántico, un trabajo increíblemente peligroso.

Pensé en las sufragistas, los organizadores de sindicatos, las activistas pro-derechos civiles, los manifestantes anti-Vietnam, las jóvenes que pusieron flores en los cañones de los fusiles y los estudiantes que se tumbaron frente a los tanques en Moscú y Pekín. Esos tiempos parecen muy lejanos, y sin embargo casi todo eso ha tenido lugar durante mi vida adulta.

Y pensé en lo que está pasando en los tiempos actuales, en los hombres y mujeres que se tumbaron delante de los bulldozers en los bosques de Oregón, en los granjeros colombianos que se encadenaron a las vallas para desafiar a los mercenarios de las corporaciones que trataban de echarlos de sus tierras, en los atletas que se niegan a ponerse uniformes confeccionados



en fábricas clandestinas, en quienes cantan, escalan edificios para colgar pancartas, escriben poemas, compran sólo en cooperativas socialmente responsables y respetuosas con el medio ambiente o en tiendas de propiedad privada locales, y en quienes, como mi hija, han abandonado lucrativas carreras profesionales para promover causas y estilos de vida que ofrecen algo más que dinero. Ellos están haciendo todas esas cosas hoy.

—¿Sabe? —repliqué a la mujer de la melena castaña—, oigo esa pregunta muy frecuentemente. Y no estoy seguro de por qué la oigo. Usted y yo vivimos en un país que se enorgullece de ser una democracia. De saber tomar medidas. —Conté las historias de mi padre y mi abuelo—. Por lo tanto, no crea que está usted sola. —Miré a mi público—. ¿Cuántos comparten la pregunta de esta señora? ¿Cuántos de ustedes quieren saber lo que tienen que hacer para hacer que las cosas mejoren?

La habitación se convirtió en un bosque de manos. Me volví hacia la mujer; me hizo un gesto de alivio.

—¿Por qué nos sentimos tan impotentes? —le pregunté—. Piénselo, la corporatocracia tiene un colaborador que se encarga de que nos sintamos impotentes.

Arrugó la frente. Luego me dedicó una sonrisa de Meryl Streep.

—Nosotros.

—Correcto. No nos pueden quitar el poder a menos que dejemos que lo hagan.

Comenzó a alejarse del micrófono. Pero se lo pensó mejor.

—Pero, repito —dijo con una dulce sonrisa—, ¿qué puedo hacer yo?

—Recuperar su poder. Y convencer a todos los que conozca de que hagan lo mismo. —Desvié la mirada de ella y la dirigí al resto de la sala—. Si están tentados de decir «el problema es demasiado grande, las corporaciones y el gobierno, demasiado fuertes, no tengo ninguna posibilidad», no están haciendo más que escabullirse. —Hice una pausa para dejar que esto calara—. Gracias a Dios, nuestros antepasados, allá por 1770, no dijeron «¡Oh!, ¡el rey de Inglaterra! Es demasiado poderoso... no puedo hacer nada al respecto...».

Les dije lo que había dicho antes a muchos otros: que hoy necesitamos reconocer que cada uno de nuestros Padres y Madres Fundadores se pusieron la soga al cuello. Se enfrentaron al imperio más poderoso de la Historia, que además era su propio gobierno. Eran traidores, terroristas a ojos de la Corona; se enfrentaron a morir en la horca. Hoy celebramos su valor como celebramos el valor de mi padre y los demás miembros de su

generación que detuvieron a Hitler. Honramos su generosidad, su disposición al sacrificio.

También nosotros debemos ser valientes y generosos. Debemos estar dispuestos a pagar más por los diamantes y el oro, los ordenadores portátiles y los teléfonos móviles, e insistir en que los mineros reciban un salario justo y dispongan de atención sanitaria y seguridad. También debemos pagar más por aquellos artículos que no estén producidos en fábricas donde se explota al obrero sino en lugares que tratan a sus empleados con justicia. Debemos conducir coches más pequeños y energéticamente eficientes, recortar el uso de energía y moderar el consumo en general, y proteger los entornos naturales y la diversidad de especies que los habitan. Es necesario que seamos conscientes de que cada acción que realizamos y cada producto que compramos afectan a otras personas y a los lugares en que viven; colectivamente, nuestra forma de vivir hoy determina el futuro de nuestros hijos y de nuestros nietos. Como aquellos que nos han precedido, debemos estar dispuestos a hacer sacrificios —incluido, si fuera necesario, el sacrificio final— para garantizar que dejamos a nuestra progenie un mundo que es al menos tan bueno como el que nuestros padres nos dieron a nosotros.

Los individuos pueden cambiar las cosas. Sé que esto es fácil de olvidar. La corporatocracia gasta miles de millones cada año en tratar de convencernos de que no podemos influir salvo cuando compramos el producto A o la marca B. Pero todos sabemos que las personas podemos influir en las personas. Recordemos a los hombres y mujeres de RAN, Amnistía, The Pachamama Alliance, MoveOn y otras organizaciones similares. Recuerde a la gente que le ha influido a usted personalmente.

Al haber crecido en una población rural de New Hampshire, yo no tenía ni idea de que en algunas partes del sur los afroamericanos eran obligados a ocupar la parte de atrás de los autobuses hasta que una mujer llamada Rosa Parks me lo enseñó. En torno a nuestra casa crecía mucha hiedra venenosa; no éramos conscientes del hecho de que el DDT que echábamos para acabar con ella también mataba a los peces, las ardillas y muchas otras especies, hasta que Rachel Carson escribió *Silent Spring*. Ese libro provocó la creación de un movimiento medioambiental global. Eugene McCarthy inició otro movimiento —esta vez político— que derrocó a uno de los presidentes más poderosos de esta nación, Lyndon Johnson. McCarthy nunca ganó la presidencia, pero a él se debe en gran medida el fin de la guerra de Vietnam. Coretta y Martin Luther King Jr. nos enseñaron

el poder de los sueños; rompieron las barreras raciales no sólo aquí sino también en Sudáfrica y en muchos otros lugares. Mi padre me inspiró un profundo respeto por los principios expresados en la Declaración de Independencia. Mi madre me animó a escribir artículos para el periódico de mi instituto y me escuchó durante horas mientras yo ensayaba para el equipo de debate. Sin el estímulo de mis padres, nunca habría escrito este libro.

Todas estas cosas dije ante mi público de aquella noche. Luego miré a la mujer que había tomado la palabra y que se había sentado.

—¿Usted trabaja? —pregunté. Asintió—. ¿Le importaría decirnos en qué?

—Soy profesora.

—Una posición sorprendentemente privilegiada —dije—. Tuve una profesora, la señora Schnare, que me enseñó a hacer frente a un matón del patio y luego me instruyó para que además de mi cuerpo supiera defender mis creencias. Cuando estaba en el instituto, un profesor inglés, Richard Davis, me inculcó la idea de que la pluma es mucho más poderosa que la espada; un año más tarde, mi profesor de historia, Jack Woodbury, me hizo leer libros que me convencieron de que los poderosos también son vulnerables. «Incluso los monarcas —solía decir— son personas. Sufren contrariedades, como usted y como yo. Sangran. Pueden ser convencidos o derribados.»

Volvió lentamente hacia el micro. El hombre de la primera fila se inclinó y le cedió el puesto.

—Supongo que ya lo sabía —dijo—. Pero a veces resulta más fácil olvidarlo. Nunca más. Soy profesora. Ahora enseñaré de verdad.

## Hoy es el día

En estos tiempos estamos tentados de pedir soluciones con fórmula. Es lo que la corporatocracia nos ha enseñado a hacer. Seguir la línea de puntos. Si tienes dolor de cabeza, tómate la pastilla blanca; y para la acidez, tómate la rosa. No cuestiones nunca a la autoridad. El profesor tiene todas las respuestas. O el sacerdote. El político. El jefe. El consejero delegado. El presidente.

Soluciones a medida, nuestra rígida observancia de los métodos prescritos, la inquietud que nos provoca desviarnos de la norma: estas respuestas condicionadas nos han creado profundos problemas. Nos podemos vanagloriar de ser una sociedad racional y científica; pero la triste verdad es que aceptamos la opinión del emperador de que sólo él tiene las respuestas. Y es mentira.

Un amigo mío sufrió recientemente un grave ataque al corazón. Después de que le practicaran un triple *by-pass* me dijo que el doctor le había informado de que «la ciencia médica no puede demostrar que la dieta era la causa, pero que era una gran posibilidad. Cambié mi dieta». Estamos en una situación similar a escala global. Es simbólico de estos tiempos que nuestro gobierno insista en que necesitamos pruebas absolutas de que el cambio climático está provocado por el dióxido de carbono creado por el hombre antes de reformar nuestras leyes sobre medio ambiente. Pruebas absolutas. ¿De quién?

A lo largo de la Historia, hombres y mujeres que ahora reverenciamos se han cuestionado el status quo. Aplaudimos a gente como Galileo, Juana de

Arco, Molly Stark, Thomas Edison, Jonas Salk, Hellen Keller, Gandhi y el Dalai Lama. Es importante recordar que toda esta gente eran solamente eso: personas. Eran individuos como usted y como yo. Tenían miedo y valor, pena y alegría. Realizaron cosas extraordinarias, pero cada uno de ellos se enfrentó también a obstáculos que podían parecer a veces insuperables; experimentaron, perseveraron y (ahora podemos decirlo) tuvieron éxito.

No hay soluciones a medida, pero hay muchos hombres y mujeres que pueden inspirarnos. Llenan las páginas de este libro: desde un hermano y una hermana sudaneses a un hombre indígena que se convirtió en presidente de su país; desde los voluntarios de los Cuerpos de Paz a los fundadores de ONG; desde estudiantes de secundaria a profesores universitarios, escritores o cineastas; son personas que hablan con sus vecinos y que apoyan las emisoras locales. Mire alrededor. Están en todas partes.

Mírese al espejo. Usted es uno de ellos.

Usted puede cambiar las cosas. Cada día. De una manera o de otra, usted influye en las personas que le rodean. Lo importante es ser consciente de ello y ponerse a trabajar conscientemente, de una manera positiva que convierta el mundo en un lugar mejor. Comprométase cada día a crear un mundo estable, sostenible y pacífico para todas las personas.

Suelo decir a mi público: «Si quieren que les diga lo que tienen que hacer, me están pidiendo que haga lo mismo que la corporatocracia. Ustedes no quieren eso. Ustedes tienen sus propias pasiones y talentos, diferentes de los míos. Existen, sin duda, ciertas medidas que podemos tomar. Son cosas sencillas que todos sabemos. Hacer el mayor número posible de ellas le ayudará a sentirse bien y nos encaminará hacia un futuro mejor». He aquí unos cuantos ejemplos:

## **Lo que hay que hacer**

- Cuando se vea tentado de irse de compras para levantar el ánimo, opte por hacer ejercicio, meditar, leer o busque otra alternativa.
- Compre conscientemente y sólo si lo necesita; compre artículos cuyo envase, ingredientes y métodos de producción sean sostenibles y respeten la vida.
- Haga durar sus posesiones el máximo posible.
- Compre en tiendas de segunda mano donde todo es reciclado.

- Proteste contra los acuerdos de libre comercio y los talleres de explotación laboral.
- Escriba cartas a Monsanto, De Beers, ExxonMobil, Adidas, Ford, GE, Coca-Cola, Wal-Mart y otros explotadores laborales y destructores del medio ambiente explicando por qué se niega a comprar sus productos.
- Escriba cartas alabando a Home Depot, Kinko's, Citi-corp, Starbucks, Whole Foods y otras empresas que cooperan con RAN, Amnistía Internacional y otras ONG.
- Recorte el consumo de gas y gasolina.
- Reduzca sus necesidades en cuanto a coches, casas, vestuario y su vida en general.
- Envíe dinero a las ONG, emisoras de radio y otras organizaciones que apoyan causas justas.
- Dedique tiempo y energía a tales organizaciones.
- Apoye a los comerciantes locales.
- Anime a las tiendas a que compren a los productores, proveedores y cultivadores locales.
- Compre en el mercado local.
- Beba agua del grifo (si es necesario, presione a la compañía del agua para que haga mejor las cosas, pero evite beber agua embotellada)
- Vote a comités, comisiones, reglamentos y políticos progresistas.
- Preséntese como candidato.
- Insista en que aquellos que utilizan su dinero —bancos, pensiones, mutuas, empresas— hagan inversiones social y medioambientalmente responsables.
- Tome la palabra siempre que disponga de un foro.
- Ofrézcase para hablar en la escuela local sobre su tema favorito (apicultura, tenis, punto, lo que sea) y trate de estimular a los alumnos.
- Hable sobre las externalidades, los costes de la contaminación, las malas condiciones de trabajo, las subvenciones públicas, las exenciones a empresas y otros factores ambientales, sociales y políticos que deberían ser incluidos en los precios que pagamos por bienes y

servicios pero que no son incluidos (véase el capítulo 54); haga saber a la gente que cuando no pagamos esos gastos, que son reales, estamos robando a las generaciones futuras.

- Fomente los «impuestos» sobre las externalidades: precios más altos para el gas, las prendas de vestir, la electricidad, etcétera, ya que la diferencia sirve para compensar los desajustes sociales y medioambientales.
- Cree grupos de estudio en bibliotecas, librerías, iglesias y clubes locales.
- Amplíe esta lista y compártala con todos sus conocidos.

Todos los puntos arriba enumerados afectan a los líderes políticos y corporativos. Para romper el completo dominio que este imperio tiene sobre nuestro planeta debemos eliminar el poder de la séptima característica de los imperios: el emperador, la corporatocracia. Sólo a través de la transformación de sus vehículos de control, las corporaciones, podremos dejar claro el mundo que deseamos dejar a nuestros hijos. Es nuestro derecho y nuestro deber exigir que las corporaciones se conviertan en buenos ciudadanos, que desistan de funcionar de manera imperialista y que en cambio respeten las leyes de la democracia.

Haga que sus acciones —la forma de gastar su dinero o emitir su voto— envíen potentes mensajes para que quienes están encargados de dirigir nuestras organizaciones se dediquen a crear un mundo estable, sostenible y pacífico.

«¿Me está pidiendo que pague más por mis camisetas? ¿Que no compre en Wal-Mart? ¿Que compre en lugares donde los sindicatos suben los precios?» Son preguntas que oigo a menudo, seguidas generalmente de: «Trabajo duro, tengo niños. No me puedo permitir hacer tales sacrificios».

«Le estoy pidiendo —respondo— que no sacrifique el futuro de sus hijos. Que se asegure de que las marcas que compra son fabricadas por empresas social y medioambientalmente responsables. Wal-Mart no cumple esos criterios, al menos no todavía. Tenga menos camisetas si es necesario. Hágalas durar más tiempo. Recuerde que a veces pagamos más por las marcas fabricadas en talleres que explotan a los trabajadores. Los productos Nike no son baratos. Haga saber a las “buenas” empresas por qué

las defiende y a las “malas” por qué no lo hace.»

Esto último es fundamental. Tenemos que colaborar para enviar un nuevo mensaje a todo el planeta; quienes se ven afectados por nuestras acciones tienen que saber de nuestras razones, conocer nuestras pasiones. La corporatocracia prospera a partir del engaño y el secreto. Debemos sacar a la luz sus mentiras.

Pensemos en las historias de asesinatos y corrupción que hemos leído antes en este libro, historias que hacen ponerse los pelos de punta. Cuando no compramos o vivimos conscientemente, estamos asegurando que estas historias sigan repitiéndose; apoyamos a los GE y a los chacales.

Cuando era un chico en New Hampshire, deseaba haber nacido en el siglo XVIII para haber participado en la Revolución. Ahora doy gracias por estar vivo hoy. Sé que ustedes y yo nos hemos embarcado en la aventura más grande que ha vivido jamás nuestro país y una de las más emocionantes de la Historia.

Me gusta hacer un llamamiento especial a la gente mayor de cincuenta años. «Muchos de ustedes ya no tienen que preocuparse de que les echen a la calle —suelo decirles—. Sus hijos han abandonado el nido. Así que ha llegado la hora de hacer que las cosas cambien. Arriésguense. Sean mentores de los jóvenes. Agiten las salas de juntas. Actúen y disfrútenlo.»

Y a los jóvenes les digo: «Algunos de vosotros podréis trabajar en las corporaciones y provocar el cambio desde dentro. Otros podríais corromperos en el proceso, y deberíais más bien trabajar desde fuera, para las ONG y otras organizaciones similares. Sólo uno sabe lo que más le conviene. Sobre todo, tened en cuenta que el éxito no se mide por el tamaño de tu casa o por el número de coches y de yates; el éxito consiste en sentirse bien consigo mismo».

Animo a todo el mundo a unirse a organizaciones activistas. A lo largo de la Historia, los movimientos civiles, como los Hijos de la Libertad durante la Revolución Americana, han sido fundamentales para nuestra democracia. Nunca han sido más necesarios que hoy. Encontrarán listas de ellos en los apéndices A y B de este libro. Encontrarán otras en Internet buscando por las palabras que definan sus ansias más profundas, y podrá decidir cuál es la que más le atrae. Participe en campañas por e-mail, en concentraciones y manifestaciones, done diez o diez mil dólares, ofrézcase voluntario para contestar teléfonos o simplemente inscríbese en sus listas y comprométase a aprender más.

Poseemos los recursos que necesitamos para crear un mundo estable,



sostenible y pacífico. La corporatocracia nos los ha suministrado. Las redes de educación, de comunicaciones, de transporte y financieras, los minerales y otros recursos, la información científica y los adelantos tecnológicos están aquí a nuestra disposición. Podemos evitar que los niños mueran de hambre o enfermedad, suministrar los servicios básicos, salvar la brecha entre ricos y pobres, y podemos asegurarnos de que las corporaciones paguen lo que corresponde a las comunidades en las que operan. Pero la clave es que usted y yo lo declaremos abiertamente.

Además del engaño y el secreto, la corporatocracia prospera en el letargo. Cuenta con que vamos a permanecer pasivos, a aceptar sus anuncios como si fueran el evangelio, a comprar inconscientemente y permitirle que siga destrozando nuestro planeta. Esto debe parar. Cada uno de nosotros debe despertar. Pasar a la acción es la única manera de asegurar que nuestros hijos y nietos, nuestros sobrinos y sobrinas y los hijos de éstos, hereden un mundo que no esté dividido por el odio y el sufrimiento, que no esté devastado por la guerra y el terrorismo.

Usted tiene mucho poder; es esencial que deje aflorar sus pasiones, que las canalice de manera que estimulen su talento, y que pase a la acción. El rumbo que elija debe proceder de su corazón, no de los dictados de otra persona. Sencillamente, necesita dar un paso adelante.

¿Soy optimista? Totalmente. ¿Cómo no iba a serlo, con los miles de organizaciones que están fomentando el cambio con éxito, con todas las personas que trabajan en corporaciones que desean hacer bien las cosas y con los millones de héroes desconocidos que dan su tiempo o su dinero a las buenas causas? ¿Cómo no voy a ser optimista conociendo el poder que usted y yo tenemos?

En los últimos cien años los americanos nos hemos entregado a lo que llamamos «progreso». Imaginábamos enormes ciudades en las que los automóviles reemplazaban a los caballos, la electricidad iluminaba nuestros hogares, dirigíamos grandes fábricas y disfrutábamos de productos frescos en pleno invierno. Nos aplicamos a tareas destinadas a hacer realidad éstas y otras visiones. Hablábamos de nuestros sueños y producíamos libros, películas y shows de televisión glorificándolos. Animamos a todo el mundo a participar en ese proceso. Atrapados en él, llegamos a estar tan preocupados que permitimos que unos pocos hombres nos explotaran a nosotros y al mundo. Ellos soñaban con un imperio y utilizaban sus redes de medios para convencernos de que su imperio era una democracia, un paladín de los oprimidos, el constructor de un planeta

saludable. Sutilmente, sin que nos diéramos cuenta, nuestra visión se transformó en una especie de pesadilla.

Dejamos que sucediera, pero ahora podemos dar marcha atrás. Nuestro auténtico ideal, ahora nos damos cuenta, era salir de la pobreza, llevar unas vidas más dignas y saludables. Al querer librarnos de la suciedad de aquellas calles abarrotadas de caballos y aquellos edificios que carecían de sistemas sanitarios, al desear más comodidad y mejor alimentación, adoptamos ideales que parecían satisfacer nuestras necesidades; y lo hicieron durante un tiempo. Ahora vemos que fuimos engañados por la corporatocracia para emplear métodos que eran egoístas y destructivos. Los ideales que nos endosaron excluían a miles de millones de personas; estropeaban los hábitats y dañaban a las especies que vivían en ellos; nos amenazan, así como a nuestra descendencia y a la misma supervivencia del planeta.

Hoy nuestro país exhibe las siete características de un imperio que fueron definidas en el prólogo de este libro. No es lo que pretendíamos. No es lo que queremos. De hecho, es contrario a nuestras creencias más básicas. Deseamos algo más importante que el consumo materialista y las comodidades que nos aportan nuestras modernas ciudades, coches, fábricas y centros comerciales. Nuestro sueño trata sobre la vida. Sobre disfrutar de paz, estabilidad y un planeta sostenible, sobre adultos dedicados a transmitir los ideales que más valoramos a nuestros hijos.

Uno de estos niños ha identificado recientemente la esencia tanto del problema que hemos creado los humanos como de la solución a dicho problema. Sayre Allyn Herrick escuchó mi conferencia con motivo de la entrega de los títulos de bachiller en su escuela, Hartsbrook High School, de Hadley (Massachusetts), en 2006. El siguiente otoño escribió este ensayo:

Vi por primera vez la totalidad del mundo en segundo grado, desplegado en un mapa de papel. El océano era azul y los países amarillos, verdes y rosas. Esta manera de mirar nuestro planeta ha conformado la percepción de la gente durante cientos de años.

Por una vez, me gustaría tener una visión del mundo libre de cualquier percepción humana excepto la mía: ver nuestro globo suspendido en el espacio oscuro tal como se debe de ver desde la ventana de un transbordador espacial. Quiero ver que las fronteras y los nombres impresos en los mapas son creación nuestra. Al

reconocer la transitoriedad de las fronteras que nos separan, trazadas por el hombre, podemos descubrir lo auténticamente unidos que estamos todos en este planeta.

Lo que nos han mostrado o nos han dicho que es verdad puede permanecer con nosotros para siempre. Sin embargo, creo que nuestra tarea como comunidad de un mundo en evolución es tomar conciencia de nuestras ideas preconcebidas más fundamentales, reconocerlas en lo que valen y darnos cuenta del efecto que tienen sobre nosotros. Sólo entonces podremos comenzar a tomar las medidas necesarias para la supervivencia de las futuras generaciones.

Ha llegado la hora de que seamos nosotros quienes pasemos a la acción. Hemos adquirido todo lo que necesitamos para alcanzar un nuevo ideal. Tenemos todos los recursos, las redes y sistemas. En los últimos años también hemos descubierto que tenemos la voluntad. Nosotros —ustedes y yo— poseemos las herramientas necesarias. Hoy es el día para empezar a cambiar realmente el mundo.

# Apéndice A

## Organizaciones citadas en este libro

### **Amnistía Internacional**

[www.amnesty.org](http://www.amnesty.org)

### **Cinema Libre Studio**

[www.cinemalibrestudio.com](http://www.cinemalibrestudio.com)

### **Democracy Now!**

[www.democracynow.org](http://www.democracynow.org)

### **Dream Change**

[www.dreamchange.org](http://www.dreamchange.org)

### **Ecova-mali**

*(fundada por Gregory Flatt, Cynthia Hellman y Siré Diallo para promover el desarrollo sostenible en Mali)*

[www.ecovamali.org](http://www.ecovamali.org)

### **Educating for Justice**

*(fundada por Jim Keady y Leslie Kretzu, realizadores cinematográficos)*

*que vivieron como trabajadores de Nike en Indonesia)*

[www.educatingforjustice.org](http://www.educatingforjustice.org)

*Sweat* es la película que refleja las condiciones de los trabajadores de

Nike: [www.sweatthefilm.org](http://www.sweatthefilm.org)

### **Global Awareness and Change Club (GAC)**

*(fundada por los estudiantes Joel Bray y Tyler Thompson)*

[www.dreamchange.org](http://www.dreamchange.org), véase «Dream Change Projects»

### **Global Dialogue Center, The**

[www.globaldialoguecenter.com](http://www.globaldialoguecenter.com)

### **MoveOn**

[www.moveon.org](http://www.moveon.org)

### **Pachamama Alliance, The**

[www.pachamama.org](http://www.pachamama.org)

### **Rainforest Action Network**

[www.ran.org](http://www.ran.org)

# Apéndice B

## Puntos de acceso a Living Democracy

**Por Frances Moore Lappé**

Autora de *Diet for a Small Planet* y *Democracy's Edge: Choosing to Save Our Country by Bringing Democracy to Life*

Las iniciativas de decenas de miles de ciudadanos de todo el país están convirtiendo el significado mismo de democracia en una práctica cotidiana. Contactando con ellos y aprendiendo de ellos, cada uno de nosotros puede encontrar puntos de acceso adecuados para ayudar a romper el círculo dominante de destrucción. En mi libro de 2006, *Democracy's Edge*, procuré resumir las lecciones que enseñan. John Perkins me invitó amablemente a compartir con sus lectores algunas de las organizaciones y recursos reseñados en ese libro. La siguiente lista está abreviada para reflejar la naturaleza del libro de John. Para una recopilación más extensa, véase *Democracy's Edge*.

Ruego asimismo visitar [www.democracysedge.org](http://www.democracysedge.org) para ejemplos adicionales. Muchos de ellos poseen boletines informativos y otras publicaciones. Algunos ofrecen programas de formación. Adelante y busque la inspiración. También invito a consultar en American News Service (mi boletín de noticias electrónico de la década de 1990) el archivo online [www.smallplanetinstitute.org/ans.php](http://www.smallplanetinstitute.org/ans.php), que recoge 1.600 historias todavía significativas acerca de ciudadanos enfrentados a nuestros mayores problemas, desde la asistencia sanitaria a la reforma de las prisiones.

**Cuestiones sociales de medio ambiente nacionales e internacionales**

Association of Community Organizations for Reform Now (ACORN)  
Tel.: (877) 55ACORN  
[www.acorn.org](http://www.acorn.org)

Bioneers  
Tel.: (877) BIONEER  
[www.bioneers.org](http://www.bioneers.org)

The Gamaliel Foundation  
Tel.: (312) 357-2639  
[www.gamaliel.org](http://www.gamaliel.org)

Industrial Areas Foundation (IAF)  
Tel.: (312) 245-9211  
[www.industrialareasfoundation.org](http://www.industrialareasfoundation.org)  
National People's Action (NPA)  
Tel.: (312) 243-3038  
[www.npa-us.org](http://www.npa-us.org)

National Training and Information Center (NTIC)  
Tel.: (312) 243-3035  
[www.ntic-us.org](http://www.ntic-us.org)

Pacific Institute for Community Organizations (PICO)  
Tel.: (510) 655-2801  
[www.piconetwork.org](http://www.piconetwork.org)

## **Iniciativas para un sistema político más democrático**

Center for Responsive Politics  
Tel.: (202) 857-0044  
[www.opensecrets.org](http://www.opensecrets.org)

Center for Voting and Democracy  
Tel.: (301) 270-4616  
[www.fairvote.org/irv](http://www.fairvote.org/irv)

Clean Elections Institute, Inc.

Tel.: (602) 840-6633

[www.azclean.org](http://www.azclean.org)

Common Cause

Tel.: (202) 833-1200

[www.commoncause.org](http://www.commoncause.org)

InstantRunoff.com

Tel.: (312) 587-7060

[www.instantrunoff.com](http://www.instantrunoff.com)

League of Independent Voters / League of Pissed-Off Voters

Tel.: (212) 283-8879

[www.indyvoter.org](http://www.indyvoter.org)

League of Women Voters

Tel.: (202) 429-1965

[www.lwv.org](http://www.lwv.org)

Public Campaign

Tel.: (202) 293-0222

[www.publiccampaign.org](http://www.publiccampaign.org)

Public Citizen

Tel.: (202) 588-1000

[www.citizen.org](http://www.citizen.org)

Working Families Party

Tel.: (718) 222-3796

[www.workingfamiliesparty.org](http://www.workingfamiliesparty.org)

## **Iniciativas para una economía más democrática**

The Alliance for Democracy

Tel.: (781) 894-1179

[www.thealliancefordemocracy.org](http://www.thealliancefordemocracy.org)

American Independent Business Alliance (AMIBA)



Tel.: (406) 582-1255  
[www.amiba.net](http://www.amiba.net)

As You Sow Foundation  
Tel.: (415) 391-3212  
[www.asyousow.org](http://www.asyousow.org)

Bi-Mart  
Tel.: (800) 456-0681  
[www.bimart.com](http://www.bimart.com)

Business Alliance for Local Living Economies (BALLE)  
Tel.: (415) 348-6284  
[www.livingeconomies.org](http://www.livingeconomies.org)  
Center for Working Capital  
Tel.: (202) 974-8020  
[www.centerforworkingcapital.org](http://www.centerforworkingcapital.org)

Citizens Trade Campaign  
Tel.: (202) 778-3320  
[www.citizenstrade.org](http://www.citizenstrade.org)

Clean Clothes Connection  
Tel.: (207) 947-4203  
[www.cleanclothesconnection.org/search.asp](http://www.cleanclothesconnection.org/search.asp)  
Coalition for Environmentally Responsible Economies (CERES)  
Tel.: (617) 247-0700  
[www.ceres.org](http://www.ceres.org)

Co-Op America  
Tel.: (800) 584-7336  
[www.coopamerica.org](http://www.coopamerica.org)

Corporate Accountability International  
Tel.: (617) 695-2525  
[www.stopcorporateabuse.org](http://www.stopcorporateabuse.org)

*The Corporation*

[www.thecorporation.com](http://www.thecorporation.com)

Domini Social Investments

Tel.: (800) 762-6814

[www.domini.com](http://www.domini.com)

Dow Jones Sustainability World Index (DJSI World)

Zurich (Suiza)

Tel.: (+41-1) 395-2828

[www.sustainability-index.com](http://www.sustainability-index.com)

Ecological Footprint Quiz

[www.myfootprint.org](http://www.myfootprint.org)

E. F. Schumacher Society

Tel.: (413) 528-1737

[www.schumachersociety.org](http://www.schumachersociety.org)

Fair Labor Association

Tel.: (202) 898-1000

[www.fairlabor.org](http://www.fairlabor.org)

Fair Trade Resource Network

Tel.: (202) 234-6797

[www.fairtraderesource.org](http://www.fairtraderesource.org)

*GreenMoney Journal*

Tel.: (800) 849-8751

[www.greenmoney.com](http://www.greenmoney.com)

Greenpeace, Inc.

Tel.: (800) 326-0959

[www.greenpeaceusa.org](http://www.greenpeaceusa.org)

IdealsWork.com

[www.idealswork.com](http://www.idealswork.com)

Institute for Local Self-Reliance

Tel.: (612) 379-3815

[www.ilsr.org](http://www.ilsr.org); [www.newrules.org](http://www.newrules.org)

Interfaith Worker Justice (IWJ)

Tel: (773) 728-8400

[www.iwj.org](http://www.iwj.org)

International Labor Organization

Tel.: (202) 653-7652

[www.us.ilo.org](http://www.us.ilo.org)

Justice Clothing

Tel.: (207) 941-9912

[www.justiceclothing.com](http://www.justiceclothing.com)

National Center for Employee Ownership (NCEO)

Tel.: (510) 208-1300

[www.nceo.org](http://www.nceo.org)

National Cooperative Business Association

Tel: (202) 638-6222

[www.ncba.coop](http://www.ncba.coop)

Natural Step

Tel.: (415) 318-8170

[www.naturalstep.org](http://www.naturalstep.org)

No Sweat Apparel

Tel.: (877) 992-7827

[www.nosweatapparel.com](http://www.nosweatapparel.com)

Program on Corporations, Law and Democracy (POCLAD)

Tel: (508) 398-1145

[www.poclad.org](http://www.poclad.org)

ReclaimDemocracy.org

Tel.: (406) 582-1224

[reclaimdemocracy.org](http://reclaimdemocracy.org)

Redefining Progress  
Tel.: (510) 444-3041  
[www.rprogress.org](http://www.rprogress.org)

Social Accountability International (SAI)  
Tel.: (212) 684-1414  
[www.cepaa.org](http://www.cepaa.org)

Social Investment Forum  
Tel.: (202) 872-5319  
[www.shareholderaction.org](http://www.shareholderaction.org)

Sustainable Connections  
Tel.: (360) 647-7093  
[www.sconnect.org](http://www.sconnect.org)

TransFair USA  
Tel.: (510) 663-5260  
[www.transfairusa.org](http://www.transfairusa.org)

Trillium Asset Management  
Tel.: (800) 548-5684  
[www.trilliuminvest.com](http://www.trilliuminvest.com)

Unionwear  
E-mail: [resource@unionwear.com](mailto:resource@unionwear.com)  
[www.unionwear.com](http://www.unionwear.com)

United Nations Global Reporting Initiative (GRI)  
Amsterdam (Holanda)  
Tel.: (+31-0-20) 531 00 00  
Fax: (+31-0-20) 531 00 31  
[www.globalreporting.org](http://www.globalreporting.org)

United Students Against Sweatshops (USAS)  
Tel.: (202) 667-9328  
[www.studentsagainstsweatshops.org](http://www.studentsagainstsweatshops.org)

United Students for Fair Trade  
E-mail: [linam@gwu.edu](mailto:linam@gwu.edu)  
[www.usft.org](http://www.usft.org)

*Verité*  
Tel.: (413) 253-9227  
[www.verite.org](http://www.verite.org)

Walden Asset Management  
Tel.: (617) 726-7250  
[www.waldenassetmgmt.com](http://www.waldenassetmgmt.com)

White Dog Café  
Tel.: (215) 386-9224  
[www.whitedog.com](http://www.whitedog.com)

Workers Rights Consortium (WRC)  
Tel.: (202) 387-4884  
[www.workersrights.org](http://www.workersrights.org)

## **Iniciativas para un enfoque más democrático y sostenible de la alimentación**

American Community Garden Association  
Tel.: (877) 275-2242  
[www.communitygarden.org](http://www.communitygarden.org)

American Corn Growers Association  
Tel.: (202) 835-0330  
[www.acga.org](http://www.acga.org)

Community Food Security Coalition  
Tel.: (310) 822-5410  
[www.foodsecurity.org](http://www.foodsecurity.org)

EarthSave International  
Tel.: (800) 362-3648  
[www.earthsave.org](http://www.earthsave.org)  
Food First/Institute for Food and Development Policy

Tel.: (510) 654-4400  
[www.foodfirst.org](http://www.foodfirst.org)

Global Resource Action Center for the Environment (GRACE)  
Tel.: (212) 726-9161  
[www.gracelinks.org](http://www.gracelinks.org)

Heifer International  
Tel.: (800) 422-0474  
[www.heifer.org](http://www.heifer.org)

Local Harvest  
Tel.: (831) 475-8150  
[www.localharvest.org](http://www.localharvest.org)

National Campaign for Sustainable Agriculture  
Tel.: (845) 361-5201  
[www.sustainableagriculture.net](http://www.sustainableagriculture.net)

National Cooperative Grocers Association  
Tel.: (251) 621-7675  
[www.ncga.coop](http://www.ncga.coop)

National Farm to School Program  
Tel.: (323) 341-5095  
[www.farmentoschool.org](http://www.farmentoschool.org)

National Gardening Association  
Tel.: (800) 538-7476  
[www.kidsgardening.com](http://www.kidsgardening.com)

Organic Consumers Association  
Tel.: (218) 226-4164  
[www.organicconsumers.org](http://www.organicconsumers.org)

## **Reclamaciones a los medios de comunicación**

Alliance for Community Media  
Tel.: (202) 393-2650

[www.alliancecm.org](http://www.alliancecm.org)

Allied Media Projects

E-mail: [info@alliedmediaprojects.org](mailto:info@alliedmediaprojects.org)

[www.clamormagazine.org/allied/about.html](http://www.clamormagazine.org/allied/about.html)

Center for Digital Democracy

Tel.: (202) 986-2220

[www.democraticmedia.org](http://www.democraticmedia.org)

Center for International Media Action

Tel.: (646) 249-3027

[www.mediaactioncenter.org](http://www.mediaactioncenter.org)

Center for Media & Democracy (Editor de *PR Watch*)

Tel.: (608) 260-9713

E-mail: [editor@prwatch.org](mailto:editor@prwatch.org)

[www.prwatch.org](http://www.prwatch.org)

Fairness and Accuracy in Reporting (FAIR)

Tel.: (212) 633-6700

[www.fair.org](http://www.fair.org)

Media Access Project

Tel.: (202) 232-4300

[www.mediaaccess.org](http://www.mediaaccess.org)

MediaRights

Tel.: (646) 230-6288

[www.mediarights.org](http://www.mediarights.org)

Media Tenor

Tel.: (212) 448-0793

[www.mediatenor.com](http://www.mediatenor.com)

Microcinema International

Tel.: (415) 864-0660

[www.microcinema.com](http://www.microcinema.com)

Openflows Networks, Ltd.  
Tel.: (416) 531-5944  
[openflows.org](http://openflows.org)

Reclaim the Media  
E-mail: [universaldeclaration@reclaimthedia.org](mailto:universaldeclaration@reclaimthedia.org)  
[www.reclaimthedia.org](http://www.reclaimthedia.org)

Third World Majority  
Tel.: (510) 682-6624  
[www.cultureisaweapon.org](http://www.cultureisaweapon.org)  
**Medios interactivos y nuevas fuentes**

AlterNet  
[www.alternet.org](http://www.alternet.org)

Coalition of Immokalee Workers / Radio Conciencia  
Tel.: (239) 657-8311  
[www.ciw-online.org](http://www.ciw-online.org)

Common Dreams News Center  
[www.commondreams.org](http://www.commondreams.org)

Free Press  
Tel.: (866) 666-1533  
[www.freepress.net](http://www.freepress.net)  
Food First/Institute for Food and Development Policy  
Tel.: (510) 654-4400  
[www.foodfirst.org](http://www.foodfirst.org)

Global Resource Action Center for the Environment (GRACE)  
Tel.: (212) 726-9161  
[www.gracelinks.org](http://www.gracelinks.org)

Heifer International  
Tel.: (800) 422-0474  
[www.heifer.org](http://www.heifer.org)



Local Harvest  
Tel.: (831) 475-8150  
[www.localharvest.org](http://www.localharvest.org)

National Campaign for Sustainable Agriculture  
Tel.: (845) 361-5201  
[www.sustainableagriculture.net](http://www.sustainableagriculture.net)

National Cooperative Grocers Association  
Tel.: (251) 621-7675  
[www.ncga.coop](http://www.ncga.coop)

National Farm to School Program  
Tel.: (323) 341-5095  
[www.farmtoschool.org](http://www.farmtoschool.org)

National Gardening Association  
Tel.: (800) 538-7476  
[www.kidsgardening.com](http://www.kidsgardening.com)

Organic Consumers Association  
Tel.: (218) 226-4164  
[www.organicconsumers.org](http://www.organicconsumers.org)

## **Reclamaciones a los medios de comunicación**

Alliance for Community Media  
Tel.: (202) 393-2650  
[www.alliancecm.org](http://www.alliancecm.org)

Allied Media Projects  
E-mail: [info@alliedmediaprojects.org](mailto:info@alliedmediaprojects.org)  
[www.clamormagazine.org/allied/about.html](http://www.clamormagazine.org/allied/about.html)

Center for Digital Democracy  
Free Speech TV

Tel.: (303) 442-8445

Guerrilla News Network/GNN.tv  
[www.guerrillanews.com](http://www.guerrillanews.com)

Hometown Utilicom (servicio de Internet público)  
Tel.: (610) 683-6131  
[www.hometownutilicom.org](http://www.hometownutilicom.org)

Independent Media Center  
[www.indymedia.org/en/index.shtml](http://www.indymedia.org/en/index.shtml)

In the Mix  
Tel.: (800) 597-9448  
[www.pbs.org/inthemix](http://www.pbs.org/inthemix)

*The Meatrix*  
[www.themeatrix.com](http://www.themeatrix.com)  
Pacifica Radio  
Tel.: (510) 849-2590  
[www.pacifica.org](http://www.pacifica.org)

Thin Air Radio  
Tel.: (509) 747-3807  
[www.thinairradio.org](http://www.thinairradio.org)

Tompaine.com  
[www.tompaine.com](http://www.tompaine.com)  
TruthOut  
[www.truthout.org](http://www.truthout.org)

## **Educación**

Big Picture Schools  
Tel.: (401) 781-1873  
[www.bigpicture.org](http://www.bigpicture.org)

Center for Collaborative Education  
Tel.: (617) 421-0134  
[www.ccebos.org](http://www.ccebos.org)

Coalition of Essential Schools  
Tel.: (510) 433-1451  
[www.essentialschools.org](http://www.essentialschools.org)

Educators for Social Responsibility  
Tel.: (617) 492-1764  
[www.esrnational.org](http://www.esrnational.org)  
Forum for Education and Democracy  
Tel.: (740) 448-3402  
[www.forumforeducation.org](http://www.forumforeducation.org)

Institute for Student Achievement  
Tel.: (516) 812-6700  
[www.studentachievement.org](http://www.studentachievement.org)

KIDS Consortium  
Tel.: (207) 784-0956  
[www.kidsconsortium.org](http://www.kidsconsortium.org)

School Mediation Associates  
Tel.: (617) 926-0994  
[www.schoolmediation.com](http://www.schoolmediation.com)

School Redesign Network  
Tel.: (650) 725-0703  
[www.schoolredesign.net](http://www.schoolredesign.net)

YouthBuild USA  
58 Day Street Somerville, MA 02144  
Tel.: (617) 623-9900  
[www.youthbuild.org](http://www.youthbuild.org)

## **Promoción del diálogo público**

Conversation Cafés  
New Road Map Foundation  
Tel.: (206) 527-0437  
[www.conversationcafe.org](http://www.conversationcafe.org)

Meetup, Inc.  
Tel.: (212) 255-7327  
[www.meetup.com](http://www.meetup.com)  
National Coalition for Dialogue and Deliberation  
Tel.: (802) 254-7341  
[www.thataway.org](http://www.thataway.org)

September Project  
E-mail: [info@theseptemberproject.org](mailto:info@theseptemberproject.org)  
[www.theseptemberproject.org](http://www.theseptemberproject.org)

Study Circles Resource Center  
Tel.: (860) 928-2616  
[www.studycircles.org](http://www.studycircles.org)

## **Justicia y cuestiones legales**

Justice Policy Institute  
Tel.: (202) 363-7847  
[www.justicepolicy.org](http://www.justicepolicy.org)

Men Against Destruction-Defending Against Drugs and Social Disorder  
(MAD DADS)  
Tel.: (904) 388-8171

# Apéndice C

## Lecturas recomendadas

- Cohen, Ben, y Mal Warwick. *Values-driven Business: How to Change the World, Make Money, and Have Fun*. San Francisco: Berrett-Koehler, 2006.
- Derber, Charles. *Regime Change Begins at Home*. San Francisco: Berrett-Koehler, 2004.
- Eisler, Riane. *The Real Wealth of Nations: Creating a Caring Economics*. San Francisco: Berrett-Koehler, 2007.
- Farmer, Paul. *Pathologies of Power: Health, Human Rights, and the New War on the Poor*. Berkeley: University of California Press, 2005.
- Floyd, Esme. *1001 Little Ways to Save Our Planet: Small Changes to Create a Greener, Eco-friendly World*. Londres: Carlton Books, 2007.
- Garrison, Jim. *America as Empire: Global Leader or Rogue Power?* San Francisco: Berrett-Koehler, 2004.
- Goodman, Amy, con David Goodman. *The Exception to the Rulers: Exposing Oily Politicians, War Profiteers, and the Media That Love Them*. Nueva York: Hyperion, 2004.
- Hammel, Laury, y Gun Denhart. *Growing Local Value: How to Build Business Partnerships That Strengthen Your Community*. San Francisco: Berrett-Koehler, 2007.
- Henderson, Hazel, y Daisaku Ikeda. *Planetary Citizenship: Your Values, Beliefs and Actions Can Shape a Sustainable World*. Santa Mónica, CA: Middleway Press, 2002.
- Henry, James S., y Bill Bradley. *The Blood Bankers: Tales from the Global Underground Economy*. Nueva York: Four Walls Eight Windows, 2003.
- Hiatt, Steven, ed., con introd. de John Perkins. *A Game as Old as Empire: The Secret World of Economic Hit Men and the Web of Global Corruption*. San Francisco: Berrett-Koehler, 2007.

Kabat-Zinn, John. *Coming to Our Senses: Healing Ourselves and the World Through Mindfulness*. Nueva York: Hyperion, 2005.

Korten, David. *When Corporations Rule the World*. San Francisco: Berrett-Koehler, 2001.

Lappé, Frances Moore. *Democracy's Edge: Choosing to Save Our Country by Bringing Democracy to Life*. San Francisco: Jossey-Bass, 2006.

Mander, Jerry, y Edward Goldsmith, eds. *The Case Against the Global Economy and for a Turn Toward the Local*. San Francisco: Sierra Club Books, 1996.

Palast, Greg. *The Best Democracy Money Can Buy*. Nueva York: Plume, 2004.

Roberts, Llyn. *The Good Remembering: A Message for Our Times*. Nueva York: O Books, 2007.

Rodriguez, Felix I., y John Weisman. *Shadow Warrior: The CIA Hero of a Hundred Unknown Battles*. Nueva York: Simon and Schuster, 1989.

Rossi, M. L. *What Every American Should Know About the Rest of the World*. Nueva York: Plume, 2003.

Stiglitz, Joseph E. *Globalization and Its Discontents*. Nueva York: W. W. Norton, 2003.

Twist, Lynne. *The Soul of Money: Transforming Your Relationship with Money and Life*. Nueva York: W. W. Norton, 2003.

Zinn, Howard. *People's History of the United States: 1492 to Present*. Nueva York: Harper Perennial Modern Classics, 2005.

# Notas

## PRIMERA PARTE: ASIA

1. De acuerdo con el Banco Mundial y las estadísticas del IMF-IFS; véase Giancarlo Corsetti, Paolo Pesenti y Nouriel Roubini, «What Caused the Asian Currency and Financial Crisis», *Elsevier*, 7 de mayo de 1999; [www.sciencedirect.com/science/article/B6VF1-3XJSW8X-1/2/77bdde4277268f51bc3e813dec579a79](http://www.sciencedirect.com/science/article/B6VF1-3XJSW8X-1/2/77bdde4277268f51bc3e813dec579a79), Cuadro 23 (p. 335) y Cuadro 27 (p. 337).
2. Associated Press, «Indonesia Admit “Support” by U.S. Gold Company to the Military», *The New York Times*, 30 de diciembre de 2005; [www.nytimes.com/2005/12/13/international/asia/3oindo.html](http://www.nytimes.com/2005/12/13/international/asia/3oindo.html).
3. Amy Goodman y David Goodman, *The Exception to the Rulers: Exposing Oily Politicians, War Profiteers, and the Media That Love Them* (Nueva York, Hyperion, 2004), p.1.
4. «Thirty Years After the Indonesian Invasion of East Timor, Will the U.S. Be Held Accountable for Its Role in the Slaughter?», *Democracy Now!*, 7 de diciembre de 2005; [www.democracynow.org/article.pl?sid=o5/12/1519244](http://www.democracynow.org/article.pl?sid=o5/12/1519244).
5. Jane Perlez, «A Cautious Reformer as Indonesia’s Next President», *The New York Times*, 22 de septiembre de 2004; [www.nytimes.com/2004/22/international/asia/22indo.html](http://www.nytimes.com/2004/22/international/asia/22indo.html).
6. Melissa Rossi, *What Every American Should Know About the Rest of the World* (Nueva York, Plume, 2003), p. 32.
7. NPR, «Interview: Sidney Jones on the Tsunami Easing Peace Process with Aceh Rebels», *Morning Edition*, 27 de diciembre de 2005; [nl.nesbank.com/nl-search/we/Archives?p\\_action=doc&p\\_docid=10EC735E901BD](http://nl.nesbank.com/nl-search/we/Archives?p_action=doc&p_docid=10EC735E901BD) (descargado el 14 de agosto de 2006).

8. Ibid.
9. Jane Perlez, «U.S. Takes Steps to Mend Ties with Indonesian Military», *The New York Times*, 7 de febrero de 2005; [www.nytimes.com/2005/02/international/asia/07indo.html](http://www.nytimes.com/2005/02/international/asia/07indo.html).
10. *Democracy Now!*; [www.democracynow.org/article.pl?sid=05/11/32/152214](http://www.democracynow.org/article.pl?sid=05/11/32/152214).
11. Michael Sullivan, «The Green Heart of Sumatra», *Morning Edition*, NPR, 14 de agosto de 2006; [www.npr.org/templates/story/story.php?storyId=5611866](http://www.npr.org/templates/story/story.php?storyId=5611866).
12. Steve Bailey, «“The Bribe Memo” and Collapse of Stone & Webster», *The Boston Globe*, 15 de marzo de 2006, p. E1. Véase *asimismo* [www.boston.com/business/globe/articles/2006/03/15/the\\_bribe\\_memo\\_of\\_stone\\_webster/](http://www.boston.com/business/globe/articles/2006/03/15/the_bribe_memo_of_stone_webster/).
13. Associated Press, «Indonesia Admits “Support” by U.S. Gold Company to the Military», *The New York Times*, 30 de diciembre de 2005; [www.nytimes.com/2005/12/30/international/asia/30indo.html](http://www.nytimes.com/2005/12/30/international/asia/30indo.html).
14. Jane Perlez, «U.S. Gold Mining Company Says Indonesia Detains 4 Officials», *The New York Times*, 23 de septiembre de 2004; [www.nytimes.com/2004/09/23/international/asia/23CND-INDO.htm](http://www.nytimes.com/2004/09/23/international/asia/23CND-INDO.htm); y Jane Perlez y Evelyn Rusli, «Spurred by Illness, Indonesians Lash Out at U.S. Mining Giant», *The New York Times*, 8 de septiembre de 2004; [www.nytimes.com/2004/09/08/international/asia/08indo.html](http://www.nytimes.com/2004/09/08/international/asia/08indo.html).
15. Joseph E. Stiglitz, *Globalization and Its Discontents* (Nueva York, W. W. Norton, 2003), p. 232.
16. Jane Perlez, «China Competes with West in Aid to Its Neighbors», *The New York Times*, 18 de septiembre de 2006, p. A1; [www.nytimes.com/2006/09/09/world/asia/18china.html](http://www.nytimes.com/2006/09/09/world/asia/18china.html).

## SEGUNDA PARTE: LATINOAMÉRICA

17. Felix I. Rodriguez, *Shadow Warrior: The CIA Warrior of a Hundred Unknown Battles* (Nueva York, Simon and Schuster, 1989).
18. Véanse mis *Confesiones de un gánster económico* (Barcelona,



Urano, 2005).

19. Ibid.

20. Paul Richter, «The U.S. Had Talks on Chávez Ouster», *Los Angeles Times*, 17 de abril de 2002.

21. «Lucio Gutiérrez: Ecuador's Populist Leader», BBC News World Edition, 25 de noviembre de 2002; [www.news.bbc.co.uk/2/hi/americas/2511113.stm](http://www.news.bbc.co.uk/2/hi/americas/2511113.stm).

22. «Indigenas Achar liberan a ocho petroleros», Reuters, 16 de diciembre de 2002.

23. Associated Press, «Lawmakers Remove Ecuador's President», 20 de abril de 2005; [www.foxnews.com/story/0,2933,154069,00.html](http://www.foxnews.com/story/0,2933,154069,00.html).

24. «Bechtel Abandons Water Suit Against Bolivia», Earth Justice; [www.earthjustice.org/urgent/print.html?ID=107](http://www.earthjustice.org/urgent/print.html?ID=107). Maude Barlow, Tony Clarke, *Blue Gold: The Fight to Stop the Corporate Theft of the World's Water* (Nueva York, New Press, 2003), pp. 91, 107, 124-125, 138, 152, 154-155, 177, 186.

25. Alma Guillermoprieto, «A New Bolivia?», *New York Review of Books*, 10 de agosto de 2006, p. 36; [www.nybooks.com/articles/1920](http://www.nybooks.com/articles/1920).

26. Citas de Wikipedia, [en.wikipedia.org/wiki/Evo\\_Morales](http://en.wikipedia.org/wiki/Evo_Morales) (acceso, 28 de junio de 2006).

27. Juan Forero, «Ecuador's New Chief Picks Cabinet; Leftist in Economic Post», *The New York Times*, 22 de abril de 2005, p. A4.

28. Juan Forero, «Presidential Vote Could Alter Bolivia, and Strain Ties with U.S.», *The New York Times*, 18 de diciembre de 2005, p. A13.

29. «Evo Morales Nationalizes the Oil and Gas Resources Sector», *The New York Times*, 2 de mayo de 2006, p. A9; [www.nytimes.com/2006/05/world/Americas/02bolivia.html](http://www.nytimes.com/2006/05/world/Americas/02bolivia.html).

30. «Evo Morales Nationalizes Gas Resources in Bolivia», *Democracy Now!*, 5 de mayo de 2006; [www.democracynow.org/article.pl?sid=06/05/1432216](http://www.democracynow.org/article.pl?sid=06/05/1432216).

31. Cita de «Hello President», el programa periódico de radio y televisión de Hugo Chávez, 10 de abril de 2005, n° 218, Radio Nacional de Venezuela, Caracas. Traducido y comentado por BBC World Monitoring, 13 de abril de 2005.

32. Associated Press, «War Crimes Tribunal Dispute Threatens

Aid», *The New York Times*, 1 de julio de 2003; [www.npwj.org/?q=node/1307](http://www.npwj.org/?q=node/1307).

33. Raúl Zibechi, «Brazilian Military Getting Ready for Vietnam-style U.S. Invasion», *Brazzil*, 22 de julio de 2005; [www.brazzil.com/content/view/9344/76](http://www.brazzil.com/content/view/9344/76). Véase la columna mensual del profesor Zibechi en [Americas.irc-online.org/](http://Americas.irc-online.org/).

## TERCERA PARTE: ORIENTE MEDIO

34. James S. Henry, *The Blood Bankers: Tales from the Global Underground Economy* (Nueva York, Thunder's Mouth Press, 2005), pp. 307-310; Jim Garrison, *America As Empire: Global Leader or Rogue Power?* (San Francisco, Berrett-Koehler, 2004), pp. 93-95.

## CUARTA PARTE: ÁFRICA

35. BBC News, «The Chagos Islands: A Sordid Tale», 3 de noviembre de 2000; [news.bbc.co.uk/2/hi/uk\\_news/politics/1005064.stm](http://news.bbc.co.uk/2/hi/uk_news/politics/1005064.stm) (acceso, 28 de agosto de 2006).

36. BBC News, «Country Profile: Seychelles»; [news.bbc.co.uk/2/hi/Africa/country\\_profiles/1070461.stm](http://news.bbc.co.uk/2/hi/Africa/country_profiles/1070461.stm) (acceso, 28 de agosto de 2006).

37. Para más información véase Larry Rohter, «Pinochet Entangled in Web Inquiries», *The New York Times*, 7 de febrero de 2005, p. A7; [www.nytimes.com/2005/02/07/international/o7chile.html](http://www.nytimes.com/2005/02/07/international/o7chile.html).

38. Ambas citas son de «Nobel Peace Laureate Wangari Maathai and Son of Executed Nigerian Activist Ken Wiwa Discuss Oil and the Environment», *Democracy Now!*, 20 de septiembre de 2005; [www.democracynow.org/print/.pl?sid=05/09/20/1330227](http://www.democracynow.org/print/.pl?sid=05/09/20/1330227).

39. Un sumario general de «The Seychelles Case», incluyendo los nombres de la mayoría de los mercenarios implicados (Jack está incluido con su nombre legal y no como Jack Corbin, que es un pseudónimo), está disponible como «The Truth Commission Files» en [www.contrast.org/truth/html/seychelles.html](http://www.contrast.org/truth/html/seychelles.html).

40. BBC News, «The Chagos Islands: A Sordid Tale», 3 de noviembre de 2000; [news.bbc.co.uk/2/hit/uk\\_news/1005064.stm](http://news.bbc.co.uk/2/hit/uk_news/1005064.stm) (acceso, 28 de agosto de 2006).
41. BBC News, «Diego García Islanders Battle to Return», 31 de octubre de 2002; [news.bbc.co.uk/2/hi/Africa/380013.stm](http://news.bbc.co.uk/2/hi/Africa/380013.stm) (acceso, 28 de agosto de 2006).
42. Simon Robinson y Vivienne Walt, «The Deadliest War in the World», *TIME*, 5 de junio de 2006, pp. 40-41; [www.time.com/time/magazine/article/0,9171,11989921,00.html](http://www.time.com/time/magazine/article/0,9171,11989921,00.html).
43. Ibid., p.39. Definición parentética incluida en el original.
44. Cynthia McKinney, «Covert Action in Africa: A Smoking Gun in Washington, D.C.», 16 de abril de 2001; [www.house.gov/mckinney/news/pro10416.html](http://www.house.gov/mckinney/news/pro10416.html); House Committee on International Relations, *Suffering and Despair: Humanitarian Crisis in the Congo: Hearing Before the Subcommittee on International Operations and Human Rights*, 107th Cong, 17 de mayo de 2001.
45. Robinson y Walt, «The Deadliest War in the World», p. 39.
46. Para más información véase Joan Baxter, «Mali's David v. Goliath GM Struggle», *BBC News*, 7 de diciembre de 2005; [news.bbc.co.uk/2/hi/África/4445824.html](http://news.bbc.co.uk/2/hi/África/4445824.html).

## QUINTA PARTE: CAMBIAR EL MUNDO

47. David. C. Korten, *When Corporations Rule the World* (San Francisco, Berret-Koehler, 1995). Véase Joel Bakan, *The Corporation: The Pathological Pursuit of Profit and Power* (Nueva York, Penguin, 2004) y *The Corporation*, DVD dirigido por Mark Achbar y Jennifer Abbott (Zeigeist Films, 2004).
48. Doctor Riane Eisler, *The Real Wealth of Nations*, cap. 10, p. 9, en prensa.
49. Cita y más información en el sitio web de Amnistía Internacional, [www.amnesty.org](http://www.amnesty.org).
50. MoveOn, [www.moveon.org](http://www.moveon.org) (acceso, 31 de julio de 2006).
51. Citas de Thomson Gale, «Black History: Jesse Jackson», [www.gale.com/free\\_resources/bhm/bio/jackson\\_j.htm](http://www.gale.com/free_resources/bhm/bio/jackson_j.htm) (acceso, 27 de agosto de 2006); «On the Issues: Rev. Jesse Jackson on Civil

Rights»,

[www.ontheissues.org/Celeb/Rev\\_Jesse\\_Jackson\\_Civil\\_Rights.htm](http://www.ontheissues.org/Celeb/Rev_Jesse_Jackson_Civil_Rights.htm)  
(acceso, 1 de noviembre de 2006); «How Jesse Jackson's Focus on  
the Financial Markets Could Make a Difference», LookSmart,  
[www.findarticles.com/p/articles/mi\\_m1365/is\\_n3\\_v29/ai\\_21227720](http://www.findarticles.com/p/articles/mi_m1365/is_n3_v29/ai_21227720)  
(acceso, 1 de noviembre de 2006).

52. Cal Manjowski, «TIAA-CREF Drops Coke from Social Choice  
Account», Reuters, 18 de julio de 2006;  
[reuters.com/misc/topnews&storyID=2006-0](http://reuters.com/misc/topnews&storyID=2006-0),  
[www.indiaresource.org/news/2006/1080.html](http://www.indiaresource.org/news/2006/1080.html).

53. Central Intelligence Agency, *The World FactBook*;  
[www.cia.gov/cia/publications/factbook/geos/ec.html](http://www.cia.gov/cia/publications/factbook/geos/ec.html).

## Acerca del autor

John Perkins es el autor de *Confesiones de un gánster económico*, un fascinante testimonio de corrupción internacional que permaneció durante más de un año en la lista de los libros más vendidos del *New York Times* y que ha sido editado en unos treinta idiomas. Es fundador y miembro del consejo de dirección de Dream Change y The Pachamama Alliance, dos organizaciones sin ánimo de lucro dedicadas a concienciar y a crear para las generaciones futuras un mundo sostenible, pacífico y estable. Perkins ha dado conferencias en universidades de cuatro continentes incluyendo Harvard, Wharton y Princeton, y es un activista de causas medioambientales y sociales.

[www.johnperkins.org](http://www.johnperkins.org)

Título original: *The Secret History of the American Empire*

Editor original: Dutton, New York

Traducción: Javier Fernández de Castro

ISBN EPUB: 978-84-9944-198-6

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2007 *by* John Perkins

All Rights Reserved

This edition published by arrangement with Dutton, a member of Penguin Group (USA) Inc.

©de la traducción 2009 *by* Javier Fernández de Castro

©2009 *by* Ediciones Urano, S.A.

Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona

[www.edicionesurano.com](http://www.edicionesurano.com)

Coordinación y maquetación: Serveis Editorials Víctor Igual, S.L.

# Índice

Portadilla	2
Dedicatoria	3
Agradecimientos	4
Nota de autor	6
Prólogo	7
Capítulo 1	16
Capítulo 2	21
Capítulo 3	26
Capítulo 4	31
Capítulo 5	36
Capítulo 6	40
Capítulo 7	46
Capítulo 8	51
Capítulo 9	55
Capítulo 10	60
Capítulo 11	63
Capítulo 12	67
Capítulo 13	72
Capítulo 14	76
Capítulo 15	81
Capítulo 16	85
Capítulo 17	92
Capítulo 18	97
Capítulo 19	102
Capítulo 20	108
Capítulo 21	112
Capítulo 22	118

Capítulo 23	126
Capítulo 24	132
Capítulo 25	136
Capítulo 26	139
Capítulo 27	143
Capítulo 28	153
Capítulo 29	157
Capítulo 30	161
Capítulo 31	165
Capítulo 32	170
Capítulo 33	175
Capítulo 34	181
Capítulo 35	186
Capítulo 36	191
Capítulo 37	197
Capítulo 38	201
Capítulo 39	206
Capítulo 40	209
Capítulo 41	213
Capítulo 42	217
Capítulo 43	220
Capítulo 44	225
Capítulo 45	229
Capítulo 46	232
Capítulo 47	235
Capítulo 48	238
Capítulo 49	242
Capítulo 50	246
Capítulo 51	250



Capítulo 52	256
Capítulo 53	258
Capítulo 54	262
Capítulo 55	266
Capítulo 56	271
Capítulo 57	274
Capítulo 58	278
Capítulo 59	284
Capítulo 60	288
Capítulo 61	292
Capítulo 62	296
Capítulo 63	298
Capítulo 64	303
Capítulo 65	308
Apéndice A	316
Apéndice B	318
Apéndice C	333
Notas	335
Biografía	341
Créditos	342
Próxima publicación	342